

ELLE AYCART

HASTA  
★ el  
FONDO



## Índice

Portada  
Dedicatoria  
Cita  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Epílogo  
Biografía  
Notas  
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre Comparte**

*Dedico esta novela a todas las abuelas molonas que  
hay por ahí. Porque la edad es un estado de ánimo y  
porque eso de que las abuelas lo saben todo ¡es una verdad  
como un templo!*

La vejez no es para nenazas.

BETTE DAVIS

# 1

—Esto no va a salir bien, abuela —protestó Mike, saliendo del vestuario del centro comunitario pertrechado sólo con el bóxer y una mirada amenazadora que, como siempre, no causó ningún efecto en la anciana.

—Bobadas. Las chicas te esperan ansiosas. ¡Andando! —dijo ella al tiempo que lo empujaba pasillo abajo.

«Y yo que pensaba que esto era una mala idea —se dijo Mike—. Me quedaba corto. ¡Es una idea de mierda!»

Su abuela llegaba apenas al metro cincuenta y pesaba unos cuarenta y cinco kilos. Mike no entendía de dónde sacaba las fuerzas para desplazarlo. ¡Si iba arrastrando literalmente los pies!

—Además, prometiste que lo harías —insistió ella.

Mike resopló.

—No lo hice. Te prometí que te ayudaría con los cursos para jubilados. Y me refería a llevarte en coche a los sitios, acompañarte a hacer compras y cosas así. No accedí a posar como modelo para tu clase de pintura sobre anatomía masculina. Sabes de sobra lo ocupado que estoy.

Mike había dejado de trabajar como capataz hacía varios años para ocuparse del gimnasio familiar junto a su padre. Además, el mes anterior, Cole se había ofrecido a reparar la biblioteca del pueblo gratis, y Mike lo ayudaba siempre que podía. Entre las obras, el gimnasio y las clases de artes marciales que daba por las tardes, no tenía ni una hora libre. Y no le daba la jodida gana de malgastar de ese modo lo poco que quedaba del verano ahora que la biblioteca estaba casi lista.

—¿No podríais usar..., qué sé yo..., una estatua? O mejor aún: un cuadro. Hay un montón de libros con ilustraciones y...

—Mike, es una clase de anatomía masculina *al natural* —lo interrumpió la mujer subrayando las últimas palabras—. Además, uno nunca está demasiado ocupado para ayudar a su abuela.

«Bueno, depende de lo loca que esté la abuela de uno, ¿no?», se dijo él.

—Y ¿qué me dices del señor Honbacker o del señor Stilt, el que viene a las noches de bingo? —preguntó Mike—. Seguro que ellos tienen más tiempo que yo y estarían encantados de colaborar.

Su abuela chasqueó la lengua.

—La idea de estas clases es que los mayores pasemos un buen rato. Sabemos que tenemos un pie en la tumba, así que no hace falta que nadie nos lo recuerde. Ya nos vemos en el espejo cada mañana, cielo. Además, la próstata del señor Stilt está haciendo el tonto otra vez por lo que no podría permanecer quieto durante quince minutos ni que lo mataran. Y respecto al señor Honbacker... —añadió bajando el tono de voz—, tuvo un... rollito con Greta y ahora no se hablan. Creo que por una cochinada que le hizo con la dentadura postiza.

«Oh, no.» Mike no iba a ser capaz de quitarse esa imagen de la cabeza aunque viviera cien años. Ésa era su recompensa por ser un buen nieto: daño cerebral permanente.

—Tú, en cambio, eres un espécimen sin defectos, en la flor de la vida —siguió diciendo su abuela al tiempo que lo agarraba del brazo y le apretaba el bíceps con entusiasmo—. Guapo y fuerte. El perfecto *David* de Miguel Ángel.

Mike se volvió hacia ella.

—¿Estás de broma? Vamos, hombre. ¿En qué me parezco al *David* de Miguel Ángel?

Ella reflexionó mientras paseaba la vista por sus músculos y sus tatuajes antes de volver a mirarlo a la cara.

—Bueno, en el pelo no. Tu pelo no es rizado.

Mike puso los ojos en blanco. Su abuela era única fijándose en los detalles más insignificantes.

No es que no tuviera el pelo rizado; es que lo llevaba tan corto que parecía que no tuviera pelo. Además, estaba lleno de tatuajes; pesaba casi ciento diez kilos y, tras una vida practicando artes marciales en el gimnasio, su cuerpo no se parecía en nada al de un muchachito afeminado.

—Eres un tipo un poco más duro que el *David* de Miguel Ángel — admitió su abuela al fin—, pero servirás perfectamente, estoy segura. Las chicas estarán encantadas.

«Por el amor de Dios...»

—Te recuerdo que soy tu nieto, y tú estás vendiéndome como si fueras mi chulo. ¿Te parece bonito?

—Venga, alégranos el día. Somos un montón de octogenarias. La mitad estamos cegatas; la otra mitad ya no se acordará mañana de lo que ha hecho hoy. Tú sólo tienes que posar. Las chicas propusieron untarte el cuerpo con aceite para resaltar los músculos, pero no se pusieron de acuerdo en quién debía ponértelo, así que lo veté. No hay aceite.

—Joder —murmuró Mike, clavando los pies en el suelo.

«¡Pero qué mierda!» Eso le pasaba por seguirle la corriente a su abuela con sus chifladuras, por no plantarse a tiempo. Como cuando le dijo que las chicas necesitaban clases de defensa personal, que necesitaban estar preparadas para lo que fuera. ¿Preparadas para qué? ¿Qué pensaban hacer las abuelas? ¿Pasear por la zona sur de Boston como si fueran un grupo de *hooligans* a la salida de un partido? Teniendo en cuenta su edad, si alguien trataba de atracarlas, lo más sensato sería que entregaran el bolso sin resistirse. Mucho más seguro que arriesgarse a tener una lesión, pero, claro, su abuela no había estado de acuerdo. Por eso ahora cada martes había una clase de defensa personal para jubilados en el gimnasio, donde se suponía que él tenía que enseñar a esas encantadoras damas cómo derribar a un potencial atacante sin romperse ningún hueso.

—Vamos, Mike, sabes que somos inofensivas.

«Sí, inofensivas que te cagas.» Mike habría preferido enfrentarse a un sanguinario pelotón de fusilamiento o, mejor aún, al increíble Hulk en una pelea callejera sin reglas que tener que lidiar con el chantaje psicológico de Las chicas de oro de Alden (que era el nombre que su abuela y sus compinches, Greta y Wilma, usaban en su grupo de mensajería móvil). Al lado de esas entrañables ancianitas, las bandas mafiosas de Al Capone o Lucky Luciano eran una pandilla de instituto.



—Además, has salido con tantas mujeres que estoy segura de que la mitad de Estados Unidos te ha visto desnudo. ¿Qué más te da que un atajo de abuelillos te vean en calzoncillos? Anda, mira, he hecho un pareado. Bueno, casi. Tengo que recordarlo para la clase de escritura creativa. Quiero escribir mis memorias.

—¿Tus memorias? —repuso Mike—. Y ¿necesitas aprender escritura creativa para eso?

Su abuela trató de aguantarse la risa sin mucho éxito.

—No te lo creerías.

Mike tomó la decisión de sobornar al señor Bowen la próxima vez que fuera de visita. Le pagaría lo que fuese para que llevara a su abuela al Eternal Sun Resort de Florida. Por lo que había oído, la residencia de ancianos estaba perfectamente equipada para que la mujer estuviera entretenida sin ser un peligro para el resto del mundo.

Pero mientras tanto, debía minimizar los daños.

—Abuela...

Al darse cuenta de que su nieto estaba buscando la manera de huir, la anciana sacó su artillería pesada.

—Me lo prometiste, Mike. No puedes romper una promesa y menos a mí. Podría caer muerta en cualquier momento y tendrías que cargar con la culpa de haberme roto el corazón durante el resto de tu vida.

«Dios mío, dame paciencia.»

—Por favor, abuela. Llevas veinte años usando eso de que «podría caer muerta en cualquier momento» para salirte siempre con la tuya.

Ella se encogió de hombros.

—He tenido suerte, pero es evidente que se me acaba el tiempo. La probabilidad de que la espiche aumenta cada día. Yo que tú no me arriesgaría.

Ya. Su abuela estaba en una forma asombrosa, no sólo para su edad, sino también para una mujer diez años más joven.

—Eres una chantajista desvergonzada —murmuró Mike mientras se acercaban a la sala, de donde salía el sonido de una charla muy animada—. Nada de aceite. Y nada de frotamientos. Maldita sea, que no me pongan las

manos encima. Y el bóxer no se mueve de donde está, ¿queda claro? —No estaba seguro de si el *David* de Miguel Ángel llevaba algo cubriéndole el paquete, pero Mike sospechaba que no, y no pensaba arriesgarse.

La anciana le dio unos condescendientes golpecitos en la mano.

—Por supuesto, querido. No tenemos ninguna intención de hacerte sentir incómodo.

«¿Ah, no? Pues qué raro.» Porque Mike no había dejado de sentirse incómodo desde que había entrado en el local social del pueblo.

—Y, bueno, aunque es verdad que ninguna de nosotras ha practicado sexo durante este siglo, dudo que tengas nada debajo de ese bóxer que no hayamos visto antes.

Mike se atragantó. Él no estaba tan seguro de eso.

Lo primero que vio al entrar en la habitación fue un trasero con forma de corazón perfectamente definido que le daba la bienvenida, cubierto sólo por un *culotte* que dejaba la parte inferior de las nalgas a la vista.

«Bueno, tal vez no haya sido tan mala idea después de todo.»

La chica estaba inclinada, así que no podía verle la cara, pero lo poco que mostraba ella era muy prometedor.

—Pensaba que necesitabais un modelo para la clase de anatomía masculina —susurró Mike, levantando el mentón para saludar a la cuadrilla de pelo azul que formaban las amigas de su abuela.

—No, necesitábamos a un modelo masculino para la clase de anatomía.

«Pues haber empezado por ahí», pensó él. Habría sido un buen incentivo. Aún estaba enfadado por haber aceptado pasar los miércoles posando en ropa interior —o eso esperaba, lo cierto es que no acababa de fiarse—, pero al menos no estaría solo durante la tortura y podría alegrarse la vista.

No obstante, cuando vio que su abuela bajaba la mirada incómoda al suelo, su optimismo cayó en picado.

«Oh, oh... Algo huele muy mal aquí.»

Antes de poder preguntarle qué pasaba, la dueña del glorioso culo se incorporó, se volvió y el corazón de Mike se le instaló en la garganta y se detuvo.

Se quedó petrificado, porque allí mismo, vestida sólo con ese *culotte* sexi como una cosa mala y un sujetador deportivo que dejaba a la vista un cuerpo curvilíneo, tonificado y delicioso, estaba Kyra, una Kyra que parecía tan sorprendida como furiosa.

Su Kyra.

«No», rectificó Mike. Ya no era su Kyra.

Instintivamente dio un paso atrás, el aire se había enrarecido tanto que costaba respirar.

Kyra había regresado a Alden hacía poco más de un mes, y eso era lo más cerca que él había estado de ella en ese tiempo. Mucho más cerca de lo que quería.

—¿Podemos hablar un momento? —le preguntó a su abuela con un gruñido mientras la arrastraba hacia el pasillo.

Cuando le pareció que ya no podían oírlos, Mike se detuvo y se volvió hacia ella con la mandíbula tan apretada que le costaba articular palabra.

—¿Estás loca?

Ella se quedó pensando unos instantes antes de responder:

—¿Es una pregunta trampa? Porque te advierto que mi admisión no tendrá validez legal, por si acaso estás pensando en algo raro.

Él la ignoró.

—¿Kyra? ¿En serio? —A Mike le dio rabia oír la amargura que teñía su voz, pero no pudo evitarlo.

La abuela se encogió de hombros.

—Yo no he tenido nada que ver en eso. Yo era la encargada de traer un modelo masculino, ha sido Greta la que ha traído a Kyra.

Claro. Y Mike debía creerse que su abuela no tenía nada que ver con que ella estuviera allí, cuando todo el mundo sabía que ella, Wilma y Greta estaban más unidas que los Tres Mosqueteros.

—No pienso hacerlo —espetó—. No me da la gana.

—¿Qué problema hay? Me dijiste que lo habías superado.

Pues claro que lo había superado.

Lo había superado del todo, pero eso no significaba que le apeteciera pasar tiempo a su lado. Entre otras cosas, porque verla o simplemente oír su voz le provocaba un dolor intenso que se le clavaba en el pecho, y teniendo en

cuenta lo hecho mierda que lo había dejado años atrás, le daba muchísima rabia. Pero claro, no iba a contarle eso a su abuela.

Lo malo era que su abuela no necesitaba que le contara nada, ya que para ella era un libro abierto.

—Pensaba que podríamos llevar esto como personas maduras —la oyó decir.

«¡A la mierda la madurez!» Mike no iba a quedarse allí ni un minuto más.

De no ser porque le había prometido a Cole que lo ayudaría con la reforma de la biblioteca, se habría largado de Alden el mismo día en que ella había puesto un pie en el pueblo. Aunque, pensándolo bien, su padre no podía llevar el gimnasio él solo, así que estaba atrapado.

Desde el regreso de Kyra, por una razón puramente de supervivencia, se había convertido en un experto en evitarla, lo que en un lugar tan pequeño como Alden era una jodida hazaña. Posar a su lado durante dos horas en un espacio tan reducido sin posibilidad de salir huyendo haría saltar por los aires las frágiles murallas que había levantado alrededor de su corazón, por no hablar de los destrozos que iba a causarle a su ya deteriorada salud mental. No podría hacer nada más que contemplarla; observar esos preciosos ojos grises que, en otro tiempo, solían ser lo primero que veía al despertarse. Y esa boca exuberante, de labios carnosos, que solía pasarse horas besando. Y ese cuerpo con forma de reloj de arena con el que tanto le gustaba follar.

—Abuela, yo...

La anciana suspiró.

—Lo entiendo. Si no puedes soportarlo, no puedes soportarlo. Entraré ahí y les diré que no te ves capaz de hacerlo; no tienes por qué sentirte menos hombre por eso. Es normal que todavía te haga sufrir, mi niño —dijo dándole unas palmaditas en el pecho—. Nadie te lo tendrá en cuenta.

Mike soltó un gruñido de exasperación. Fantástico, lo que le faltaba. Ahora todos pensarían que era un nenaza.

Bueno, había cosas peores en la vida que ser considerado un cobarde, incluso para un luchador como él. En ese mismo instante no se le ocurría nada, pero seguro que había cosas peores.

Dio media vuelta y echó a andar en dirección a la salida.

—Michael Haddican, si te vas tendremos que cancelar la clase, probablemente el curso entero. Y, si se cancela el curso, ella no cobrará nada. Necesita el dinero, es que está muy apurada, mi niño. Dentro de dos días...

—No quiero oírlo —replicó Mike con dureza, apretando los dientes.

No quería oír ni una jodida palabra más. Ni una sola. Verlas a ella y a Sam ya era lo bastante duro, no le hacía falta una banda sonora acompañando esas imágenes, muchas gracias.

Logró dar cuatro o cinco pasos más antes de detenerse y soltar un gruñido furioso.

—Mike, por favor —oyó decir a su abuela.

Él agachó la cabeza.

«Coño, mierda, joder.»

Odiaba que lo manipularan, pero ni aunque lo amenazaran de muerte podría largarse de allí sabiendo que sería el responsable de que la situación de Kyra fuera aún más difícil de lo que ya era. Lo que no entendía era por qué seguía preocupándose por ella después de todo lo que había pasado. Bueno, en realidad sí que lo entendía; era un gilipollas que necesitaba que le hicieran una lobotomía de urgencia.

Tras una larga pausa, aún de espaldas a su abuela, murmuró:

—Pensaba que me habías dicho que era un trabajo de voluntariado, que no pagaban nada.

—Para ti lo es. He donado tu paga a la iglesia.

Mike sacudió la cabeza. Ya empezaba a arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer.

Que Dios se apiadara del pobre desgraciado al que le tocara luchar con él más tarde en el gimnasio; tendría tanta agresividad acumulada que lo dejaría hecho pedazos.

Finalmente, se volvió hacia su abuela.

—Sólo por esta vez —dijo con tanta firmeza como pudo—. Más te vale encontrar un sustituto para la próxima sesión. No me importa si tienes que apañártelas con el señor Honbacker y sus dientes pervertidos o con el señor Stilt y su próstata. O consigues a alguien para la próxima sesión o se cancelará el curso, ¿está claro?

Su abuela le dirigió una sonrisa radiante.

—Está claro. ¡Muy claro!

Tras respirar hondo, Mike volvió a entrar en la sala.

Podía actuar como una persona madura.

O eso esperaba.

En cuanto volvió a ver a Kyra, su miembro despertó. ¡Por todos los santos! ¿Es que el muy cabrón no tenía ni una pizca de dignidad?

Al parecer, no.

Con una lobotomía no sería suficiente, iban a tener que castrarlo para asegurarse.

La voluptuosa mata de pelo negro de Kyra estaba recogida en un moño informal, sujetado de cualquier manera con dos palitos de madera. A la mitad de sus antepasados, que eran de origen hispano, les debía la piel morena, la melena negra como el azabache y los ojos almendrados. No eran negros, sino de un gris ahumado que le daba un aire aún más exótico.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante un instante eterno.

Para Mike no había una mujer más hermosa en todo el mundo.

¿Cómo carajo iba a aguantar la sesión?

—Mike —lo saludó Kyra, muy tensa.

Ella no estaba más satisfecha que él con la situación. Estaba rígida como una tabla y miraba hacia la puerta como si quisiera salir huyendo en cualquier instante. Pero Mike sabía que no lo haría, ya que, al igual que él, Kyra siempre había sentido debilidad por su abuela. No importaba lo mucho que necesitara el dinero; ya habría salido corriendo de allí si las tres abuelas mafiosas no estuvieran involucradas. Aunque tal vez se equivocaba. ¿Quién coño conocía a la Kyra actual? Porque, desde luego, él no. Se preguntó si alguna vez la habría conocido de verdad.

Mientras trataba de quitarse esas ideas de la mente, la saludó con una inclinación de la cabeza. Su polla lo imitó.

«Dios.» Tenía que salir de allí.

Mike miró de reojo a su abuela, que estaba sonriendo sin ningún tipo de disimulo. Wilma y Greta, sus compañeras de fechorías, también sonreían.

—Venga, vamos a meterle caña a esto —dijo la perversa mujer, agarrando a su nieto del brazo y empujándolo hacia adelante—. Colócate aquí, frente a Kyra.

Mike alzó la vista, vio a Kyra un momento y su miembro volvió a saludar. «Oh, mierda.» Ese bóxer no era una barrera lo bastante fuerte; iba a empezar a convertirse en una tienda de campaña en tres, dos, uno...

«La humillación pública entra en escena.»

Bueno, si su polla salía disparada por encima del bóxer y las amigas de su abuela sufrían un ataque al corazón colectivo, él se lavaba las manos. Sería culpa de su abuela y de nadie más. Aunque enviar a todas las ancianas de Alden a urgencias a la vez sería una manera horrible de acabar el miércoles; sus amigos se lo estarían recordando durante el resto de su vida.

Mike respiró hondo, rebuscó en ese lugar escondido donde guardaba todo el dolor que Kyra le había causado y lo liberó, permitiendo que los recuerdos le inundaran la mente y de inmediato sintió que su pene se batía en retirada.

«Bien.»

Estaba preparado.

«Oh, Dios mío.» Estaba volviendo. Mike entró en la sala como una pantera acorralada, enseñando los dientes, con el cuerpo en tensión y todos los músculos marcados.

Era imponente.

Kyra había estado a punto de caerse de culo cuando lo vio entrar, pero gracias al entrenamiento que tenía en no mostrar sus emociones, había logrado mantenerse en pie.

Estaba sonriendo. Mostraba una de esas sonrisas perezosas, interminables, que tanto le gustaban de él. Hasta que la vio. En ese instante, su sonrisa desapareció tan deprisa como el brillo de sus ojos, su mirada se volvió hueca y apretó con tanta fuerza la mandíbula que a punto estuvo de partirse en varios trozos.

Kyra deseó salir huyendo igual que había hecho él, y no sólo de la habitación, sino también del pueblo y del estado. Quería huir de su puñetera vida, pero no podía; tenía que pensar en Sam.

Necesitaba el dinero, así que escondió las manos temblorosas detrás de la espalda, respiró profundamente y recordó aquel momento en que Mike la había mirado a los ojos y le había destrozado la vida. La furia se apoderó de

ella y le permitió enderezar la espalda. Sus manos dejaron de temblar.

«Bien.»

Estaba preparada.



## 2

*Dos días después*

*A unos tres kilómetros de Alden*

«Oh, no, no, no, no, por favor, no te me mueras. Hoy no, hoy ya he tenido bastante. Aguanta un rato más.» Kyra trató de negociar, pero el cochecito blanco tembló un poco más y, con un ruido sordo y una última sacudida, se detuvo por completo. Una espesa columna de humo salía del motor, ensombreciendo el parabrisas.

Kyra le habría dado un puñetazo al volante, de no ser por miedo a que su Fiat 600 —que ya tenía cuarenta años— se desintegrara por culpa del golpe.

Santo Dios, alguien allí arriba la había tomado con ella.

Alargó la mano hacia el teléfono, pero se detuvo al recordar que se había quedado sin batería. «Maldita sea.» Podía ir andando los tres kilómetros que faltaban para llegar al pueblo, pero ya iba con retraso y Angie debía de estar esperándola en el restaurante. Por no mencionar que, tras el espantoso día que había tenido, estaba exhausta, tanto física como emocionalmente.

Miró a su alrededor. Todo eran solares desiertos, excepto un club de *striptease* llamado Culos Arriba que estaba unos cien metros más adelante. Bueno, pues si la vida le daba limones... tendría que hacer limonada y bebérsela de un trago. «¡Culos arriba!» Se habría reído de su propia broma sin gracia, pero tenía miedo de echarse a llorar, y, si empezaba a llorar, no sabía si sería capaz de detenerse.

Caminó hasta la puerta del local y, con una mirada de súplica, le mostró el teléfono al guardia de seguridad.

—Se me acaba de morir el móvil. ¿Podría entrar para hacer una llamada?

El gorila la miró y se volvió hacia el coche que seguía humeando al otro lado de la carretera.

—Parece que esa nube de malvavisco que tienes por coche también acaba de morirse.

—*Nah*, el vejestorio sólo se ha recalentado un poco. Dentro de un par de horas estará como nuevo.

Bueno, dentro de un par de horas, con una reparación a fondo y un buen cargamento de polvo de hadas; pero eso son detallitos sin importancia, ¿no?

El segurata la miró divertido y, echándose a un lado, le señaló la puerta con la barbilla.

—Hay un teléfono público junto a la barra.

Aunque era temprano, la música estaba alta, y el local, muy animado. Había bastantes clientes contemplando la actuación de una chica guapa y muy maquillada, con atributos que desafiaban las leyes de la gravedad, que bailaba alrededor de una barra en el escenario central.

Kyra se dirigió de prisa al teléfono y marcó el número de Angie. Le saltó el buzón de voz, lo que, después de todo, no era tan malo, ya que teniendo en cuenta el ruido que había en el local, probablemente no habría oído nada. Desesperada y a gritos le dejó un mensaje contándole lo que le había pasado y pidiéndole que fuera a recogerla.

Se planteó esperarla fuera, pero rechazó la idea. No sabía cuánto tardaría su amiga en llegar, y Kyra lo pasaba mejor en ambientes ruidosos y bulliciosos, sobre todo ahora que no soportaba quedarse a solas con sus pensamientos.

—¿Qué te pongo? —le preguntó la camarera cuando se sentó en uno de los taburetes de la barra.

—Agua, por favor.

La camarera, una mujer bajita y llena de curvas con el pelo corto de punta de color rojo fuego, le sirvió el agua y se quedó mirándola unos momentos.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Problemas de hombres? ¿De trabajo? ¿De dinero? ¿Con el piso? ¿Con el coche?

Kyra hizo una mueca.

—Todo a la vez. Añádele una sentencia de divorcio de mierda y ya tienes el cuadro completo.

—Oh, Dios mío, pues creo que necesitas algo más fuerte que el agua.

«¿No me digas?» Pues sí, ¿qué tal volver a empezar su vida desde cero? Por desgracia, su hada madrina parecía demasiado ocupada como para acudir a echarle una mano.

—Gracias, el agua está bien —repuso sin embargo.

Además, no estaba segura de poder pagar nada más caro que eso. ¡Qué patético!

Sin ser consciente de lo que hacía, se frotó el hombro izquierdo. El leve dolor que sintió le recordó lo sucedido durante los últimos meses. Seis meses atrás, Kyra estaba en la cúspide de su carrera como bailarina y coreógrafa para uno de los principales grupos de pop a nivel mundial. En su palmarés había un espectáculo en Broadway que había tenido un gran éxito y muchas temporadas como bailarina profesional en un programa de televisión muy popular.

¿Y ahora? Ahora probablemente no podría ni siquiera bailar en la barra. Lo que era una gran ironía, porque así se había ganado la vida antes de conseguir su primer buen contrato.

Pero Kyra se negaba a obsesionarse con lo que había perdido, así que se entretuvo observando cómo la camarera preparaba cócteles.

Angie probablemente ya estaba esperándola en el restaurante cuando la llamó y había recibido su mensaje enseguida, porque al cabo de poco la vio entrar en el club de *striptease* y caminar directamente hacia ella.

—Si quieres que te sea sincera —dijo Angie señalando el escenario como quien no quiere la cosa—, si necesitas acabar en un club de *striptease* el día de tu divorcio, deberías buscar uno que se llamara Pollas Fuera, no Culos Arriba.

—Ja, ja. Muy graciosa.

—Sólo era una idea. —Angie miró a su amiga de arriba abajo, como si quisiera asegurarse de que estaba entera, y luego la abrazó—. ¿Ha sido muy horrible?

Ambas sabían que no estaban hablando del coche.

Kyra se encogió de hombros.

—Ya pasó.

Había superado la prueba igual que lo superaba todo: apretando los dientes y aguantando lo que le echaran. No había sido una medicina agradable de tomar, ni mucho menos, pero podría haber sido peor. Mucho peor.

—Deberías haber dejado que te acompañara —la riñó Angie, sentándose a su lado—. Aunque sólo fuera para darte apoyo moral. Bueno, y como apoyo mecánico.

Kyra negó con la cabeza. Ella solita se había metido en ese lío y ella solita iba a salir de él.

—No podía permitir que cancelaras las visitas de tus pacientes.

—¿Por qué no? Es verdad que algunas de esas mujeres están como una cabra, pero no tengo a ninguna con tendencias suicidas en estos momentos. Espera a que Barry, el especialista en bótox, se vaya de vacaciones. Esa semana preveo histeria colectiva. Será el fin del mundo.

Angie era la encargada de la salud mental de las clientas del *spa* y la clínica de belleza del Lake Club Resort, un hotel exclusivo situado a varios kilómetros de Alden que albergaba a aquellos que iban buscando el relax del campo de golf y a sus esposas o amantes, que preferían relajarse en el *spa*, poniéndose un poco de bótox o jugando al tenis. O cepillándose al monitor, lo que era más frecuente de lo que uno podía pensar. Era un complejo vacacional para la gente guapa y atrevida, donde los cotilleos y los líos clandestinos estaban a la orden del día.

—Bueno, no ha hecho falta. Todo ha salido según el plan.

Según el plan B, porque después de lo que había pasado con Drake, el plan A —y desde luego el favorito de Angie— era matar al desgraciado de un disparo y enterrar su cuerpo. Ya tenía incluso elegido el sitio: detrás del hoyo 9.

—Me imagino que aceptó tu propuesta, ¿no? —preguntó con impaciencia—. ¿Tienes la custodia exclusiva?

Kyra soltó una risa por completo desprovista de humor. ¿Si había conseguido la custodia? Sería más adecuado preguntar si su ex se había dejado comprar.

El hecho de que su ex fuera tan gilipollas que se hubiera dejado comprar la aliviaba y entristecía a partes iguales.

Desde el principio había sabido que él lucharía por la custodia, y no precisamente porque fuera un padre ejemplar, sino porque era muy fácil usar a Sam para conseguir lo que quisiera. Y eso era exactamente lo que había hecho, convirtiendo a su hija en moneda de cambio.

—Lo único que tengo ahora mismo, aparte de la casa que Cynthia me dejó y del coche (que sin duda sigue sacando humo ahí fuera ahora mismo) es la deuda de todas las tarjetas de crédito que él ha estado exprimiendo.

Kyra se había quedado la destartalada casa porque su ex no tenía ningún derecho a heredarla, pero sobre todo porque no se había enterado de que su madre adoptiva se la había dejado en herencia. De lo contrario, se la habría reclamado igualmente. No es que fuera rica pero, tras más de cinco años trabajando como bailarina en espectáculos de primer nivel, había logrado acumular un buen rinconcito de dinero. O eso pensaba, hasta que todo se había ido a la mierda al darse cuenta de que Drake se había gastado todo lo que no estaba clavado al suelo. La sentencia de divorcio había sido el golpe de gracia.

—Me ha dejado con una mano delante y otra detrás, pero tengo a Sam.

Y, en realidad, eso era lo único que importaba. Sam era todo lo que quería obtener de ese divorcio.

Su amiga soltó el aire que había estado conteniendo.

—Gracias a Dios.

«Sí. Ya puedes decirlo.»

—¿Te pasará una pensión para la niña?

Kyra negó con la cabeza y su amiga se mordió la lengua para no soltar una maldición.

—No me pasará nada, ésa fue su primera condición para concederme la custodia.

—Menuda basura de tío.

Cierto, pero Kyra prefería cerrar esa bolsa de basura y librarse de su ex de una vez por todas. Mejor eso que exigirle una pensión y seguir teniéndolo en sus vidas, sabiendo que no dudaría en usar a Sam para conseguir de ella lo que quisiera.

Se obligó a respirar hondo. Había confiado en que sería capaz de relajarse una vez que el miedo de perder a su hija hubiera desaparecido, pero no lo había logrado del todo. Más que nada porque no sabía cómo iba a poder mantenerla ahora que no tenía bienes materiales, ni ahorros, con un hombro lesionado y su reputación por los suelos.

Kyra había pasado la primera década de su vida con pocos recursos y, como solía ocurrir en estos casos, necesitaba un buen colchón material para sentirse segura. El tipo de colchón que sólo se conseguía con una considerable cantidad de dinero en el banco.

—Te lo advertí —dijo Angie—. Deberíamos haber elegido el plan A.

Kyra sacudió una mano en el aire.

—No digas bobadas. ¿Qué sabemos nosotras de matar gente? Habríamos tenido que contratar a un profesional, y esos tipos no son baratos.

—En este caso, te habría salido a cuenta —murmuró Angie—, aparte de que le habríamos hecho un favor a la humanidad.

En eso no le faltaba razón.

Kyra se echó hacia adelante y golpeó la frente suavemente contra la barra.

«Dios mío, menudo lío.» Estaba sin blanca y atrapada en Alden. ¡Nada más y nada menos que en Alden! Habría preferido estar en Fallujah dando una conferencia sobre la igualdad de género.

Había vuelto a Alden porque no tenía ningún otro sitio adonde ir, pero aunque lo hubiera tenido, tampoco contaba con dinero para desplazarse. Pensaba que, tras el divorcio, le quedaría lo suficiente para reparar la casa que había heredado de su madre adoptiva y así poder venderla, pero al final casi no le había quedado ni para pagar la luz y el gas de la semana siguiente. Ya podía quitarse las reparaciones de la cabeza.

Parecía que ese mes iba a tener que tirar de cupones de descuento para poder comer. Si su difunta abuela la viera, se sentiría orgullosa de ella.

Mientras volvía a dar golpes de cabeza contra la barra, oyó que Angie gritaba:

—¡Aquí, rápido, es una emergencia!

—Volando. —Un instante después, la camarera colocó un vaso de chupito y un plato con un enorme trozo de pastel de chocolate delante de Kyra.

Las dos amigas miraron el pastel y luego a la camarera, que acababa de sacar un bote de nata montada de no se sabía dónde y lo estaba agitando.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Has dicho que era una emergencia, ¿no? Así es como las tratamos por aquí —afirmó sirviendo una enorme cantidad de nata sobre el pastel y llenando el vaso de bourbon al mismo tiempo sin derramar ni una gota—. Muerte por chocolate, un pastel de mil calorías por mordisco que reservamos exclusivamente para las urgencias. Por cierto, soy Red.

—Encantada de conocerte, Red. Yo soy Kyra, y ella es mi amiga Angie.

—Romperte la cabeza no te ayudará en nada, y ya te he dicho antes que el agua tampoco. En cambio, esto te ayudará en todo. Hazme caso. He pasado por tres divorcios, sé exactamente de lo que estoy hablando.

«¿Tres divorcios?» Red no parecía tener más de treinta años.

Como si pudiera leerle la mente, la camarera añadió:

—¿Qué quieres que te diga? Soy una optimista y empecé muy joven. Cuando llegue a los cincuenta, Elizabeth Taylor será una aficionada a mi lado. Y ahora elige de qué mal prefieres morir.

Kyra se quedó mirando el vaso con desconfianza. Nunca le había gustado beber, así que eligió el pastel.

—Esto me va a ir directo al culo.

—Cállate. Tienes un culo perfecto.

Ella no estaba tan convencida pero, en esos momentos, con su vida derrumbándose a su alrededor, tener el culo gordo era el menor de sus problemas.

Estaba en un tugurio de *striptease* no muy elegante a punto de ponerse ciega de chocolate y de nata de bote, de origen más bien dudoso. Cada vez caía más bajo.

—¿Sabes lo que más me duele? —preguntó Kyra sin levantar los ojos del plato mientras hundía la cuchara—. Lo alegremente que ha renunciado a Sam a cambio de dinero. No me malinterpretes: estoy encantada de haber conseguido la custodia de Sam, y no lamento ni por un segundo todo cuanto he tenido que pagar para conseguirla. Le habría dado muchísimo más, pero siento que mi hija tenga un padre tan impresentable.

Un padre no debería dejarse comprar bajo ninguna circunstancia. Kyra tampoco se sentía orgullosa de sí misma, pero no quería darle más vueltas a lo sucedido.

—¿En qué demonios estaría pensando cuando me casé con ese imbécil?

No había pensado en nada, ése había sido el problema. Drake la había deslumbrado cuando ella estaba sola, herida y asustada. Se había sentido perdida y él era el padre del bebé que esperaba. En aquel momento no le había parecido tan mala idea. Menuda visión de futuro, ¿eh?

—No le des más vueltas. Sólo alégrate de que ya haya pasado —dijo Angie, apretándole la mano—. ¿Cuándo vuelve Sam?

—El domingo. No quería que tuviera que pasar por este trago.

Kyra había enviado a su hija con unos amigos esa semana. No era que Sam no supiera el tipo de padre que tenía, pero aun así no le hacía ninguna falta un asiento en primera fila para presenciar el baño de sangre. Ella había tratado de protegerla, manteniéndola al margen de los problemas tanto como había sido capaz, y no pensaba dejar de hacerlo ahora.

Angie asintió.

—Lo que necesitas es animarte. Mañana es sábado. ¿Qué tal si pasamos el día entero en el *spa*, mimándonos un poco?

—No puedo permitirme los tratamientos del *spa*. —Mierda, ni siquiera sabía si podría pagar el pastel—. Estoy sin blanca.

Mucho se temía que su trabajo como monitora de *aquadance* en la piscina municipal no iba a alcanzarle para alimentar y vestir a su hija, y mucho menos para reformar una casa de arriba abajo. Su cuenta corriente estaba a cero. Lástima que no pudiera ir a la cocina, mezclar unos aguacates con un poco de aceite de coco y unas almendras y obtener una espectacular crema antiarrugas que pudiera empezar a vender en el garaje antes de ganar una fortuna con ella en internet.

Kyra no tenía ningún tipo de habilidad comercial. Sólo sabía bailar, y Alden no era precisamente un paraíso para los bailarines profesionales.

—Si necesitas dinero, yo podría... —empezó a decir Angie.

—No —la interrumpió Kyra—. Gracias, pero no. —Le agradecía el ofrecimiento, pero estaba acostumbrada a valerse por sí misma—. Lo que necesito son ingresos regulares. —Al menos hasta que pudiera largarse de allí



y seguir adelante con su vida—. ¿Sabes si necesitan a alguien en el *resort*? Podría hacer cualquier cosa: un cursillo acelerado para aprender a poner bótox o pasear a los perros.

No podía ser muy difícil pasear chihuahuas, ¿no? Incluso con el hombro chungo podría hacerlo.

Angie carraspeó.

—Cariño, perdóname por hacerte notar algo tan obvio, pero eres una bailarina profesional. Una muy buena y muy solicitada, por cierto. Y, encima, eres una coreógrafa increíble que ha trabajado con gente muy famosa. Entiendo que estás pasando por un momento jodido ahora mismo y que necesitas un cambio de aires, pero en Boston hay un par de buenas compañías de danza. Y aunque no estés en plena forma, igualmente...

—Aún no estoy preparada.

Necesitaba esconderse del mundo para lamerse las heridas. Había sido muy feliz en su último trabajo, pero Drake se había encargado de arruinarle las cosas y no podía volver. Tendría que ponerse a hacer castings otra vez, y aún no tenía el hombro en condiciones. No se notaba durante el día a día, pero la danza profesional era muy exigente. Además, estaba cansada. Más que cansada: estaba agotada, exhausta, y no creía que eso tuviera que ver con el hombro, porque ni siquiera le apetecía buscar trabajo como coreógrafa. La comunidad de los bailarines profesionales era bastante pequeña, sobre todo a ciertos niveles, y los cotilleos llegaban a todos los rincones. Que te arrestaran antes de un espectáculo, te acusaran y te metieran en la cárcel no quedaba nada bien en un currículum. Un equipo de abogados había logrado sacarla de la cárcel gracias a un tecnicismo, pero una nube como ésa ensombrecía todos sus éxitos anteriores.

—¿Eres bailarina? ¡Oh, Dios mío! —gritó Red al reconocerla—. ¡Ya decía yo que me sonaba tu cara! Te conozco, eres Kyra Brims, de «Menea el trasero». Me encanta ese programa. Te emparejaron con aquel jugador de fútbol americano guapo como un ángel pero patoso como un elefante. ¡Lograste que llegara a semifinales!

Kyra sonrió.

—Ésa soy yo. Brian es un encanto.

—Te propondría que trabajaras aquí si sabes moverte en una barra, pero eso sería como contratar a Picasso para que pintara las paredes.

—Gracias, pero tengo el hombro lesionado.

—¿Qué te pasó? La temporada pasada ya no saliste en el programa.

No. Había estado de gira con Amantis hasta que todo se había ido a la mierda.

—Una pelea de gatas —bromeó tratando de relajar los músculos. No tenía la menor intención de contar lo que pasó en realidad—. La esposa de Brian se puso celosa.

En el largo silencio que siguió a sus palabras, Kyra notó dos pares de ojos clavados fijamente en ella.

Angie se aclaró la garganta.

—¿Sabes lo que de verdad necesitas? Un poco de acción. Estás demasiado tensa.

—¿Acción? —repitió Kyra distraída.

Su amiga puso los ojos en blanco.

—Acción, Kyra, acción. ¿Qué se supone que tienes que hacer cuando te caes del caballo?

—¿Vender el caballo?

A Red se le escapó la risa.

—No, idiota —respondió Angie, haciendo un gesto de desdén con la mano—. Tienes que volver a montar enseguida.

«Ah, ese tipo de acción.» Kyra se había caído de ese caballo en concreto hacía ya varios años y desde entonces no había dejado de patearle la cara.

Resopló.

—¿Es ése tu consejo como psiquiatra, que necesito tirarme a alguien?

—Pues, para ser sincera, sí.

—¿Es eso lo que les propones a las esposas florero que acuden a tu consulta entre liposucción y liposucción cobrándoles trescientos dólares la hora?

—No hace falta. Las esposas florero ya lo saben y lo hacen a menudo, al menos durante el tiempo que pasan en el *resort*. Y, créeme, no siempre con sus maridos.

—Yo no soy psiquiatra —intervino Red—, pero también me parece que deberías tirarte a alguien.

—¡Oh, ya lo tengo! —exclamó Angie—. Dentro de un mes se celebra la subasta de solteros. Recaudaremos fondos y apostaremos en tu nombre. Tal vez tengamos que vender un par de órganos vitales para poder conseguir a Max Bowen, pero merecerá la pena.

Por primera vez esa tarde, Kyra se echó a reír con ganas.

—Será mejor que conservemos todos los órganos; tal vez nos hagan falta.

Max Bowen era guapísimo, eso nadie lo discutía, pero nunca había sido el tipo de Kyra. Nadie había sido el tipo de Kyra excepto..., bueno, vale, ni siquiera merecía la pena pensar en ello.

—Entonces, tendremos que olvidarnos de Max. El año pasado, Mike —añadió Angie como quien no quiere la cosa, como si no supiera el efecto que ese nombre provocaba en su amiga, que iba a estar pendiente de cada palabra que dijera a continuación— recaudó casi tanta pasta como los Bowen. Bueno, excepto Cole, que se negó a participar. Desde que dejó los marines, restaura un edificio gratis cada año. Creo que lo hace para librarse de la subasta de solteros.

Kyra llevaba un tiempo fuera de Alden, pero recordaba perfectamente a los Bowen. Max, tan encantador e informal como siempre, seguía siendo un conquistador empedernido. Al parecer, James ya estaba cazado, al igual que Cole.

—¡Nada de subastas! —replicó—. No me parece bien pagar para salir con un hombre.

—En eso te doy la razón —dijo Red—. Además no te hace falta. Cualquier tío al que le funcione medianamente el cerebro se desprendería del huevo izquierdo a cambio de salir contigo.

—Exacto —convino Angie—. Búscate un chulazo y móntalo hasta que lo tengas bien domado.

Kyra se echó a reír por las palabras de su amiga. Angie estaba un poco loca, pero tal vez tuviera razón. Tenía veintiocho años, estaba divorciada, sin blanca y en el paro. Llevaba cuatro años viviendo como una monja, a pesar de pasar mucho tiempo rodeada de famosos espectacularmente guapos, no todos

gais, por cierto. El universo le debía un montón de sexo por despecho, aunque sólo fuera para compensarla por los malos astros que la habían acompañado últimamente.

—Quizá tengáis razón. Puede que necesite una distracción, algún jovencito para quitarme las telarañas. —Y como premio por haber sobrevivido al divorcio. Joder, por haber sobrevivido a todo su matrimonio.

—¡Ésa es la actitud! —exclamó Angie—. Hay un monitor de tenis en el *resort* que estaría encantado de ser tu juguete sexual. Mañana te lo presento.

Kyra estaba a punto de decirle que los monitores de tenis no eran su tipo, especialmente los que se acostaban con esposas florero, cuando las exclamaciones de las chicas se detuvieron en seco y de pronto sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

Se quedó inmóvil. «Mierda.» Lentamente, se volvió y se encontró a Mike a su espalda en todo su esplendor, con su 1,95 de altura, la mandíbula muy apretada y los ojos azules brillantes cargados de desprecio.

El jodido señor Zen siempre tenía una sonrisa para todo el mundo, excepto para Kyra.

De todos los clubes de *striptease* de todas las ciudades del mundo, ¿por qué demonios había tenido que ir a parar al club donde Mike iba a divertirse?

No debería haber vuelto a Alden, ni siquiera temporalmente. Por desgracia, no le había quedado más remedio.

Mike se la quedó mirando durante lo que le pareció una eternidad y Kyra notó que la espalda le crujía a causa de la tensión.

—¿Querías algo? —le preguntó con brusquedad, ruborizándose al darse cuenta de lo que acababa de decir.

Tenía que madurar. Habían pasado los años, pero seguía sin saber estar en su presencia sin ponerse a la defensiva; y sin sentirse avergonzada, enfadada, dolida y pequeña. ¡Muy pequeña, joder!

Mike la examinó de arriba abajo y, cuando llegó a los pies, volvió a subir negando con la cabeza.

—No —respondió—, por aquí no veo nada que me interese. —Luego, dirigiéndose a Red, añadió—: ¿Está Sinful?<sup>1</sup>

El pecho de Kyra se contrajo en un espasmo tan repentino, intenso e inesperado que ahogó un grito.

—Sí, está ahí detrás —repuso la camarera—. Puedes...

—Ahí estás, guapo. ¿Me esperabas?

Al oír esas palabras, Mike se volvió y Kyra se inclinó lateralmente para echar un vistazo a la rubia despampanante que se acercaba a él con una sonrisa cegadora.

—Hola, Sinful.

Aunque Kyra no le veía la cara, notó la sonrisa en la voz de Mike, que no se parecía en nada al tono que había usado con ella.

La rubia echó un vistazo a la barra, vio el pastel a medio comer y les dirigió una sonrisa irónica.

—¿Una emergencia tan temprano?

Red asintió.

—Ni te lo imaginas.

Cuando Sinful se echó a reír, su melena ondeó suavemente y sus ojos verdes se encendieron. Madre mía, era espectacular: desde la raíz del pelo rubio platino peinado en peluquería hasta las puntas de las uñas de los pies perfectamente pintadas de rojo sangre.

Kyra la odió a primera vista, con una intensidad que la tomó por sorpresa.

—Sígueme, guapo —dijo mirando a Mike y haciéndole un gesto con el dedo para atraerlo hacia sí. Las uñas de las manos eran del mismo color que las de los pies, pero más largas y sexis. Eran perfectas para arañar la espalda de Mike, tal como a él le gustaba—. Vayamos a buscar un sitio más íntimo para entrar en faena.

A Kyra le pareció que acababan de asestarle un golpe mortal. Apretó los dientes y luchó por no perder la compostura además del desayuno.

Ni siquiera ver a Mike con la bonita, callada y hogareña Melanie, la esposa ideal con la que Kyra lo había visto varias veces desde que había vuelto, le había resultado tan doloroso.

—Te sigo. —Mike se alejó detrás del voluptuoso trasero sin dedicarles siquiera una mirada de despedida.

Si no contaba la acalorada discusión que habían mantenido tras el funeral del padre adoptivo de Kyra seis años antes, Mike no le había dirigido la palabra desde que habían roto. Y cuando al fin se decidía a hacerlo, el

desprecio le salía a borbotones por la boca, como si él fuera la parte ofendida.

«Imbécil.»

Quería salir corriendo de allí, pero tenía miedo de que las piernas no la sujetaran.

Se forzó a apartar la mirada de él y fue entonces cuando vio que todas las mujeres del local tenían los ojos clavados en su culo. Red, Angie y las otras dos camareras. Joder, si hasta la *stripper* parecía haberse detenido un momento para echarle un vistazo.

Kyra bajó la mirada hacia su regazo. No necesitaba comérselo con los ojos. Ya se había pasado tres horas haciéndolo mientras posaba delante de él, ambos en ropa interior, sin nada más que hacer. Mike tenía el cuerpo en tensión pero la mirada ausente. Sus ojos parecían estar clavados en la pared, a su espalda, como si ella no estuviera allí. Kyra, por el contrario, lo había pasado muy mal tratando de disimular que le faltaba el aire y fingiendo que no la afectaba su proximidad.

¿Por qué tenía que estar tan increíblemente bueno? ¿Por qué no le habría salido panza cervecera, o papada? Al menos podría haberse quedado calvo. Pues no, señor. Mike estaba mucho más guapo que siete años atrás. A los veinticinco había sido un jovencito de esos que te hacen babear, pero el hombre en el que se había convertido era algo de otra galaxia, tan intenso, con sus planos angulosos y sus tatuajes. Tenía tatuajes en los pectorales, en los brazos... Incluso la uve que formaban los músculos de su abdomen estaba enmarcada por un sexi diseño tribal. Ya los tenía cuando estaba con ella, pero ahora... Bueno, ahora su cuerpo era una obra de arte.

Y no sólo por los tatuajes. Tenía todos los músculos muy definidos y sin un gramo de grasa por ningún lado. Era asquerosamente perfecto.

Red se abanicó con una servilleta.

—Tengo una norma sagrada: nunca me lío con clientes, nunca. Cualquiera persona que cruce por esa puerta está descartada. Ésa fue la enseñanza que saqué del fiasco de mi segundo matrimonio, pero si ese mojabragas me diera la menor indicación de que está interesado en mí, rompería mi regla sin pensarlo dos veces. La mitad de las chicas del local están locas por él y se le

echan encima como moscas, pero él siempre les da largas. Ha venido ya varias veces esta semana y siempre se va a la parte de atrás con Sinful. No sé de qué va todo esto.

Kyra se puso aún más tensa. Ella tenía muy claro de qué iba todo eso: los bailes privados siempre se daban en la parte de atrás.

Lo que no entendía era por qué le dolía tanto.

—¿Os conocéis? —le preguntó Red a Kyra—. Había tanta tensión entre vosotros que casi no se podía respirar.

Ella trató de relajar los músculos. Hacía ya siete años que Mike no era su pareja. No era asunto suyo si frecuentaba un local de *topless* ni si se lo montaba regularmente con una *stripper* llamada Sinful.

—Es una larga historia —repuso—. No tiene importancia.

—¿No tiene importancia? —preguntó Angie incrédula—. Saliste con él mil años, Kyra. Estuvisteis juntos en el instituto y en la universidad. Te pidió que te casaras con él.

Red abrió unos ojos como platos.

—¿Ese dios del sexo te pidió que te casaras con él?

—Sí, pero lo rechacé y entré a trabajar en un crucero de lujo como bailarina —contó Kyra. Luego se volvió hacia su amiga y la fulminó con la mirada—. Y sabes tan bien como yo que aquello no fue una petición de matrimonio. A todos los efectos, aquello fue chantaje del bueno.

Y, por mucho que le doliera admitirlo, había funcionado. Había regresado a buscar a Mike un mes más tarde, dispuesta a renunciar a sus sueños y a aceptar sus condiciones, pero él ya había seguido adelante con su vida. Y, no contento con clavarle un puñal en el corazón, Mike lo había retorcido un par de veces.

Kyra había vuelto al crucero, y el resto, como suele decirse, era historia.

—Quería ver mundo —le explicó a una asombrada Red—, y él quería tenerme atada a la pata de la cama.

Sabía que estaba siendo un poco injusta, pero ¿y qué? Acababa de ver a Mike metiéndose con una *stripper* en un reservado. Eso le daba derecho a ser un poco injusta, ¿no?

Red la miró como si estar atada a la pata de la cama de Mike no fuera tan mala idea, pero no hizo ningún comentario.

—Bueno, al menos conseguiste ver mundo, ¿no?

—Ja. Intenta disfrutar mientras te pasas el día vomitando todo lo que tienes en el estómago. No pude ver nada en ninguno de los países que visitamos, aunque, eso sí, vomité en todos ellos.

—Vaya, qué malo es el mareo en el mar.

Kyra negó con la cabeza.

—No fue culpa del mar. Estaba embarazada del gilipollas del que acabo de divorciarme. Era el jefe de seguridad del barco.

Menuda ironía. Se había embarcado para poder bailar y ver mundo, pero no había podido hacer ni una cosa ni otra. Durante tres meses había estado vomitando sin parar y, cuando dejó de hacerlo, tres meses después, empezó a engordar y, como no le abrochaban los vestidos ceñidos, perdió su empleo como bailarina. Siguió trabajando en el barco, ocupándose de actividades de entretenimiento en cubierta, pero estaba tan preocupada por su futuro que no tenía ganas de visitar nada durante las escalas.

De hecho, había tenido suerte de que no la despidieran de inmediato. A bordo del barco había una norma que prohibía contratar a mujeres embarazadas, pero Drake había logrado que hicieran una excepción con ella. Se habían casado y habían permitido que siguiera a bordo hasta que estuvo de seis meses. A Drake ya le había ido bien perderla de vista, porque a esas alturas ya se había cansado de ella y había empezado a tontear con las otras bailarinas, con las que se lo pasaba mejor porque no habían dejado de tener buen tipo.

—No puedes fiarte de los jefes de seguridad —dijo Red antes de quedarse callada.

Kyra agradeció el silencio. No tenía ganas de volver a hablar de ese tema, y mucho menos en un bar de copas mientras Mike probablemente estaba empotrando contra la pared a aquella bomba sexual llamada Sinful. «Dios mío.» Volvía a tener ganas de vomitar.

¿Qué iba a decir? No le apetecía tener que admitir que, a pesar de todos los sapos que había tenido que tragar durante los años de convivencia con Drake, Mike había logrado algo que su ex nunca había conseguido. Concretamente, romperle el alma en tantos pedacitos que todavía los estaba buscando.



Angie le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Sabes qué? Que le den al *spa*. Mañana vamos a hacer una fiesta de divorcio.

—¿Una qué?

Su amiga le dirigió una sonrisa traviesa.

—Ya me has oído. Una fiesta para celebrar que le has dado una patada en el culo a tu marido. Será una noche loca.

«¿Una noche loca?» Con la mala suerte que tenía últimamente, seguro que acababa volando sobre el Gran Cañón a lo *Thelma y Louise*.

—Angie, te lo agradezco mucho, pero no estoy de humor para fiestas — repuso.

Y tampoco es que conociera a tanta gente en Alden. Angie era la única amiga que le quedaba. El resto habían sido, sobre todo, amigos de Mike, y seguían siéndolo.

—Precisamente por eso la necesitas —insistió Angie, moviendo las cejas —. Yo me encargo del pastel de ruptura.

A Kyra le dio miedo preguntar.

Se había acabado la ración de Muerte por chocolate, así que se lanzó hacia el chupito de bourbon.

### 3

Menuda manera de pasar un sábado noche, se dijo Mike, de pie entre las sombras de la parte trasera de The Shack, engullendo una cerveza tras otra y disimulando para que nadie se diera cuenta de que estaba devorando a Kyra con la mirada.

Tenía que salir de allí a toda prisa. Lo único que debía hacer era dar media vuelta y poner un pie delante del otro una y otra vez hasta que llegara al lago y pudiera ahogarse o encontrara su camioneta, lo que pasara primero.

Fácil, ¿no?

«No.»

La chica de la fiesta de divorcio lo estaba volviendo loco, como un jodido cencerro.

Mike había ido al popular bar junto al lago para relajarse un poco, pero desde el momento en que llegó supo que se había metido en un lío, ya que Kyra estaba allí, de fiesta con Angie. Tal vez al principio de la velada estaban solas, pero cuando aquel demencial pastel de cuatro pisos hizo su aparición, la gente que estaba a su alrededor se había percatado de lo que estaban celebrando y empezaron a invitarlas a copas y a sentarse con ellas, sobre todo hombres.

Mike no tenía previsto beber esa noche, pero eso había sido antes de verla. Después, había empezado a hacerlo a tanta velocidad como podía tragar, lo que era una auténtica estupidez, ya que, cuanto más bebía, más aguzados tenía los sentidos, y más clara la memoria. Quién lo iba a decir.

Se negaba a rendirse, convencido de que en cualquier momento la visión empezaría a nublársele y su cuerpo se bloquearía. Pero aún no había tenido suerte. Lo único que veía era a Kyra. Vestida con unos pantalones cargo por las caderas y una camiseta de tirantes muy ceñida, era una visión llena de curvas, tetas y pelo largo color azabache moviéndose al ritmo de la música.

Decir que Mike se notaba los vaqueros apretados era quedarse muy muy corto. Los muy cabrones se habían encogido al menos tres tallas y estaban asfixiando a su pobre polla. Su cerebro se había quedado sin riego hacía ya un rato, y estaba fuera de servicio.

Kyra no se había arreglado especialmente, aparte de aplicarse un poco de brillo de labios que Mike estaba seguro de que sabría a fresa, pero igualmente estaba preciosa.

Esa noche el local estaba abarrotado, lleno de mujeres guapas y medio desnudas pasándosele bien y buscando juerga. Casi todas se le habían acercado en algún momento de la noche para mostrarle que estaban disponibles, pero él sólo tenía ojos para ella. Menuda novedad.

Kyra había aparecido en Alden a los nueve años para vivir con una familia adoptiva tras la muerte de sus padres, y Mike, que en aquel momento tenía trece, no había vuelto a tener ojos para ninguna otra chica. Incluso ahora, tantos años después de que ella lo hubiera abandonado, seguía teniendo un poder invisible pero indestructible sobre él.

Kyra era una niña tímida, de ojos enormes, extremadamente delgada, a la que le costaba hacer amistades. No la había ayudado nada que unos cuantos niños empezaran a meterse con ella por ser la niña nueva del colegio, la única con una fuerte ascendencia hispana. Kyra prefería estar sola y eso la convertía en el objetivo perfecto de los capullos que, en realidad, se sentían atraídos por ella y no sabían cómo llamar su atención. Un día que varios chicos mayores se estaban metiendo con la nueva, Mike había estampado la cabeza del líder contra una mesa, le había roto la nariz y había asustado a los demás, incluido él mismo. Lo habían expulsado del colegio durante tres días, pero nadie había vuelto a meterse con Kyra, y ése había sido el principio de una amistad silenciosa. Durante su etapa de instituto, Mike salió con chicas de su edad, manteniéndose alejado de Kyra, que era demasiado joven, pero era tan espectacular que, en cuanto empezó a desarrollarse, Mike se pasaba el día apartando a tipos para que no se acercaran a ella. Se moría de ganas de tocarla, pero apretaba los dientes y se mantenía a distancia hasta que finalmente, cuando cumplió los dieciséis, su madre adoptiva le dio permiso para salir con chicos y la cola de pretendientes se hizo tan larga que Mike se

cabreó como una mona y tuvo que tomar cartas en el asunto. Aunque a los veinte años seguía pensando que era demasiado mayor para ella, la invitó a salir, dejando bien claras sus intenciones delante de todo el mundo.

A Cynthia y a Ralf no les había hecho mucha gracia, pero no se habían opuesto a la relación.

Dos años después, cuando Kyra cumplió los dieciocho, Mike le pidió que se mudara a vivir con él y le compró un anillo de compromiso. No se lo dio porque prefirió esperar a que acabara los estudios, pero no había dudado ni por un segundo de que se casaría con ella, tendrían niños y envejecerían juntos.

«Sí, claro.»

Riéndose sin ganas, Mike vació el vaso de cerveza y pidió otra mientras veía cómo Angie decía algo que hacía reír a Kyra. El miembro de Mike dio una sacudida y creció un poco más. No quería desearla, pero su cuerpo no había recibido la circular informativa. Siete años después, seguía añorándola, y seguía excitándose al oír su voz.

Maldita fuera, es que era tan guapa. Todo en ella era hermoso: los ojos rasgados, los labios suaves, su cuerpo lleno de curvas. Siempre había sido su sueño erótico hecho realidad. No había ninguna parte de su cuerpo que no lo excitara. Era su descarada reina inca, con el pelo negro como la medianoche y los ojos grises como el humo.

Joder, qué patético.

Había amado a una sola mujer en toda su vida. Una mujer que lo había rechazado, que no había querido vivir el resto de su existencia a su lado. Le había dicho que no quería un marido ni hijos, que tenía que forjarse una carrera como bailarina. Quería ver mundo, vivir sin ataduras, pero, sorpresa, sorpresa... Cuando había regresado a Alden al cabo de un año para el funeral de su padre adoptivo, tenía un recién nacido en los brazos y un marido a su lado. Un marido que era un gilipollas arrogante, para acabar de empeorarlo.

No era que Kyra no quisiera casarse y tener hijos; era que no quería tenerlos con él. Y darse cuenta de eso casi lo había vuelto loco.

Lo recordaba todo de ese día, hasta los detalles más insignificantes. Lo tenía grabado a fuego en la mente; por mucho que tratara de borrarlo, no lo había conseguido.

En aquel momento, Mike llevaba ya un año sin verla. Doce meses y dos semanas para ser exactos. Llevaba dos meses tratando desesperadamente de ponerse en contacto con ella. Sabía que el contrato con aquel jodido crucero era por diez meses, así que, cuando pasó un año entero y ella no dio señales de vida, empezó a ponerse muy nervioso.

Y de repente se la encontró. Estaba allí, en Alden, más guapa que nunca, más redondeada, más suave, con un gilipollas a su lado y un precioso bebé en los brazos. Si James no lo hubiera impedido, se habría liado a puñetazos con aquel tipo y lo habría complicado todo. Bueno, lo habría complicado más de lo que ya estaba. Mientras su marido hablaba con Cynthia, Kyra se había dirigido a la parte trasera de la casa y Mike la había seguido.

—¿Cuántos meses tiene el bebé? —le había preguntado sujetándola por los antebrazos—. ¿Cuántos meses, joder? —había repetido cuando ella no respondió inmediatamente.

—Uno y medio —había susurrado ella.

Y el corazón de Mike se había roto.

Había muchas cosas en el mundo que uno podía manipular a su antojo. Por desgracia, los números no eran una de esas cosas. Deseó ardientemente que el bebé fuera suyo; que las mujeres tuvieran embarazos de once meses y no de nueve, pero las cuentas no engañaban. La preciosa niñita de cabello negro como el azabache y ojos grises era de Kyra, pero no era suya. Era del gilipollas.

Mike había cerrado los ojos, la había soltado, había dado media vuelta y se había marchado. Ésa había sido la última vez que había hablado con ella. Y que la había tocado.

Aquella noche se marchó a Boston, donde le dieron una paliza. Siempre había sido un luchador de los que se ciñen a las normas, pero esa noche algo cambió. Se metió en peleas ilegales. Y se lió con varias mujeres. Había pasado los dos años siguientes hundido en el mundo de las peleas clandestinas y las mujeres fáciles. Tardó todo ese tiempo en controlar un poco la furia que se había adueñado de él.

—Aquí estás —dijo Max acercándose a él y sacándolo de sus recuerdos—. ¿Estás bien, tío?

Mike respondió con un gruñido. Debería haberse largado de allí en el momento en que la había visto. Pero sus piernas no lo habían obedecido. Y seguían sin hacerle ni caso. Ni sus piernas, ni su polla ni su cerebro. Estaba duro como un mástil, y muy enfadado.

Cada vez que la veía, los recuerdos lo inundaban y las emociones encontradas lo ponían muy nervioso. Él no era una de esas personas contradictorias, llenas de matices. A él las cosas le gustaban o no le gustaban. Y si no, era porque no le importaban. Era un hombre de ideas muy claras, y le costaba mucho cambiar de opinión. Sin embargo, cuando Kyra se plantaba ante él, se volvía un pelele.

Max siguió la dirección de la mirada de Mike.

—Esa chica es especial, ¿eh? —comentó señalando a Kyra, que continuaba bailando.

Mike volvió a gruñir y dio otro sorbo a su cerveza sin apartar la vista de ella. Sí, ella era la puta ama de su corazón, incluso en ese momento, un poco bebida y sin pretenderlo, pero ni de coña iba a admitirlo. Era una tortura muy refinada encontrarte a tu ex cada sábado por la noche en la tele, en *prime time*, por no hablar de la cantidad de vídeos en los que aparecía. Era imposible ver un *top ten* sin encontrársela. Y luego estaban las actuaciones en directo con Amantis.

Como para olvidarla... Aunque tampoco podría haberlo hecho si no hubiera salido en la tele.

No era la misma chica a la que había pedido matrimonio siete años antes; era mucho mejor. Estaba más hecha, más mujer. Una mujer tan hermosa que le robaba el aliento. Una mujer que ya no le pertenecía, por mucho que su mente y su cuerpo se negaran a aceptarlo.

—A uno le vienen ganas de apuntarse a esas clases de *aquadance* —añadió Max.

Mike no quería hacerlo, pero no pudo evitar gruñir.

Su amigo sonrió.

—Tranquilo, tío, conmigo no tienes nada que temer. Aunque no puedo decir lo mismo del resto de los hombres que hay por aquí —dijo señalando la tropa de idiotas babeantes que la observaban bailar, dando vueltas a su alrededor como buitres, esperando la oportunidad propicia para atacar.

—Puedes hacer lo que le dé la gana —replicó Mike—. A mí me importa una mierda.

—Claro —dijo Max, apiadándose de él—. ¿Qué tal fue el posado en el centro comunitario?

—¿Cómo crees que fue?

—No lo sé. —Max sonrió con ironía—. ¿Las amigas de tu abuela te untaron con aceite?

—Vete a la mierda —murmuró Mike.

No. No había habido aceite corporal, pero sí muchos flashes de teléfonos móviles. Tantos que tenía miedo de entrar en YouTube por si las abuelas habían colgado un vídeo suyo. Y las que no tenían teléfono habían llevado prismáticos para no perderse ni un detalle. Como para no sentirse observado.

Debería haberse marchado del centro, pero no fue capaz. Se quedó. Luchando durante todo el rato para que no se le levantara y rezando a todos los dioses que conocía para que permaneciera en reposo. Había tratado de usar los principios de la mente sobre la materia que le habían enseñado durante su entrenamiento para conseguir el cinturón negro sexto Dan de kárate, pero no habían servido para una mierda. Por suerte, su abuela había tenido la decencia de colocarlos sentados. Además, estaban cerca pero sin tocarse. Eso le había permitido salvar la situación.

—¿Vas a seguir posando?

Mike se encogió de hombros.

—Aún no lo he decidido.

Su primer impulso era el de salir corriendo en dirección contraria, pero la idea de que otro tipo estuviera con ella durante dos horas, mirándola y tal vez tocándola, lo enfurecía tanto que no podía soportarlo.

—Tú mismo. Ya se ha corrido la voz de que Kyra está posando casi desnuda para esas clases. Si te retiras, la cola de voluntarios para reemplazarte llegará hasta la calle.

Como si no lo supiera. Su abuela y las demás no iban a tener que conformarse con el señor Honbacker o el señor Stilt; ya lo había informado de que había lista de espera para ocupar su lugar. ¡Joder! Cómo odiaba sentirse acorralado.

Max abrió la boca para añadir algo, pero justo en ese momento dos exuberantes pelirrojas lo interrumpieron.

—¿Por qué tardas tanto? Ven a bailar con nosotras, Max —le rogó la gemela número uno, tirándole de una mano mientras la gemela número dos hacía lo mismo con la otra.

—Id vosotras, chicas. Yo iré enseguida.

Ellas hicieron una mueca de disgusto.

—No tardes —dijo la gemela número dos antes de volverse hacia Mike y deslizarle un dedo sobre el pecho—. ¿Y tu amigo?

—Su amigo no está interesado —respondió Mike con tanta brusquedad que a Max se le escapó la risa.

—Pues qué lástima. Estaré por ahí si cambias de opinión —dijo ella mientras se alejaba.

—Son Mandy y Sandy. O Sandy y Mandy —aclaró Max, señalando a los dos bombonazos que se alejaban—. No estoy seguro de cuál es cuál. Creo que la que lleva un piercing en el ombligo es Sandy.

—No enseñan el ombligo.

—Por eso me cuesta distinguirlas —replicó Max.

Mike se las quedó mirando. Le resultaban familiares. De pronto, las recordó.

—Un momento. Yo las conozco. ¿No son...?

—Sí. Son dos de las sirenas de la despedida de soltero de James.

Mike estuvo a punto de atragantarse con la cerveza.

—¿Le has robado las sirenas a James?

Su amigo se echó a reír y se apoyó en la barra.

—Venga, hombre. Ya han pasado varios días desde la despedida. Además, James no les hizo ni caso. Y yo no le he robado nada a nadie. Ellas me han echado el lazo. Ya sabes lo que se dice sobre las sirenas. ¿Cómo iba a resistirme? No he podido huir de sus cantos.

¿Cantos de sirena? Más bien no había podido huir del bamboleo de sus tetas y de sus culos prietos.

—No me cuentes milongas. Eres tú el que las atrae. Y no sólo a las sirenas. Eres como el jodido flautista de Hamelín, pero sin la flauta.

Max alzó una ceja.



—Bueno, bien mirado, no te falta ni la flauta —añadió Mike.

Su amigo se echó a reír.

—Mira quién fue a hablar. Pues si tengo que ser un personaje inventado y llevar mallas, preferiría ser Batman, y no un tipo de aspecto afeminado que hipnotiza ratas.

Aunque Mike no tenía ganas de reír, acabó haciéndolo.

—Entiendo que hayas estado apartado de las chicas mientras probabas eso de la monogamia —dijo Max—, pero vuelves a estar soltero. Mandy y Sandy nos están esperando. Me vendría bien alguien que me cubra las alas.

—Me temo que hoy vas a tener que volar solo, Maverick.

—Pensaba que, ahora que lo habías dejado con Melanie, volverías a ser el mismo de siempre; que al fin habría alguien que me hiciera un poco la competencia.

Mike buscó a Kyra con la mirada.

—No estoy de humor —repuso—. Ve con tus sirenas. Estoy bien.

Max le dio una palmada en la espalda y le dirigió una mirada compasiva.

—Si te cansas de estar aquí salivando y acechando a quien ya sabes, ven a buscarnos —dijo, y se marchó.

Eso era exactamente lo que Mike debería hacer: largarse y rezar para que el alcohol le hiciera efecto cuanto antes y se quedara fuera de combate. O seguir los consejos de Max, entrarle a una de esas dos simpáticas sirenas y follársela hasta que se le cayera la polla a trozos.

Cuando la canción discotequera fue sustituida por una balada y Kyra fue a sentarse, un montón de tipos se acercaron a ella con los colmillos al descubierto. Antes de que su mente pudiera decir nada, Mike se abalanzó sobre ella.

—Baila conmigo, Rubita —se oyó decir mientras le agarraba la mano y tiraba de ella hasta que quedaron pegados cuerpo a cuerpo.

Con el contacto y el aroma que le llegó a la nariz, una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo, cortocircuitándole todos los sistemas. Joder, era como si todos sus sensores la reconocieran.

Los preciosos ojos de Kyra se abrieron mucho. Sin darle tiempo a reaccionar, Mike le atrapó la mano y la apoyó en su amplio pecho. Con la otra mano, le rodeó la cintura. Ella parecía estar demasiado sorprendida para

apartarlo. «Bien.»

—No me llames así —repuso.

Él la ignoró. Llevaba años llamándola así, y no tenía ninguna intención de dejar de hacerlo.

—¿Has encontrado al juguete sexual que buscabas como premio por haber sobrevivido al divorcio?

Kyra se tensó y trató de zafarse, pero él la sujetó con más fuerza.

—No es asunto tuyo.

Era la pura verdad, pero allí estaba.

—Si sigues bailando así, esa fila de hombres no hará más que crecer.

Aunque no hacía falta que bailara para eso. Todos los tíos del bar venderían su alma al diablo por la oportunidad de estar con ella.

Kyra lo miró con dureza y frunció los labios.

—¿Has decidido que ya me hablas? —espetó—. Porque no me has dirigido la palabra desde que volví a Alden.

—Tal vez no tuviera nada que decirte.

—Y ¿ahora sí?

—Ahora yo estoy borracho y tú vas pavoneándote por ahí medio desnuda.

Kyra lo fulminó con la mirada, pero él se mantuvo firme. En realidad era de las que iban más decentes del local. Y, desde luego, iba mucho más tapada que en aquel espectáculo que hizo en Nueva York y que él había ido a ver ad náuseam. También allí Mike había tenido que luchar contra el impulso de subir al escenario, cubrirla y liarse a puñetazos con todos los capullos que la estaban mirando. Que en esos momentos ella estuviera casada con otro hombre no le había importado a su jodida mente enloquecida.

—¿Medio desnuda? Por favor. No me vengas con esas tonterías cuando todas las mujeres del club llevan toda la noche pavoneándose delante de tus narices.

«Ah, me ha estado mirando», pensó Mike.

—No todas —replicó. La única que le interesaba lo había estado ignorando.

—Por cierto, ¿dónde está Melanie? —preguntó Kyra en un tono almibarado, mirando a su alrededor—. ¿Te espera en casa?

—Ya no estamos juntos.

Mike había intentado sentar la cabeza con otra mujer, pero era un plan condenado al fracaso desde el primer día. Sin embargo, se había aferrado a él con uñas y dientes, convenciéndose de que las cosas mejorarían con el tiempo, hasta que Kyra volvió a Alden y Mike se dio cuenta de que había estado engañándose. Melanie era dulce y bonita, muy hogareña, la esposa ideal, pero no la amaba, y no tenía sentido seguir con ella con la esperanza de que algún día su corazón se decidiera a hacerlo, más que nada porque su corazón hacía tiempo que no le pertenecía.

—Respóndeme de una vez. ¿Ya has elegido a tu juguete para esta noche?

Kyra ignoró su última pregunta.

—¿Cómo? No me digas que le molestó que te estuvieras tirando a Sinful a sus espaldas...

—Lo de Sinful son negocios.

Ella le enseñó todos los dientes en una sonrisa forzada.

—Por supuesto.

Aunque trataba de disimularlo, Kyra estaba cada vez más enfadada. Mike sabía que, si le explicaba lo que había ido a hacer al club de *striptease*, se calmaría, pero no le apetecía darle explicaciones. Ni sobre eso ni sobre Melanie.

—¿Qué carajo estabas haciendo tú allí, por cierto?

—Lo mismo que tú —respondió Kyra con una sonrisa más falsa que una moneda de tres euros.

—Lo dudo mucho.

La última persona que Mike había esperado encontrar en Culos Arriba era a Kyra. El coche abandonado en la cuneta debería haberlo puesto sobre aviso, pero estaba tan acostumbrado a ver ese coche —sí, muy mono pero hecho un desastre— tirado por cualquier parte que no le había prestado atención. Había apoyado la mano en el capó y tras comprobar que se había recalentado, había supuesto que Kyra había seguido camino hacia el pueblo con alguien.

Pero no, estaba en el club, con Angie y la camarera. Aunque ella no se daba cuenta, había más tíos mirándola a ella que a la *stripper*. No importaba que la *bailarina* se hallara casi desnuda y perfectamente maquillada; ni que

Kyra llevara la cara lavada, el pelo recogido en un moño y estuviera vestida con un traje de chaqueta. Mike no estaba acostumbrado a verla vestida así, pero la verdad es que le sentaba muy bien. Joder, es que le sentaba bien todo.

Los clientes la miraban de reojo, como si esperaran que en cualquier momento fuera a saltar al escenario, quitarse esa ropa tan formal, deshacerse el moño y mostrarles la gatita que llevaba dentro. Mike lo sabía porque, durante un momento, él también lo había deseado. Pero luego se había enfurecido. Y oírla hablar sobre un hombre que le sirviera de distracción no había ayudado.

—Te he preguntado si ya has encontrado a tu distracción para esta noche —insistió.

Ella le dirigió una mirada asesina. Estaba inspirando hondo —para pegarle un grito o darle un empujón, no lo sabía—, cuando notó que le vibraba el teléfono.

Distraída momentáneamente, se sacó el móvil del bolsillo y echó un vistazo a la pantalla. Al momento olvidó que estaba enfadada y sonrió.

—Disculpa —le dijo.

En cuanto Mike la soltó, ella se apartó hacia una zona más tranquila. Él la siguió, como si estuviera atado a ella por una cuerda invisible.

—Hola, cariño —dijo Kyra, respondiendo al teléfono.

Mike se tensó.

La expresión de Kyra se relajó, y una amplia sonrisa le iluminó el rostro. Hubo un tiempo en que solía mirarlo a él con esa expresión. Al principio no, porque era una chica muy reservada, poco amiga de manifestaciones públicas de afecto, pero poco a poco se había ido soltando.

—¿Por qué llamas tan tarde? —Tras una pausa, añadió—: Yo también te echo de menos, cariño.

Mike apretó los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Si hubiera tenido una cerveza en la mano, habría roto el vaso. Dios, cómo deseaba que ella le hablara en ese tono. Sólo a él. Y que sonriera así gracias a él. No podía soportar la idea de que sonriera así pensando en otro imbécil.

—Ya veo que lo estás pasando bien. —Kyra se echó a reír—. Sí, claro. Pórtate bien. Yo también te quiero, cariño.

Cuando apagó el teléfono, Mike recorrió el par de pasos que lo separaban de ella.

—Era Sam—le aclaró ella sin dejar de sonreír—. Está de acampada.

«Sam.» Estaba hablando con su hija. Mike no se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta que lo soltó de golpe. No estaba hablando con otro hombre. Tenía muy claro que Kyra ya no era suya, y sabía que no debería sentirse aliviado, pero no podía evitarlo. Estaba aliviado de cojones. Para no darles más vueltas a sus sentimientos y aprovechándose de que ella parecía mucho más relajada, la atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos.

Esta vez, Kyra no se resistió ni se quejó. Parecía como si haber hablado con su hija la hubiera relajado y le hubiera quitado las ganas de bronca.

Estaban algo apartados del resto de las parejas. Ya no estaban sobre la madera del porche, sino en la arena, cerca del lago y, aunque todavía oían la música, bailar allí era mucho más íntimo.

—¿Cómo está Sam? —preguntó él.

—Divirtiéndose.

—Bien. —La abrazó con más fuerza.

—Me estás apretando demasiado —susurró Kyra con la boca pegada a su pecho, pero sin hacer ningún intento de separarse.

—No estoy de acuerdo. Te estoy abrazando con la fuerza justa.

Y, milagro de milagros, ella no protestó. Se relajó y se fundió con él. Mike enterró la cara en su pelo y aspiró. Dios mío, seguía oliendo igual que siempre. Era como volver a entrar en casa después de un largo viaje.

—Te has divorciado —susurró Mike sin apartar la cara.

Ella ahogó la risa.

—¿Qué te lo ha hecho sospechar?

—Oh, no sé. ¿Tal vez el pastel de boda con la figura de la novia dándole una patada en el culo al novio?

La figura de la novia estaba en el piso superior del pastel, sujetándose el vestido con las dos manos y con la pierna aún doblada después de haber dado la patada al novio, que estaba rodando pastel abajo, desaliñado, con un ojo morado y las maletas dando vueltas a su alrededor.

—Sí. Qué gracioso. Angie está como una cabra.

A Mike no se le escapó la ironía del comentario, ya que la amiga de Kyra era psiquiatra.

—Al parecer —siguió diciendo ella—, Angie tiene una clienta que colecciona maridos, y fue ella quien le habló de los pasteles de divorcio.

—Ya veo que seguís tan unidas como siempre.

La relación entre Angie y Mike se había enfriado mucho. Él se había enfadado con ella porque, cada vez que acudía a la psiquiatra pidiéndole —no, no pidiéndole, sino exigiéndole— explicaciones porque Kyra no respondía a sus llamadas o porque no regresaba a Alden después de que hubo acabado el crucero, ella guardaba silencio. Daba igual lo que él hiciera, lo mucho que le rogara; Angie cerraba la boca y no soltaba prenda.

Y, mientras tanto, Kyra se estaba tirando al gilipollas. La culpa no era de Angie. Ella sólo seguía instrucciones.

—Sí, es la única amiga que he tenido en la vida. Ella y...

Él. Kyra se mordió la lengua, pero Mike la entendió perfectamente. Había tenido amistades, pero ninguna tan íntima como la suya.

Siguieron bailando un rato en silencio hasta que Mike notó que ella se reía con la cara aún pegada a su pecho.

—Aún bailas como el culo —comentó Kyra.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, Mike le sujetó la cara entre las manos y le acarició los labios entreabiertos con el pulgar.

—Cierto, pero sigue valiendo la pena intentarlo —repuso.

Ella lo miró con una expresión parecida al pánico.

—Mike...

Él se inclinó hacia ella y olió su brillo de labios. Fresas, como siempre.

—¿Alguna vez piensas en nosotros? ¿Echas de menos lo nuestro?

Mike no estaba seguro de qué estaba haciendo, pero no podía reprimirse. Kyra estaba entre sus brazos, dócil y suave. Su dulce aroma le asaltaba los sentidos. Estaba tan colocado como si se hubiera puesto de anfetaminas hasta las orejas.

Ella trató de apartarse.

—No, no quiero...

Mike la agarró con fuerza.

—No me estoy poniendo de rodillas para ofrecerte un anillo, gatita. No volveré a cometer ese error, joder. Nunca más. Pero necesitas distraerte y yo estoy encantado de ayudarte —le dijo acariciándole el cuello con la nariz y sintiendo cómo se estremecía.

—Si necesitara a alguien para distraerme, estoy segura de que encontraría otros candidatos por aquí.

—Ninguno de esos hombres te follará como yo.

—¿Ah, no? Pensaba que no te interesaba nada de lo que yo tenía —replicó Kyra desafiante.

—He cambiado de idea —susurró él, acariciándole el labio con el pulgar y sintiendo cómo la respiración de ella se aceleraba.

«Mentiroso.»

La verdad era que no había ni un centímetro del cuerpo de Kyra que no deseara. Ni uno. Ni ahora ni antes. Joder, la única manera de que pudiera mantenerse alejado de ella era que lo sacaran del local y le pegaran un tiro. Aunque lo enfurecía tener que admitirlo, así era. Kyra era como una droga a la que estaba enganchado y no podía dejar. Si alguien necesitaba pruebas, sólo tenía que observar su comportamiento de esa noche. Su primera impresión había sido correcta: tenían que hacerle una lobotomía y castrarlo.

Pero bueno, ya que había empezado, podía seguir un poco más.

Mike abrió la mano y se la apoyó en la parte baja de la espalda. Le acarició la piel cálida y notó los escalofríos que le recorrían la espalda.

—Deja que te haga el amor esta noche. Yo fui quien se llevó tu virginidad. Todo cuanto sabes sobre el placer te lo enseñé yo. Yo sé lo que te gusta y sé cómo te gusta. Sé lo que te excita. Sé cómo hacer que te empapes y me ruegues que te folle. No he olvidado ni un solo detalle. Sé cómo conseguir que te corras una y otra vez. Y otra, y otra. —Mike siguió dejando un rastro de besos en el cuello de Kyra mientras ella se estremecía entre sus brazos—. O, si lo prefieres, puedes enseñarme lo que te gusta hacer ahora. Todavía no soy demasiado viejo para aprender trucos nuevos —añadió deslizándole la rodilla entre los muslos para que ella notara su erección, que palpitaba con fuerza.

Kyra jadeaba abiertamente y le clavaba las uñas en la piel. Mike la agarró por el cuello, hundió los dedos en su sedosa melena y la besó con intensidad y profundidad. Un ataque frontal completo. Y, en vez de rechazarlo,

ella se aferró a sus hombros y le devolvió el beso, acercándole la pelvis a su erección. Dios, sabía tal como la recordaba.

Era un beso empapado de necesidad y desesperación. Sus cuerpos habían tomado el control de la situación.

De repente, como si acabara de despertarse de un trance, Kyra le apoyó las manos en el pecho y le dio un empujón para apartarse de él.

—No. No quiero hacerlo contigo —espetó.

Mike tardó unos segundos en librarse de la niebla que le nublabla la cabeza. Al darse cuenta de lo que había dicho, se echó a reír sin ganas.

—Vaya. Ni siquiera te sirvo para echar un polvo por despecho.

Ella le dirigió una mirada severa. No dijo nada. Ni falta que hacía. Sus ojos lo decían todo. No, no le servía ni para un polvo por despecho.

Mike se echó hacia atrás como si le hubieran dado una bofetada, pero se recuperó con rapidez.

—Entendido.

La nebulosa que había conseguido crear gracias al alcohol y a las endorfinas de volver a tener a Kyra entre sus brazos se despejó de golpe. Volvía a estar dolorosamente sobrio.

—Deja de bailar y vuelve a casa ahora mismo —le dijo Mike mirando a su alrededor—. A no ser que te apetezca que te violen en grupo.

A continuación, sin dejarle tiempo a responder, se volvió y se alejó.

Menudo imbécil. Siempre dispuesto a aceptar las migajas que ella le arrojara. Debería habérselo imaginado. ¿A santo de qué carajo se acercaba a ella? ¿Para qué coño la tocaba y la besaba?

Si no había sido lo bastante bueno para ella entonces, tampoco lo sería ahora.

Esta vez sí que era la última. De verdad. No volvería a picar. Mientras se dirigía a la salida del local, notó que una mano lo agarraba por el brazo.

—¿Ya te marchas? —le preguntó Sandy. O Mandy—. ¿Seguro que no puedo convencerte para que te quedes?

Mike dudó por un instante. La furia seguía hirviendo en su interior.

—Tal vez sí.

La sirena sonrió.

—Un «tal vez» me sirve.



Mike dejó que ella lo arrastrara hasta la barra. Sintió un hormigueo de rechazo en la piel ante el contacto con otra mujer, pero lo ignoró. Un coño era un coño.

Y un clavo sacaba otro clavo.

En algún lugar de su mente oyó un vocecilla que trataba de advertirle de que se estaba engañando, de que no iba a funcionar, pero se obligó a ignorarla sin piedad.

Estaba claro que con el alcohol no iba a conseguir quitársela de la cabeza, pero podía intentarlo con el sexo. Llevaba años practicando, y hay que practicar mucho para alcanzar la perfección.

—Tus instalaciones acuáticas son una mierda —dijo Angie cogiendo un poco de agua entre las manos y echándosela sobre el pecho. El agua de la piscina apenas le llegaba a la cintura—. Deberíamos haber ido al Lake Club Resort. La piscina del *spa* es la bomba.

Kyra señaló a su hija, que chapoteaba alegremente pertrechada con gafas de bucear y aletas. Trataba de sumergirse en la piscina inflable de sesenta centímetros de profundidad. Luego se ponía de pie y escupía el agua.

—Nos echarían a patadas —repuso—. Se cargaría el *chi* de tus relajadas clientas.

—Tienes razón.

A ella no le vendría nada mal un poco de *chi*. Se había atiborrado de ibuprofeno, pero no le había hecho efecto. No debería haberse ido a dormir tan tarde la noche anterior, sobre todo sabiendo que tendría que levantarse temprano para recoger a Sam. Al llegar a casa estaba demasiado borracha y demasiado enfadada para dormir. Se había pasado horas dando vueltas, con el cuerpo en llamas por las caricias de Mike y la mente hecha un lío por sus crueles palabras.

«Deja de bailar y vuelve a casa ahora mismo. A no ser que te apetezca que te violen en grupo.»

«Capullo.»

Le apetecía tanto quedarse en The Shack como que le arrancaran los ojos, pero después de que le dijera eso no podía darle la satisfacción de marcharse, así que se había quedado, había bailado, había bebido y sonreído, fingiendo que se estaba divirtiendo cuando en realidad se estaba muriendo por dentro.

«No he olvidado ni un solo detalle. Lo recuerdo todo.»

Cabrón. Ella también lo recordaba todo. Hasta las partes que desearía olvidar.

Su teléfono empezó a sonar. Fue a responder la llamada, pero al ver de quién se trataba, no lo hizo.

—Drake —dijo tras aclararse la garganta.

—¿Qué le pasa a ese gilipollas? —repuso Angie, aprovechando que Sam volvía a estar bajo el agua—. Te lo ha quitado todo. Sólo te ha dejado deudas, que son sus deudas, por cierto. ¿Qué coño quiere ahora?

Kyra se encogió de hombros. Hacía mucho tiempo que había dejado de analizar el comportamiento de Drake. En cuanto se había dado cuenta de que su matrimonio era cosa de uno, poco después de la boda.

En ese momento, Rebecca, Wilma y Greta salieron de casa de esta última y se dirigieron hacia ellas.

Kyra adoraba a esas tres damas arrugadas, especialmente a la abuela de Mike.

Un par de semanas antes, Rebecca había ido a hablar con ella. Al parecer, su monitor de *aquadance* había resbalado y se había lesionado. Estaban buscando un sustituto. Entonces, la abuela de Mike le había dado un trozo de papel. Cuando le preguntó qué era, Rebecca le había respondido:

—El horario. Te he apuntado como nueva monitora. Empiezas mañana.

Luego, suavizando el tono de voz y colocándose un mechón de pelo blanco azulado detrás de la oreja, había añadido:

—¿Verdad?

Rebecca no le había dado la oportunidad de negarse. En Alden habían cambiado muchas cosas, pero Rebecca era de las pocas que no lo habían hecho. Seguía siendo la misma anciana cariñosa, tozuda y sincera que Kyra había conocido. Sólo la superaba Wilma, un petardo pelirrojo con mucha

clase. Llevaba el pelo rizado teñido de rojo y le encantaba ponerse turbantes y ropa elegante. Greta estaba más rellenita. Tenía el pelo castaño, rizado de permanente, y llevaba unas gafas con forma de ojos de gato.

Eran la versión de Alden de los ángeles de Charlie.

Sam salió del agua y las saludó alegremente.

—¡Hola!

—Qué alegría volver a verte por aquí, cielo —le dijo Rebecca a Sam, mientras las otras dos ancianas le dirigían una amplia sonrisa—. ¿Te lo has pasado bien?

La niña asintió, apartándose el pelo de los ojos.

—Recuerda que mañana hay ensayo para la obra de teatro. Te esperamos —añadió Wilma, apoyándose en la valla que separaba ambos jardines.

Sam había empezado a ensayar una obra con otros niños del pueblo. Estaba muy emocionada porque hacía de abeja.

—Allí estaré. Ya tengo las alas —dijo Sam, agitando las manos y dando vueltas sobre sí misma, salpicando a Kyra y a Angie y pisándoles los pies.

Sí, efectivamente, las instalaciones acuáticas de Kyra dejaban mucho que desear.

—Señoras...

Kyra se volvió y vio que Mike se acercaba a las abuelas vestido con unos vaqueros gastados y una camiseta negra que le marcaba todos los músculos. Tenía los ojos cubiertos por unas gafas de aviador, pero a Kyra no le costó nada detectar el instante exacto en que él se dio cuenta de su presencia, ya que se quedó clavado en el suelo y se tensó visiblemente. Dejó el paquete que llevaba sobre la mesa del jardín y no se acercó. Aunque no le veía las pupilas, Kyra notó su mirada en su piel. Al igual que su desprecio. En aquella mierda de piscina inflable, se sintió totalmente expuesta ante su escrutinio. Resistió el impulso de taparse con las manos y alzó la barbilla desafiante.

Mike se volvió hacia las tres ancianas y gruñó.

—La próxima vez que a Greta le baje el azúcar, dadle un dulce. No hace falta que movilicéis a mamá para que me localice y me envíe a comprar helados.

—Hace demasiado calor para los dulces, Mike.

—¡Helados! —exclamó Sam—. ¿Puedo tomarme uno?

—Claro —respondió Rebecca.

—¡Bien!

Sam salió de la piscina de un salto y, salpicándolo todo de agua, corrió con dificultad hacia el jardín de Greta, puesto que no se había quitado ni las gafas de bucear ni las aletas. La verja sólo tenía quince centímetros de alto, pero a Sam no le hizo falta saltarla porque faltaban varias tablas. También había una puerta al lado del hueco, pero la niña no la usó.

Pasó al jardín vecino, pero antes de llegar a la mesa tropezó con una aleta y, con un grito de sorpresa, salió volando por los aires. Kyra trató de levantarse rápidamente, aunque antes de que se pusiera de pie, Mike ya había alcanzado a la niña, salvándola de una buena plancha.

—Cuidado.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Kyra.

—Sí, mamá. Me he pisado la aleta. —Parecía faltarle un poco el aliento pero, aparte de eso, estaba bien.

—Te aconsejo que te las quites cuando tengas que correr. Y las gafas también —le dijo Mike con una sonrisa—, sobre todo si están llenas de agua.

Ella hizo lo que le decían y se echó a reír.

—Sí, mucho mejor. Gracias.

—De nada.

Rebecca miró a su nieto con cariño.

—¿Por qué no te quedas a tomarte un helado con nosotras?

Mike no respondió. Con un gruñido, sacudió la cabeza, dio media vuelta y se marchó.

—Mike es el tipo más majo del pueblo —susurró Angie al oído de Kyra—, excepto cuando tú estás cerca.

Sí, Kyra ya se había dado cuenta. Mike le sonreía a todo el mundo siempre, menos a ella.

La última vez que le había sonreído había sido siete años atrás, la noche en que le había pedido que se casara con él.

La semana antes de la gran debacle, su relación se había tambaleado ligeramente. Kyra estaba a punto de graduarse en la universidad y ya había recibido una espectacular oferta de trabajo en una empresa de cruceros, y no

precisamente una barata. La *Summit* era la joya de la Corona de la naviera, y a Kyra le habían ofrecido el puesto de bailarina principal. Era una oportunidad espléndida, pero a Mike no se lo había parecido. Él quería tenerla cerca.

La pareja estaba en su lugar secreto, un rincón apartado del lago, donde Mike se había puesto de rodillas, le había ofrecido un anillo de compromiso y le había pedido que se casara con él.

A Kyra la petición de mano la había tomado por sorpresa, sobre todo teniendo en cuenta que los últimos días habían sido un poco tensos. Mike estaba nervioso y distraído, y ella ocupándose de todos los detalles de la graduación.

—Mike, no puedo aceptar. Ahora no. Quiero trabajar en el crucero.

—No quiero que aceptes ese empleo —había dicho él muy tenso.

—Ya lo he aceptado.

Él se había puesto en pie de un salto.

—¿Has aceptado el jodido empleo sin hablarlo antes conmigo? ¿Sabiendo que no quiero que lo hagas?

Eso había sido la puntilla. Kyra se había cruzado de brazos y le había plantado cara, aunque era mucho más bajita que él.

—No necesito tu permiso para hacer nada.

Kyra había llegado allí dispuesta a decirle que podían marcharse del pueblo juntos y casarse más adelante, pero la conversación se les había ido de las manos. Mike no quería continuar con su relación como hasta ese momento.

—Si no aceptas mi anillo es que no me quieres, así que no tiene sentido seguir con esto —había dicho.

El ultimátum únicamente había servido para enfurecer todavía más a Kyra. Ambos habían acabado gritando y diciéndose tonterías sólo por hacerse daño. Aquella noche, Kyra había dormido en casa de Angie. Al día siguiente, se había marchado camino del puerto.

Mike no había entendido por qué no había querido casarse; por qué necesitaba irse de Alden y convertirse en alguien. Él no tenía esa necesidad. Era un tipo de pueblo, encantado con la vida rural. Le había dicho a Kyra cientos de veces lo feliz que era allí con sus amigos, con su familia, con su trabajo. No quería mudarse a ninguna otra parte. Tenía su gimnasio y sus

clases de artes marciales. Pero, como bailarina, Kyra tenía que viajar mucho. Y Mike no era de ese tipo de hombres que viajan siguiendo a su esposa sin hacer nada más.

Mike ya era alguien. Se sentía muy satisfecho con su vida y no necesitaba demostrarle nada a nadie. Se sentía muy seguro de su valía. Pero el caso de Kyra era muy distinto. La cantidad de cosas que tenía que demostrarse era abrumadora. Se estaba ahogando y Mike no lo había entendido.

Un mes había sido suficiente para que Kyra se diera cuenta de que embarcarse de aquella manera había sido un error. Ver mundo y ser libre sin Mike a su lado no era lo que quería. Lo llamó por teléfono y, al comprobar que no respondía, le dejó un mensaje. Al ver que se acercaba la fecha del cumpleaños de Mike, decidió ir a por todas. Le dijo al capitán que se había producido una emergencia familiar y que tenía que desembarcar. Por suerte, aún estaban haciendo el circuito del Caribe. Kyra desembarcó en Nassau y llegó a Alden a tiempo para su cumpleaños. Se dirigió directamente a su lugar secreto, la cabaña del lago escondida en el bosque donde él le había pedido matrimonio. Efectivamente lo encontró allí, pero no estaba solo. Estaba sentado en los escalones de madera de la cabaña propiedad de su familia donde Kyra había perdido la virginidad. Una furcia le estaba haciendo una mamada. Su cabeza se movía arriba y abajo animadamente sobre su polla. Mike había alzado la cabeza, la había mirado fijamente y le había sostenido la mirada de un modo desafiante. La había mirado como si no estuviera allí mientras otra mujer le chupaba la polla. Una manera muy clara de decirle qué lugar ocupaba en su vida: ninguno.

Racionalmente, Kyra comprendía que no le había sido infiel. Ya no estaban juntos, así que podía hacer lo que le diera la gana. Pero sólo en teoría, porque su cuerpo gritaba que Mike seguía siendo suyo. Verlo de esa manera y ser consciente de que lo había perdido fue, con diferencia, la peor experiencia de su vida. Y, teniendo en cuenta todas las malas experiencias que había sufrido durante su infancia y su adolescencia, y todas las de después de casarse con Drake, era decir mucho.

Kyra había regresado al barco, había rogado que le devolvieran el puesto y se había ido a dormir llorando cada puta noche. Drake, que era astuto como una serpiente, le había tirado la caña desde el primer día. Y, aunque ella se lo

había quitado de encima, Drake se había dado cuenta de que algo había cambiado tras su regreso al barco. Notó que tenía las defensas emocionales bajas y no dejó de perseguirla a todas horas hasta que ella se rindió. Kyra no tenía experiencia con serpientes, y cayó en su trampa de cuatro patas. No haberse dado cuenta de la auténtica naturaleza de Drake era algo que seguía avergonzándola profundamente. Mike siempre la había cuidado; se había preocupado por ella. ¿Y Drake? Drake era un capullo. Lo único bueno que tenía era su físico. Pero Kyra estaba deprimida y sola. Hacía dos turnos cada noche y bebía demasiado. Apenas comía. Le costaba dormir. Joder, apenas si lograba concentrarse lo suficiente para leer el menú. Cuando se le aclaró un poco la cabeza, estaba embarazada y tan perdida en la vida que le costaba respirar.

Luego se quedó sin trabajo y con un bebé en camino. Drake seguía a bordo y Kyra se encontró sola en tierra. Había afrontado sola los últimos meses de embarazo y el parto. Después de dar a luz, Drake la visitó. Pero cuando se dio cuenta de lo que suponía cuidar de un bebé, le faltó tiempo para volver a enrolarse a bordo de otro crucero. Era mucho más sencillo y glamuroso.

Hacerse un nombre en el competitivo mundo del baile con un bebé a cuestas había sido tan difícil que Kyra aún no sabía cómo lo había conseguido.

Angie se inclinó hacia ella sacándola de sus recuerdos y murmuró:

—¿Sabes? Mike te mira como si...

—¿Como si quisiera estrangularme?

—A veces. Pero otras veces, cuando tú estás mirando hacia otro lado, te mira con una mezcla de deseo y añoranza.

Kyra se echó a reír sin ganas.

—¿No estabas conmigo hace dos días en Culos Arriba, cuando seguía con los ojos el movimiento de caderas de aquella *stripper*?

—Sí. Y también estaba contigo anoche, cuando se te estaba comiendo con los ojos. No, rectifico: se te estaba comiendo con los ojos, la boca y las manos.

Kyra no quería pensar en ello, ya que sólo el recuerdo de ese momento era suficiente para estremecerse de arriba abajo.

—Estaba buscando a alguien a quien meter en su cama, Angie —replicó—. Cuando le dije que no, se fue a buscar a otra.

Concretamente, a una pelirroja que no había dejado de sobarlo en toda la noche.

Su amiga se encogió de hombros.

—No sé, no me convences. Puede acostarse con quien quiera, cuando quiera, pero entre vosotros dos hay algo especial.

Eso era indiscutible. Entre ellos había un universo de dolor.

—Cuando estabas en el barco, siempre venía desesperado a pedirme que le dijera dónde estabas. Y luego, cuando acabó el crucero pero no volviste al pueblo, también, ya lo sabes.

Kyra bajó la mirada. En ese momento, ya era demasiado tarde.

No esperaba que las cosas llegaran tan lejos, ni siquiera después de la última discusión. Pensaba que él la llamaría y que llegarían a algún tipo de acuerdo. Pero no había sido así. Y, cuando Mike empezó a llamarla, ella ya estaba desquiciada, muerta de miedo por su embarazo y furiosa con él por haberla traicionado.

—La actitud de Mike es un poco hostil, pero diría que ésta es una buena oportunidad para arreglar las cosas entre vosotros —comentó Angie.

Kyra se echó a reír sin ganas. Sí, *hostil* era una buena palabra para definirlo. Mike habría preferido ahorcarse que estar a su lado o hablar con ella, especialmente después de la fiesta de divorcio.

«Ni siquiera te sirvo para echar un polvo por despecho», le había dicho.

Durante un instante, antes de que él levantara sus barreras habituales, Kyra había visto que estaba dolido.

Mike no había entendido la razón por la que lo había rechazado, pero daba igual. Después de cómo se había acercado a ella, era lo mínimo que se merecía. Sin embargo, aunque ella nunca lo confesaría, pensar que no lo consideraba bueno ni para un polvo por despecho estaba tan lejos de la realidad que resultaba gracioso. La verdad era que Mike nunca le serviría para un polvo por despecho porque era mucho más que eso. Tenía el poder de destruirla con una sola palabra o una mirada. Mike era de esos hombres con



los que una nunca se recupera cuando los pierde. Lo sabía de primera mano, porque nunca se había recuperado. Tras años de intentarlo, había logrado una especie de tregua con su corazón, y no quería arriesgarse a perderla.

Mike no parecía tener ese problema.

El día anterior, mientras estaba entre sus brazos, antes de que su cerebro diera la alarma, se había sentido muy a gusto. Hacía tanto tiempo que no se sentía así de bien que se había asustado mucho. Sobre todo al darse cuenta de que estaba a punto de aceptar su proposición, por grosera que fuera.

«Ninguno de esos hombres te follará como yo.»

Y, por mucho que la avergonzara reconocerlo, él tenía razón. La polla de Mike no tenía ningún problema. El problema, en todo caso, estaba en su cerebro. Era un milagro que nadie le hubiera cortado las pelotas y se las hubiera hecho comer.

Verlo salir del local del brazo de aquella pelirroja que no paraba de decir «ooohhh» y «aaahhh» cada vez que él abría la boca y de meterle mano por todas partes le había sentido como una patada en el estómago. Otra vez. Kyra pensaba que el episodio de la *stripper* la habría curado de espantos, pero al parecer no había sido así. Ni siquiera ahora, después de todos esos años, podía ver a Mike con otra mujer.

Tras el funeral de Ralf, cada vez que Kyra había preguntado por Mike, Angie nunca había querido responder, pero ella acababa enterándose siempre de lo que hacía. Que era acostarse con mujeres. Con muchísimas mujeres. Enterarse le dolía en el alma, pero aparte de aquella vez en la cabaña del lago, nunca lo había visto directamente. El día anterior, en cambio, con la pelirroja, había visto con sus propios ojos cómo bailaban y coqueteaban. Y luego los había visto salir del local juntos. No los había visto en acción, pero eso ya había sido demasiado doloroso.

¿Amaba todavía a Mike? Desde luego. Tanto que le faltaba el aire. ¿Significaba eso que estaba dispuesta a convertirse en una de sus compañeras de cama? Ni muerta.

—¡Mami!

Sam se acercó corriendo hacia ella con un cucurucho de helado en cada mano y una sonrisa radiante. A Kyra se le hizo un nudo en el estómago. La niña se le echó encima de un salto, manchándolas a las dos con el helado.

Quería tanto a su pequeña.

Cuando vio a Angie, a Sam se le borró la sonrisa de la cara.

—No he podido traer tres —dijo—. Pero podemos compartirlos.

—No te preocupes, preciosa. Me paso el día sentada en una silla. He de tener cuidado con lo que como.

—Nosotras no. Nosotras bailamos, ¿verdad, mamá? —replicó Sam, dándole un beso a Kyra y llenándole la mejilla de helado.

Ella le dio un fuerte abrazo, sintiéndose muy emocionada de repente.

Sam era lo único importante.

Mike y ella ya no eran una pareja; ya no eran nada. Tenían un pasado en común, pero eso era agua pasada. Era imposible salvar su relación porque no quedaba nada que salvar, y era mejor así. A partir de ese momento, se concentraría en ocuparse de Sam y se apartaría de Mike hasta que pudiera marcharse de Alden. Ese pueblo era demasiado pequeño para los dos.

—Me tomas el pelo, ¿verdad? ¿Me estás diciendo que mi hija de seis años, con sus veintipocos kilos de peso, ha hecho esto? —preguntó Kyra mientras contemplaba asombrada el espejo roto que cubría la pared de punta a punta y del suelo al techo. Sam la miraba haciendo morritos, enfadada—. ¿Ella sola?

Al ver los destrozos, uno se imaginaría que King Kong y Godzilla habían estado jugando a pilla pilla en la sala.

Estaba en Haddican, el gimnasio de la familia de Mike rodeada por la familia de Mike. Gracias a Dios, él no estaba allí.

Además de los espejos rotos, el suelo de parquet estaba lleno de manchas de pintura. Y había salpicaduras por todas partes: en las paredes, en el techo, en los espejos rotos, en Sam...

Kyra casi había tenido un infarto cuando Wilma la había llamado por teléfono para decirle que había ocurrido un incidente con su hija. Llegar al gimnasio y cruzarse con las demás madres que salían con sus niños llorando del brazo y la miraban con reprobación no había ayudado en nada.

Se había acercado corriendo a su hija, muerta de miedo de que le hubiera ocurrido algo malo.

—Sí, ella sola —respondió Dan, el padre de Mike—. Bueno, con la ayuda de esas dos grandes escaleras. No sé cómo ha conseguido que chocaran entre sí y cayeran sobre los espejos, aunque estoy seguro de que no quería hacerlo.

«Gracias a Dios.» Kyra se estremeció pensando qué clase de destrozos sería capaz de hacer Sam si se lo propusiera.

—Marcy me dijo que no era una abeja convincente y me empujó primero —replicó Sam con tozudez. Tenía un ala rota y sus antenas de abeja nunca volverían a estar rectas pero, aparte de eso, estaba sana y salva—. Lo siento. Quería tirarle de la coleta. No quería hacer esto. Ha sido un *efecto dómina*.

—Efecto dominó, cariño, efecto dominó —la corrigió Dan, disimulando una sonrisa.

—Bueno, si tenemos en cuenta cómo ha acabado la sala, a lo mejor *dómina* es la palabra correcta, ¿no crees, papá? —preguntó riendo Sara, la hermana pequeña de Mike.

Dan asintió, sonriendo ya con ganas.

Se parecía tanto a su hijo que a Kyra le costaba mirarlo. Se volvió hacia Sara.

—Y ¿cómo es que estabais ensayando aquí? Pensaba que ibais a hacerlo en el centro comunitario. —Al menos, allí era donde Kyra había dejado a su hija dos horas antes. Si hubiera sabido que el ensayo era en el gimnasio, no le habría dado permiso para acudir. Ni de broma.

—Habían pintado el vestíbulo y el olor a pintura era demasiado intenso. No hay otro sitio en Alden con un espejo de pared a pared, así que vinimos aquí —explicó Wilma.

Rebecca asintió.

Dios, Dios, Dios..., de todos los locales de Alden, tenían que acabar justamente en éste. El gimnasio había sido como un segundo hogar para Kyra. Aparecía en todos sus recuerdos felices. Ese lugar y Mike. Precisamente por eso no se había atrevido a acercarse por allí desde que había vuelto al pueblo. Había evitado pasar por delante. Y, teniendo en cuenta que estaba en plena calle Mayor, no era difícil imaginarse lo que le había costado. Había dado más vueltas que un ventilador.

—¿Y las otras chicas? ¿Marcy?

—Sanas y salvas —respondió Dan—. Marcy también, básicamente. Aunque tal vez le duela un poco el cuero cabelludo.

—Y puede que haya perdido unos cuantos pelos —añadió Rebecca.

—¡Sam! —exclamó Kyra enfadada.

—Mamá, fue muy antipática conmigo.

—Eso no es excusa, Sam. Vas a tener que pedirle disculpas.

La niña frunció el entrecejo, pero finalmente asintió.

—Y a ellos también —añadió Kyra, señalando a la familia de Mike.

Esta vez, las disculpas le salieron del corazón.

—Lo siento. Lo siento mucho. No quería hacerlo —dijo Sam mirando al padre de Mike.

Dan le revolvió el pelo con cariño.

—Lo sé, cielo. No ha pasado nada.

«Ya, claro. No ha pasado nada», se dijo Kyra mirando desolada a su alrededor. Echó mano al bolso. Su bolso..., ese bolso tan vacío con el monedero aún más vacío.

—Ejem, ¿cuánto te debo? —preguntó, aun sabiendo que no podía pagarlo. ¿Un espejo de mano? Sí. Casi seguro. Pero ¿ese espejo? Ja. Ni de broma. Esperaba poder llegar a un acuerdo para pagárselo a plazos.

Rebecca, Dan y Sara intercambiaron miradas.

—¿Tienes hambre, bonita? —preguntó Amanda, la madre de Mike—. ¿Te preparo algo?

—¿Puedo, mami?

—Sí, claro —respondió Kyra mientras Sam salía de la sala de la mano de Amanda y de Wilma—. Tú y yo hablaremos luego, señorita.

De pronto, Kyra se encontró a solas con el padre de Mike, su hermana pequeña y su abuela. En su gimnasio.

Tenía que resolver aquello enseguida, antes de que apareciera Mike por allí.

—No está acostumbrada a jugar con otros niños —excusó Kyra a su hija—. Siento todo esto.

Los ojos azules de Dan se iluminaron mientras le dirigía una mirada compasiva.

—No tienes que disculparte. Es una niña estupenda. Y tiene razón: Marcy es muy antipática. ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

Kyra se encogió de hombros y sonrió, notando que se ruborizaba. En otra época habían tenido una muy buena relación, pero últimamente los evitaba. La idea de hablar sobre los viejos tiempos le resultaba durísima, ya que sería inevitable que Mike apareciera en todas las conversaciones.

—Bien. Siento lo que ha pasado —repitió—. Supongo que el espejo estaba hecho a medida, ¿no?

Todos asintieron.

Kyra respiró hondo.

—¿Cuánto?

—No pienso aceptar tu dinero —respondió Dan.

—¿Ah, no?

—No. Vamos a emplear un método de pago alternativo. Yo me ocupo de reponer el espejo y tú me lo vas pagando con el sueldo de monitora de aeróbic. Necesito modernizar el gimnasio. Quiero llegar a una clientela más amplia, no sólo hombres. Y el primer paso será ofrecer otros cursos aparte del kickboxing, del kárate y de todas esas disciplinas rompeculos en las que mi hijo es especialista.

«Mierda.»

—¡Oh, papá, qué buena idea! —exclamó la hermana de Mike antes de que Kyra pudiera protestar—. Por fin tendremos un sitio donde ponernos en forma. Propongo hacer un curso de abdominales y glúteos. Y otro de aeróbic exótico. Oh, sí, y algún curso para ponerse en forma con música country o rock. Sí, mucho mejor rock. Yo me encargo de los horarios. Podemos llenar casi todas las tardes.

Kyra negó con la cabeza.

—No puedo. No tengo dónde dejar a Sam por las tardes. Gracias, de verdad, pero prefiero pagar el espejo.

Cuando saliera de allí iría directa al local de *striptease* y bailarían en la barra noche y día sin hacer caso de su hombro lesionado hasta que reuniera el dinero que necesitaba para saldar la deuda. O pediría un crédito a un prestamista sin escrúpulos. Cualquiera cosa sería preferible a trabajar allí con Mike.

—No pienso cobrarte, Kyra —repitió Dan con firmeza—. Además, como Sam es la responsable de lo que ha pasado, creo que debería acompañarte un par de tardes a la semana y ayudar.

En ese momento, la niña entró en la sala con Amanda y un sándwich en la mano.

—¿Yo? ¿Venir a ayudar? ¡Yuju!

—Pero ¿y el resto de los días? —murmuró Kyra.

—Yo puedo quedarme con ella siempre que a Greta no le vaya bien —se ofreció Rebecca.

—No, no puedo aceptarlo.

—Perfecto. Todo arreglado, entonces —replicó Dan, ignorando a Kyra por completo.

—No, lo digo en serio. ¿Cuánto os debo por el espejo?

—Me quedaré con un porcentaje de tu sueldo cada semana hasta que cubra el precio del espejo y, así, todos contentos.

No, no todos iban a estar contentos. Ni de lejos.

Kyra trató de negarse una vez más, pero los Haddican y Sam estaban hablando todos a la vez, tan entusiasmados que nadie le hacía el menor caso.

Madre mía, tenía que encontrar una solución a ese lío antes de que Mike la encontrara allí.

—¿Qué cojones...? —exclamó entonces una voz a su espalda.

«Demasiado tarde.»

Mike abrió mucho los ojos cuando vio los destrozos de la sala. Su mirada se endureció cuando la vio a ella allí.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Vamos a dar clases de aeróbic —exclamó Sara—. ¡Y adivina quién va a ser la encargada de ponernos el culo bien duro!

## 4

Mike volvió a entrar en el gimnasio tras una breve pausa, y el café que llevaba en la mano estuvo a punto de caérsele.

Cuando se había marchado —no hacía ni media hora—, lo había dejado todo en orden. Pero ahora el pasillo estaba abarrotado de mujeres en tanga que llevaban sillas de un lado a otro.

—¿Qué cojones pasa, Sara? ¿Qué es esto? —le preguntó a su hermana, al verla entre las demás mujeres con una silla plegable.

—Es que hoy empieza la clase de aeróbic exótico —respondió ella con una enorme sonrisa—. Va a ser espectacular. Estamos a tope de gente. No cabe nadie más.

Mike se pasó la mano por el pelo e hizo una mueca. «Madre del amor hermoso...»

Nunca había visto nada igual. Su padre había hecho cambiar el espejo al día siguiente. Dos días después, todo estaba como nuevo y Sara había organizado los horarios. Ahora ofrecían un montón de cursos de mierda que iban a obligar a Kyra a pasarse media vida en el gimnasio. Tenía clases todos los días excepto los miércoles, que era cuando posaba en el centro comunitario. Tres días más tarde, no sólo tenían los cursos llenos, sino que además tenían lista de espera. Mike había tratado de convencer a su padre de que era una mala idea. Incluso se había ofrecido a pagar los espejos de su propio bolsillo. Se había ofrecido a pagar las reformas, los ingresos que dejaran de ganar... Estaba dispuesto a cualquier cosa para mantener a Kyra lejos del gimnasio. Había gritado, amenazado, rogado y sobornado, pero no había servido de nada.

En poco más de una semana, Kyra se había adueñado de su gimnasio. De su vida, para ser más exactos.

—Esa mierda no empieza hasta dentro de cuarenta minutos —refunfuñó Mike, mirando el reloj.

Sara se echó a reír.

—Bueno, ya sabes que mirar a Kyra es todo un espectáculo.

Mike se tragó una maldición. Sí, ya lo sabía. Llevaba una semana aguantando esa tortura. Las jodidas clases de aeróbic o de danza lo tenían tan excitado que apenas si podía pensar. Y el público —mayoritariamente masculino— que llenaba las paredes de la sala para ver el espectáculo en primera fila despertaba su instinto asesino.

Se abrió camino entre la multitud de mujeres tratando —en serio— de no mirar hacia el interior de la sala donde Kyra estaba bailando, pero fue inútil. Sus malditos ojos lo traicionaron, como siempre. Kyra era tan hermosa. Era preciosa cuando reía, cuando se enfadaba, cuando estaba triste..., pero cuando bailaba ya era algo de otro planeta. Daba igual el ritmo que sonara. Era como si la música la envolviera y la impulsara, poniéndola en movimiento. Y luego estaba su actitud descarada cuando bailaba. Era un todo. Su cuerpo era la perfección en movimiento.

«¡Mierda!» No debería haber vuelto a tocarla. Había tardado años en salir del pozo sin fondo de desesperación que le había causado su rechazo. Y ahora volvía a tener el tacto de su piel bien fresco en sus dedos. Burlándose de él. Igual que el beso que habían compartido. Su sabor, su olor, su sonrisa, todo su ser.

Ahora que Kyra había regresado, los sueños habían vuelto con ella. Sueños de los que Mike se despertaba con una erección enorme y dolorosa y con el corazón tan oprimido que apenas si podía respirar.

Al principio había conseguido evitarla, pero esa técnica ya no le servía porque, allá adonde iba, se la encontraba. O eso le parecía. Joder, no podía ir a nadar a la piscina después de correr con Max de buena mañana porque ella estaba allí dando clases de *aquadance*, sonriendo y tocándole mucho los cojones. Las clases eran a las ocho de la mañana. ¿Es que aquellas señoras —su abuela entre ellas— no tenían nada mejor que hacer a las ocho de la mañana?



Había ido invadiendo su espacio centímetro a centímetro y había acabado ocupando el gimnasio: su santuario. Y ahora ya no le quedaba ningún sitio donde refugiarse.

Se acabó el café de un sorbo, estrujó el vaso y lo tiró a la papelera antes de dirigirse hacia el tatami.

—Aquí estás —oyó Mike mientras alguien le tiraba de la camiseta hacia abajo.

Sonrió sin poder evitarlo.

—Hola, pequeñaja. He salido a buscar un café.

Sam lo miró con sus grandes ojos grises.

—¿Y a mí? ¿No me has traído nada?

Mike se metió la mano en el bolsillo trasero de los pantalones y sacó una piruleta.

—Toma.

La niña la aceptó con una sonrisa radiante antes de abrazarse con fuerza a su muslo, pegándole la cara a los pantalones.

—¡Te has acordado!

Sí, lo tenía bien entrenado.

Como si tener que ver a Kyra por todas partes no fuera ya lo bastante malo, encima tenía a Sam persiguiéndolo todo el día. Se suponía que la niña sólo tenía que ir al gimnasio un par de horas un par de días a la semana, pero en realidad estaba allí casi a diario. Al principio se había dedicado a perseguir a su padre mientras hacía recados y arreglaba cosas, pero pronto había cambiado de víctima, y ahora iba a todas partes donde iba Mike, persiguiéndolo con su preciosa sonrisa y sus adorables hoyuelos. Era incapaz de echarla de su lado. Lo había intentado, pero siempre con delicadeza. No podía ser maleducado con ella. No le salía. Además, tampoco habría servido de nada. Sam no se habría molestado y habría continuado persiguiéndolo y haciéndole preguntas sin parar.

Si Kyra había tardado poco más de una semana en adueñarse de su vida, Sam había tardado un instante. Sólo había tenido que sonreírle.

Cuando Mike acabó la clase, vio que Max se acercaba con el ceño fruncido.

—Tío, ¿sabes dónde andan mis alumnos de clase de kickboxing? Llevo esperándolos en el ring más de diez minutos. No hay nadie. ¿Se ha cancelado la clase y nadie me ha avisado?

—No, que yo sepa no se ha anulado. ¡Oh, mierda...! —exclamó Mike de pronto, sospechando dónde iba a encontrarlos.

Se dirigió a la sala donde estaba Kyra, con Max pisándole los talones.

Efectivamente allí estaban unos veinte tíos, con el equipo de kickboxing en las manos, alineados en la pared del fondo, con la boca abierta y los ojos a punto de salirseles de las órbitas.

«Joder, joder, joder», maldijo Mike.

Debería haber adivinado que eso iba a pasar. Había sucedido lo mismo con los otros tres cursos que había empezado a dar Kyra: el de hip-hop, el de abdominales y glúteos y el de gimnasia con música disco. Ver a quince mujeres saltando y sudando al ritmo de *It's raining men*<sup>2</sup> había provocado algunos daños colaterales entre los clientes masculinos del gimnasio. Al fin y al cabo, las únicas clases para mujeres que habían ofrecido antes de la llegada de Kyra habían sido las de defensa personal, y en esas clases los culos no se bamboleaban demasiado. Pero las cosas habían cambiado mucho últimamente. Sólo hacía falta echar un vistazo a esa panda de idiotas babeantes que trataban sin éxito de ocultar sus erecciones tras el equipamiento de kickboxing. Probablemente estaban a punto de romper los protectores que llevaban en la zona inguinal.

Pidiéndole paciencia a Dios, Mike se plantó ante ellos y los fulminó con la mirada. Luego chequeó los dedos.

—¡Largo de aquí! —murmuró con los dientes apretados, tratando de no interrumpir la clase.

Nadie le hizo ni caso. De hecho, aquellos a los que estaba tapando la vista se inclinaron a un lado para poder seguir disfrutando del espectáculo. Cuando Mike se volvió para ver qué los hacía babear de esa manera, su mandíbula fue a parar al suelo. Kyra estaba sentada en una silla, mirando hacia el respaldo, sofocada y cubierta de sudor. Tenía las piernas totalmente abiertas a lado y lado y se arqueaba lentamente arriba y abajo al ritmo de la música,

con su larga melena rozando el suelo. Hizo algo con los brazos y se impulsó. Levantó una pierna por encima de la silla y volvió a arquear la espalda mientras levantaba las dos piernas a la vez.

Su polla se puso firme tan deprisa que Mike sospechó que le había roto los pantalones. No le extrañaba que todos esos tipos se estuvieran cubriendo sus partes con los cascos.

¿Qué demonios era eso? Sara lo había llamado *aeróbic exótico*. Vale, él no era un experto en la materia, pero eso no se parecía a ninguna clase de aeróbic que hubiera visto antes.

Era mucho más parecido a follar. Mucho más.

—Caray... —oyó decir a Max a su lado—. No me extraña que me hayan dado plantón. Deberíais trasladar las clases de Kyra al fondo del gimnasio. Así al menos podría pescarlos y meterlos en el ring a la fuerza mientras se dirigen hacia allí. O no —añadió, lo que provocó un gruñido de su amigo.

—Yo también quiero hacer eso —dijo Sam a su espalda.

—No, no quieres hacerlo, pequeñaja —repuso Mike. Acto seguido, se volvió hacia los mirones con los puños tan apretados que no sentía los dedos—. Tenéis dos segundos para salir de aquí. Si queda algún gilipollas después, me ocuparé de patearle el culo con tanta fuerza que tendrá que llevárselo a casa en una caja —dijo sin importarle si interrumpía o no la clase. Bastante hacía conteniéndose, porque lo que le apetecía era partirles la cara a todos por estar allí mirando a Kyra. Y a Sara, que también participaba en la clase.

Max dejó escapar un silbido y señaló hacia el fondo de la sala.

—Espero que tengas un buen seguro, tío, porque Christy está ahí. Si mi hermano entra y se encuentra a su mujer bailando a lo *Dirty Dancing* con una silla enfrente de un público tan... crecido, se va a poner como una fiera.

—Pues que pida tanda y haga cola —replicó Mike. Porque el que iba a ponerse como una fiera era él. Con el rabillo del ojo vio que Kyra lo estaba mirando con desconfianza, pero no había parado la clase.

—¿Qué le pasa en el hombro izquierdo? —preguntó Max en voz baja.

—No lo sé.

Mike ya se había dado cuenta de que lo movía lo menos posible, pero tenía tanta gracia bailando y sus movimientos eran tan fluidos que casi no se notaba.

Max miró a Kyra, volvió a mirar a Mike y sacudió la cabeza.

—Estás bien jodido, amigo. De más de una manera. Y no sólo por Cole.

—Lo superaré —refunfuñó Mike al tiempo que sacaba a los rezagados a empujones.

—Pues a mí no me lo parece —murmuró Max a su lado.

«Ya», pensó Mike. A él tampoco se lo parecía.

Eso ya pasaba de castaño oscuro. Su padre tenía que entender que las cosas no podían seguir así. El gimnasio no estaba equipado para manejar esos niveles de estrógenos. Estaba lleno a rebosar de testosterona, lo que lo convertía en un polvorín. Pero antes de que pudiera encontrar a Dan, su abuela lo interceptó.

—¿Estabas viendo la clase de aeróbic exótico? Me preguntaba si Kyra podría dar una clase parecida para la tercera edad. Los andadores le darían un punto interesante, ¿no crees?

Mike no supo si echarse a reír o a llorar.

—No empieces...

Su abuela lo agarró del brazo.

—Mike, necesito que me hagas un favor.

Él resopló antes de responder:

—Ni lo sueñes.

Seguía enfadado con ella por la encerrona de la última clase de pintura al natural. Mike había decidido que lo mejor sería no ir. Aunque sabía que todos los solteros de Alden —y la mitad de los casados— se habían ofrecido para posar junto a Kyra, confiaba en que su abuela elegiría a alguien de confianza y no a un perro en celo, lo que excluía al noventa y nueve por ciento de los candidatos. Podía elegir a un ciego. O a alguien sin brazos. O, mejor aún, a un ciego sin brazos, ¿no? Pues no. El día antes de la clase su abuela le había comunicado que habría no uno, sino dos modelos masculinos sustituyéndolo. Ambos bomberos, de veintipocos años. Querían probar posturas creativas, le había dicho. Mike había apretado los dientes con fuerza pero no se había rendido. Le daba igual lo que ocurriera. Le. Daba. Lo. Mismo. Pero, tras pasar una horrible noche en blanco, se había acercado al centro comunitario sigilosamente cinco minutos antes de que empezara la clase, había amenazado a los dos tipos, los había enviado a sus casas y había ocupado su lugar.

Rebecca le había dirigido una de esas sonrisas sabelotodo que tanto le tocaban las narices. Cada vez que él se lo echaba en cara, ella pestañeaba como si no supiera de qué le estaba hablando. Y eso era exactamente lo que estaba haciendo ahora: pestañeando con inocencia y fingiendo no verlo.

—Le dije a Greta que le llevaría a Sam. Kyra va a quedarse aquí un par de horas más y luego tiene que ir a ver a tu padre para firmar el contrato. Se va a hacer demasiado tarde para Sam.

—Y ¿a mí qué me cuentas?

—No me encuentro muy fina y Greta no puede venir a recoger a la niña. Necesito que la lleves a casa.

Mike no quería empezar a llevar a la niña arriba y abajo y, desde luego, no quería encariñarse más con ella. Su vida ya era bastante complicada, no necesitaba más mierdas.

—¿No puede llevarla mamá? ¿O Sara?

—Tu madre se ha ido a Boston y no volverá a tiempo. Y Sara se ha apuntado a todas las clases de Kyra.

—¿Y Wilma?

Normalmente Wilma llevaba a su abuela y a Sam a casa de Greta y pasaba la tarde con ellas.

—No puede. Ha tenido un accidente.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó Mike, preocupado. Quería tanto a Wilma y a Greta como a su propia abuela.

Rebecca buscó su teléfono móvil, pulsó varias teclas y se lo dio.

Mike vio que le mostraba una conversación del grupo de Las chicas de oro de Alden que su abuela compartía con Greta y Wilma.

El primer mensaje era de Wilma. Había llegado hacía media hora.

Iba volviendo a Alden con el pedal a fondo cuando mis tetas neumáticas se han pinchado. Estoy esperando al club de asistencia en carretera. No llego a tiempo.

El siguiente mensaje decía:

Maldito autocorrector. Mi neumático se ha pinchado, no mis tetas.

Y el siguiente:

Mis tetas se pincharon hace dos décadas. Un día estaban allí y, al día siguiente, ¡bam!, ya no estaban.

«Oh, Dios mío.»

Había más mensajes. Mike se ordenó no seguir leyendo, pero no fue lo bastante rápido y, sin querer, leyó algo del siguiente mensaje, escrito por Greta, sobre sus tetas marchitándose.

No. Iba a quedar traumatizado de por vida.

—¡Abuela! ¡De verdad! —protestó devolviéndole el teléfono.

—¿Qué?

—Demasiada información. ¿Rachel viene de camino? —Rachel era la nieta de Wilma, y su principal aliada a la hora de mantener a las abuelas a raya.

—Sí. Y deberías haber dejado de leer después de la primera línea.

Lo había intentado. Dios era testigo de que lo había intentado. Pero, al parecer, la coordinación ojo-cerebro no era lo suyo.

—En fin, el caso es que has terminado tus clases por hoy —siguió diciendo ella como si no acabara de quemarle las retinas—. Eres el único que puedes llevarla.

Mike abrió la boca, pero antes de que pudiera decir nada, Sam empezó a saltar y a tirarle de la camiseta como una loca.

—¡Bieeen! ¿Podré montar en esa camioneta grande y brillante que la tía Rebecca me enseñó?

Oír a Sam llamar *yaya* a su abuela le encogió el corazón. Joder, Max tenía razón: estaba bien jodido.

La niña estaba entusiasmada, y su abuela parecía estar francamente cansada. Demasiado cansada para ir andando hasta allí.

—No te acostumbres —murmuró Mike en dirección a su abuela antes de volverse hacia Sam—. De acuerdo —le dijo a la niña—. Pero tengo que cambiarme primero.

—¡Sí!

Cuando salió del vestuario, ella lo estaba esperando en la puerta.

—Vamos pequeñaja, tu carruaje aguarda.

Sam se echó a reír.

—¿Podremos parar en Arnie's a comprar un helado?

Esa niña era casi tan golosa como su madre.

No sabía si le dejarían tomar helados antes de la cena, así que se volvió hacia su abuela. La anciana se limitó a sonreír.

—Se lo prometí. No hace falta que vuelvas. Lo tenemos todo controlado por aquí.

—Pues pararemos en Arnie's —suspiró Mike.

Le constaba que su hermana Lisa le patearía el culo si dejaba que sus sobrinas tomaran helado antes de cenar, pero no pensaba ir a preguntárselo a Kyra. No habían vuelto a hablar desde la otra noche en The Shack, y no tenía intención de empezar ahora.

De camino a la camioneta, Sam le dio la mano, sin dejar de charlar por los codos. Cuando Mike bajó la mirada hacia ella y la vio sonreír, el corazón se le encogió de dolor en el pecho.

¿Cómo coño podía protegerse de eso? No sólo llevaba enamorado como un idiota de la madre desde siempre. Ahora era la hija la que lo obligaba a quererla con cada gesto, con cada sonrisa. Y él no quería quererla. Cogerles cariño era darles carta blanca para que le rompieran el corazón. No las quería en su vida porque sabía que no podían quedarse allí.

Kyra había roto su relación con él. Se había marchado y se había enamorado de otro. Pero él no. Él se había quedado allí y nunca lo había superado. El abandono de Kyra lo había derribado y había tardado años en volver a levantarse. Y tenía la sensación de que esa vez, si no se protegía, caería y no podría volver a levantarse nunca más.

En Arnie's había más niños, pero Sam no se apartó de su lado y siguió hablando como una ametralladora sin fijarse en los demás. En el gimnasio, Mike ya se había percatado de ello. No parecía saber cómo relacionarse con los demás niños.

Cuando llegaron a casa de Cynthia, aparcó el coche frente a la puerta. Hacía siglos que no lo hacía. La casa era vieja y bastante pequeña, pero se veía sólida. Estaba construida con tabloncillos blancos. Los postigos de las ventanas eran de madera oscura. La casa, rodeada por un porche, estaba en medio de un trozo de tierra muy bonito, aunque se veía algo abandonado. Al fijarse un poco más, se dio cuenta de que la casa no estaba en mejor estado. La

finca al completo estaba muy dejada. Cynthia había muerto hacía varios años y, sin nadie que se ocupara de la propiedad, ésta se había ido deteriorando. La pintura había empezado a saltar en varios sitios y las ventanas no cerraban correctamente. Una estaba rota y cubierta con cinta de embalaje. Los canalones del agua estaban oxidados, la rampa de acceso a la casa, agrietada, y el porche se inclinaba hacia la derecha.

Al llegar a los escalones, Sam los subió haciendo una complicada coreografía. Un salto a la izquierda, otro a la derecha y de nuevo a la izquierda hasta llegar arriba.

—Los escalones están chungos —indicó sin mirar atrás—. No pises la parte derecha del primer escalón ni la parte izquierda del segundo. Y el tercero, si no lo pisas, mejor que mejor.

«¿Chungos?» Eso era ser muy generoso. Los escalones estaban hechos una mierda, no había otra manera de decirlo. Se doblaban y crujían como una cosa mala. Parecía que fueran a romperse sólo con mirarlos. Con dificultad, Mike logró subir al porche sin lesionarse. Llegó a tiempo de ver cómo Sam cogía la llave de debajo del felpudo y abría la puerta.

—¿Guardáis la llave debajo del felpudo? —preguntó él horrorizado, olvidándose de los escalones. Los problemas de seguridad de la casa eran espantosos, pero dejar la llave debajo del felpudo ya era tentar a la suerte.

—No tenemos nada que puedan robarnos. Y dice mamá que esto no es como Nueva York o como Los Ángeles. Pasa —dijo ella invitándolo con la mano.

Alden era una localidad pequeña, pero la casa estaba a las afueras, lejos de las calles más transitadas. Su única vecina era Greta, una señora de ochenta años que, aunque estaba en tan buena forma como Rebecca, no era Chuck Norris.

Sin embargo, mirándolo por el lado bueno, si los ladrones se animaban a usar la llave para entrar en la casa, tendrían que enfrentarse a la trampa mortal de los escalones.

Tenían muchas posibilidades de no salir con vida del intento.

Una vez dentro, Mike estuvo a punto de tropezar con unas cajas que había en el suelo.



—Eso es la mesita de la tele, y eso, una cómoda. Las compramos en IKEA, pero aún no hemos tenido tiempo de montarlas.

Mike alzó una ceja. La Kyra que había conocido odiaba los puzles, y era incapaz de seguir las instrucciones de montaje. Aunque estaba preciosa cuando lo intentaba, con la ropa torcida, soltando maldiciones entre dientes y soplándose el flequillo.

Se sacudió los recuerdos y miró a su alrededor. Se le hizo un nudo en el estómago al darse cuenta de que la casa estaba tan mal por dentro como por fuera. Estaba limpia, pero los muebles eran tan viejos como Mike, o más. Bueno, excepto las cajas de IKEA. Y había ropa tirada por todas partes. Al parecer, Kyra seguía siendo tan desordenada como siempre.

—Esta casa era de mi abuela Cynthia —dijo Sam.

—Lo sé.

—¿Ya lo sabías? —preguntó la niña interesada—. ¿Habías estado aquí antes?

—Sí, muchas veces cuando tu madre y yo éramos pequeños. —Y no tan pequeños. Hasta que Kyra cumplió los dieciocho y se independizó, Mike había pasado muchos ratos en esa casa. Y en el jardín.

—La abuela Rebecca me contó que mamá y tú erais muy buenos amigos. ¿Jugabais juntos?

A pesar de todo, Mike no pudo contener la risa.

—Sí, podría decirse que jugábamos juntos.

Mike se arrepintió de su respuesta enseguida, porque la niña siguió preguntando.

—¿Cómo juga...?

En ese momento, alguien llamó a la puerta abierta, lo que le evitó tener que responder.

—Hola, ¿hay alguien en casa? ¿Sam?

Era Greta.

—Oh, Mike, estás aquí —comentó la anciana entrando en el salón.

—Hoy me ha tocado ser el chófer de la señorita Samantha —aclaró él.

La chiquilla arrugó la nariz.

—Me llamo Sam. Samantha es nombre de niña.

—Eres una niña, cariño —le recordó Greta.

—Pero es que es un nombre de niña coqueta. Y yo no soy coqueta — insistió ella—. Marcy es una niña coqueta. Y Marcy no me gusta.

—Vale, vale —se rindió Greta, echándose a reír. Luego se volvió hacia Mike y le preguntó—: ¿Te quedas a cenar?

—No.

—Sí —respondió Sam casi a la vez.

Él negó con la cabeza.

—Tengo que marcharme, pequeña. Debo ayudar a mi padre a cerrar el gimnasio.

—Pero es que quería presentarte a mi osito de peluche.

—Cielo —dijo Greta—, le presentarás a tu osito otro día. Ahora vamos a prepararte un baño mientras se hace la cena.

A Sam no le hizo mucha gracia, pero accedió a regañadientes.

—¿La próxima vez? —le preguntó a Mike con una mirada esperanzada mientras se dirigía a la escalera.

—La próxima vez, pequeña.

Sam sonrió.

Mierda. Iba a tener que buscar una excusa para no volver nunca más a esa casa.

Saludó a Greta con la cabeza y se marchó tan deprisa que estuvo a punto de romperse una pierna cuando el tercer escalón del porche cedió.

Al día siguiente, en una pausa entre clases, Kyra iba a buscar una botella de agua a la máquina expendedora de bebidas cuando se fijó en un grupo de unas quince mujeres que reían y charlaban animadamente mientras salían del vestuario. Iban todas vestidas con pantalones de yoga y camisetas ajustadas a juego de color fucsia. Sinful iba en cabeza.

«¿Sinful? ¿Qué demonios hace aquí?»

Kyra pensó que debía de estar más deshidratada de lo que se imaginaba, ya que empezaba a ver espejismos.

Se fijó mejor y comprobó que no alucinaba. Efectivamente, era Sinful, la *stripper* de Mike. Incluso con ropa desenfadada y sin maquillaje estaba espectacular. Y la alegre rubia que iba a su lado, la pequeña con las tetas

enormes, era la chica que bailaba en la pista central cuando estuvo en el club. Y también estaba Red, que se acercaba a ella con unas gafas de montura negra y el pelo más alborotado de lo habitual.

—¡Kyra, qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí?

¿Qué hacía ella allí? ¿Qué hacía la plantilla completa de Culos Arriba por allí? ¿Un show privado? Antes de poder preguntárselo, Red dio una vuelta completa delante de ella.

—¿Qué te parece?

En la parte de atrás de la camiseta se leía: «Somos *strippers*, ¿cuál es tu excusa?». En la parte delantera decía: «Culos Arriba».

Bueno. Si alguien tenía alguna duda acerca de quiénes eran aquellas chicas, las camisetas se las disiparían.

—No son muy discretas.

Red se echó a reír.

—No, la discreción no es nuestro fuerte.

—¿Qué hacéis aquí? ¿El club os paga actividades para unir al equipo?

—Casi. Sinful ha conseguido clases de defensa personal para todas. ¿No es fantástico?

—Vaya, qué detalle. Es buena consiguiendo lo que se propone. —Y, al parecer, se había propuesto clavarle las garras a Mike.

—Sí, es genial. Siempre se preocupa por las necesidades de los demás.

—¿En serio? No jodas.

—Sí, por eso Mike se pasaba tanto por el club para hablar con ella — siguió diciendo Red, que al parecer no se había dado cuenta del enfado de Kyra—. Estaban acordando los horarios. Ha habido varios incidentes en el club y, aunque los seguratas se ocupan de estas cosas, no pueden estar en todas partes a la vez. El club está en una zona bastante aislada y, cuando nos vamos solas, es peligroso. Sinful oyó hablar de las clases de Mike y se puso en contacto con él.

«¿Qué?»

Kyra se atragantó al respirar.

—¿Qué quieres decir? Pensaba que Mike iba allí a verla, es decir, como cliente.

Red se echó a reír con ganas.

—Pero ¿qué estás diciendo? —exclamó entre carcajadas—. Sinful es la gerente del local. Nunca hace numeritos privados para los clientes. Y créeme, Mike tampoco lo aceptaría. He visto a un montón de chicas abalanzándose sobre él y siempre las rechaza a todas.

Kyra no estaba lista para aceptar lo que estaba oyendo.

—Tal vez sea un rácano —repuso.

Red puso los ojos en blanco.

—Cualquiera de las chicas se habría ido con él gratis si él hubiera querido. Se están peleando para quedarse con él como *sparring* durante la clase.

«Sí, no me extraña», pensó Kyra, que no pudo evitar una punzada de celos.

—No os preocupéis —dijo—. Normalmente arrastra a alumnos de kick boxing o a tipos que vienen a hacer pesas hasta la clase de defensa personal para hacer de *sparring*. —Kyra lo había visto hacía un par de días, en su otra clase de defensa personal—. Pero con lo guapas que sois y con la ropa que lleváis, no creo que tenga que traer a nadie a rastras esta vez. Seguro que se presentan voluntarios para que les deis una paliza.

—Me alegro de oírlo. No tengo el cuerpo para peleas de gatas. —Echando un vistazo al atuendo de Kyra, Red le preguntó—: ¿Y tú? ¿Vienes a entrenar? Pensaba que esto era un gimnasio para hombres.

—De hecho, trabajo aquí. Soy la nueva monitora.

Red abrió mucho los ojos.

—¿Das clases de danza?

—Nada del otro mundo —respondió Kyra tocándose el hombro—. Un poco de hip-hop, baile moderno y aeróbic exótico.

—¡Madre mía! ¿Me estás diciendo que la Kyra Brims de «Menea el trasero» da clases de baile en Alden? Me tomas el pelo, ¿verdad? Espera a que se lo diga a las chicas. Voy a ver si podemos añadir un par de clases al horario.

—Vale —replicó Kyra.

Acababa de empezar, pero sus grupos eran ya de lo más variopintos. Tenía desde adolescentes hasta amas de casa cincuentonas. Sería divertido ver cómo encajaban en el grupo las *strippers*.

—Entonces ¿te quedas en el pueblo?

Kyra negó con la cabeza con tanta fuerza que casi se mareó.

—No. Sólo mientras... me recupero. Me marcharé cuando esté bien del todo.

—Ya me lo imaginaba. ¿Qué va a hacer alguien como tú en un sitio tan pequeño?

En ese momento, alguien se echó a reír y Kyra se volvió hacia el sonido. Sinful estaba junto a Mike, riendo con la cabeza echada hacia atrás. Tenía una mano apoyada en su brazo mientras él sonreía y le decía algo. Las demás chicas empezaron a reír también.

—¿Qué tal van las cosas con el señor Alto y Guapo? —murmuró Red—. ¿Tan conflictivas como el otro día?

—Pues sí —respondió Kyra encogiéndose de hombros.

—Y, a pesar de todo, ¿te contrató?

—Me contrató su padre. A Mike no le hace ninguna gracia. No soporta tener que verme por aquí.

Y eso cuando no la ignoraba directamente, que era lo más habitual. Ella procuraba hacer lo mismo, pero era muy difícil. Lo veía a todas horas, oía su voz por todas partes. Y, para acabar de empeorar las cosas, Sam se había encariñado con él desde el primer momento y no se separaba de su lado. Y no sólo en el gimnasio. El día anterior, cuando Kyra había llegado a casa después de trabajar, Sam le había contado lo bien que se lo había pasado con Mike, que le había comprado un helado y la había llevado a casa en su camioneta. Enterarse de que uno de los hijos predilectos del pueblo casi se había lesionado por culpa de sus escalones de mierda había sido el golpe de gracia.

—Pues a mí me parece que lo que no soporta es no tenerte. Y punto —contestó Red—. Mira.

Mike la estaba observando. Había una docena de *strippers* revoloteando a su alrededor y él la estaba observando con una expresión de ironía.

—Probablemente espera que me disculpe —dijo ella—. Lo acusé de montárselo con Sinful.

El muy cabrón podría haberle aclarado las cosas, pero no. Había preferido guardar silencio y dejar que Kyra pensara que se acostaba con *strippers*. Pues no pensaba disculparse. Ya podía esperar sentado.

—Creo que, viniendo de ti, aceptaría cualquier cosa, cariño: una disculpa, una mamada, una sonrisa..., lo que sea. Créeme.

Kyra no estaba tan segura, aunque no pensaba comprobarlo.

A esas alturas, los hombres habían comenzado a salir de sus salas de entrenamiento y estaban observando a las chicas con curiosidad. Empezaba a montarse un alboroto en el pasillo. No era de extrañar. Cuando no eran un grupo de divertidas abuelas eran unas *strippers* despampanantes. Ir al gimnasio Haddican se estaba convirtiendo en un espectáculo asegurado.

—Tengo que irme —dijo Red, subiéndose las gafas con un dedo y guiñándole el ojo—. Quiero examinar a esos tiarrones más de cerca antes de elegir pareja.

Faltaban diez minutos para que empezara la siguiente clase de Kyra, pero no pensaba quedarse allí viendo cómo el tío bueno de Mike interactuaba con quince *strippers* bien dotadas que se lo comían con los ojos. Antes habría preferido tragar cristales rotos, muchas gracias.

Lo último que Kyra esperaba ver ese domingo a través de la ventana de la cocina era a Mike acercándose a la casa, con una expresión de enfado en la cara y una caja de herramientas en la mano. Aguardó a oír el timbre de la puerta conteniendo el aliento pero, al ver que tardaba, fue al recibidor y curioseó por la mirilla. Mike estaba inspeccionando los escalones del porche.

Kyra aprovechó que se sentía belicosa para abrir la puerta de golpe.

—¿Qué haces aquí?

Él no la miró.

—Estos escalones están hechos una mierda. Los estoy reparando.

Kyra ya sabía que estaban hechos un desastre, pero no le hizo ninguna gracia que él se lo recordara.

—No son tus escalones. No tienes por qué hacerlo. No quiero que...

Mike le dirigió una sonrisa burlona.

—Sí, ya lo sé. No quieres ni necesitas nada que venga de mí. Lo dejaste muy claro la otra noche, pero me da igual. Pienso repararlos igualmente. No lo hago por ti. Esta jodida casa se está cayendo a pedazos, y hay una niña

pequeña viviendo ahí. Por no hablar de mi abuela, que se pasa el tiempo viniendo de visita.

A Kyra se le hizo un nudo en la garganta y se ruborizó ante sus palabras tan poco delicadas. Tenía razón. Su hija no debería estar viviendo en esas condiciones.

Acababa de cobrar el primer cheque como pago a las clases que daba en el gimnasio. Le había parecido un pago tan generoso que no creyó que Dan le hubiera descontado nada por el espejo roto. Cuando había ido a comentárselo, él se había echado a reír.

—Eres la primera persona que ha venido a quejarse por cobrar demasiado.

—Pero...

—¿Quién manda aquí, Kyra?

—Tú.

—Eso es, cariño. Y yo decido cuánto te pago —había añadido antes de marcharse.

Pero, aunque sólo hacía unos días que había cobrado ese generoso cheque, ya casi se lo había gastado todo. Y lo poco que le quedaba tenía que guardarlo para comer. No le quedaba dinero para hacer reparaciones. Aunque le dolió decirlo, lo dijo igualmente:

—No tengo dinero ahora mismo. No podré pagarte hasta la semana que viene.

—Joder, no me insultes —protestó él mirándola fijamente—. Me conoces lo suficiente para saber que no pienso cobrarte.

Kyra estaba a punto de replicar, pero en ese momento Sam apareció corriendo a su espalda.

—¡Miiiiikkkeeee! —gritó mientras se lanzaba sobre él—. ¿Qué estás haciendo? Oh, qué divertido. ¿Puedo ayudarte, por favor?

Él sonrió por primera vez desde que había llegado.

—Claro, pequeñaja. Si a tu madre le parece bien...

—¿Mami?

Kyra titubeó.

—No deberíamos molestar a Mike.

—No lo molestaré. Te lo juro. Me portaré bien. Porfa...

—Vale, pero ten mucho cuidado. Y no te acerques al martillo. Ni a los clavos. Ni a los tablones. Podrías clavarte una astilla.

Sam hizo un mohín.

—Pero entonces ¿qué hago?

Mike le dirigió una sonrisa.

—Puedes hacer un montón de cosas. Para empezar, vamos a la camioneta a buscar material. Luego te subirás a los tablones y tendrás que saltar para comprobar si son resistentes. ¿Qué te parece?

—¡Genial! —respondió la chiquilla radiante antes de sentarse junto a él—. ¿Quién te enseñó a hacer esto?

—Mi padre me enseñó. Antes me dedicaba a construir casas.

—¿En serio? ¡Vayaaa! ¡Cómo mola! Yo también quiero aprender. Quiero construir una casa en el árbol y...

Sintiéndose totalmente olvidada y fuera de lugar, Kyra permaneció unos instantes escuchando a su hija hablar con Mike antes de volver a entrar en la casa. Llena de vergüenza, ternura, dolor y orgullo que se mezclaban en su interior, regresó a la cocina para ocuparse de los platos sucios. El problema era que, desde la ventana, veía a Mike y a Sam. Los vio dirigirse a la camioneta y regresar con un montón de tablones de madera. Sam corría en círculos alrededor de él, señalando y riendo. Ver a su hija relacionarse con Mike era casi insoportable pero, como era masoquista, no podía apartar la mirada.

Mike fijó un par de escalones y no dejó que Sam saltara encima hasta que comprobó que aguantaban su peso. Cuando estuvo convencido, permitió que la niña atacara los escalones con saña.

A Mike se le daban muy bien los niños. Siempre se le habían dado bien. Su hermana Lisa, un año menor que él, se había quedado embarazada a los diecisiete, así que a los diecinueve años Mike había empezado a convivir con un bebé, ya que Lisa había seguido viviendo en casa de sus padres durante varios años antes de irse de casa para vivir con el padre de su bebé, tan joven como ella. Incluso entonces, Mike había seguido haciendo de canguro de Ashley. Muchas veces, la niña salía con Mike y con Kyra.



Mientras otros chicos trataban de aparentar que eran tipos duros afirmando que no querían una familia, Mike siempre había dejado claro que él sí la quería. Pero no la tenía. Tenía treinta y dos años y aún no tenía esposa ni hijos. Había querido darle hijos a Kyra, pero ella se había negado. Y había acabado quedándose embarazada de esa escoria que era Drake. Bueno, al menos Drake nunca había tratado de cortarle las alas. Todo lo contrario. Cuanto más trabajaba, más se aprovechaba de su éxito y menos ayudaba en casa. Aunque la verdad era que nunca había ayudado. El lado negativo era que no había podido contar con el apoyo de nadie y que su hija había tenido un padre desastroso. En resumen, que la había cagado pero bien.

Quitándose esos pensamientos de la cabeza, Kyra echó un último vistazo al porche, donde Mike y Sam estaban cambiando un escalón, y se obligó a apartarse de la ventana.

Tras una semana de trabajar todas las tardes en el gimnasio y varias mañanas en la piscina, no había tenido tiempo de recoger la casa. El edificio estaba viejo y se caía a pedazos. Contra eso no podía hacer nada, pero no pensaba permitir que encima se las comiera la mierda.

Por muy desordenadas que hubieran sido Sam y ella, la casa era tan pequeña que la tuvo lista en un momento. Volvió al salón e, ignorando los electrodomésticos antiguos, los muebles que no combinaban entre sí, el empapelado descolorido de las paredes y los suelos desgastados, se dirigió hacia la más grande de las cajas de IKEA. Ya era hora de tener una cómoda con cajones donde guardar la ropa.

Arrastró la caja hasta su habitación. Al cabo de un rato, su hija entró en casa gritando:

—¡Mamá, ha venido Greta. Nos vamos un rato al parque, ¿vale?!

—Ah, vale.

Kyra salió a la puerta principal y saludó a su vecina. Vio que Mike ya no estaba en los escalones, pero oyó martillazos y vio que la camioneta seguía en el mismo sitio. Mirando a su alrededor, lo descubrió fijando la barandilla del otro lado del porche.

Despidió con la mano a Sam y a Greta y volvió para montar la cómoda, aunque en esos momentos parecía cualquier cosa menos una cómoda. En el último instante, antes de sentarse, decidió regresar a la cocina.

Ahora que Sam ya no estaba por en medio, Mike ya no tenía que mostrarse educado con ella, y probablemente no querría verla, pero hacía mucho calor. A Mike le encantaba la limonada casera, así que le llenó un vaso y se lo llevó al porche. No obstante, como era una cobarde, dejó la bandeja con el vaso y unas galletas en la mesa, al lado del columpio, y se marchó sin decir nada.

Él ni siquiera pareció darse cuenta de su presencia.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado cuando la voz de Mike la sorprendió. Alzó la mirada y lo vio apoyado en el quicio de la puerta, sudado y sexi, con los musculosos brazos llenos de tatuajes y cruzados sobre el pecho.

—¿Qué haces? —preguntó al tiempo que señalaba el montón de piezas que tenía desperdigadas por el suelo.

Ella suspiró frustrada.

—Estoy montando esta cómoda, pero está claro que me falta el gen nórdico, porque no entiendo las instrucciones de IKEA.

Por primera vez vio que Mike le sonreía a ella, aunque fuera débilmente.

—Ya sabes que nosotros somos de origen irlandés —repuso—. No somos nórdicos, pero creo que me las apañaré. —Se sentó a su lado y cogió las instrucciones. Tras un par de vistazos a las hojas desordenadas y al mueble, dijo—: Vale, ya sé dónde te has equivocado.

—¿Dónde? Aquí, ¿verdad? —preguntó ella, señalando un dibujo de la tercera página.

Mike negó con la cabeza y sus labios se curvaron en una de esas sonrisas lentas, eternas, sexis, tan suyas.

—No, Rubita. Justo al principio de la primera página. Vamos a empezar de cero.

¿La primera página? Ahora entendía por qué el mueble se parecía más a un ovni que a una cómoda.

Trabajaron codo con codo en silencio, desatornillando las piezas. Kyra era muy consciente de que estaban a solas en su dormitorio. Los anchos hombros de Mike y sus largas piernas ocupaban casi todo el espacio, y su aroma lo invadía todo.

Siguió sus instrucciones para montar el cuerpo del mueble. Luego pusieron los cajones, lo que resultó ser mucho más complicado. Al menos, para ella. Cuando hubo acabado de montar el primero, Mike ya había terminado los otros cinco y los estaba poniendo en su sitio.

—Mi primera cómoda de IKEA —dijo Kyra, sentándose en la cama y admirando el mueble acabado—. Es decir, la primera en la que no sobran piezas. Habría tardado semanas en hacerlo yo sola. Gracias.

—No hay de qué. Tengo mucha experiencia. A Lisa le encanta IKEA, y Hank es un gran tipo pero no sabe ni cambiar una bombilla, así que, cada vez que voy a visitarlos, ella me pide que le monte algo.

—¿Cómo está Lisa? —preguntó Kyra. Toda la familia de Mike seguía en Alden, pero aún no había visto a Lisa.

—Se mudó a Arizona con Hank cuando lo trasladaron allí. Ya tienen tres niños.

—Así que sigue con su novio del instituto.

—Sí, están mejor que nunca. En contra de los pronósticos de los pesimistas. La última vez que estuve allí, seguían comportándose como adolescentes, besándose y metiéndose mano por las esquinas. Ashley estaba horrorizada.

Kyra se echó a reír.

—¿Cómo está Ashley? La última vez que la vi tenía... ¿seis años?

—Está genial. Preciosa como su madre. Ahora tiene trece y Hank se está volviendo loco con todos los chicos que tiene siempre a su alrededor. Dice que no piensa dejarla salir hasta que cumpla los veintiuno. Que tenga suerte —añadió Mike, echándose a reír—. Esa niña sabe sumar y restar. Trata de explicarle que su madre se quedó embarazada a los diecisiete y que ella no puede salir hasta los veintiuno.

—Pues sí.

Ambos guardaron silencio.

Mike estaba de pie en medio del diminuto dormitorio, dirigiéndole una mirada tan intensa que Kyra se sintió desnuda.

Se levantó de la cama de un salto.

—¿Quieres más limonada?

Tenía que sacarlo de allí. Toda esa escena iba a aparecer en sus sueños esa noche. No necesitaba empeorar las cosas.

Él asintió y la siguió hasta la cocina.

Kyra se lavó las manos y observó cómo Mike se lavaba las suyas y se echaba agua en la cara.

«Ay, Dios, qué guapo es.» Sobre todo así, un poco sudado por el calor y el esfuerzo.

Kyra se apresuró a buscar la limonada, antes de que hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Gracias por ser tan amable con Sam —le dijo—. Sé que ha estado molestándote en el gimnasio.

De hecho, Mike y Rebecca eran los dos únicos temas de conversación de Sam últimamente. Y el resto de la familia de Mike. Kyra suponía que era porque ella no había sido capaz de proporcionarle una. Siempre habían estado las dos solas.

—Sam no me molesta —respondió él con brusquedad.

Kyra tuvo la sensación de que en realidad lo que quería decir era: «Sam no es quien me molesta».

Sirvió la limonada en dos vasos y le ofreció uno sin decir ni una palabra. Luego se aclaró la garganta.

—Así que Sinful es la directora de Culos Arriba...

Él asintió.

—Pero me dejaste que creyera...

Mike entornó la mirada.

—Te dije que lo de Sinful era un tema de negocios. No es culpa mía si piensas que me dedico a contratar *strippers* en mi tiempo libre.

—Sí, bueno, lo siento.

Bebieron en un silencio incómodo. Kyra se dio cuenta de que su cocina nunca estaba tan silenciosa. Se volvió hacia la pila y se dio cuenta sorprendida de que el grifo ya no goteaba.

—¿Cómo es que...? —empezó a preguntar, señalándolo con el dedo.

Mike se encogió de hombros.

—Sam me dijo que el grifo goteaba, así que lo he arreglado. Y de paso he fijado un par de ventanas del salón que no cerraban bien.

—Gracias, pero...

—Pero nada —replicó él—. La cerradura de la puerta es una mierda. No tengo material aquí para cambiarla; lo haré mañana. Mientras tanto, ni se te ocurra dejar la llave debajo del felpudo. Aunque, a decir verdad, lo que tendríamos que hacer es cambiar la puerta entera. La que tienes ahora se cae sólo con soplar.

Kyra tuvo la sensación de que acababan de darle una bofetada. Sintió que era una niña pequeña a la que acababan de echarle una bronca. Pues que le dieran mucho por saco. Mike no era nadie para darle lecciones.

—¿No tienes nada mejor que hacer un domingo? —replicó—. ¿Como montártelo con aquella bomba pelirroja de The Shack? ¿O ya has cambiado de pareja?

Mike se tensó y ella se arrepintió de sus palabras inmediatamente. Al fin y al cabo, lo que había dicho Mike sobre la casa era lo que ella misma había pensado un millón de veces.

—Lo siento —se disculpó—. No es asunto mío.

—Tienes razón —replicó él con dureza—. No es asunto tuyo. Joder, fuiste tú la que no aceptaste mi ofrecimiento. ¿Qué más te da si ella aceptó lo que tú no querías?

«Tal vez sí lo quería —dijo su cerebro traidor—. Tal vez aún lo quiero.»

Gracias a Dios, Kyra logró mantener la boca cerrada. Pero al parecer Mike la oyó igualmente, porque sus ojos centellearon y dio un paso en su dirección. Con la encimera a su espalda, no podía retroceder.

Kyra contuvo la respiración cuando él la agarró por la cintura, la sentó en la encimera y se colocó entre sus piernas, apoyando una mano a lado y lado.

—¿O sí lo querías?...

Kyra le sostuvo la mirada desafiante. No sabía cómo lo había logrado, pero lo hizo.

—No me la tiré —dijo Mike finalmente. Tenían las narices tan pegadas que casi se estaban rozando.

Kyra sabía que debía guardar silencio. Eso tenía muchas posibilidades de explotarle en la cara. Pero, sin romper el contacto visual, añadió:

—Te fuiste con ella.

—No me la tiré —repitió él enfadado—. La acompañé a buscar un taxi y luego volví a casa. Solo.

Ella no supo qué decir a continuación, así que se quedó callada. No debería sentirse aliviada, pero no podía evitarlo.

—Hace tiempo que no me tiro a nadie —siguió diciendo Mike—. Desde antes de que volvieras a Alden.

—No te he pedido explicaciones.

—No te las daría si me las pidieras —replicó él en un tono intimidatorio. Bajó la mirada hasta los labios de Kyra y la dejó ahí.

Ella sabía que no debía moverse, pero no pudo contenerse. Desde su último baile, no había podido pensar en nada más que en tocarlo. Haciendo un gran esfuerzo para mantener el pulso firme, alargó la mano hasta su recia cara, le acarició la barba de pocos días y le pasó el pulgar por los labios tal como había hecho él en The Shack.

Mike no se movió, pero sus anchos hombros se tensaron y la vena de la sien empezó a latirle con más fuerza.

—Mike, lo que dije en The Shack acerca de que no eras lo bastante bueno...

Él la interrumpió:

—Ahórratelo. No quiero oírlo. No quiero hablar.

Perfecto. No sería ella la que le diera explicaciones que no quería escuchar.

Permanecieron quietos un buen rato, en silencio. Los únicos sonidos que se oían a su alrededor eran los de su respiración. Los ojos de Kyra se desviaron hacia los labios de Mike, que estaban a escasos centímetros de los suyos. Dios, lo necesitaba. Necesitaba sentir esa boca en la suya. Pero él no la besó. Con los labios le acarició la mejilla, la mandíbula y el cuello, rozándola con la punta de la lengua de vez en cuando. El cuerpo de Kyra reconoció su aroma y su contacto y reaccionó inmediatamente. Pero cuando le echó los brazos al cuello y trató de besarlo, él la agarró el pelo y se lo enrolló en el puño, impidiéndolo.

—A mi manera —murmuró con los dientes apretados, mirándola fijamente.

A pesar de que se estaba negando a sus deseos, un escalofrío de placer recorrió el cuerpo de Kyra al notar que le tiraba del pelo.

—Si quieres que hagamos esto, tiene que ser a mi manera —repitió—. Échate hacia atrás y apoya las manos en la encimera.

Aunque iba en contra de todos sus instintos, Kyra obedeció. Él le llenó el pecho de besos por encima del top con suma delicadeza y luego le mordisqueó el pezón. Cuando ella dio un brinco por la sensación, Mike la sujetó con la otra mano por la parte baja de la espalda y la atrajo hacia sí para pegarla a su entrepierna. Su exageradamente rígida entrepierna.

Mike besaba como los ángeles, usando la cantidad justa de ternura y de agresividad, tomando el control de la situación y dejando un reguero de escalofríos a su paso.

Kyra tenía unas ganas locas de besarlo, pero en esa postura y con él agarrándola del pelo, no podía hacer nada más que aceptar lo que él quisiera darle.

Él trasladó entonces la atención a su otro pecho, frotando su erección contra su sexo mientras le torturaba el otro pezón.

—Mike...

Él fue dándole mordisquitos y lametones por la mandíbula, marcándole la piel a fuego. Pero cuando ella trató de besarlo otra vez, él apartó la cara. Estaba respirando con dificultad. Kyra sentía su necesidad, pero también su enfado, que transmitía en fuertes oleadas. Ambas emociones se retroalimentaban.

—He dicho a mi manera —repitió Mike con un gruñido, antes de atraparle el labio inferior entre los dientes y tirar de él con los ojos brillando de lujuria.

Una descarga de electricidad recorrió el cuerpo de Kyra. Se contrajo por dentro y notó una oleada de calor que descendía hasta lo más hondo de su ser.

Ése no era el amante que ella había conocido. No era el mismo Mike que había esperado a que cumpliera los dieciocho para despojarla de su virginidad, sin ceder ante el acoso de Kyra, por mucho que ella tratara de hacerlo cambiar de opinión. Y lo había intentado muchas veces, y de maneras no muy decentes. No era el mismo Mike que se había asegurado de que estaba

lista para recibirlo haciendo que se corriera tres veces con ayuda de las manos y la boca antes de penetrarla para causarle el mínimo dolor posible, mientras él se corría en las sábanas de tan excitado que estaba.

No era el mismo amante que la había besado sin parar mientras estaba dentro de ella, tranquilizándola, diciéndole lo mucho que la amaba. Lo preciosa que era. Cuánto la deseaba.

No era el mismo amante que la había lavado al terminar y que la había abrazado hasta que se había quedado dormida.

Este hombre era mucho más duro. Le tiraba del pelo, no permitía que se moviera con libertad y no dejaba que lo besara. En The Shack había sentido por un momento al Mike de antes cuando la había besado, pero esa puerta se le había cerrado en las narices. Dolía mucho, porque se había percatado de cuánto necesitaba esa conexión. Necesitaba notar esos labios contra los suyos; esa lengua en su boca.

Pero, a pesar de que Mike ya no era el amante atento que había conocido, no podía negarle nada. No importaba lo brusco y maleducado que fuera, aceptaría cualquier condición que le impusiera porque aún lo deseaba.

—A tu manera —susurró.

Mike le levantó la camiseta de tirantes y tiró del sujetador hacia arriba, dejándole los pechos al descubierto. Luego resiguió su torso con un dedo de arriba abajo. Al llegar al pantalón, continuó bajando hasta llegar a su entrada. La acarició con el pulgar por encima de la tela y Kyra se estremeció.

—Enséñame lo —le ordenó él con una expresión salvaje en el rostro.

—¿Qué?

Antes de darse cuenta de lo que estaba pasando, Mike le cogió el pantalón por la entrepierna y rasgó la tela. Un segundo después, Kyra tenía las bragas colgando de la pierna izquierda. Estaba totalmente expuesta ante él.

—Como una muñequita —dijo él, acariciando su piel depilada y deslizando los dedos a lo largo de su abertura—. Y ya estás húmeda. ¿Me deseas?

Kyra asintió, incapaz de pronunciar una palabra, arqueándose contra su mano y ahogando un gemido al notar el contacto de sus dedos callosos.

—Sácamela —le ordenó él entonces con voz ronca.

Mike siempre había sido de los que decían cosas bonitas en la cama.



Ahora lo único que salía de su boca eran órdenes bruscas.

Para su sorpresa, eso también funcionaba. Estaba excitada.

Con manos temblorosas, Kyra le desabrochó los vaqueros y su polla salió disparada. Con ímpetu.

Era grande.

Y tenía un piercing.

«Oh, Dios mío.»

Que estaba bien dotado no era nada nuevo. Y que tenía el miembro más bonito que había visto nunca tampoco lo era. Pero el piercing, sí. Tenía dos bolitas de metal, una encima de la cabeza acampanada y otra por debajo. Apano-sé-qué, creía que se llamaban ese tipo de piercings.

Incapaz de apartar la mirada, empezó a respirar sonoramente mientras el sexo se le humedecía aún más.

—Ya veo que te gusta —susurró él.

Agarrádoselo por la base, apoyó su miembro en sus labios inferiores. Kyra gritó al notar el contacto y se tensó por completo. Lentamente, él deslizó su erección a lo largo de los suaves pliegues. La bolita metálica inferior estaba fría, sobre todo en contraste con su ardiente carne. Cuando Mike acercó la punta a la entrada, Kyra aspiró con fuerza y contuvo el aliento, preparándose para su embestida. Que no llegó. Él volvió a moverla entonces hacia arriba y le acarició el clítoris con la punta, suave como el terciopelo.

Kyra gimoteó. Hacía tanto tiempo. Y llevaba tantos años soñando con eso. Pero no era un sueño. Era el auténtico Mike el que estaba entre sus piernas, mordisqueándole los pezones, con el pene presionándole el clítoris.

Era demasiado. Tenía una sobrecarga sensorial. Le clavó las uñas en los antebrazos y echó la cabeza hacia atrás. Se apoyó contra él con las piernas temblorosas.

—Mike, me corro.

Se agarró a su cuello y se mantuvo abrazada a él con fuerza mientras él movía las caderas. El orgasmo la sorprendió. El sexo se le contrajo bruscamente en el momento en que gritaba el nombre de él.

Todavía temblando por los coletazos del orgasmo y respirando con dificultad, Kyra agarró el pene y se lo colocó en la entrada de su zona más íntima. Su cuerpo lo recordaba. Cómo le gustaba notar a Mike en su interior.

Era lo mejor. Necesitaban un condón. Lo quería dentro de ella ya. Pero entonces él dio un paso atrás.

—Parece que, al final, sí que te sirvo para un polvo por despecho —dijo metiéndosela dentro de los pantalones y, acto seguido, se marchó.

## 5

Kyra no se dio cuenta de que estaba acompañada hasta que la canción que estaba bailando llegó a su fin y oyó los aplausos. Varias chicas de la clase de hip-hop estaban sentadas en el suelo.

—Eres increíble —dijo Kendall poniéndose en pie. Las otras tres la siguieron.

—Gracias, chicas. Estaba pasando el rato, divirtiéndome un poco —repuso ella.

Bailar siempre la había relajado. Había gente que necesitaba beber o drogarse para olvidarse de todo. Kyra sólo tenía que poner música, dejar que las notas se apoderaran de ella y ya estaba en su mundo. Tranquila y relajada. Completa. No había nada más que le causara el mismo efecto. Bueno, nada aparte de estar con Mike.

—¿Por qué habéis venido tan temprano? Aún tengo que dar una clase antes de la vuestra.

Kendall movió los pies de un lado a otro, mirando al suelo. Era una chica de catorce años, muy guapa, y al parecer la habían elegido portavoz del grupo, porque las demás le dieron codazos para que siguiera hablando.

—Venga —susurró Stacy, la chica que estaba a su espalda.

—Ya va, ya va —murmuró Kendall entre dientes.

Kyra las miró divertida.

—¿Qué pasa?

Kendall se aclaró la garganta.

—Queríamos pedirte una cosa. Sabemos que estás muy ocupada y lo entendemos perfectamente si dices que no. Después de todo, has bailado para Amantis, que, por cierto, nos encanta. Seguro que tienes mil cosas mejores que hacer que no... Y ya sabemos que alguien de tu categoría no puede ir...

—Suéltalo ya, Kendall —la interrumpió ella con una sonrisa.

—Queremos participar en un concurso de baile y necesitamos ayuda con la coreografía —dijo la chica tan rápidamente que a Kyra le costó entenderla—. Ya está. Ya lo he dicho —añadió, fulminando a sus amigas con la mirada.

—Claro que os ayudaré.

—¿De verdad? —preguntaron las cuatro chicas al unísono con unos ojos como platos.

—Por supuesto. ¿Ya habéis elegido la música?

Pero nadie la estaba escuchando. Las chicas estaban riendo y dando saltos en una danza de la victoria muy poco coordinada.

—Chicas, chicas, calma. ¿Tenéis canción o no?

—Sí, sí, tenemos canción pero, si prefieres otra, la cambiamos sin problemas —respondió Kendall.

—Es vuestra actuación, así que vosotras elegís la música. ¿La tenéis aquí? Podríais enseñarme lo que habéis preparado por vuestra cuenta.

Ellas se miraron con nerviosismo.

—Mmm, es que no tenemos casi nada —dijo Megan—. La verdad es que somos un desastre.

—Os he visto bailar y no sois un desastre.

Eran adolescentes que se estaban desarrollando. Estaban buscando su propia identidad. Sus movimientos eran algo torpes y poco naturales, pero les encantaba bailar, y ésa era la base de todo.

—Espera a vernos bailar —le advirtió Stacy resoplando.

—Kyra consiguió que aquel tipo de la Liga de Fútbol Americano bailara como Patrick Swayze, así que podrá hacerlo con nosotras.

Ella puso los ojos en blanco.

—Venga. Enseñádmelo.

Las chicas se acercaron al reproductor de CD inseguras, murmurando entre sí. Parecían estar a punto de salir huyendo, pero no lo hicieron.

Kyra las observó bailar. La coreografía necesitaba pulirse, pero no sería un problema. Y las chicas eran buenas. Tenían la pasión por la danza que muchos bailarines consagrados ya habían perdido.

Cuando la canción acabó, se acercó a ellas.

—¿Cuándo es el concurso?

—Dentro de un mes y medio —respondió Kendall.

—Muy bien. ¿Qué tal si venís a ensayar una hora todos los días antes de que empiece las clases? —Tendría que llevarse a Sam consigo al gimnasio, pero no pasaba nada. Su hija estaría encantada—. Tendré que consultarlo primero con el señor Haddican, pero estoy casi segura de que dirá que sí.

Al fin y al cabo, los Haddican estaban involucrados con casi todo lo que pasaba en Alden.

—Aún no me creo que vayas a ayudarnos. No podemos pagarte. Si ganamos, nos pagarán algo, pero es una miseria.

—Pues lo siento, pero por vosotras, porque no tenía ninguna intención de cobraros nada.

Las chicas la abrazaron entre gritos.

Kendall levantó un puño en el aire.

—No me lo puedo creer. Nos vas a ayudar. La primera bailarina de Amantis. ¡Sí!

Kyra se echó a reír.

—No os dejéis deslumbrar por el brillo del aura de Amantis. Yo también empecé a bailar aquí, en este mismo gimnasio.

En lo que parecía otra vida, una vida en la que Mike disfrutaba de su compañía.

Cuando las chicas se marcharon, como le quedaban diez minutos libres, Kyra fue a buscar a su hija. La encontró con Mike, cómo no, rodeada por Rebecca y otras abuelas vestidas con ropa de yoga. Estaban dando clase de defensa personal para la tercera edad.

Mike se estaba riendo y las abuelas también. Sam tenía una enorme sonrisa en la cara. Kyra no quería romper el ambiente y estaba segura de que toda esa camaradería desaparecería si ella se acercaba. Por lo menos, en lo concerniente a Mike. Así que se mantuvo a distancia, apoyada en la pared, y los observó en silencio.

No se dio cuenta de que Angie se aproximaba hasta que su amiga estuvo a su lado.

—Me han contado que la primera vez que Mike les dijo que calentaran, sacaron un termo con chocolate caliente.

Ella se echó a reír.

—No me extrañaría nada.

Se imaginó a Mike sentándose con ellas para tomarse una taza.

—Se dice por ahí que han encargado sus propias camisetas tras ver las de las *strippers*. Tiemblo sólo de pensar qué se les habrá ocurrido.

—«Culos Colganderos» por delante. Y «Somos ancianas, ¿cuál es tu excusa?» por detrás. Me lo contó Rebecca.

—¡Venga ya! —exclamó Angie.

Wilma dijo algo y Mike echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír a carcajadas.

Kyra se lo quedó mirando. Había gente que acudía desde Boston para asistir a sus clases de kárate. Bueno, había oído que tenía alumnos de todo el país. A cualquier otro en su situación lo habría repateado tener que pasar la tarde dando clases a un grupo de abuelas. Vamos, otro directamente se habría negado. Pero Mike era distinto. Él no sólo aceptaba, sino que disfrutaba haciéndolo.

«Es muy bueno en lo suyo.»

Ya fuera enfrentándose a un grupo de *strippers* o de abuelas, siempre era el mejor.

—Ya sabes que Sinful es sólo la gerente del local, ¿no? —dijo Angie dirigiéndole una mirada recriminatoria a su amiga.

—Sí, ya lo sé. Me lo dijo Red. Y Mike me lo confirmó cuando vino a arreglar los escalones del porche.

Angie alzó las cejas.

—¿Mike hizo qué?

—Rompió uno de los escalones al pisarlo y vino al día siguiente a repararlos.

Tal vez Kyra suspiró; no estaba segura. Angie la miró y luego se volvió hacia Mike.

—Te lo tiraste, ¿me equivoco? —preguntó entornando los ojos.

—No estoy segura.

Angie se atragantó.

—¿Qué demonios quiere decir eso? ¿Se metió en tus bragas o no?

—Técnicamente hablando, sí. En realidad, me las arrancó. Pero entonces pareció perder el interés y no metió nada en ningún sitio. No sé si me explico.

—Y ¿tú qué hacías mientras tanto?

«¿Frotarme contra él y correrme de forma descarada?»

Kyra dudaba sobre la conveniencia de entrar en tantos detalles, pero al final no hizo falta. Tras mirarla a la cara y ver que estaba roja como un tomate, Angie se lo imaginó.

—¿Estuvo bien? —preguntó.

Kyra bajó la cabeza.

—No te lo creerías.

Habían pasado varios días desde el incidente de la cocina y no habían vuelto a hablar. De hecho, no habían vuelto a estar a solas. Pero él había seguido yendo a la casa. A esas alturas ya le había puesto una nueva cerradura, había reparado varias ventanas, y había cambiado por otras nuevas las que estaban muy mal. Además, había puesto varios parches en el tejado. Kyra había tratado de protestar varias veces, pero Sam siempre estaba presente y no quería montar una escena delante de su hija. Sin embargo, tal y como Mike la estaba ignorando últimamente, dudaba mucho de que le hubiera hecho caso. Y, por otro lado, tampoco sabía qué decirle. Estaba hecha un lío. Cuando cerraba los ojos, aún notaba su erección contra su sexo mientras le echaba la cabeza hacia atrás agarrándola del pelo y se negaba a recibir sus besos. Manteniéndola a distancia y totalmente expuesta ante él. Y obligándola a tener un orgasmo tan intenso. Hacía tanto que no tenía un orgasmo parecido que Kyra ni siquiera se había molestado en contar el tiempo que había pasado. Luego él se había apartado de ella, se había abrochado el pantalón y se había marchado.

«Dios mío.» Lo necesitaba tanto. Y lo odiaba en igual medida.

—Y ¿ahora qué? —preguntó Angie.

Había tanto dolor entre ellos que no podían desprenderse de él, ni siquiera después de siete años. El sexo no hacía más que complicar las cosas.

—Ahora, nada. Nos ignoramos y olvidamos lo que sucedió.

Mike cerró la puerta del gimnasio después de que saliera el último cliente. Estaba haciendo su ronda, comprobando que todo estuviera en orden, cuando se dio cuenta de que había un grifo abierto en las duchas del vestuario

de mujeres. No debía de haber nadie ya. Llamó a la puerta pero nadie respondió, por lo que la entreabrió.

—¿Hola? —dijo.

No obtuvo respuesta, pero vio que las cosas de Kyra estaban sobre el banco. ¿No se había marchado aún? Sus clases habían terminado hacía un rato. Mike había salido a hacer un recado y la había dejado bailando sola. Acababa de volver para relevar a su padre con el cierre.

El cuerpo de Mike se tensó inmediatamente. Sabía que debía salir de allí y cerrar la puerta, pero fue incapaz. Sin poder contenerse, se dirigió hacia las duchas. Una vez allí, se detuvo en seco. El vestuario estaba lleno de vapor y Kyra estaba bajo el chorro de agua, húmeda y resbaladiza. Quería marcharse, pero estaba clavado al suelo. Su miembro se endureció como una roca al ver cómo ella echaba la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados para aclararse el jabón, que le bajaba espalda abajo hasta el culo. Se había convertido en un perverso.

¡Pero es que la deseaba tanto! Marcharse de su casa cuando ella estaba prácticamente rogándole que la tomara había sido de las cosas más difíciles que había hecho nunca. Se había repetido hasta la saciedad que no volvería a ponerle las manos encima. Que dejaría que la polla se le cayera a trozos antes de rendirse. Kyra era mala para su salud mental. Siempre lo había sido. Y ahora, un montón de años después, cuando se suponía que era más viejo y más sabio, él seguía comportándose como un completo idiota siempre que estaba cerca de ella.

Kyra debía de haber notado que alguien la estaba observando —o tal vez había oído a su corazón latir como un loco—, porque se volvió y, ahogando un grito, se cubrió con las manos. No es que tapara gran cosa. Se estaba abrazando los pechos, pero el pubis depilado le quedaba a la vista, sólo cubierto por la espuma del jabón, que se deslizaba sobre él.

Durante unos segundos que se hicieron eternos, ninguno de los dos dijo nada. Permanecieron en silencio, mirándose.

—Dime que me vaya —le ordenó Mike con la voz ronca, apretando los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas.

Ella no respondió, mirándolo con ojos frenéticos mientras el agua la regaba desde atrás y el vapor se arremolinaba a su alrededor.



—Dime que me largue —insistió él dando un paso en su dirección. Y luego otro, y otro. Como si alguien estuviera tirando de él con una cuerda y no pudiera hacer otra cosa—. Si me quedo, te follaré.

Kyra permaneció en silencio, pero alzó la barbilla y bajó los brazos, dejando los pechos al descubierto. Ya estaba. Su vía de escape acababa de cerrarse. Mike la agarró y enterró la cara en su cuello para aspirar su olor, deslizando las manos por las curvas y los valles de su cuerpo, húmedo y dulce.

—Te deseo tanto —gruñó. Estaba vestido y se estaba empapando rápidamente, pero le daba igual.

Kyra lo miró con desconfianza.

—Estás furioso conmigo.

—Sí. Mi cabeza puede decir misa, pero mi polla sabe lo que quiere.

Mike pensó que ella se escandalizaría por su vocabulario grosero —él mismo estaba un poco escandalizado—, pero no fue así. En cambio, Kyra se echó a reír con sarcasmo y preguntó:

—Y ¿qué es lo que quiere tu polla?

—A ti.

Siempre la quería a ella. Estaba hasta los mismísimos de tener que ocuparse de su erección él mismo, porque ninguna otra mujer le servía. Estaba muy harto de desear algo que no podía tener. Se acabó. Quería quitarse de encima esa jodida obsesión. Se la tiraría y se la quitaría de la cabeza a polvos.

Las cosas entre ellos no podían ser tan buenas como las recordaba. Era una trampa de su maldito cerebro, que no lo dejaba avanzar en la vida.

Mike le acarició las nalgas y luego las caderas, el vientre, y fue ascendiendo hasta llegar a sus preciosos pechos. La devoraba con los ojos mientras su polla se dedicaba a levantarle una tienda de campaña en los pantalones de deporte en sus ansias por poseerla.

Kyra estaba temblando, pero se enderezó.

—Puedes tomar lo que tu polla quiere. Puedes tomarme, pero tendrás que besarme. ¿O qué? ¿Acaso tienes miedo de besarme?

Fue como si se hubieran abierto las compuertas de una presa. Mike la agarró por la nuca y la acercó a él, aplastándole la boca con sus labios. No existía la técnica, ni los preliminares, ni la provocación. Sólo la necesidad descarnada y abrasadora. Dios, se estaba muriendo por ella.

Aunque Kyra se le había ofrecido, no se rindió al beso. Luchó con él por tomar el control. Luchó con la lengua y los dientes, dando tanto como recibía, alimentando la pasión de Mike.

Él la levantó mientras Kyra le rodeaba la cintura con las piernas. Necesitaba hundirse profundamente en su interior, porque ése era el lugar donde había sido feliz por última vez. Sin pensar ni comprobar si ella estaba lista para recibirlo, se bajó los pantalones de deporte y la embistió, obligándola a aceptarlo hasta el fondo. Kyra gritó en su boca mientras su estrecho canal se contraía tratando de ajustarse a su invasión, pero no se apartó. Le agarró el pelo con fuerza y le apretó más la cintura con los muslos.

—Sí —murmuró Mike.

«Joder.» Qué bien se estaba dentro de ella. Tan caliente, tan confortable...

Su memoria no lo había engañado. En todo caso, estar con ella era aún mejor de lo que recordaba.

«Mierda.» Estaba jodido. Completamente jodido.

Se retiró para poder clavarse de nuevo en su interior. La barra del piercing tiraba de él mientras las bolitas se abrían camino rozando contra las paredes de su sexo y le follaba la boca con la lengua al mismo tiempo.

Ésa era la razón por la que se había marchado de aquella manera el otro día, a pesar de que Kyra tenía las mejillas sonrosadas, temblaba de excitación sobre la encimera de la cocina y alargaba las manos hacia su polla, con la mirada suplicante y el coño empapado y aún palpitando tras el orgasmo. Abierta y lista para él. Porque sabía que, en cuanto estuviera dentro de ella, no habría vuelta atrás. Se habría acabado el juego. Se perdería en ella. Y eso era exactamente lo que acababa de pasar. En dos segundos le había metido la lengua hasta la campanilla y la polla hasta el fondo y ya estaba cayendo en su embrujo. La había deseado tanto y durante tanto tiempo. Tenía que alejarse

para poder recuperar un poco de perspectiva. Tenía que mantener la cabeza fuera del agua o se ahogaría en ella una vez más y nunca podría volver a la superficie.

El pánico le dio las fuerzas necesarias para apartarse de ella con brusquedad y dejarla en el suelo. Kyra le dirigió una mirada confundida. Tenía los ojos vidriosos. Estaba tan guapa, joder.

—¿Mike?

Él le dio la vuelta con tanta fuerza que el pelo mojado le golpeó la piel.

—Apóyate en la pared —le ordenó antes de que ella se quejara. No podía mirarla a los ojos. Brillaban de deseo, pero también de dolor. Y no podía enfrentarse a ese dolor.

—Pero...

Mike le levantó una pierna, se la colgó del brazo y, rodeándole la cintura con el otro, la penetró hasta que las pelotas golpearon contra sus labios inferiores.

Kyra gritó y trató de aferrarse a las baldosas. Se agarró de un colgador metálico que había en la pared y se sujetó con fuerza mientras él la embestía sin control.

—Mike... —le dijo con la voz entrecortada—. Para. Un condón.

Él la ignoró. Era imposible parar. Le habría resultado más fácil hacer que el sol no se pusiera ese anochecer. Y no tenía la menor intención de ponerse un condón. No. Con ella, no.

Sabía que se estaba comportando como un loco, o como un cavernícola, pero no podía evitarlo. Con el rabillo del ojo vio una imagen de los dos en el espejo empañado del vestuario. El cuerpo de Kyra, desnudo, en forma, se sacudía al ritmo de sus embestidas, pero al mismo tiempo se entregaba a él, sin importarle lo brusco que estaba siendo. Estaba a su merced y él se aprovechaba de ello impulsándose entre sus piernas. Tenía los pantalones y la camiseta empapados, igual que las zapatillas.

Se la estaba follando con tanta dureza que el sonido de sus cuerpos golpeando el uno contra el otro era más fuerte que el sonido del agua. Kyra se agarraba del colgador con ambas manos. Su sexo se contraía alrededor del miembro de Mike. La sujetaba con tanta fuerza y la embestía de una manera tan

descontrolada que el pie en el que Kyra se había estado apoyando ya no tocaba el suelo. La bailarina jadeaba con fuerza y gritaba cada vez que él se clavaba en su interior.

Por un instante, Mike tuvo miedo de estar haciéndole daño, pero pronto volvió a olvidarse de todo. Era como si alguien le hubiera secuestrado el cerebro. Lo único que era capaz de entender era que necesitaba estar en su interior. Muy profundamente. Más adentro de lo que había llegado nadie. Más profundamente de lo que había llegado el cabrón de su marido; ése al que ella había elegido en vez de él. Cerró los ojos con fuerza, tratando de librarse de la rabia que sentía cada vez que se acordaba de ese hijo de puta, y continuó con sus rápidas embestidas.

No iba a durar mucho más. Desplazó una mano hasta el clítoris de Kyra y empezó a acariciarla.

Con un gemido desgarrado, ella se volvió hacia él.

—Mike, por favor, bésame.

No lo hizo.

—¿Tomas precauciones? —le murmuró él al oído con una voz tan ronca que parecía un gruñido. Ya notaba el semen en la punta de su polla y el orgasmo bajo los riñones, pidiendo paso, imposible de detener.

—¿Qué?

—¿To... mas... pre... cau... cio... nes? —repitió Mike, pronunciando las sílabas al ritmo de las salvajes embestidas, mientras le acariciaba el clítoris como a ella le gustaba, con fuerza y en círculos—. ¿Parche? —Embestida—. ¿Píldora? —Embestida—. Precauciones. —Embestida.

«Dios mío.» Tenía que responder ya, antes de que no pudiera aguantar más. Él estaba a punto de correrse y, al parecer, ella también.

—Sí —logró decir antes de echar la cabeza hacia atrás y perder el control de su sexo, que se aferró al pene de Mike con la fuerza de una prensa hidráulica.

Mike la empujó con las caderas un par de veces más; clavó los pies en el suelo, le mordió el hombro y se vació en su interior.

Fue un subidón tan grande que tardó una eternidad en volver a bajar. Hacía siete años que no sentía nada parecido. «Siete jodidos años.» Al volver a la Tierra se dio cuenta de que Kyra le estaba golpeando las manos.

—¡Que me sueltes! —le estaba diciendo.

Por el sonido de su voz, parecía que llevaba un rato pegándole y pidiéndole que la soltara.

Él obedeció y se sintió abandonado en cuanto dejó de sostener su peso. Y en cuanto su sexo dejó de abrazarlo.

Tambaleándose ligeramente, Kyra se apartó de él y fue a buscar la toalla fulminándolo con la mirada.

—No te has puesto un condón.

Él se encogió de hombros.

—Has dicho que usabas protección.

Mike probó de dar un paso con cuidado. Sí, las piernas aún le funcionaban. Se alejó de la ducha y se quitó la camiseta empapada.

Kyra se había envuelto en la toalla.

—Sí, estoy protegida contra los embarazos, imbécil. Pero no contra toda la mierda que puedes haber pillado durante estos años en que te has estado tirando todo lo que se mueve.

Él le dirigió una sonrisa sarcástica mientras se quitaba los zapatos a patadas.

—Siempre he usado protección. No he enterrado mi semilla en el vientre de ninguna otra mujer. No creo que tú puedas decir lo mismo. ¿O qué? ¿Vas a decirme que ningún hombre se ha corrido dentro de ti? ¿Sam fue fruto de una inmaculada concepción? No me creo que sea adoptada. Es clavadita a ti.

—Que te jodan.

—Acabas de hacerlo, nena —replicó él mientras se quitaba los pantalones.

—Eres un capullo —refunfuñó Kyra aguantándose la toalla con una mano y recogiendo la ropa con la otra.

—¿Se puede saber por qué coño estás tan enfadada? Te recuerdo que fuiste tú quien me dejó —contraatacó Mike—. Te lo he advertido. Te he advertido que te follaría si no me ordenabas que me fuera. No lo has hecho, así que he cumplido mi promesa. Y tú también te has corrido. Joder, aún noto tu coño estrangulándome como si quisiera matarme a polvos.

—¿Por qué estoy tan enfadada? ¿Quieres que te lo delecte? ¿Qué es lo que pretendes?, ¿humillarme?

Mike se enfureció.

—¿Estás segura de que quieres sacar el tema de la humillación, nena? La humillación es ver cómo la mujer que quieres más que a tu propia vida rechaza tu propuesta de matrimonio porque quiere ver mundo. Quiere ser libre y salvaje y no atarse a nadie. Humillación es volver a ver a esa mujer un año más tarde, ¡casada con otro tipo y con su bebé en brazos! ¡Eso es humillación! —bramó agarrándola por los brazos—. Humillación es mirar a la hija de esa mujer, esa preciosa niñita que es igual que el amor de tu vida, y desear con todo tu corazón que fuera tuya y no de un jodido gilipollas. Durante seis años lo he odiado por ser el padre de la niña que debería haber sido mía. ¡Mía! ¿Lo entiendes? Yo te amaba, te necesitaba. Y tú me abandonaste.

—¡Aquello no fue una propuesta de matrimonio! —gritó ella a su vez, tratando de librarse de sus manos sin éxito—. Fue un chantaje emocional en toda regla. En cuanto te dije que quería trabajar en el crucero, me compraste un anillo pensando que así me olvidaría de todo. Dios no quisiera que pudiera hacer realidad mis sueños.

»Me equivoqué. Probablemente di un paso en falso al aceptar ese trabajo, pero te quería a mi lado cubriéndome las espaldas. Quería que, por una vez en la vida, alguien me apoyara y creyera en mí. Y no lo hiciste. ¡Me diste la espalda!

Mike apretó los dientes sintiendo que se le retorció el corazón. No había comprado el anillo después de enterarse de que Kyra quería trabajar en el crucero. No tenía ni idea de lo que decía. La soltó con tanta brusquedad que ella se tambaleó y dio un paso atrás.

—Pensaba que follarte iba a valer la pena, pero me he equivocado —le espetó.

—Vete al infierno —le soltó ella.

Mike se rio sin ganas.

—Ya he estado allí.

—¡Yo también! —gritó Kyra, pero él la ignoró.

—Y ¿qué es lo que quieres ahora? ¿No soy lo bastante bueno para un polvo por despecho? ¿Qué esperabas?, ¿flores y arcoíris o una declaración de amor del tonto del pueblo?

—¡No, idiota! ¡No eres lo bastante bueno para un polvo por despecho porque eres mucho más que eso! ¡Y no me cuentes milongas porque volví a buscarte! —gritó Kyra—. Volví a buscarte y te encontré con ella. ¡Te vi y tú me viste a mí! Así que no te atrevas a hablarme de humillación, jodido hipócrita.

Mike se quedó clavado en el sitio al oír sus palabras. Parecía confundido.

«Mierda», se dijo Kyra. No quería sacar ese tema. Trató de huir, pero él la agarró del brazo.

—¿De qué coño me estás hablando?

—Olvídalo. ¡Suéltame! —replicó ella jadeando. La adrenalina se había apoderado de su cuerpo, preparándola para huir o luchar. Habría preferido huir, pero Mike tenía otros planes.

—Ni se te ocurra, Rubita. Empieza a hablar. Ahora. ¿Qué cuento es éste de que volviste a por mí? ¿Cuándo volviste a por mí?

Ella lo miró fijamente. No pretendía hacerle revivir ese momento sólo para fastidiarla, ¿verdad? Aunque parecía francamente sorprendido. ¿Podría haber una explicación para lo que vio? Kyra negó con la cabeza. No, claro que no.

—Sabes muy bien a lo que me refiero —susurró entornando los ojos y agarrando con más fuerza la toalla.

Se sentía totalmente desnuda. Mucho más que hacía tres minutos, mientras Mike la follaba con dureza por detrás. Lo había vuelto a hacer, como en la cocina. Le había demostrado quién era el jefe. Y ella, como la idiota masoquista que era, le había entregado el poder y —tal como él había dicho de manera tan grosera—, sí, también se había corrido. Era suya, siempre que él lo quisiera y como él lo quisiera. Estaba temblando. De rabia. De vergüenza. Notaba su semen aún derramándose entre sus muslos. Tenía la garganta dolorida de tanto gritar.

—Así que no me hables de humillaciones —añadió—. Y ahora, si no te importa, y si has acabado de follarme, me voy a casa. Ya has dejado claro quién está al mando aquí. Lárgate, tengo que cambiarme.

Mike cruzó los brazos sobre el pecho y separó más las piernas. Estaba desnudo. Y volvía a estar empalmado. Le fastidió darse cuenta de que, a pesar de la poca delicadeza con que la había tratado, su cuerpo reaccionaba ante esas cosas

—Tú hoy no sales de este gimnasio sin darme una explicación —replicó.

Kyra lo miró a los ojos. La estaba observando con tanta determinación que le quedó claro que o lo tumbaba —cosa que era imposible— o no iba a ninguna parte.

—Volví a Alden, a por ti, un mes después de embarcarme en aquel maldito crucero —empezó—. Era tu cumpleaños. Te llamé, te dejé un mensaje. Te dije lo arrepentida que estaba, admití que me había equivocado. Te avisé de que volvía a casa, de que quería hablar contigo. Llegaba tarde y te pedí que te reunieras conmigo en la cabaña del lago.

Mike se quedó petrificado.

—¿Qué? Nunca recibí ese mensaje.

«Sí, claro...»

—No hace falta que mientas. Es evidente que no herir mis sentimientos no está entre tus prioridades.

Mike la agarró por los antebrazos.

—Te lo juro. No me llegó. Tenía el móvil estropeado.

Kyra intentó soltarse, pero él no lo permitió.

—Estabas en nuestra cabaña del lago. Con Jess. Te vi. Y tú me viste a mí. Y dejaste que ella siguiera tocándote.

Mike negó con la cabeza confundido.

—Kyra, la noche de mi cumpleaños acabé borracho perdido. No recuerdo absolutamente nada de ese día. Fui al lago solo. Recuerdo que Jess se acercó a mí y me preguntó si podía sentarse a mi lado. No le respondí. Empezó a contarme cosas que no me importaban una mierda. No la escuchaba y, del todo, no tengo ni idea de qué pasó después. Lo que recuerdo es que estaba allí sentado, sintiéndome el hombre más infeliz del mundo porque te importaba tan poco que no te habías molestado siquiera en felicitar me por mi cumpleaños. Recuerdo que bebí una cerveza tras otra. Y después, nada. Todo es borroso.



—Estás mintiendo. Me miraste directamente mientras le aguantabas la cabeza en tu regazo.

—¿Qué? ¡No!

—¡Te la estaba chupando mientras tú me mirabas!

—Te estoy diciendo la verdad —replicó él inexpresivo.

—Y ¿qué me dices del mensaje que te dejé en el móvil? Te dije que iría a buscarte al lago y tú te aseguraste de estar allí, con ella, para que te viera.

—No recibí tu mensaje. Ya te he dicho que tenía el teléfono estropeado.

—Ya, claro —replicó ella con sarcasmo.

Mike bajó la mirada avergonzado.

—Lo tiré contra la pared en un ataque de rabia al ver que no me llamabas ni me enviabas un mensaje. Siempre me habías felicitado.

Kyra se quedó inmóvil. Sí, siempre lo había felicitado por su cumpleaños. Siempre se aseguraba de celebrarlo con él por todo lo alto.

—Llevaba un par de días mirando el móvil cada cinco minutos, esperando tu llamada. La mañana de mi cumpleaños lo estampé contra la pared. Cuando me compré otro, unos días más tarde, no encontré ningún mensaje.

—¿No recibiste mi mensaje? —preguntó ella con voz temblorosa, dudando por primera vez en todos aquellos años de lo que había pasado en realidad.

Le había dejado el mensaje el día de su cumpleaños, después de desembarcar. Había tardado varios vuelos más en llegar hasta él.

Mike la miró fijamente a los ojos.

—Habría cruzado el jodido océano en una bañera si hubiera sabido que querías volver conmigo —aseguró.

Kyra se cubrió la boca con la mano.

—Pensaba que tratabas de demostrarme lo poco que te importaba. Cuando llegué allí y os vi, estuve a punto de vomitar. Me dolió tanto. Ella estaba encima de ti, besándote, desabrochándote la camisa. Y tú se lo permitías. Luego te volviste hacia mí, me miraste y le empujaste la cabeza hacia tu regazo. No sabes el efecto que me causó. Me destrozaste.

Kyra había querido marcharse, pero las piernas no le obedecían. Se había quedado allí, viendo cómo una mujer que no era ella le daba placer a Mike. Y mientras la cabeza de Jess se movía arriba y abajo, Mike la miraba fijamente a ella.

La agarró con más fuerza, devolviéndola a la realidad. Y la realidad era un Mike enfadado que la miraba con la mandíbula muy apretada y los ojos echando chispas.

—A ver si lo he entendido bien: ¿viste que Jess me comía la polla y no chillaste, ni me pegaste en la cabeza con un bate de béisbol? ¿Diste media vuelta y te largaste? ¿Tan poco te importaba?

Kyra pestañeó rápidamente. No entendía sus preguntas. ¿Por qué la miraba con tanta rabia?

—¿Qué?

—¿Te largaste y te quedaste embarazada de un imbécil para darme en las narices? ¿Qué pretendías?, ¿hacérmelo pagar?, ¿hacerme sufrir? Porque te aseguro que lo conseguiste, nena. No sabía por qué estaba pagando pero, joder, te juro que pagué. Sangre, sudor y lágrimas.

—No fue así, Mike. Yo...

Pero él no la estaba escuchando. La soltó con tanta brusquedad que Kyra se tambaleó y dio un paso atrás.

—¿Y el anillo que te ofrecí? Para que te quede claro, cariño, lo compré cuando cumpliste los dieciocho. ¡Los dieciocho, joder, Kyra! Quería dártelo cuando te viniste a vivir conmigo, pero pensé que sería mejor esperar a que acabaras la carrera. No quería que te sintieras presionada.

«Oh, Dios mío.»

—Mike...

Él salió del vestuario sacudiendo la cabeza.

—Que te jodan, Kyra. Que te jodan.

Ella permaneció en el vestuario, sola. Había pasado de la rabia a la euforia y a la desesperación en cuestión de minutos. Había sentido una brizna de esperanza cuando Mike le había explicado lo que había ocurrido en realidad. Había pensado que, tal vez, sólo tal vez, podrían arreglar las cosas. Pero, al parecer, no era así.

## 6

—Nunca has sido muy hablador, pero venga ya, Mike, te estás pasando. Comparado contigo, Cole es una risueña *girl scout* —dijo James secándose el sudor de la frente.

—Y baja el ritmo, joder —añadió Max con un gruñido—. Ya hemos corrido el doble de lo normal. A estas alturas ya debemos de haber salido de Massachusetts.

—Podéis largaros cuando queráis. Nadie os retiene —respondió Mike, y siguió corriendo. En vez de aflojar, aumentó un poco más el ritmo. Notaba las miradas de James y Max clavadas en él, pero las ignoró por completo.

—¿Nos puedes aclarar por qué tus alumnos vienen a pedirnos que te sustituyamos en las clases antes de que los mates?

Mike había tardado dos días en volver al gimnasio, pero finalmente había tenido que hacerlo. Había cambiado el turno con su padre y ahora iba por las mañanas. Por las tardes sólo iba a dar las clases de artes marciales. Había intentado pasárselas a James y a Max, pero no había sido posible. Al menos había conseguido librarse de los intentos de su abuela de juntarlo con Kyra o con Sam para cualquier tipo de actividad.

—Sólo entrenamos un poco.

—Ya. A estas alturas, tus alumnos prefieren enfrentarse a Cole o a Jack antes que a ti —replicó Max—. Joder, creo que muchos preferirían enfrentarse a Mike Tyson. ¿Qué coño te pasa?

Mike respondió con otro gruñido.

—Es por Kyra, ¿verdad? Te ha afectado.

Contuvo la risa. Pues claro. Kyra siempre lo afectaba.

—¿Os habéis liado? —preguntó James con cuidado, como si sus palabras fueran bombas que pudieran provocar una explosión.

Mike no quería responder, pero sus amigos tenían derecho a una explicación. O algo parecido. Aunque sólo fuera para que lo dejaran en paz.

—Algo así —admitió.

—Oh, no. —James se detuvo en seco y sacudió la cabeza—. Joder, joder, joder. Te has acostado con ella, ¿no?

Mike también se detuvo, agachó la cabeza y soltó el aire.

—Tú no escarmientas, ¿no?

No, estaba claro que no escarmentaba.

—Bueno, tenía que pasar un día u otro —comentó Max—. Cuanto antes se quiten de encima toda esa tensión sexual, mucho mejor. Así Mike podrá relajarse y volver a su vida normal.

James señaló a Mike.

—Oh, sí, ya veo lo relajado que está —replicó—. ¡Está más tenso que un arco! Casi acaba con nosotros. Y en el gimnasio todos tienen miedo de acercársele. Hasta los que son cinturón negro.

—Sí, eso es verdad. —Max le dio la razón a su hermano—. ¿Qué pasó exactamente, Mike? ¿Algo salió mal? Porque me cuesta imaginarme que acostarse con alguien como Kyra no sea espectacular.

Mike gruñó. Literalmente.

—No pienso hablar de esto con vosotros, así que ya puedes cerrar esa sucia boca que tienes.

«¿Mal?» Había sido tan impresionante que le había hecho estallar la cabeza. Y la polla. Y todo lo que quedaba entre las dos cosas. Como siempre. ¡Como siempre, joder!

Estaba jodido. Incluso furioso como se sentía, la erección no le había bajado en días.

James maldijo entre dientes.

—Mike, ¿estás loco? ¿Ya no te acuerdas de lo que pasó la última vez? Cuando se marchó, te quedaste hecho una mierda. Durante un montón de tiempo. Si pasa lo mismo otra vez, no volverás a levantar cabeza.

Max se había perdido lo peor porque en aquella época estaba en el ejército. Cuando regresó, Mike estaba empezando a salir del hoyo. Pero James había estado allí y había sido testigo de su descenso a los infiernos.

—Agradezco vuestra preocupación, de verdad que sí. Pero ¡dejadme en paz!

—Ni lo sueñes.

Mike suspiró.

—Es complicado.

—¿Cómo de complicado?

—Complicado a secas —respondió, antes de contarles brevemente lo que había pasado durante su cumpleaños, siete años antes.

—Joder —dijeron los dos hermanos.

«Exacto.»

Mike no podía ni siquiera mirarla de lejos sin perder la razón. Estaba enfadado con ella, pero también consigo mismo. Más que enfadado: estaba furioso. Había intentado acordarse de aquella noche, pero no podía. Era como si una nebulosa se interpusiera entre él y sus recuerdos. Recordaba que Jess había aparecido por allí, pero él la había mandado a su casa de mala manera. No había servido de nada. Ella se había sentado a su lado y había empezado a hablar, aunque Mike no la escuchaba. No tenía fuerzas para levantarse y marcharse. Recordaba haber pensado que le daba igual. Que ya podía decir lo que quisiera. Él no la escuchaba. Y lo siguiente que recordaba era despertarse a la mañana siguiente con la madre de todas las resacas.

Había sido un imbécil integral. Sabía que Jess llevaba tiempo tratando de echarle el lazo. Ahora, por fin, sus comentarios mordaces cobraban sentido. Después de la noche en el lago, lo había perseguido con más intensidad que nunca. Ahora entendía por qué se había enfadado tanto cuando él la rechazó. Si se hubiera librado de Jess antes de que llegara Kyra, ella lo habría encontrado borracho pero solo. En el peor de los casos, habría estado durmiendo la mona. Y cuando se hubiera despertado, ella habría estado a su lado. Pero no. Cuando despertó, estaba solo, con resaca y lleno de rabia. Nunca había acabado de entender lo que había pasado. No comprendía por qué Kyra no respondía al teléfono. Ni por qué no había vuelto a Alden cuando acabó su trabajo en el crucero, diez meses más tarde.

Y la guinda del pastel era que no se había tirado a Jess, ni a ninguna otra mujer, hasta que Kyra volvió a Alden con Sam y aquel gilipollas. Aparte de aquella mamada, de la que ni siquiera se acordaba, le había sido fiel. Aunque

se sentía infeliz y solitario, nunca había mirado a ninguna otra mujer, y cada noche se masturbaba pensando en ella. Sólo cuando se enteró de que Kyra se había casado, se lanzó a follar y a luchar compulsivamente. Se había acostado con Jess. Muchas veces. Ella siempre regresaba a por más, aunque Mike siempre le dejaba bien claro que lo que había entre ellos era sólo sexo, y nunca habría nada más.

Lástima que Jess se hubiera ido del pueblo años antes. Le habría encantado preguntarle un par de cosas. Como, por ejemplo, si había visto a Kyra en el lago y había seguido chupándosela igualmente. Aunque casi era mejor así. No sabía cuál habría sido su reacción si se lo confirmaba, pero no creía que fuera muy civilizada. Y la culpa había sido suya, no de Jess. Había sido él quien había roto su teléfono tirándolo contra la pared, harto de esperar su llamada. Muriéndose de ganas de llamarla.

—Y ¿qué pasará esta tarde en la clase de dibujo al natural? —preguntó Max, sacando a Mike de sus tristes pensamientos.

—No pienso ir —repuso él.

Ya había informado a su abuela para que llamara a aquellos dos bomberos con los que lo había amenazado la última vez. Le había dicho que podía llamar al cuartel entero si quería. Con él que no contaran.

James se pasó la mano por las greñas y suspiró con fuerza.

—Vale, a ver, ¿cuál es el plan? ¿Por las mañanas correr hasta morir y por las tardes seguir asustando a tus alumnos?

—Básicamente —respondió Mike sin mirarlo a los ojos.

Estaba tan furioso. Y no tenía ni idea de cómo superar esa situación. No sabía cómo librarse de toda la mierda de los últimos años, así que había pensado que tal vez sudando lo conseguiría. Además, mientras corría estaba lejos de ella. Correría todo el tiempo que hiciera falta hasta que lo digiriera todo.

—No va a funcionar —le advirtió James—. No puedes pasarte la vida corriendo.

Bueno, al menos podía intentarlo.

—Nadie te obliga a acompañarme.

Tanto James como Max resoplaron.

—Detrás de ti, Forrest Gump, pero quedémonos en la costa Este, por favor. Me gustaría volver a casa a cenar.

Esa tarde, Sara salió del mostrador y echó a correr hacia él. Parecía muy asustada.

—Mike, ha llamado Wilma. La abuela se ha hecho daño.

—¿Qué quiere decir que se ha hecho daño? —preguntó Mike, agarrando el *punching ball* que llevaba media hora aporreando para que dejara de vibrar.

—¡No estoy segura. Creo que se ha caído. No lo he entendido bien. Están en el centro comunitario! —gritó Sara mientras él se quitaba los guantes y salía del gimnasio a la carrera.

Joder, su abuela se olvidaba de la edad que tenía, ya no era una niña.

Mike corrió tan rápido como pudo. Esperaba que estuviera bien. Se sintió culpable al pensar en todas las veces que se la había quitado de encima durante los últimos días. Ella le había preguntado qué le pasaba y él le había dicho que se ocupara de sus asuntos.

El centro comunitario estaba en silencio. Subió a la primera planta y se dirigió a la sala donde daban la clase de dibujo al natural. Al entrar se encontró con Kyra, que estaba allí, sola.

—¿Dónde está mi abuela? ¿Está herida?

Kyra lo miró sorprendida.

—¿Herida? No, que yo sepa. Estamos haciendo una pausa de cinco minutos. Estaban aquí hace un momen...

Clic.

La puerta acababa de cerrarse a su espalda. Alguien la cerró con llave.

«Oh, no, no, no, no. No se atreverá.»

Mike se dirigió a la puerta y la sacudió. Nada. Estaba cerrada con llave. La golpeó con fuerza.

—¡Abuela, joder! ¡Abre la puerta!

La respuesta fue el silencio absoluto, seguido de un susurro en el pasillo.

—¿Aguantará la puerta?

—Sí, no te preocupes —respondió su abuela también en un susurro—. Ya no se hacen puertas como las de antes.

Mike respiró hondo y rezó pidiendo paciencia.

—¿Abuela?

Silencio.

Joder, eso era alucinante.

—Sé que estás ahí —siguió diciendo Mike—. Me has dado un susto de muerte. ¡Sara me dijo que te habías hecho daño!

Ella se aclaró la garganta.

—Oh, no ha sido nada. Me he mareado un poco por el calor. Nada más. Wilma, que es una exagerada y le gusta montar dramas.

Mike oyó un golpe y un «Ahhh». Probablemente había sido Wilma, que le había dado un manotazo a su abuela.

Madre mía. Debería haberlo imaginado. Y eso que la tarde había empezado bien. Kyra se había ido del gimnasio. Su abuela también. Sam estaba con Angie.

Trató de arreglar las cosas de manera civilizada.

—Anda, abre la puerta. Sé razonable.

—Oh, ¿está cerrada? —preguntó ella en tono inocente—. ¿Qué habrá podido pasar? Nosotras no hemos sido. Debe de haber sido una corriente de aire. Vamos a buscar al conserje. Seguro que él tiene una llave de repuesto. Aunque a lo mejor tardamos un poco. ¿Por qué no te sientas y... hablas con Kyra?, por decir algo...

—¿Estáis colocadas? —inquirió Mike.

El pasillo aún olía a pintura de las reparaciones que habían hecho la semana anterior. Era la única explicación lógica que se le ocurría para ese despropósito.

—No creo. Ni siquiera bebemos alcohol.

—No nos hace falta —añadió Greta, riendo entre dientes—. Notamos el mismo efecto cada vez que nos levantamos de la silla demasiado deprisa.

—Habla por ti —murmuró otra voz—. Yo aún tengo el cuerpo raro por culpa de las dichosas pastillitas azules que el matasanos me ha mandado tomar por las mañanas.



—Tonterías. Esas pastillas son para estimular el tránsito intestinal — replicó otra voz.

—¿Tú crees? Porque...

—¡Abrid de una maldita vez! —gritó Mike, a quien se le había acabado la paciencia, mientras golpeaba la puerta con tanta fuerza que se sacudió.

Entonces oyó un ruido. Aunque no lo veía, habría jurado que su abuela estaba arrugando un trozo de papel.

—Te pierdo. Me estoy quedando sin cobertura.

«¡Por todos los santos!»

—¡Abuela, eso sólo funciona cuando hablas por el móvil! ¡Me oyes perfectamente!

Ahora entendía por qué Rebecca lo había dejado en paz durante los últimos días. Estaba tramando un plan con sus secuaces. Esa panda de entrometidas y chantajistas acababan de subir de categoría convirtiéndose en secuestradoras.

—Entonces tiene que ser culpa de mi audífono —dijo la abuela, que sonaba un poco más lejos.

—¡Tú no usas audífono!

—Ah, pues ése va a ser el problema. Tú siéntate. Volvemos dentro de un segundito.

—O dos —replicó otra voz—. Las pastillitas azules han empezado a hacer efecto.

Mike siguió golpeando la puerta un poco más, pero pronto se rindió. Era inútil. El edificio era antiguo, muy sólido. Ese tipo de puertas estaban hechas a prueba de bombas.

Respiró hondo y se volvió.

—Nos han encerrado —le dijo a Kyra, que estaba a su espalda mirándolo con unos ojos como platos.

—Es una broma, ¿no?

Mike se hizo a un lado y le señaló la puerta con la mano.

—Compruébalo tú misma.

Kyra fue hasta la puerta y trató de abrirla sin éxito. Tragó saliva antes de decir:

—Cerrada.

Mike la miró con los ojos entornados.

—Tú no habrás tenido nada que ver en esto, ¿no?

—Claro que no —respondió ella ofendida—. Sé pillar las indirectas. Me ha quedado muy claro que no quieres volver a verme.

Kyra había tratado de hablar con él varias veces durante los últimos días, pero él se había cerrado en banda.

Se rodeó el pecho con los brazos y miró a su alrededor. Parecía nerviosa.

—Volverán pronto, ¿verdad? —dijo—. No pueden dejarnos aquí.

Mike no lo tenía tan claro. Esa panda de chifladas podría meterse en otro lío y olvidarse de ellos.

Cuando saliera de allí, iba a... ¿A qué? ¿A castigarla sin salir de casa? ¿Dejarla sin paga semanal? Pues no. Eso no funcionaba con octogenarias. ¡Nada funcionaba con octogenarias!

—Supongo que esto demuestra que envejecer es obligatorio, pero crecer y madurar es opcional. ¿Llevas el teléfono encima? —Mike había salido del gimnasio tan deprisa que sólo llevaba puestos unos pantalones de deporte.

El rostro de Kyra se iluminó.

—¡Sí! Sí, llevo el móvil. Nos sacarán de aquí enseguida. —Fue corriendo hasta su bolso, rebuscó en el interior y la sonrisa se le borró en el acto. Parecía decepcionada—. Maldita sea. Me he quedado sin batería. Mira que siempre le digo a Sam que no juegue con el teléfono.

Por eso su abuela y Sam se llevaban tan bien, pensó Mike. Siempre hacían lo que les daba la gana.

No le extrañaría nada que Rebecca hubiera animado a la niña a jugar con el móvil todo el día.

Mike se sentó en una silla y apoyó los codos en las rodillas.

Permanecieron en silencio durante un buen rato.

—¿Dónde están los bomberos? —preguntó sin levantar la vista hacia ella. Lo último que necesitaba era ver a Kyra en ropa interior. Ya sólo su aroma lo estaba volviendo loco.

—¿Qué bomberos? —dijo ella.

—Los modelos.

—Ah, no. No están. Estaba yo sola. —Se acercó a él y se sentó. Luego, en un susurro tan suave que Mike casi no la oyó, le preguntó—: ¿Por qué cancelaste la clase?

Él se encogió de hombros.

—Estaba demasiado enfadado.

Kyra no preguntó nada más. Tras unos minutos, el silencio se hizo ensordecedor, pero se negaba a estar de cháchara para matar el tiempo. Antes se suicidaba.

—¿Sabes? Eso que me dijiste el otro día, acerca de que me había liado con Drake para vengarme de ti...

—Kyra...

Él no quería hablar sobre eso. No había nada en el mundo sobre lo que le apeteciera menos hablar.

—No fue así —aclaró ella—. En absoluto. No quiero que pienses eso.

—Y ¿a quién le importa lo que yo piense?

—A mí me importa —murmuró Kyra—. Siempre me ha importado. Tienes razón. Debería haberme quedado y debería haberte dado en la cabeza con un bate de béisbol, pero estaba en estado de shock. Sé que te rechacé cuando me pediste matrimonio y que las cosas se nos fueron de las manos, pero pronto me di cuenta de mi error. Tú siempre has estado seguro de ti mismo. Siempre has respirado sin darle importancia. Pero mi juventud fue muy distinta. Hasta que empecé a salir contigo, siempre estaba inquieta, me costaba respirar. Contigo podía relajarme. No me pasaba el rato apretando los dientes. Y, con el tiempo, me acostumbré y lo di por sentado. Cuando desapareciste de mi vida, la inseguridad volvió a hacer acto de presencia. Y volvieron la ansiedad, la desazón, la inquietud constantes. Pronto me di cuenta de que la sensación de felicidad, de pertenecer a un lugar, no era algo que pudiera tener sola. Sólo podía tenerlo cuando estaba contigo. Me dolió mucho que me dejaras escapar sin luchar por mí, pero pronto se me pasó el enfado y volví. Estaba decidida a dejar el trabajo. Maldita sea, estaba a punto de tirar por la borda mi carrera como bailarina. Habría renunciado a todo por volver contigo...

Mike se encogió como si sus palabras le dolieran. El arrepentimiento lo agarró por las pelotas y las apretó con fuerza. Kyra había estado dispuesta a renunciar a su carrera profesional por él. Porque, a la hora de la verdad, no le había dado muchas opciones. Él no quería marcharse de Alden. No quería viajar ni quería que lo hiciera ella. Quería que ella se quedara a su lado. Kyra se había encontrado entre la espada y la pared. Por un lado estaba él; por el otro, sus sueños. Y lo que tendrían que haber hecho era buscar un punto medio. Sin embargo, no estaba preparado para admitirlo en voz alta. Todavía estaba herido a muchos niveles. No estaba dispuesto a reconocer que tal vez él también se había equivocado.

Además, ella podría haber elegido seguir su carrera como bailarina en algún sitio más cercano. En Boston, por ejemplo.

—Y entonces te vi con ella en nuestra cabaña, celebrando tu cumpleaños —continuó Kyra—. Ella te tocaba por todas partes y tú me miraste fijamente. No pude soportarlo. Volví al barco y lloré. Me pasé meses llorando cada noche antes de dormir. No recuerdo gran cosa de aquella época.

Mike había pasado mucho tiempo deseando oír esas palabras. Pero ahora que por fin ella le daba una explicación, no quería oírla. En aquel momento se había negado a llamarla con cabezonería. Cuando al final se bajó del burro y la llamó, cuatro meses después, ella no respondió.

—Drake era el jefe de seguridad del barco y estaba allí, esperándome para deslumbrarme. Me manipuló. Tú no lo entiendes, pero la vida a bordo de un crucero es un mundo aparte, totalmente aislado del exterior. Pierdes la noción de todo, especialmente en un trabajo como el mío. Yo no limpiaba camarotes ni cocinaba. Me pasaba la vida entre actuaciones y fiestas. Cenas y bailes con el capitán, vestidos bonitos, cócteles... Mi vida era una fiesta sin fin. Los días se confundían unos con otros. Yo estaba destrozada y él me trataba como a una princesa. Luego me di cuenta de que era un capullo, pero por aquella época se comportaba como un tipo encantador. O quizá es que yo era demasiado imbécil para notarlo. Me sentía tan sola. Sé que todo esto debe de sonarte a excusa, pero es la verdad. Estaba sola, herida y... y la cagué, Mike. Pensé que él me ayudaría a olvidarte, pero no te llegaba ni a la suela de los zapatos. Aunque tomaba la píldora, insistí en que usáramos condón.

Mike negó con la cabeza.

—Kyra...

No quería oír ni una palabra más. No lo soportaba. Pero ella siguió hablando con la vista clavada en el suelo.

—Creo que, en el fondo, ya sabía que estaba cometiendo un error. Cuando el preservativo se rompió, no le di importancia porque tomaba la píldora. Pero estaba tan mal que bebía demasiado y había vomitado varias veces. Cuando me di cuenta de que estaba embarazada, me horroricé. No tenía ningún sitio adonde ir. No podía contar con nadie. Drake se comportó como un tipo legal y se ofreció a casarse conmigo. Tras la sorpresa inicial, pareció incluso contento con la idea de tener un bebé. Tal vez fuera por la novedad. Él se ocupó de organizarlo todo. En su boca, todo sonaba como si fuera un cuento de hadas. Nos casaría el capitán como en las películas. Me dejé llevar por su entusiasmo. Mi contrato acababa en poco tiempo. Sin él y su seguro de salud, no tenía nada. Estaba demasiado avergonzada para volver a Alden con Cynthia y Ralf. Y Angie estaba en Boston, cuidando de su madre enferma. Estaba sola.

—Me tenías a mí. —La voz de Mike le sonó ronca incluso a él.

—Pero yo no lo sabía —replicó Kyra—. No se me ocurrió pensar que estabas tan borracho que habías perdido el contacto con la realidad. Nunca te había visto borracho. No hasta ese extremo, al menos. En mi cabeza, tú sabías que yo iba a reunirme contigo en la cabaña para celebrar tu cumpleaños y te aseguraste de que te veía allí con Jess.

—Mierda.

—Ahora me doy cuenta de que debería haberte sacado a Jess de encima. Debería haber hablado contigo y haberte pedido explicaciones, pero sólo tenía veintiún años. Y lo último que me habías dicho era que, si no quería tu anillo, no te quería a ti, y que hasta ahí habíamos llegado.

Mike hizo una mueca.

—Estaba muy enfadado. No lo decía en serio.

Mike la agarró y se la sentó encima del regazo, con las piernas abiertas. Al principio Kyra estaba tensa, ya que no sabía lo que él esperaba de ella. Quiso acariciarlo, pero se dio cuenta de que Mike la estaba abrazando con tanta fuerza que no podía mover los brazos. Él inclinó la frente, la apoyó en la

de ella y cerró los ojos. Kyra notó que le temblaba todo el cuerpo. Tenía todos los músculos en tensión. Parecía estar sufriendo mucho, pero no le daba permiso para consolarlo.

Pasó un rato antes de que Kyra pudiera hablar.

—No me llamaste —susurró—. Tardaste meses en tratar de ponerte en contacto conmigo.

Mike abrió los ojos.

—Confiaba en que volvieras por iniciativa propia, pero no lo hiciste. Tras cuatro meses, no podía más. Me estaba volviendo loco. No podía seguir esperando ni un día más. Te llamé, pero no me cogiste el teléfono.

—Ya era demasiado tarde. Ya estaba embarazada. Estaba hecha un lío y...

—Calla —dijo él, mientras una lágrima empezaba a caer por la mejilla de Kyra.

Finalmente la soltó para secarle la cara con el pulgar.

Kyra alargó las manos hacia él, insegura, y le acarició el pecho con las puntas de los dedos. Al comprobar que Mike no se lo impedía, se animó.

—Cuando volví al pueblo para el funeral, estabas tan furioso que me convencí de que me odiabas.

Mike le dirigió una sonrisa triste.

—Nunca te odié. Quería odiarte pero no lo conseguí. Fui a verte actuar en Broadway cien veces. ¿Y tus videoclips? Los he visto más de mil. Cuando estabas en «Menea el trasero», no me perdía ni un solo programa. Ni siquiera después de que te eliminaran. Seguía viéndolos todos con la esperanza de verte aunque fuera un segundo en el cuerpo de baile. No me gusta Amantis. El pop rock no es lo mío, pero he ido a sus conciertos un montón de veces sólo para verte a ti. Nunca me cansaba de mirarte. Me he odiado por ello muchas veces, pero a ti, nunca. —Hizo una pausa antes de continuar—: ¿De verdad te miré fijamente mientras Jess estaba...? —No fue capaz de acabar la frase.

—¿...haciéndote una mamada? —La acabó Kyra por él—. Sí.

Mike cerró los párpados con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, su mirada reflejaba un gran dolor.

—Te juro que no lo recuerdo. Si te hubiera visto, no habría dejado que me tocara.

Kyra asintió.

—¿De verdad tenías el anillo comprado desde que cumplí los dieciocho?  
—murmuró mirándolo fijamente a los ojos, de un azul intenso. Kyra tenía el corazón en un puño desde que se enteró.

Mike también asintió.

—Lo modernicé tres años más tarde, cuando te pedí que te casaras conmigo, pero sí, lo compré el día que te graduaste en el instituto. En realidad estuve a punto de comprarte un anillo cuando cumpliste los dieciséis, pero no quise asustarte. Ya te quedaste bastante de piedra cuando me viste aparecer a la salida del instituto. Fui a buscarte y te besé hasta dejarte sin aliento.

Kyra sonrió.

—Casi me caigo muerta allí mismo.

Mike no era precisamente un tipo razonable por aquel entonces. Le había dejado bien claro que, si pensaba empezar a salir con chicos, su única opción era salir con él, porque no tenía intención de dejar que ningún capullo se le acercara. Kyra había asentido, dirigiéndole una sonrisa radiante. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza resistirse. Él era el único chico con quien quería estar.

—Siento mucho haberte acusado de querer chantajearme —siguió diciendo Kyra, recuperando el tono serio de antes—. Nuestra relación no había sido fácil esa última semana, desde que te hablé del crucero y di por sentado que...

—Estaba muy nervioso, pensando en cómo pedirte que te casaras conmigo. Y tú no parabas de hablar del nuevo trabajo. Me sacaba de quicio —admitió él en voz baja—. Joder, nena, lo siento. Siento todo lo que te dije.

Kyra le cubrió la boca con la mano. Ambos habían reaccionado mal y habían dicho cosas que no sentían. Cosas de las que se arrepentían y que les habían cambiado la vida. Habían pasado siete años separados. Ése había sido el castigo a su intransigencia.

—Cuando te dije que no me servías para echar un polvo por despecho, fue porque tú siempre serás mucho más que eso. No pretendía hacerte más daño.

Permanecieron mirándose fijamente en silencio. Mike le acariciaba la cara con las manos, trazando las líneas de los ojos, la nariz, la boca. Kyra tenía miedo de moverse, por si Mike despertaba del trance en el que parecía estar y la echaba de su lado una vez más. Pero la estaba mirando con dulzura, así que se atrevió a acariciarle los brazos y luego le apoyó las manos en el cuello. Quería probarlo. Lo necesitaba.

—Mike...

Él se inclinó hacia ella lentamente, como si supiera lo que anhelaba. Le rozó los labios con los suyos y la provocó con la punta de la lengua. Kyra ahogó una exclamación que le hizo abrir la boca de golpe, pero él no se aprovechó de la situación. Siguió acariciándole la cara y cubriéndole los labios de besos muy suaves y delicados mientras le sujetaba la cabeza con las manos enterradas en su pelo. Ahora era ella la que temblaba, con el corazón acelerado.

Poco a poco, Mike fue profundizando sus caricias, penetrando cada vez un poco más en su boca, succionándole la lengua, mientras ella lo abrazaba con más fuerza.

Él ya no rechazaba sus besos. Los deseaba. Aunque Kyra sentía su erección dura y palpitante entre las piernas, Mike se estaba tomando las cosas con calma.

Ella, por el contrario, estaba frotándose contra su miembro, empapándolo. Llevaba un rato sentada sobre él. Las bragas y sus pantalones de deporte no eran una barrera muy efectiva y estaba muy alterada.

—Mike, necesito...

Él sonrió contra sus labios.

—Lo sé, nena. Ya lo noto, pero pensaba que querías que te besara. Puedo parar si lo prefieres.

—¡No! —exclamó ella.

Iba a decir algo más, pero él la sujetó por la nuca y tomó posesión de su boca. Al mismo tiempo llevó la otra mano hacia abajo y apoyó la palma contra su sexo.

Se tragó los gemidos de Kyra.



—Joder, eres tan dulce. Puedo olerte desde aquí. Me deseas. —Deslizó los dedos bajo sus bragas y jadeó mientras le acariciaba la entrada de su sexo—. Estás empapada, gatita.

Sin más preámbulos, le deslizó dos dedos hasta el fondo y ella gritó, contrayendo los músculos internos a su alrededor.

—Es el coño más bonito que he conocido. Siempre a punto para mí.

Kyra se frotó contra su mano, jadeando entre sus labios. Estaba tan tensa, tan cerca del orgasmo, que le costaba respirar.

—No. Aún no —dijo Mike retirando los dedos—. Quiero estar dentro de ti cuando te corras.

—Estabas dentro de mí —protestó ella.

Él le dirigió una sonrisa irónica.

—Me refería a mi polla, nena.

Kyra miró hacia abajo. La punta de su enorme miembro asomaba por encima de la goma de los pantalones. Mike se los bajó un poco para acabar de liberarlo y le retiró las bragas a un lado.

El espectáculo le aclaró las ideas a Kyra, que de pronto recordó dónde estaban. Se apoyó en sus hombros y trató de ponerse en pie, pero él se lo impidió sujetándola con más fuerza.

Ella miró entonces hacia la puerta con desconfianza.

—Mike, no podemos. Podrían volver en cualquier momento y descubrirnos.

—Mírame —le ordenó él, señalándose la erección que palpitaba y empezaba a humedecerse, coronada por ese piercing del demonio—. Si me ven en este estado, tendrán un ataque al corazón. Pero si te sientas encima de mí, evitarás una masacre.

Kyra se echó a reír.

—Ah, bueno, si es por una buena causa, vamos allá.

Apoyando los pies contra las patas de la silla, se levantó lo justo para quitarse las bragas, dejando su húmeda vulva expuesta y lista para él. Mike se agarró el pene por la base y llevó la punta hasta su abertura. En cuanto sus sexos entraron en contacto, ella gimió y él maldijo entre dientes.

—Joder, nena —murmuró mirando hacia el punto en que sus cuerpos se unían y ella lo aceptaba en su interior lentamente, mientras las bolas de metal del piercing presionaban contra sus paredes vaginales causándole unas sensaciones increíbles—. Dios mío, qué maravilla. —Una de las manos de Mike la sujetaba por las nalgas, acercándola más a él. La otra estaba enredada en su pelo y le rozaba el cuello—. He soñado con esto tantas veces —susurró contra su boca—. Llevo siete años soñando con esto. Tumbado en mi cama, con la polla en las manos y los ojos cerrados. Imaginándome que me deslizo dentro de ti. Tratando de recordar lo que se siente. Tratando de recordar tu olor; tu sabor.

El vientre de Kyra se contrajo al oír sus palabras. Sus ojos la estaban taladrando, pero no rompió el contacto visual; sólo jadeó, tratando de controlar la respiración. Mike aún no había acabado de entrar en ella y ya estaba perdiendo la cabeza.

Cuando él se hubo clavado hasta el fondo, soltó el aire con un gruñido y se quedó totalmente inmóvil, excepto por su erección, que creció un poco más.

—Mike, por favor, muévete.

—Nena, espera. Deja que me acostumbre al abrazo de tu diminuto coño. Dame un segundo.

Ella asintió, pero mientras lo hacía se dio cuenta de que no estaba en situación de prometerle nada. Su sexo, que había tenido que contraerse y flexionarse para hacerle sitio en su interior, decidió ponerse en marcha por su cuenta. Kyra notó que el cosquilleo empezaba en lo más profundo de su vientre, una comezón que crecía haciéndose más y más grande. Mierda, no iba a poder esperar.

—Mike, aaahhh... Mierda, no puedo... No puedo parar ahora. Me corro, cariño. —Kyra gritó al perder el control. Sus músculos internos empezaron a convulsionarse, aferrando a Mike con fuerza.

—Jodeer —gruñó él apretándola contra sí y dándole a su clítoris toda la fricción que necesitaba para que se uniera a la fiesta y prolongar así el orgasmo.

Kyra tardó siglos en volver a bajar a la Tierra. La electricidad le recorría el cuerpo una y otra vez. No había vuelto a sentir nada parecido desde que había cortado con él. Era como si hubiera estado dormida durante los últimos

siete años, esperando a que él rompiera sus defensas y la despertara.

Cuando al fin abrió los ojos, Mike estaba sudando. Apretaba la mandíbula con fuerza. No se había corrido. Había aguantado durante todo su orgasmo, prolongándolo hasta que ella había quedado exhausta.

—Por todos los demonios, Kyra. Creo que estoy a punto de tener un infarto.

Ella se echó a reír sin fuerzas mientras su sexo seguía contrayéndose débilmente.

—No, tranquilo —replicó y le apoyó la mano sobre el corazón.

Él la contempló con admiración.

—Joder, eres preciosa cuando te corres. Ya me había olvidado de cuando aguantaba hasta que pensaba que me moría para verte perder el control como acabas de hacer. Has explotado a mi alrededor.

Ella se encogió de hombros.

—Llevo siete años sin estar contigo. Tengo que recuperar el tiempo perdido.

Mike le dirigió una sonrisa sarcástica.

—Mi polla estuvo dentro de ti hace unos días.

—Fue distinto. El otro día, en la ducha, fue un polvo brutal y descarnado, pero no me abrazaste como hoy. Igual que antes. No hablaste conmigo; no me miraste a los ojos como lo estás haciendo ahora. No me besaste. En la ducha fue fantástico, pero esto... Caray, echaba de menos esto.

Mike se tensó al oírla y cerró los ojos.

—Kyra, ya no soy el amante delicado que recuerdas. He cambiado.

«Ya me he dado cuenta», pensó ella.

—Antes tampoco eras exactamente delicado. En lo que al sexo se refiere, siempre has sido un poco brusco.

Él la miró fijamente.

—Ahora soy mucho más brusco y exigente.

—Y yo soy más mayor —murmuró ella—. Puedo soportarlo y valorarlo más. Sé que lo disfrutaré, a menos que te vayan los tríos. Yo no...

—Si se trata de ti, no comparto. Nunca lo haré y no te pediré que me compartas.

«Gracias a Dios», pensó Kyra. Porque la idea de otra mujer tocando a Mike le resultaba insoportable. Y más ahora, con él clavado firmemente dentro de su vientre. Al parecer, era más celosa de lo que imaginaba.

—Bien —susurró con los labios pegados a los de Mike.

Él parecía estar a punto de decir algo, aunque lo pensó mejor. Se la quedó mirando con mucha intensidad, pero Kyra no fue capaz de descifrar sus pensamientos.

—No te has corrido —le dijo finalmente—. ¿Por qué no te mueves?

Mike sonrió.

—Te conozco, nena. Los mejores momentos de mi vida los he pasado así: contigo abrazada a mí. Te has corrido tan deprisa que vas a necesitar un poco de tiempo de recuperación para volver a hacerlo. Y no pienso correrme sin ti. Así que mejor nos lo tomamos con calma y volvemos a empezar.

—Te aseguro que no voy a necesitar demasiado tiempo —murmuró Kyra, levantándose un poco y volviendo a sentarse sobre él—. Ese piercing que llevas acelera las cosas —añadió al tiempo que se estremecía.

—Ajá, así que es el piercing lo que te pone cachonda.

Ella se levantó de nuevo y respondió fingiendo una indiferencia que no sentía:

—Entre otras cosas.

Mike le dio una palmada en la nalga y la hizo descender de golpe sobre su regazo. Una sonrisa petulante le iluminó la cara al oírla gemir y notar que le clavaba las uñas en los hombros.

—Puede que tú también tengas algo que ver —añadió Kyra—. Por tu cuerpo musculoso y tus tatuajes.

Le acarició los brazos y el pecho, contemplando los diseños que se había hecho. Eran muy complejos. Y muy bonitos.

Mike le apartó el pelo del hombro y le besó el cuello. Cuando se detuvo y le acarició la piel de la zona, ella se percató de que estaba observando la marca del mordisco que le había dejado el otro día en la ducha. Sus ojos tenían un brillo posesivo. Luego siguió acariciándole el brazo izquierdo y su mirada se suavizó.

—¿Te hice daño en el hombro en los vestuarios? Me he dado cuenta de que lo usas con cuidado. Pero el otro día estaba tan desquiciado que no pensé en que esa posición podría...

En ese momento ella tampoco se había fijado, pero cuando se le pasó el calentón, el hombro le había dolido una barbaridad. Aun así, no pensaba decírselo.

—No me pasa nada, Mike, de verdad, estoy bien. Me hice un esguince muscular en una clase.

Él no pareció muy convencido, pero no insistió.

—Igualmente, siento haberte tratado así. Levanta los brazos. Esto me molesta —le ordenó, quitándole el sujetador deportivo sin que tuviera que levantar mucho el brazo. Mike contempló su pecho con avidez—. Tienes unas tetas preciosas. Más bonitas que antes, nena.

A Kyra le daba vergüenza enseñarlas. Siempre habían sido más bien grandes, pero tras dar a luz y darle el pecho a Sam, habían crecido aún más. Aunque estaba en muy buena forma física, se le habían caído un poco. Sus amigas le decían que no se notaba, pero ella no se lo creía. No obstante, bajo el escrutinio de Mike no sintió precisamente vergüenza. Era obvio que le gustaba lo que veía.

Le agarró los pechos y se amorró a ellos, acariciándolos y lamiéndolos.

—Apoya las manos en mis rodillas —le ordenó.

Kyra obedeció y él aprovechó el momento para atacar: se prendió de sus pezones y succionó hasta que ella empezó a jadear y a frotarse con fuerza contra él. Su sexo comenzó a contraerse de nuevo, abrazada a su pene. Pero había algo que tenían que aclarar antes de que volviera a perder la cabeza.

—Condomes, Mike. Sé que es un poco tarde, pero deberíamos empezar a usarlos.

—No.

Ella se quedó inmóvil.

—¿No?

—Te juro que estoy limpio. No lo he hecho nunca sin condón excepto contigo. Y me hicieron análisis hace unos meses.

—Yo también estoy limpia, pero...

—Ya basta de hablar, nena —la interrumpió Mike agarrándola por las caderas y embistiéndola con fuerza—. Necesito follarte más que el aire que respiro.

En contra de lo que le decía el sentido común, Kyra se dejó llevar y se entregó a Mike y al placer que sólo él sabía proporcionarle.

—Esto es demasiado bueno para ser real —dijo él mientras la embestía—. Es como un sueño, joder.

El único sonido que se oía a su alrededor era el de sus jadeos, hasta que empezaron a oír voces al otro lado de la puerta. Se quedaron muy quietos.

—¿Tú oyes algo? Tal vez hayan encontrado otra salida y se hayan ido —dijo una voz.

—No. Estamos en la primera planta. Cecilia y yo hemos montado guardia en el jardín y no hemos visto a nadie saltando por la ventana.

«Oh, Dios mío», se dijo Kyra. Las ancianas que había al otro lado de la puerta creían que estaban hablando en susurros, pero se las oía perfectamente.

—Joder —murmuró Mike.

Kyra se tapó la boca para no reírse.

—Eso es lo que estábamos tratando de hacer.

—Agárrate fuerte, nena —dijo Mike levantándose.

Sin separarse de ella, se dirigió hacia las voces. Con una mano se apoyó en la fuerte puerta, mientras con la otra aferraba a Kyra por las nalgas.

«Bien pensado.» Kyra no había oído ruido de llaves, pero con la abuela de Mike y sus secuaces, cualquier precaución era poca.

—Bueno, no se oyen gritos. Tal vez ya hayan hecho las paces.

—O tal vez hemos tardado demasiado y se han matado mutuamente —aventuró otra voz.

—Qué tontería. ¿Mike? ¿Kyra? —los llamó Rebecca levantando la voz—. ¿Estáis ahí?

—Sí —respondió él incómodo—. Un momento, por favor.

—¿Estáis resolviendo vuestras diferencias?

Kyra se mordió la lengua para no echarse a reír.

—Algo así —respondió Mike.

—¿Es verdad eso, Kyra? ¿Se ha rendido al fin?

—Bueno —respondió ella, atragantándose—, algo por el estilo.

—¿Está siendo demasiado duro contigo? ¿Se está excitando sin motivo?

Esta vez Kyra no pudo aguantarse más la risa, lo que provocó que le apretara el miembro con sus músculos vaginales. Rodeándole la cintura con las piernas con más fuerza, respondió:

—Hombre, yo creo que motivos tiene. Y no, no está siendo demasiado duro. Ha sido... más duro otras veces.

En ese instante, Mike empujó las caderas hacia adelante, llenándola hasta el fondo, y su voz se convirtió en un gemido apagado. Esperaba que las ancianas no lo hubieran oído.

—No dejes que abuse de ti, querida. Mantente firme y plántale cara si hace falta —añadió Wilma.

Bueno, estaba plantándole cara, eso era innegable. Aunque él estaba más firme que ella.

Antes de que Kyra pudiera decir nada más, Rebecca siguió hablando:

—Y no dejes que te dé por el culo.

—No te preocupes —respondió Kyra entre risas—. No lo haré.

Mike alzó una ceja y replicó en un susurro:

—¿No?

Kyra no pudo responder porque su erección le estaba causando unas sensaciones de lo más intensas al moverse en su interior.

—Ahora mismo, no —le susurró ella al oído—. Ya lo discutiremos en otro momento.

—Bien hecho, muchacha —la animó Greta—. Demuéstrale que no te da miedo un tipo de su tamaño.

Kyra quiso responder, pero de repente el tamaño de Mike creció todavía un poco más, se clavó en lo más profundo de su vientre y la sorprendió con un nuevo orgasmo a traición. Aferrándose a su erección, balbuceó:

—Mi... Mike. Yo...

Al notar su urgencia, él la empujó contra la puerta y la embistió con fuerza, tapándole la boca con la mano cuando el primer gemido escapó de sus labios.

Mike resistió el segundo orgasmo de Kyra, ofreciéndole todo su peso y su erección; apoyándose con fuerza contra su clítoris hasta que quedó agotada, sin fuerzas.

A ella le pareció que había pasado una eternidad, pero probablemente no había sido así, porque las abuelitas seguían hablando al otro lado de la puerta.

—Bueno, si tú crees que puedes con él, os dejamos solos.

—Mike, deja de joder y céntrate —le advirtió Rebecca.

—Eso intento —murmuró él con la voz ronca y los músculos del torso en tensión y brillantes de sudor por el esfuerzo—. ¿Podrías marcharos y dejarnos resolver esto a solas?

Al otro lado de la puerta se hizo el silencio. Finalmente, tras unos momentos de debate, les llegó el veredicto:

—De acuerdo. Confío en que seréis lo bastante adultos para resolver este asunto sin gritar. Las llaves de repuesto están en el primer cajón del escritorio. Podéis salir cuando hayáis resuelto vuestras diferencias. Como salgáis antes, volveremos a encerraros. Ya encontraremos la manera.

A juzgar por el sonido de pies arrastrándose por el suelo y de las voces cada vez más débiles, las ancianas habían empezado a alejarse.

—Joder, gracias a Dios.

Incapaz de seguir aguantando, Mike se clavó en ella con fuerza, la empotró contra la puerta tres veces y se corrió, mientras jadeaba y la llenaba con su semilla.

—¿Lo habéis oído? —preguntó una voz a lo lejos—. Alguien estaba dando golpes, ¿no?

Tras unos instantes de silencio, las abuelas respondieron:

—¡Qué va!



En cuanto llegaron a casa de Kyra, Mike la empujó contra la puerta de la calle y, dejándose caer al suelo de rodillas, le hundió la cara en el vientre.

—¿Qué...?

—Quiero hacértelo con la boca.

Kyra le había dicho que Sam se había quedado a dormir en casa de una amiga. Estaban solos. No la había probado en siete años. Si lo hacía esperar un segundo más, iba a volverse loco.

Ella titubeó.

—Vamos a la cama —dijo finalmente.

—No, aquí.

Mike se colocó una de las piernas de Kyra sobre el hombro y le levantó la falda hasta la cintura. Le besó los muslos, mordiéndola con suavidad, aspirando su aroma. Y el suyo propio. Antes de salir del centro comunitario, Kyra había hecho una parada en el baño para limpiarse, pero Mike aún notaba el aroma de sus fluidos mezclados. Sexi y excitante. Sobre todo esa gota que se deslizaba muslo abajo.

—Déjame tomarte así, nena. Con mi lengua clavada en tu sexo. Quiero que te corras en mi cara. Hace tanto tiempo, joder. Demasiado tiempo.

Ella lo miró con cariño.

—Vale —susurró—. Lo que quieras, Mike. Cuando quieras.

Él tiró de sus bragas húmedas y se le quedaron colgando de la pierna. Luego le agarró el talón, se lo apoyó en el hombro dejándola totalmente expuesta y la inmovilizó agarrándola por el muslo.

—Sí, joder, nena. Así —dijo contra sus pliegues hinchados justo antes de darle un gran lametón desde las nalgas hasta el clítoris, pasando por su abertura temblorosa.

Lo que estaba haciendo lo excitaba tanto que su polla había empezado a gotear y corría el peligro de correrse encima, a pesar de que llevaba buena parte de la tarde dentro de ella, empotrándola contra la puerta del centro comunitario.

—Dios, qué dulce eres, nena. Tu coño sabe tal como lo recordaba, dulce como la miel. Voy a quedarme aquí y beberé de ti como hacía antes, hasta que las piernas se te conviertan en gelatina y no puedas correrte más.

Mike le lamió todos los rincones, succionándole los pliegues y dándole lengüetazos en la entrada hasta que ella se retorció, gimiendo y agarrándose a su pelo. Luego trasladó su atención al clítoris, chupando y deslizando dos dedos en su interior hasta que ella tembló como una hoja.

—¿Te gusta? —le preguntó al tiempo que levantaba la cara para mirarla. Kyra asintió, jadeando con fuerza—. Y esto, ¿te gusta? —Mike le llevó un dedo hasta el culo y presionó contra su abertura posterior.

Ella gritó y buscó desesperadamente el quicio de la puerta para sujetarse con una mano, mientras seguía aferrada al pelo de él con la otra.

—Mike, voy a caerme —logró decir entre jadeos al tiempo que sus dos aberturas empezaban a contraerse espasmódicamente.

—No dejaré que te caigas.

Él siguió devorándola con los labios, con la lengua, con los dientes. No se cansaba nunca de ella.

—Por favor, Mike.

—Por favor, ¿qué? —le preguntó con la boca pegada al clítoris mientras ella se frotaba contra su mano.

—Más. Oh, Dios. Mike...

Él le dio más, succionándole el clítoris con la boca mientras se follaba su dulce coño con los dedos. Siguió provocándola con caricias alrededor del ano hasta que todo su cuerpo se tensó. Luego se derritió a su alrededor, bañándole la cara con sus fluidos. Perdida en el orgasmo, Kyra se derrumbó cuando la pierna le falló, pero él la agarró antes de que llegara al suelo.

—Te tengo, nena.

Mike no estaba seguro de cuál sería su dormitorio, así que la llevó a la habitación que conocía; la habitación donde habían montado juntos la cómoda.

La dejó caer sobre la cama de matrimonio y la tuvo desnuda y lista antes de que los efectos del orgasmo hubieran desaparecido.

—¿Mike? —preguntó ella observándolo.

Él se estaba quitando los pantalones de deporte y las zapatillas. Habían ido allí directamente desde el centro comunitario. Ni se les había pasado por la cabeza pasar por casa de Mike a coger ropa de recambio.

«Ya lo lamentaré mañana cuando tenga que cruzar el pueblo vestido así», pensó. Pero valdría la pena. En cuanto levantó los ojos y la vio allí tumbada, con una sonrisa relajada en el rostro, se olvidó de todo menos de la preciosa mujer que tenía delante.

—Estoy aquí, nena —respondió acercándose y colocándose entre sus piernas, mientras la obligaba a mantenerlas abiertas. Ella trató de cerrar las rodillas pero, al ver que no podía, se le puso la carne de gallina.

—No has cambiado nada —murmuró Mike con orgullo, observando su sexo enrojecido e hinchado.

—¿Qué?

—Te sigue gustando que te domine. Te gusta que no te deje cerrar las piernas. Te gusta no tener el control sobre lo que te hago. Que lo haga como yo quiera y no tengas otra opción que aceptarlo.

Kyra se encogió de hombros algo avergonzada.

—Ya no sé lo que me gusta y lo que no. Hace mucho que no hago estas cosas.

Mike le dio un lametón entre las piernas. Kyra se resistió un poco. Se la notaba incómoda.

—Mike, acabo de correrme —dijo—. Estoy muy húmeda.

—Sí. ¿Y qué?

Ella volvió a encogerse de hombros, pero esta vez no dijo nada.

Él entornó la mirada. Antes le encantaba el sexo oral. Solía hacer que se corriera con los dedos y la boca hasta que estaba empapada por sus jugos. Y luego se la tiraba hasta que quedaba sin sentido. Y él también.

—¿Tampoco te comía el coño ese gilipollas de tu ex? —«Menudo imbécil», se dijo.

—No, no hacíamos casi nada de nada —susurró ella.

«Bueno —pensó Mike—. Eso va a cambiar. Radicalmente.»

—No entiendo qué carajo le pasaba a ese imbécil con el que te casaste, pero ahora eso ya es agua pasada. Voy a hacer que te corras tantas veces con la boca que te olvidarás del tiempo en que no lo hiciste. Y hasta que tu sabor esté tan incrustado en mí que nunca pueda volver a olvidarlo.

Ignorando las quejas de Kyra, Mike volvió a darse un festín entre sus piernas. La segunda oleada de placer la asaltó igual de deprisa, aunque sin tanta intensidad.

Mike le mordisqueó el interior de los muslos.

—Joder, me había olvidado de lo mucho que me gusta esto.

Con los ojos vidriosos por el placer y la voz temblorosa, Kyra le preguntó:

—¿Cómo? ¿A Melanie no le gustaba?

—No lo sé —respondió él sin pensar—. No he practicado sexo oral con nadie en los últimos siete años. Desde que te fuiste.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Me he acostado con bastantes mujeres —empezó a decir Mike pero, al ver la expresión de Kyra, rectificó—: Vale, vale. Me he acostado con muchas mujeres. Les he follado la boca, el coño y el culo, pero nada de sexo oral por mi parte. Demasiado personal.

—Demasiado personal. Y ¿metérsela por el culo no te parece personal?

Él sonrió travieso.

—Seguro que a ti sí, pero a mí no. —Oler y probar los fluidos de una mujer, eso sí le parecía personal—. Aunque depende del culo, claro.

—¿El mío? —susurró ella.

—El más personal de todos —respondió Mike. Siempre lo había sido, a pesar de que se había limitado a jugar con él. Nunca había cruzado esa barrera. Como no estaba listo para admitir lo que acababa de decir, al ver la expresión de sorpresa en la cara de Kyra, se clavó en ella.

Se quedaron mirando en silencio durante unos instantes. Sus respiraciones entrecortadas resonaban con fuerza en el silencio de la casa. El miembro de Mike empezó a latir al notar cómo ella se contraía a su alrededor. Le encantaba notarla así. Antes lo hacían muy a menudo. Él se clavaba profundamente en su interior y se quedaba quieto. No había vuelto a hacerlo

con nadie desde que ella se había ido. Desde que Kyra había salido de su vida, su sexualidad había cambiado. El sexo se había convertido en un asunto apresurado. Penetraba a una mujer y la embestía con furia hasta que se olvidaba de todo. No quería sentir nada aparte del alivio del orgasmo.

Kyra gimió.

—Mike, ¿qué estás haciendo?

Él rio, soltando el aire por la nariz.

—Nena, si no sabes lo que estoy haciendo, está claro que lo estoy haciendo mal.

Ella sonrió, pero enseguida ahogó una exclamación al notar la punta de su pene y el piercing en su punto G mientras Mike se retiraba de su interior.

—No haces nada mal, pero tenemos que hablar. Sobre nosotros. Sobre esto...

Él volvió a clavarse entonces en su interior con estocadas largas, fuertes y continuadas que la dejaron jadeando y arqueando la espalda.

«Joder, qué sexi es», pensó.

—Habla —la instó—. Nadie te lo impide.

—Te has vuelto muy mandón.

Él se echó a reír.

—Y más mandón que me voy a volver, nena. —Sobre todo ahora que estaba dentro de ella.

Iba a asentarse en ese coño caliente y prieto que tenía y no se movería de allí hasta que ella se hartara y lo echara a patadas.

—Mike, escucha —empezó a decir ella agarrándolo por los brazos—. Lo de quedarme a vivir en Alden es temporal. Estoy haciendo una pausa para recuperarme de unos cuantos problemillas, pero me iré otra vez. En realidad, nada ha cambiado. Y, si ha cambiado, es a peor.

—No estoy a tus pies ofreciéndote un anillo, gatita.

—No, me estás ofreciendo... tu polla —replicó ella con una sonrisa, apoyándose en los codos.

—Tú lo has dicho. —Mike sonrió y la embistió con más fuerza, arrancándole un gemido—. Pero también puedes contar con mi boca y mis dedos. Para usarlos donde quieras. Y tantas veces como quieras.

Mike era consciente de que aquello no iba a ninguna parte. Kyra tenía razón. Nada había cambiado. Pero el pasado ya no dolía tanto como antes. Además, Drake ya estaba fuera de la ecuación y se había aclarado el episodio de Jess. Sin embargo, sus vidas seguían siendo incompatibles. Él no quería marcharse de Alden, y ella... Bueno, ella ya no era una bailarina que luchaba por abrirse camino en el mundo del espectáculo. Ni una jovencita manipulable. Era una bailarina profesional de primera categoría. Si Kyra no había renunciado a su carrera antes, era evidente que no renunciaría a ella ahora que ya había logrado la fama. Él tampoco quería que lo hiciera. Tenía demasiado talento para dejar de bailar. Tenía demasiado talento para desperdiciarlo en ese pueblo pudiendo tener el mundo a sus pies.

Todo eso estaba claro. Estaban allí para follar como locos y quitarse la obsesión de encima. Nada más. Darse cuenta hizo que Mike se sintiera mal, pero —¡qué demonios!— al menos podría cerrar ese capítulo de su vida. Al menos así podría cortar de una vez la dichosa conexión que los unía y que había hecho que estuviera de duelo por su ausencia como si fuera un miembro fantasma o algún rollo parecido.

—Vamos a quitarnos de encima esta tensión sexual de la mejor manera posible —dijo al fin—. Sin promesas. Los dos somos lo bastante mayorcitos como para saber que esto no va a ninguna parte.

—Vale, pero tenemos que mantenerlo estrictamente entre nosotros. No quiero tener que ir respondiendo preguntas por ahí. Y no quiero que Sam se encariñe contigo. Es muy pequeña y puede hacerse una idea equivocada.

—¿Qué idea equivocada? ¿Puede pensar que la aprecio, que me preocupo por ella? —preguntó Mike antes de poder ordenarle a su boca que se quedara calladita.

—No. Que estés en casa para quedarte. No quiero que se lleve una desilusión.

Eso le dolió, pero Mike lo dejó pasar.

—Ningún problema. Nada de demostraciones de afecto en público y nada de quedarme a pasar la noche. —Dios no quisiera que Sam se llevara una idea equivocada—. Puedo hacerlo, por supuesto, siempre y cuando pueda seguir follándote cuando nadie nos vea.

Kyra se ruborizó al oír sus palabras. O tal vez fuera por lo que esas palabras implicaban. Mike no estaba seguro.

En cualquier caso, asintió.

—De acuerdo.

—Bien. —A él no le pasó desapercibido que su tono se había vuelto mucho más amargo, pero no quiso darle más vueltas y prefirió centrarse en lo que se traían entre manos: follar.

Seguía de rodillas en la cama. Dobló las piernas de Kyra y las separó antes de reanudar las embestidas, duras pero lentas. Ella agarró las sábanas. Con cada nueva arremetida, los pechos se le movían de un lado a otro.

Poco después, Kyra estaba sudorosa, sofocada y desesperada. Se llevó la mano al clítoris.

Él se detuvo en seco, observando cómo se acariciaba y arqueaba la espalda mientras su sexo se contraía a su alrededor, tratando de que la penetrara más profundamente.

—Ni hablar, nena. Agárrate a los barrotes.

—Pero es que necesito...

—Estoy al mando de esto. Cuando quiera que te acaricies, te lo diré.

—Estoy a punto —susurró ella sin retirar la mano del clítoris—, y a ti te gusta que me corra mientras estás dentro de mí.

Mike sonrió. Se había olvidado de lo mona que estaba cuando trataba de salirse con la suya, pero él ya no era el chico que se dejaba convencer.

Se clavó en ella lo más hondo que pudo y volvió a quedarse quieto.

—Agárrate a los barrotes o dejo de follarte. Tú eliges, nena.

Ella hizo un mohín, pero obedeció.

—A tu manera, ya veo.

«Chica lista.»

—A mi manera. —Necesitaba protegerse de algún modo. Si Kyra empezaba a imponer sus reglas en la cama, estaba perdido.

Se retiró un poco de su interior, presionando la bola metálica de su piercing en la parte superior de su punto G. Entonces, cuando ella gritó y alzó las caderas, él volvió a clavarse en profundidad, asegurándose de no rozarle el clítoris y de concentrar toda la atención en la zona de la pared vaginal que la tenía lista para fundirse de placer.

—Te prometo que nunca te dejaré insatisfecha. Nunca. Si un día pasa, cambiaremos las reglas y podrás hacer lo que te dé la gana en la cama, pero hasta entonces, aceptarás mis condiciones y sólo te tocarás cuando yo te lo ordene. ¿Entendido?

—Perfectamente —susurró ella con los ojos vidriosos por la pasión.

Era una auténtica belleza. Su piel bañada por el sol brillaba de forma deliciosa a causa del sudor, y sus suaves curvas lo tentaban tanto como la melena oscura que se extendía sobre las sábanas.

Sujetándola por la parte de atrás de los muslos, Mike inició un ritmo endiabladamente lento que hizo que ella gimiera y se retorciera de deseo. La penetraba con dedicación, sin descuidar ninguna parte de su sexo, acabando cada embestida con un pequeño giro y asegurándose de que su clítoris no recibiera ninguna atención. Con cada nuevo empujón, Kyra gritaba y le aferraba el miembro con más fuerza. Y, cuanto más lo aferraba, más se endurecía, lo que debería haber sido físicamente imposible, porque estaba tan duro que podría haber cortado diamantes con él.

—Mike, por favor, me estoy muriendo —le suplicó ella entre jadeos, agarrándose con tanta fuerza de la cabecera que se le marcaban los músculos en los antebrazos—. Por favor, por favor. Deja que me corra.

—Pronto, nena —replicó él acelerando el ritmo—. Tu coño está a punto de estallar.

Mike lo sintió y lo vio al mismo tiempo. Kyra perdió el control por completo. Sus labios inferiores empezaron a convulsionarse alrededor de su polla, que no dejaba de embestirla. Se arqueó y se sacudió mientras se corría con tanta intensidad que casi lo arrastró consigo.

El orgasmo de Kyra fue casi eterno. Su cuerpo entero se estremecía de placer mientras él hacía un esfuerzo titánico para resistirse al tsunami. Luego, cuando empezó a aflojar de intensidad, Mike le llevó la mano al clítoris y lo masajeó sin piedad, haciendo que empalmara un orgasmo con otro.

Kyra tenía la boca abierta, pero ya no gritaba. Estaba temblando como una hoja y su sexo lo exprimía con contracciones intensas que le hicieron perder el control. Incapaz de seguir aguantando, Mike se clavó en ella lo más profundamente que pudo y, con un grito atronador, se rindió.

Cayó sobre ella.



En algún momento, Kyra soltó los barrotes de la cabecera de la cama y lo abrazó.

—Esa cosa que te has puesto en el pene va a acabar conmigo —comentó. Mike se echó a reír contra su pecho.

—No si tu coño acaba antes conmigo, gatita.

Ambos permanecieron en silencio durante un rato, recuperando el aliento.

—Por cierto, no recuerdo que antes estuvieras tan obsesionado con romperme la ropa interior.

—Es una obsesión reciente, lo reconozco.

Durante los últimos años no había tenido especial interés en ver desnudas a las mujeres con las que se acostaba. Si se quitaban la ropa, pues genial, más fácil acceso. Si no, le daba igual. Un coño era un coño. Les levantaba las faldas, echaba las bragas a un lado y se las follaba por detrás. Tampoco sentía ninguna necesidad de verles la cara. Pero ahora todo había cambiado. Quería arrancarle toda la ropa que llevaba puesta. Con los dientes.

—Pues menos mal que llevo ropa interior de algodón, sencilla y aburrida, y no lencería cara, ¿eh?

—Tu ropa interior no es aburrida. —Ésa era una de las miles de cosas que le gustaban de Kyra: su ropa interior sencilla, sensata. Desde que se había ido, se había follado a muchas mujeres que llevaban lencería cara, pero ninguna le había parecido tan sexi como ella—. ¿Todavía te compras bragas con dibujos tontos en la entrepierna?

—Puf, cada vez es peor, porque ahora voy a comprar bragas con Sam. Y ella elige los dibujos más tontos que encuentra.

—¿Y ese bóxer que llevas a las clases de dibujo?

Ella alzó las cejas varias veces.

—Es de camuflaje, cariño.

Mike se echó a reír contra su piel sudada. Mierda, se había olvidado de eso también. Entre ellos no sólo había un sexo espectacular, sino también complicidad. Qué delicia poder reírse de forma relajada en brazos de tu amante, con tu miembro aún clavado profundamente en su interior después del orgasmo. No había vuelto a hacerlo desde que Kyra se marchó.

Al moverse un poco, sintió que el semen empezaba a deslizarse por los muslos de ella.

—Tenemos que hablar sobre el tema de los condones, Mike.

—Ya te he dicho que estoy limpio —respondió él, incapaz de disimular la exasperación—. He usado protección con todo el mundo. Y no pienso utilizarlos contigo. Me correré dentro de ti y tú lo aceptarás.

Kyra se aclaró la garganta.

—Te creo, pero si no vamos a usar condones necesitaría cierta garantía de exclusividad. Quiero decir...

—Que no me folle a nadie más —concluyó él con un gruñido.

—Sí, durante el tiempo que estés conmigo.

Mike se puso tenso.

—Estuvimos juntos cinco años. Esperé dos antes de acostarme contigo por respetar tu virginidad. Durante ese tiempo, no me acosté con nadie más, ni una sola vez. Y no tengo ninguna intención de empezar a hacerlo ahora. Mientras esté contigo, no tocaré a nadie más. Y me ofende que sugieras lo contrario.

Kyra se ruborizó.

—Sólo quería asegurarme. Han pasado siete años y tú has estado...

—Tirándome a todo lo que se me ponía por delante. —Mike volvió a acabar la frase por ella.

Kyra guardó silencio. De repente, estar tumbados en la misma cama, con las ingles pegadas y sintiendo aún las réplicas del orgasmo compartido, le pareció demasiado íntimo a Mike. Y ella pareció estar de acuerdo, porque en cuanto él se retiró, Kyra se levantó de la cama y fue a lavarse. Eso lo molestó aún más. Antes no tenía tanta prisa por ir a lavarse. Él solía permanecer en su interior mientras le durara la erección. Y, como había estado loco por ella, podía pasarse semierecto buena parte de la noche. En ocasiones, instalaba su pene en la grieta entre sus nalgas y le cubría el sexo con la mano para impedir que el semen escapara. Le gustaba notar cómo sus fluidos mezclados se deslizaban lentamente entre sus dedos.

Kyra solía quejarse de que dejaban las sábanas hechas un desastre, pero nunca lo apartaba de su lado.

Al parecer, esos tiempos se habían marchado para no volver.

Cuando salió del baño, ella pareció sorprendida de verlo allí.

—¿No deberías irte?

—No he acabado de follarte, pero no te preocupes. Me largaré antes de que salga el sol.

Kyra titubeó durante un segundo, pero volvió a la cama y se ovilló en el otro extremo del colchón.

Mike pasó de estar molesto a estar furioso en un instante.

—¿Qué haces?

—Mmm, dormir un poco antes del siguiente asalto. Estoy algo cansada y duermo mejor sola.

—¿Desde cuándo?

—Es una costumbre nueva.

Mike la agarró y tiró de ella hasta pegarla a su pecho.

—No sé de dónde has sacado esa horrible costumbre, pero más te vale olvidarte de ella.

—¿Qué costumbre?

—La molesta costumbre que has adquirido durante estos años de ausencia. No vas a poder dormir sola mientras estés conmigo. Si dejas que te folle, vas a tener que dejar que te abrace después. —Al menos durante el tiempo que estuviera en su cama.

Quando Kyra despertó, abrió lentamente los ojos. Una oscuridad total la envolvía. El corazón le dio un brinco en el pecho. Pestañeó, sintiendo que el pánico se adueñaba de ella, pero nada cambió. Seguía estando todo negro.

«Oh, Dios mío.» Le ordenó al corazón que se calmara y a los pulmones que inspiraran, pero no le hicieron caso. La garganta se le había cerrado. No podía respirar. No veía nada. Frenética, trató de levantarse de la cama, pero tampoco podía moverse. Tenía la espalda pegada a algo muy duro. Y algo muy pesado sobre la cintura la mantenía prisionera. Abriendo y cerrando la boca en busca del aire que le faltaba, luchó por liberarse y por encender la lámpara de la mesilla de noche.

—¿Qué demonios...? —exclamó alguien, aferrándola con más fuerza por la cintura para inmovilizarla.

Kyra tardó unos instantes en reconocer la voz, ronca por el sueño. Mike. Era Mike.

—Su... suéltame —le dijo respirando con dificultad, al borde de las lágrimas.

—¿Qué pasa, nena? —Su tono preocupado la calmó, pero no lo suficiente. Al notar que seguía luchando por liberarse, la soltó.

—Aire... No puedo respirar... La luz —murmuró—. Demasiado oscuro. Necesito luz.

—Déjame a mí —dijo Mike, moviéndose sobre ella. Se oyó un clic y la habitación se iluminó.

Cuando la opresiva oscuridad hubo desaparecido, Kyra logró dar unas cuantas bocanadas de aire, pero el pánico ya había hecho presa en ella. Se levantó de la cama y se dirigió a la ventana a la carrera. Tras descorrer la cortina, abrió la ventana con manos temblorosas y respiró el aire fresco de la noche que le dio en la cara. Poco a poco, el pánico remitió y sus pulmones se abrieron, lo que le permitió respirar de nuevo.

Notó la presencia de Mike a su espalda.

—Kyra, nena, ¿qué...?

Ella se concentró en respirar.

«Inspira. Espira.»

Tras unos segundos, se vio capaz de hablar sin ahogarse.

—¿Quién ha corrido las cortinas? Siempre las dejo abiertas.

—He sido yo. No quería que te despertara el sol. No sabía que te pondrías así. ¿Qué coño te ha pasado?

Ahora que su respiración se había calmado y el corazón volvía a latirle con normalidad, Kyra se sintió avergonzada y trató de quitarle importancia.

—Nada. Es que no me gusta la oscuridad.

Mike la cogió del brazo y la obligó a mirarlo a la cara.

—Tonterías. ¿Qué te pasa?

—De verdad, no es nada.

—¿Qué... Te... Pasa? —repitió él, enunciando las palabras alto y claro.

Sí, este Mike era mucho más duro que el viejo Mike.

—Tengo claustrofobia. Lo paso mal en los espacios cerrados. Y, si están a oscuras, la cosa empeora exponencialmente.

Mike entornó los ojos y le dirigió una mirada tan tensa que parecía a punto de enseñarle los dientes.

—¿Desde cuándo, joder?

Kyra no pensaba responder. Bajó la vista, pero él le puso un dedo bajo la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Respóndeme. ¿Desde cuándo?

—Desde el crucero, ¿vale? —acabó confesando al tiempo que se alejaba de él—. Los camarotes eran muy pequeños y estaban en las plantas inferiores. No había ojos de buey. Es irónico: pasé diez meses en mar abierto y acabé con claustrofobia.

No pensaba admitirlo, pero ésa no era la única razón que le había causado la claustrofobia. Todo había empezado poco después de embarcar y había empeorado con el embarazo. Se había sentido atrapada, sin salida. Estaba en un sitio donde no quería estar, donde le faltaba el aire, con una persona de la que no acababa de fiarse, mientras la persona con la que realmente quería estar le había dejado claro que no quería saber nada de ella.

Kyra trató de sonreír, pero el resultado fue tan poco creíble que Mike se tensó aún más.

—Y ¿cómo carajo dormías en ese barco?

Ella se encogió de hombros.

—El médico de a bordo decía que todo estaba en mi cabeza, que tenía que relajarme. Así que colgué un póster de una playa vacía en la pared de enfrente de la litera y dejaba siempre la luz encendida...

Lo que había puesto de los nervios a Drake. No el póster, sino la luz. Necesitaba sus horas de sueño reparador para estar guapo, tal como correspondía a un importante jefe de seguridad como él. El hecho de que Kyra se ahogara a oscuras en esa caja de zapatos le parecía irrelevante. Cuando la barriga le empezó a crecer, ella le sugirió que durmieran en camarotes separados para no molestarlo y él accedió encantado. Así que los últimos meses de embarazo los pasó ahogándose sola en el pequeño camarote pero, al menos, no estaba a oscuras.

—Y ¿funcionó?

—No mucho —admitió ella bajando la mirada.

—¡Mierda, mierda, mierda! Y ¿pasaste así diez meses?

—Ahora ya estoy bien —le aseguró ella, incapaz de decirle que no habían sido diez meses de infierno. Que, en realidad, había sido mucho más tiempo.

Una vez superado el ataque de pánico, cerró la ventana.

—Lo único que necesito es dejar las cortinas abiertas por la noche. No es tan grave.

Él no la creyó.

—No estás bien. Es evidente que no estás bien. ¡Y es muy grave!

—¿Qué pasa? ¿También te molesta la luz de la luna? Porque, si es así, ya te estás largando a tu casa. No te he pedido que te quedes. De hecho, te pedí que te marcharas.

La mirada de Mike se ensombreció.

—No, no me molesta la luz de la luna. Lo que me molesta es despertarme y encontrarte temblando, ahogándote y arañándome para apartarte de mí. Te has puesto como loca al darte cuenta de que alguien te sujetaba. ¿Te hizo algo ese desgraciado?

Ambos sabían a quién se refería.

Drake no era el responsable de su claustrofobia. No la había ayudado en nada, eso era verdad, pero la había adquirido ella solita.

Kyra negó con la cabeza.

—No es lo que estás pensando. —Llevaba muchos años durmiendo sola. Incluso cuando Drake dormía en su cama, siempre dejaban mucho espacio entre ellos. Básicamente, en aquella cama había demasiada gente.

Mike parecía muy enfadado. No iba a dejarlo correr hasta quedar satisfecho con sus explicaciones.

—Y ¿qué me dices del hombro, eh? ¿Cómo coño te hiciste esa lesión? Y deja de decir que no es nada. Te he visto encogerte cada vez que levantas mucho el brazo. Y no te creas que no he visto que lo usas lo menos posible. ¿Qué te hizo? ¿Te golpeó?

Kyra suspiró y le apoyó las manos en el pecho tratando de calmarlo.

—Drake me hizo muchas cosas, pero nada de lo que te imaginas. No le hacía falta golpearme, Mike. Sólo tuvo que dejar claro que no era suficiente para él.

No se puede pegar a una bailarina sin que la gente se dé cuenta. Y Kyra era su cheque en blanco. Probablemente Drake también se había sentido atrapado en aquella relación. Tal vez al principio, no. Le había parecido que estaba enamorado de ella cuando se casaron. Sin embargo, en cuanto se dio cuenta de lo que implicaba tener una esposa y una hija, se sintió acorralado. Ya no podía llevar el mismo ritmo de vida que antes de casarse. En el barco, como jefe de seguridad, era alguien. Vivían en una burbuja. No tenían que limpiar ni cocinar; no tenían que ir a la compra. No pagaban ni una factura. La existencia a bordo de la *Summit* era como un chute de adrenalina constante, una sucesión de noches de fiesta sin responsabilidades familiares. Tras el nacimiento de Sam, Drake empezó una nueva vida en tierra, pero no podía soportar la responsabilidad, así que se largaba siempre que podía. Y se volvió mezquino. Mezquino, despectivo e impotente. Con ella, claro. No tenía ninguna dificultad para empalmarse con cualquier otra mujer que se cruzara en su camino. Pero con su esposa no podía mantener la erección ni aunque su vida dependiera de ello. Y, como venganza, se aseguró de recordarle constantemente lo poco deseable que era.

Pronto volvió a embarcar y sólo se veían sesenta días cada diez meses. Para Kyra, sin embargo, era más que suficiente. Pero hacía poco menos de un año, Drake le había pedido que lo ayudara a encontrar trabajo y ella, como una estúpida, había conseguido que lo contrataran como miembro del equipo de seguridad de Amantis.

—Nuestro matrimonio era una farsa —explicó—. Él pasaba casi todo el tiempo en el mar. A finales del segundo año éramos prácticamente dos desconocidos. Pensando en el bien de Sam, decidí hacer un esfuerzo para recomponer nuestro matrimonio. Me equivoqué. Cometí un error y pagué por él. —Aunque gracias a eso había conseguido reunir el valor necesario para pedirle el divorcio, así que tal vez no había sido tan malo.

Mike se sentó en la cama y se frotó la cara.

—Explícame una cosa, por favor. Sé que los bailarines de tu nivel cobran un buen sueldo. ¿Por qué vives en estas condiciones? —preguntó señalando a su alrededor—. Estás pelada. No tienes dinero. ¿Por qué?

—Se lo he dado todo a Drake a cambio de la custodia de Sam.

A Mike se le desencajó la mandíbula.

—¿Por qué? Te has ocupado de ella desde que nació. Podrías haberle disputado la custodia en los tribunales. Cualquier juez te la habría concedido. No tenías por qué pagarle.

—No quería arriesgarme a que nos dieran la custodia compartida. Y no estoy tan segura de que el juez me la hubiera concedido a mí.

—Por supuesto que te la habría con...

—Mike, ¿la lesión del hombro? Me la hice en la cárcel.



## 8

—¿Qué? —preguntó él tras una larga pausa, sin dar crédito a lo que acababa de oír—. ¿Qué significa que te la hiciste en la cárcel? ¿Cuándo coño has estado tú en la cárcel?

Kyra se dirigió hacia él y se arrodilló entre sus piernas. Había llegado la hora de la confesión.

—Antes de volver a Alden. Es una historia muy larga. Tal vez no hace falta que...

Mike la interrumpió con una mirada que decía: «No te atrevas a saltarte ni una palabra».

Ella suspiró.

—Drake se puso en contacto conmigo el invierno pasado. Me pidió que le buscara trabajo en el equipo de Amantis. No es que fuera a dejar su puesto en el barco, pero quería reducir su contrato a ocho meses para pasar más tiempo con Sam. Todavía me sorprende al pensar lo ingenua que fui. Pero el caso es que me convenció; le hablé a Amantis de él y empezó a trabajar como miembro del equipo de seguridad durante las giras. Aunque nuestro matrimonio estaba muerto, me dijo que quería ser un mejor padre para Sam y yo me lo creí. Pensé que sería bueno para la niña.

—¿Sam iba de gira contigo?

Kyra asintió. Amantis sólo iba de gira tres meses al año, normalmente en verano. Alexa, la cantante, siempre llevaba a su niño de cinco años consigo, así que no puso ningún problema a que Sam los acompañara. Kyra y Sam viajaron con el grupo durante las dos últimas giras.

A Sam le encantaba. Para ella era como unas vacaciones muy emocionantes. Los niños estaban muy bien cuidados. Alexa tenía niñeras que se ocupaban de ellos mientras actuaban o ensayaban. A pesar de eso, eran tres

meses agotadores, y Kyra pensó que tener a Drake cerca ayudaría con la niña. Además, así podrían construir una relación padre-hija.

Se equivocó.

—Drake se hizo muy amigo de algunos miembros del equipo de los que no me fiaba, pero estaba demasiado ocupada entre las actuaciones y la niña para darme cuenta de lo que estaba pasando. Hace un par de meses, dos semanas antes de que acabara la gira, estábamos en Montana cuando la policía se presentó con una orden de búsqueda. No podía creer lo que veían mis ojos el día en que la policía encontró un kilo de heroína en la bolsa donde guardaba las cosas de Sam.

—Joder —exclamó Mike—. ¿A eso se dedicaba esa cucaracha? ¿A traficar?

Kyra se encogió de hombros.

—Traficar, transportar, vender... No estoy segura de lo que hacía, pero cuando todo salió a la luz, me quedé sola, hundida en la mierda hasta las orejas. Drake dijo que no tenía nada que ver con la droga. Me arrestaron, acusada de posesión, intento de distribución e intento de asesinato.

—¿Asesinato? —susurró Mike.

Ella asintió.

—Había habido varias sobredosis en las ciudades donde habíamos actuado, algunas de ellas por parte de chicas menores de edad. Todos los casos estaban ligados. La noticia de la detención se filtró a la prensa, pero el mánager de Amantis logró echar un poco de tierra por encima y mi nombre no salió a la luz. Aunque todos los que trabajaban para Amantis se enteraron, claro, y la noticia llegó a oídos del equipo de «Menea el trasero».

Kyra pensaba que Drake era un manta que disfrutaba de la vida tranquila a bordo del crucero, pero nada más lejos de la realidad. Como jefe de seguridad, no tenía que darle explicaciones a nadie sobre los bienes que se embarcaban en países de Sudamérica. Por no mencionar que era él quien se encargaba de hacer los controles de seguridad. Al parecer, había decidido ampliar el negocio a tierra firme.

—Fue una pesadilla —continuó—. Lo recuerdo todo borroso. Estaba en shock. Cuando fui capaz de reaccionar, ya me hallaba en la cárcel.

—¿Cuánto tiempo pasaste allí?

—No mucho, un par de semanas, tiempo suficiente para ganarme la enemistad de algunas mujeres. Estaban mal de la cabeza. No recuerdo haberles hecho nada, pero igualmente me atacaron. El hombro me lo jodí en una pelea, cuando la cabecilla de una de las bandas decidió darme una lección. No le gustaba mi pelo. ¿Tú te crees? Me hicieron una emboscada y trataron de afeitarme.

—Oh, Dios mío. —Mike alargó los brazos y la levantó, sentándola sobre su regazo. Tenía muy mala cara. Parecía a punto de vomitar—. Lo siento mucho, nena.

Kyra trató de sonreír para quitarle hierro al asunto.

—Si hubiera intentado robarme algo, lo habría entendido. No sé..., los zapatos, cosas del economato, pero ¿mi pelo? ¿Para qué coño quería mi pelo?

—Joder, nena. Joder, joder.

Kyra siguió hablando. Odiaba revivir este tema, así que cuanto antes se lo quitara de encima, mejor. Y cuanto más tardara en hacerlo, más posibilidades tenía de echarse a llorar. Y no quería llorar delante de Mike.

—Alexa movilizó a su equipo y contrató a un buen abogado que me sacó de la cárcel basándose en un tecnicismo. Retiraron los cargos, pero nadie me defendió ni me absolvió. Salí de la cárcel porque el abogado encontró una fisura en el sistema. Algo acerca de cómo habían registrado mis pertenencias. Alguien podría haber metido algo dentro sin que yo me diera cuenta. Quiero mucho a Alexa y a su equipo, y me duele profundamente haberlos perjudicado. Siempre han tenido una actitud muy firme contra las drogas. No estaban permitidas, punto. Y se vieron envueltos en una polémica por mi culpa.

—Querrás decir por culpa de Drake...

Kyra se ruborizó.

—Fui yo quien le consiguió el trabajo. Alexa me dijo un millón de veces que no me culpaba de lo sucedido, pero yo me despedí igualmente. No me veía capaz de enfrentarme a los otros bailarines. —Ni al resto de la comunidad de bailarines profesionales del país, ya puestos.

—Mírame —le ordenó Mike con voz ronca. Ella se resistió, pero él le puso un dedo bajo la barbilla y la obligó a levantar la cara—. No fue culpa tuya. No has hecho nada de lo que debas avergonzarte, ¿me oyes?

Kyra se encogió de hombros, pestañeando con fuerza para controlar las lágrimas.

—Por eso no podía arriesgarme a ir a los tribunales a disputarle la custodia a Drake. Lo único que su abogado tenía que hacer era decirle al juez que había estado en la cárcel y por qué, y habría perdido a Sam.

Drake no se habría ocupado de la niña, eso estaba claro, pero la habría enviado a vivir con su madre sólo para herir a Kyra. No es que la abuela fuera mala persona —era una mujer muy respetable—, pero Sam tenía que vivir con su madre. Eso no era negociable.

—No lo sabía —dijo Mike bruscamente—. Rebecca no me lo contó.

—No lo sabe. Angie conoce la versión reducida. Cuando me metieron en la cárcel, Alexa se ocupó de la niña. No quería que estuviera con Drake, pero desde la cárcel no podía hacer nada por evitarlo. Amantis no me dejó en la estacada. Mantuvieron a Drake en nómina a cambio de que no se llevara a Sam. Y, en cuanto salí de prisión, cogí a la niña y salí huyendo.

Ahora que se lo había contado todo, Kyra se sintió agotada. Al mirar a Mike, se dio cuenta de que estaba muy tenso. La vena de la sien le latía con fuerza y tenía la mandíbula muy apretada. Lo abrazó y le acarició los músculos de los hombros, duros como piedras, sintiendo cómo la tensión lo abandonaba poco a poco.

—Hijo de la gran puta. Cabronazo.

Ella se echó a reír.

—Ése es Drake.

Era un padre de mierda y aún era peor como marido. Había puesto en peligro a su hija metiéndola en un entorno de sustancias ilegales. Y, para acabar de empeorar las cosas, le había cargado las culpas a ella, arruinando su reputación y dejándola sin un duro. Era una alimaña, pero había que reconocer que, como alimaña, era bueno.

—No te preocupes —le susurró a Mike—. Ya ha pasado todo. Lo he superado.

—No sabes cómo odio pensar que has pasado por todo eso sola. La misión de un hombre es cuidar de su mujer y de sus hijos, siempre. Ocuparse de que no les falte de nada. Ir a la cárcel en su lugar si hace falta.

—Bueno, es obvio que no conoces a Drake —replicó ella acariciándole el pelo—. ¿Sabes una cosa graciosa?

—No —contestó Mike apretando los dientes—. No hay nada gracioso en todo esto, joder.

—Tenía menos claustrofobia en la cárcel que en el barco.

Él bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Cuando me di cuenta de que no pensabas cogermelo el teléfono, estuve a punto de ir a buscarte al barco, Kyra. Pensé en hacerlo mil veces. Pero luego decidía esperar un día más. Debería haber ido. Maldita sea, debería haber ido.

—Era una mujer adulta y tú no eras responsable de mí ni de mis actos.

—Y una mierda, Kyra. Eras mi mujer.

Ella no supo qué más decir para convencerlo de que no era culpa suya, así que guardó silencio. Lo abrazó con más fuerza y le apoyó la barbilla en la cabeza, aspirando su aroma. Al menos, no rechazaba sus caricias.

Poco después, le pareció que se relajaba un poco.

—Mike, no voy a poder dormir más esta noche. Deberías marcharte.

—Ya lo he pillado. No quieres verme por aquí por la mañana. Pero todavía es de noche; no pienso ir a ningún sitio.

—No estoy de humor para nadie ahora mismo. —Nunca lo estaba cuando los recuerdos la abrumaban. Además, los ataques de pánico la dejaban por los suelos.

—Puedo distraerte —murmuró él, acariciándole el cuello con la nariz.

—Oh, sí, estoy segura de que eres muy capaz. —Sin embargo, a Kyra le pareció que él lo necesitaba más que ella. Aunque él probablemente no se daba cuenta, seguía teniendo la mandíbula muy apretada. Él también lo estaba pasando mal—. O yo puedo distraerte a ti. Podría devolverte el favor que me has hecho antes —sugirió bajando la vista hacia su erección.

Él la miró fijamente.

—Cuando te follo con la lengua no te estoy haciendo ningún favor, lo sabes, ¿no? Lo disfruto tanto como tú. No tienes que devolverme nada.

—Bueno, pero me gustaría hacerlo —insistió ella al tiempo que se deslizaba entre sus piernas y se arrodillaba en el suelo ante él. Mientras descendía, le acarició el pecho con los dedos, deteniéndose un momento a admirar el elaborado tatuaje tribal que le adornaba el abdomen.

No tenía ni idea de cómo se hacía una mamada con un piercing de por medio, pero improvisaría. Sin embargo, en cuanto se inclinó y le rozó la punta con los labios, él le impidió continuar.

Mike era un gran entusiasta del sexo oral. Le gustaba tanto darlo como recibirlo, pero por alguna razón no parecía apetecerle en ese momento.

Kyra lo miró sin comprender. Nunca le había costado entender a su Mike. No es que fuera de aquellas personas que se veían venir, pero era como si sus sentimientos y sus emociones se transmitieran a través de su piel, impregnando la habitación entera. Sin embargo, el nuevo Mike era distinto, mucho más reservado.

Kyra bajó la vista hacia su polla, que latía y vibraba en su mano, pero un detalle del tatuaje le llamó la atención. ¿Era su nombre lo que había visto mezclado con el intrincado diseño tribal? Antes de poder preguntárselo, él la levantó y la empujó en dirección a la cama.

—¡Mike!

—No quiero follarte la cara, gatita —la interrumpió dándole media vuelta—. Ponte a cuatro patas y levanta ese culito al cielo. En el centro comunitario me prometiste que me dejarías montártelo. ¿O ya te has olvidado?

«Vale, así que ni va a dejarme que le haga una mamada ni me va a explicar por qué no me deja.»

Kyra se puso a cuatro patas.

—Puedes montarme por detrás si me tiras del pelo —dijo.

Él se colocó entre sus piernas y enredó la mano en su melena para tirarle del pelo mientras le lamía el cuello y la penetraba por detrás con facilidad.

—Eso no lo dudes, nena. Dalo por hecho.

Tras dejarla exhausta y profundamente dormida, Mike salió de casa de Kyra poco antes de que amaneciera. Estaba agotado. Le dolía el corazón y le dolían las pelotas de haberse corrido tantas veces.

Se sentó al volante de la camioneta y se frotó el pecho tratando de aliviar la presión que sentía, pero el dolor que le dificultaba respirar no se marchó.

Se había pasado la noche follando a Kyra, vaciándose dentro de su prieto coño una y otra vez mientras ella tenía un orgasmo detrás de otro entre sus brazos, le arañaba la espalda y gritaba su nombre. Había sido la mejor noche de sexo de su vida. Joder, con Kyra siempre era la mejor noche de su vida. Debería haberse sentido relajado y satisfecho, disfrutando de las endorfinas, como en una nube, rodeado de unicornios. Pero no. Allí estaba, con un peso tan grande en el pecho que apenas si podía respirar.

Estaba tan frustrado, furioso, triste y cabreado que no sabía cómo gestionar todas esas emociones. Se sentía hueco por dentro pero lleno de rabia al mismo tiempo.

Ni se le pasó por la cabeza volver a casa a dormir un rato. De ninguna manera sería capaz de cerrar los ojos y calmarse lo suficiente para poder descansar. Y mucho menos dormir. Decidió conducir un rato y, sin darse cuenta, se encontró frente a la puerta de casa de su abuela.

Había pensado ir a hablar con ella en algún momento del día pero, qué demonios... Tenía que aclarar lo que había pasado en el centro comunitario así que, ¿por qué no hacerlo ya y quitárselo de encima?

No se molestó en llamar a la puerta. Rodeó la casa y se dirigió al jardín trasero. Su abuela era una mujer madrugadora. A las seis de la mañana lo más fácil era encontrarla contemplando el amanecer.

Efectivamente.

Rebecca sonrió cuando lo vio acercarse y dio unos golpecitos a la silla que tenía al lado.

—¿En qué demonios estabas pensando? —le preguntó Mike, sentándose a su lado, sin el menor rastro de agresividad en la voz.

Ella lo miró de arriba abajo pero no hizo ningún comentario sobre su ropa. O, mejor dicho, sobre su falta de ropa.

—¿Francamente? Pensaba en ti, mi niño. Estoy cansada de verte sufrir.

—No hacía falta que fingieras una lesión ni que nos encerraras en la sala.

—¿Habrías venido si no lo hubiera hecho? ¿Te habrías quedado en la sala si hubieras podido salir?

Mike se frotó la cara con las dos manos.

—Joder, no lo sé. —«Probablemente no.»

—No quería correr riesgos. Llevabas cinco días sufriendo. Contestando con gruñidos a cualquiera que se te acercaba. No me dejabas hablar contigo. Te negabas a hablar con Kyra cuando ella se acercaba a ti en el gimnasio. No sé qué pasó para que vuestra relación pasara de ser tensa a ser abiertamente hostil, pero no estaba dispuesta a quedarme cruzada de brazos viendo cómo los dos estabais sufriendo sin intervenir.

Mike tenía un nudo en la garganta. Mientras estaba allí sentado, viendo salir el sol, estuvo tentado de contarle a su abuela todo lo que acababa de descubrir sobre la vida de Kyra, pero no lo hizo. No era su historia y no le correspondía a él contarla. Aun así, había algo que sí podía reconocer.

—La cagué —admitió soltando el aire.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ha pasado?

Él negó con la cabeza.

—No, no me refiero a ahora. Me refiero al pasado. A hace siete años. — Se arrepentía de tantas cosas. Joder, tantísimas.

Su abuela lo miró con cariño.

—Hiciste lo que te pareció mejor en aquel momento. Y Kyra hizo lo mismo.

—Bueno, pues lo que me pareció mejor fue un desastre.

Ella lo consoló con unos golpecitos en el brazo.

—No, no lo fue.

«Ya, claro.»

—¿Qué hace uno con todas las preguntas que lo atormentan, abuela? ¿Nunca te preguntas «¿Qué habría pasado si...?»?

—Tengo ochenta y un años. Si algo he aprendido en esta vida es que mirar hacia atrás sólo sirve para acabar con tortícolis y luego un chichón en la cabeza cuando chocas contra la farola que no has visto.

Era verdad, pero igualmente no lo consolaba. Llevaba tanto tiempo convencido de que Kyra era la responsable de todos sus males, que le costaba admitir que él también tenía parte de culpa.

Por no hablar del hijo de puta de Drake. La había dejado en la estacada. Iba a pagárselas todas juntas. No iba a parar hasta vengarse de ese desgraciado aunque le costara la vida.



Apoyó la cabeza en la silla, cerró los ojos y soltó el aire lentamente.

—Kyra volvió al pueblo un mes después de embarcar, por mi cumpleaños. Quería que arregláramos las cosas. Yo no recuerdo nada de esa noche. Estaba demasiado borracho. Pero, al parecer, ella me encontró con Jess.

—¿Jess? —repitió su abuela haciendo una mueca.

Mike asintió. La única noche de su vida en que había bebido tanto que se le habían borrado los recuerdos tenía que ser precisamente esa noche.

—Y luego se volvió al barco. Ya conoces el resto.

—Lo siento, Mike. Sé que lo has pasado muy mal durante estos últimos años. Te he visto sufrir con mis propios ojos, pero tienes que creer que todo lo que sucede es por alguna razón. Tal vez necesitabais estar separados para valorar más lo que hay entre vosotros.

Lo peor de todo era que durante esos años Mike había creído que Kyra era feliz. Él había sido muy desgraciado. Más que vivir, sentía que se arrastraba por la vida, pero eso no había impedido que se sintiera muy orgulloso de ella por haber triunfado. Odiaba que hubiera tenido que soportar al gilipollas de su marido; que no hubiera sido todo lo feliz que merecía ser. Se merecía lo mejor que el mundo pudiera ofrecerle. Y, desde luego, no se merecía el dolor. Ni la cárcel. Ni los ataques de pánico.

—Ella lo ha pasado peor que yo. Todavía no se ha librado de sus fantasmas.

—Kyra lleva luchando contra sus fantasmas toda la vida, cielo. Ya llegó a Alden con ellos. Pero tú eras demasiado joven y estabas demasiado enamorado para darte cuenta. Y a ella se le daba demasiado bien disimular.

—Lo sé —murmuró Mike.

Pero ahora los fantasmas se habían multiplicado. Y él tenía parte de culpa.

Cuando la conoció, Kyra era como una flor pisoteada. Había florecido a su lado, pero había seguido siendo muy reservada. Mike siempre había pensado que se debía a que había perdido a sus padres cuando era pequeña. Ni su cariño, ni el de su familia ni el de su familia adoptiva habían logrado

hacer que sus fantasmas desaparecieran. Tenía algo que demostrar. Algo que la impulsaba a avanzar en la vida. Necesitaba el reconocimiento público. Necesitaba demostrarle al mundo que era alguien.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó su abuela.

—Nada.

—¿El mismo «nada» que ha hecho que te levantes a las seis de la mañana con la misma ropa que llevabas ayer cuando te encerré en el centro comunitario con la chica de tus sueños?

Mike mantuvo la boca cerrada.

—Ya, eso me figuraba —dijo Rebecca, acompañando el comentario con una de esas sonrisas suyas de sabelotodo tan molestas—. Sé que no quieres oír lo que voy a decirte, pero las cosas siempre pasan por algo. Siempre. Aunque no seamos capaces de encontrar la razón, eso no quiere decir que no exista. Las cosas siempre son como tienen que ser.

Mike le dio la razón: no quería oírlo.

—Creo en el destino —prosiguió ella—. En que todo está decidido de antemano.

—¿En serio? —resopló Mike—. Y entonces ¿a qué ha venido eso de encerrarnos en el centro comunitario? ¿Por qué te interpones en el camino del destino?

Rebecca puso los ojos en blanco.

—Eso no era interferir: era echarle una mano al destino. A veces está demasiado ocupado y le viene bien que le tiren un cable.

—Claro. —Mike iba a añadir algo, pero el teléfono de su abuela lo interrumpió—. ¿Quién te envía mensajes a esta hora de la mañana?

—Mis chicas. Creo que tenemos un serio caso de ETS.

«¿Una enfermedad de transmisión sexual?!» Mike se atragantó.

—¿Qué?

—Una Enfermedad de Transmisión Senil. Greta leyó algo al respecto en una revista. Creo que la hemos pillado. ¿Puedes leerme el mensaje? Me he dejado las gafas dentro.

Mike titubeó.

«¿Qué demonios! —pensó—. ¿Qué puede pasar?»

Son las seis de la mañana y llevo dos horas despierta. Odio hacerme vieja. ¿Qué hacéis, chicas?

Su abuela se echó a reír cuando Mike le leyó el mensaje.

—Pobre Greta. Le gustaba tanto dormir que llegaba tarde al trabajo la mitad de los días. Y ahora que no tiene que ir a ninguna parte, no puede dormir. Es la ironía de hacerte viejo.

Bip-bip. Otro mensaje. Éste era de Wilma.

Estoy en el jardín bajándome las bragas.

Mojándome las bragas.

¡PLANTANDO HABAS, maldita sea!

¡Odio el auto del rector!

¡El autocorrector! ¡Odio el autocorrector!

Sin poder evitarlo, Mike se echó a reír.

—No pienso leerte esto en voz alta —dijo devolviéndole el teléfono a su abuela. No sabía si Las chicas de oro de Alden tenían algún problema mental pero era evidente que el teléfono de Wilma tenía algún tipo de trastorno.

—¿Por qué? —Rebecca se quedó mirando la pantalla durante un rato con los ojos entornados y luego se echó a reír también—. El móvil de Wilma ya está haciendo de las suyas otra vez. Está hecho un viejo verde.

La última clase de la tarde se llamaba «Lo imprescindible en música disco». Cuando acabó, Kyra se dio una ducha rápida, recogió sus cosas y se plantó en el piso de Mike. Sara le había dicho que Rebecca había llevado a Sam allí.

Tras subir los escalones de dos en dos, llamó al timbre. El gimnasio estaba en el bajo de un edificio de dos plantas que era propiedad de la familia de Mike. Habían reformado la planta superior y la habían transformado en dos

pisos. Mike vivía en uno de ellos, pero Kyra todavía no había estado nunca allí.

Rebecca abrió la puerta.

—Hola, cielo, pasa. ¿Ya has acabado las clases por hoy?

Kyra asintió y entró. Caramba, cuánto espacio. El piso era muy amplio y espacioso. Era tipo loft, sin paredes y con techos altos. Además, las cristaleras aumentaban la sensación de amplitud. En un rincón, una escalera subía hasta un dormitorio que estaba a distinta altura.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Kyra—. Pensaba que tendría que recoger a Sam en tu casa.

Había tratado de contratar a una canguro para no depender tanto de Greta y de la familia de Mike, pero ellos no habían querido ni oír hablar del tema. Lo que habían hecho había sido pagarle el sueldo de un mes a Abby, la chica que había elegido para hacer de canguro de Sam, y luego le habían dicho que no hacía falta que volviera.

—¡Mami!

Sam estaba de pie en el sofá, con las manos en el respaldo, saltando animadamente. A su espalda había un enorme televisor de pantalla plana.

—Hola, cariño.

—Ven a sentarte con nosotros. Estamos viendo *Karate Kid*.

—Pensábamos ir a mi casa, pero antes subimos un momento a dejar unas cosas. Sam quiso ver una película y nos quedamos —le explicó Rebecca mientras se acercaban al sofá.

—Mike tiene una tele enorme, mamá. Es como estar en el cine.

Pues sí, no exageraba. Kyra le dio un beso a su entusiasmada hija.

—¿Nos vamos a casa?

—¡No! —exclamó la niña—. Acaba de empezar. Ven a verla con nosotras. Es muy molona.

—Ya la he visto, cariño. —¿Qué americano con sangre en las venas no la había visto?

—Por favor, quedémonos. Quiero verla acabar.

Rebecca cogió su bolso y se volvió hacia Kyra.

—Yo tengo que irme, pero podéis quedaros. Cuando la peli termine, cerráis la puerta de golpe.

—No sé —titubeó Kyra.

No quería quedarse allí sin Rebecca, más que nada porque Mike tampoco sabía que estaban en su casa. Había sido ella la que había insistido en que se mantuvieran a distancia. Entrar allí sin permiso y ponerse cómoda en su sofá era cruzar un poco esa línea.

Rebecca pareció darse cuenta de su dilema, porque se inclinó hacia ella.

—Mike tiene clases hasta tarde esta noche —susurró—. Creo que os dará tiempo a ver toda la saga antes de que vuelva. —La anciana abrazó a Kyra, le dio un beso a Sam y se marchó.

Kyra se sentó en el sofá y Sam se arrebujó a su lado, apoyando la cabecita en su regazo.

—¿No tienes hambre, cariño? ¿No prefieres que vayamos a cenar a algún sitio y acabemos de ver la peli otro día? Puedo alquilarla y la vemos en casa.

Sam negó con la cabeza, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Ya he cenado.

«Vaaale.» Intento fallido.

Kyra miró a su alrededor, observando con curiosidad el nuevo hogar de Mike. Era un típico piso de soltero. No vio en él ni rastro de ella, ni de su vida en común, a excepción de la mecedora que había en un rincón, frente a una ventana. Habían comprado esa mecedora mientras vivían juntos, cuando ella estaba aún en la universidad.

Kyra conservaba muy pocos recuerdos agradables de su infancia anterior a su llegada a Alden. Uno de esos recuerdos era su abuela sentada en su mecedora, charlando con ella, viendo la tele o haciendo ganchillo mientras ella jugaba. Su abuela era el único pariente biológico que recordaba con afecto.

El niño de la película estaba encerando coches cuando Kyra oyó que se abría la puerta. Al volverse, vio que Mike dejaba la bolsa de deporte en el suelo y se acercaba a ellas. Acababa de salir de la ducha. Aún tenía el pelo mojado.

—Hola, chicas —las saludó apoyando los antebrazos en el respaldo del sofá, cerca de Kyra.

—Mike, ¿puedo llamarte señor Miyagi? —le preguntó Sam volviéndose hacia él.

Él se echó a reír a carcajadas.

—No, si quieres que te responda, pequeñaja.

Sam hizo un mohín. Pareció que iba a protestar, pero algo de lo que pasaba en la pantalla llamó su atención y volvió a sumergirse en la película.

—Hola, tú —le susurró Mike a Kyra. Bajó la mirada hacia su boca, pero no la besó.

Aunque se notaba que le estaba costando mucho, había cumplido su palabra. No había hecho ninguna demostración pública de afecto delante de la niña. Delante de nadie, en realidad. Pero con Angie no había servido de nada. En cuanto su amiga la había visto el día después del episodio del centro comunitario, se había dado cuenta de lo que había pasado. Y, a juzgar por las sonrisas que le dirigían Las chicas de oro de Alden, las abuelas tampoco se dejaban engañar.

—Hola —susurró ella. Sintió un impulso casi irresistible de besarlo, pero se contuvo.

Mike rodeó el sofá y se sentó en el otro extremo. Kyra observó asombrada cómo Sam estiraba las piernas y apoyaba los pies en su regazo. La niña estaba tan cómoda con él que le costaba creerlo. Con Drake nunca se habría atrevido a hacer una cosa así. Y era algo mutuo. Mike también estaba muy cómodo en compañía de Sam.

—¿Por qué no sabes atrapar moscas con palillos? —preguntó la niña mirando a Mike.

Él se echó a reír y señaló la pantalla.

—Tu señor Miyagi tampoco sabe.

—Es verdad —murmuró ella antes de volver a sumergirse en la película.

—Siento haber invadido tu casa —susurró Kyra—. Tu abuela trajo a Sam aquí y...

—No lo sientas —la interrumpió él en voz baja, mirándola fijamente—. Yo no lo siento. —Cogió el móvil. Tecleó algo y lo dejó sobre la mesita—. Me gusta que estéis aquí.

Vieron el resto de la película en silencio. Kyra acariciaba el pelo de su hija. Mike alargó el brazo sobre el respaldo del sofá y le masajeó la nuca a Kyra. Jugueteeando con su pelo. Acariciándole el hueco bajo la oreja. Volviéndola loca con sus caricias.

Kyra miró a Sam de reojo varias veces. Tenía miedo de que se diera cuenta, pero la niña estaba tan absorta en *Karate Kid* que no apartó los ojos de la pantalla ni una sola vez. Sin embargo, debía de estar muy cansada porque, aunque el final de la película era trepidante, cuando salieron los títulos de crédito, Sam estaba profundamente dormida.

Kyra se levantó con cuidado y estaba colocándole un cojín debajo de la cabeza cuando alguien llamó a la puerta.

—Ya voy —dijo Mike dirigiéndose a la entrada.

Al abrir la puerta, Kyra vio que era un chico que llevaba una bolsa de plástico llena de envases blancos con letras chinas.

Mike le dio un billete a cambio de la bolsa.

—Quédate con el cambio, Billy.

—¡Gracias!

—La cena está lista —dijo volviéndose hacia ella.

Así que eso era lo que había tecleado en el móvil.

—¿Has pedido comida china con un mensaje de texto?

—No. Le he escrito a Sara para que la encargara de mi parte. Tenía miedo de que salieras huyendo si te enterabas de que había encargado la cena.

—Ya que sacas el tema... Sam está frita. Tendría que irme. Tengo que llevarla a casa.

—No, no tienes que llevarla a casa. No inmediatamente, al menos.

Mike bajó la intensidad de las luces, cubrió a Sam con una mantita y llevó la bolsa de comida a la cocina.

—¿Tú has cenado?

—Sí —le mintió a la cara.

Mike sonrió mientras sacaba las cosas de la bolsa y metía algunas en la nevera.

—Mentirosa.

Kyra estaba a punto de replicarle cuando su estómago —«Maldito traidor»— eligió ese preciso momento para manifestarse alto y claro, así que no le quedó otro remedio que seguirlo hasta la cocina.

—Mike, se supone que no deberíamos...

—Cállate y ven aquí —la interrumpió él—. Sam está durmiendo. No sabe si estoy aquí o no. ¿Cómo va a cogerme cariño si no me ve? No le hacemos ningún daño cenando juntos.

No le faltaba razón, pero había sido ella la que le había pedido que mantuvieran las distancias en público. Curiosamente, cenar juntos en su casa le pareció más íntimo que acostarse con él.

—Vamos, nena, ven aquí —repitió Mike, ofreciéndole la mano.

Kyra se acercó a él, que la atrajo hacia su cuerpo y le dio un beso largo y apasionado. Ella sintió que se derretía allí mismo.

—Llevo toda la tarde queriendo hacer esto.

—¿Pedir comida china? —preguntó ella con una mirada engañosamente inocente.

—No, listilla. Besarte —respondió él, acariciándole la cara con la nariz—. Me encanta verte bailar, pero odio cómo te miran los tíos en el gimnasio. Max tiene razón: vamos a tener que trasladar tus clases a las aulas traseras. Desde que empezaste a dar clases, todos mis alumnos llegan siempre tarde porque se quedan babeando ante tu puerta.

Ella le dio un suave beso en los labios.

—Qué exagerado. Por cierto, ¿crees que a tu padre le parecería bien instalar barras en el gimnasio? Ahora que tengo bastantes alumnas de Culos Arriba, varias mujeres me han dicho que les gustaría apuntarse a clases de baile en barra.

Mike se echó a reír.

—Ni lo sueñes. Ya es bastante malo que tengas un montón de *strippers* en clase de aeróbic exótico. Mis alumnos no sobrevivirían si os vieran bailando en una barra. Además, ¿quién daría las clases?

Kyra respondió sin pensar:

—Yo. Bailé en la barra de un club poco después de que naciera Sam.

Mike se quedó helado.

—¿Qué?

Kyra se dio cuenta de su error inmediatamente. No debería haber sacado ese tema.



—Drake estaba en el barco. Estaba sola y necesitaba dinero. Pagaban muy bien y, como los horarios eran flexibles, podía ocuparme de Sam y seguir yendo a castings.

Mike apretó la mandíbula con tanta fuerza que la vena de la sien empezó a latirle y fue un milagro que lograra articular palabra.

—¿Hacías *striptease* para subsistir?

—No era exactamente *striptease*. Hacía como de *pin-up*. Era un club de caballeros muy elegante, nada baboso. Nunca hice ningún baile privado. ¿Mike?

—Hijo de la gran puta. Cabrón de mierda —exclamó él entre gruñidos de furia.

Kyra le sujetó la cara entre las manos. Sus ojos mostraban la tormenta que se estaba librando en su interior.

—De eso hace mucho tiempo, Mike. Además, allí fue donde conocí a Alexa, que fue a aprender unos cuantos pasos. Todo salió bien. Vamos a cenar, cariño. —Kyra lo guio hasta la mesa de la cocina y señaló los envases de comida—. ¿Qué has pedido?

Él tardó un rato en calmarse, pero al final lo consiguió.

—Lo de siempre. ¿Por qué? ¿Has cambiado de gustos en estos siete años? —Ella negó con la cabeza—. Bien.

Kyra cogió los fideos y empezó a apartar las gambas y a dárselas a Mike, que le dio a cambio varios trozos de pollo. El buey lo compartieron.

Habían vuelto a la rutina de siempre sin ningún esfuerzo. Habían pasado siete años, pero en ese momento parecía que nunca se hubieran separado. Él había cambiado mucho en algunas cosas, pero en otras seguía siendo el mismo. Lo malo era que a Kyra le gustaba todo de él, lo nuevo y lo antiguo.

Estaba metida en un lío. Y de los gordos.

—¿Has pedido postre también? —preguntó cuando hubieron acabado de comer.

Mike sonrió.

—Te he dicho que había pedido lo de siempre, ¿no?

Y lo de siempre era plátano frito con helado de vainilla. Kyra calentó el plátano y, tras añadir sirope de chocolate a la bola de vainilla, lo llevó todo a la mesa. Pero Mike tenía otros planes. La llevó hasta la mecedora, se sentó y

tiró de ella para que se sentara sobre su regazo.

«Oh, Dios mío.» Habían comido el postre así un millón de veces. Ella le daba trocitos de su plato de vez en cuando. A veces, cuando Mike llegaba y la encontraba en la mecedora, la levantaba en brazos, ocupaba su lugar y se la colocaba encima. Sólo había una cosa que le gustaba más que sentarse en la mecedora, y era descansar sobre las rodillas de Mike mientras él se mecía en el balancín.

Si cenar con él le había parecido más íntimo que el sexo, eso era mil veces peor.

Kyra trató de zafarse, pero él la sujetó con más fuerza.

—Tranquila, nena. Cálmate.

Ella se resistió un poco pero acabó rindiéndose. Estaba totalmente indefensa ante él. Comieron en silencio.

—Conservaste mi mecedora —susurró Kyra cuando se acabaron el postre.

—Por supuesto.

—Tu casa es increíble pero, no sé por qué, no te imaginaba viviendo en un piso. Siempre habías querido vivir en una casa.

Habían vivido en un piso en Boston cuando ella iba a la universidad allí. A Mike nunca le gustó. Aunque en realidad lo que no le gustaba era estar fuera de Alden.

—Quería vivir en una casa contigo. Quería un montón de cosas si eran contigo. Pero, cuando te perdí, me di cuenta de que todas aquellas cosas en realidad no me importaban tanto.

El tono de Mike no era agresivo. Sólo estaba exponiendo los hechos, pero a Kyra sus palabras le dolieron igual. Le dolía lo que él había perdido. Tanto como lo que había perdido ella.

Él pareció darse cuenta de su incomodidad, porque cambió de tema.

—Hoy te he visto con las chicas. Son buenas —murmuró.

—Sí, lo son. —Kendall, Stacy, Megan y Shantel eran buenas bailarinas y mejores personas. Kyra se lo estaba pasando muy bien con ellas. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien—. Están emocionadas. Han convencido a dos chicas más para que se apunten. No sé cómo serán los otros grupos, pero creo que tienen calidad para ganar.

—¿Es importante para ti? —le preguntó Mike—. ¿Las entrenarías si no fueran tan buenas?

—No, a mí eso me da igual. Las entrenaría aunque no supieran ni poner un pie delante del otro. Gracias a ellas me acuerdo de lo bien que me lo pasaba cuando empezaba.

—¿Te gusta enseñar?

—Me encanta. —Nunca lo habría imaginado, pero le gustaba mucho. Enseñar la llenaba de una manera que bailar no hacía.

—Me alegro —dijo Mike—, porque eres una gran profesora.

—Gracias —replicó ella con un hilo de voz.

Viniendo de un profesor tan bueno como él —para ella era el mejor profesor del mundo— era un maravilloso cumplido.

Se mecieron un rato en silencio, mirando por la ventana hasta que Kyra quedó totalmente relajada entre sus brazos.

—¿Qué es lo que llevas peor?, ¿los espacios cerrados o la oscuridad? —le preguntó Mike en voz baja.

No había vuelto a sacar el tema hasta ahora. Llevaban ya una semana acostándose juntos. Bueno, en realidad, ella se metía en la cama sola y, en algún momento de la noche, él se metía en la cama a su lado. No había vuelto a correr las cortinas nunca más y siempre desaparecía antes de que amaneciera.

—Creo que lo peor es la oscuridad. No me gustan los sitios pequeños ni los espacios cerrados, pero los tolero. En cambio, si me quedo a oscuras, me entra el pánico.

No había hablado con nadie de su claustrofobia aparte de Mike. Tampoco quería comentarlo con él, pero hablar con Mike le resultaba tan fácil y natural que se le había escapado. Y, una vez abierta la puerta, la sórdida historia de la cárcel había aprovechado para salir también. Mike tampoco había vuelto a sacar ese tema pero, cuando creía que no lo veía, la miraba con tanta pena que le rompía el corazón.

La besó en la sien.

—Vamos a tener que hacer algo para solucionarlo.

—No. No tenemos que hacer nada —protestó ella tratando de soltarse—. Porque no somos un equipo —añadió tanto para convencerlo a él como a sí misma—. Tengo que irme.

—No. Quiero que te quedes.

Kyra se resistió un poco más, pero fue inútil. Mike la tenía bien sujeta.

—Cálmate. ¿Tenemos que limitarnos al sexo para que no salgamos corriendo? Porque, si es así como quieres que nos relacionemos, por mí encantado —dijo metiéndole la mano entre las piernas sin ninguna delicadeza.

Ella se tensó.

—Suéltame, Mike.

—Ni lo sueñes, gatita. Sam está fuera de combate. Aunque se despertara, la oiríamos moverse antes de que nos viera. He tratado de hablar contigo, pero no me has dejado, así que ábrete de piernas —le dijo al oído con voz ronca—. Hemos hecho esto un montón de veces. Estoy seguro de que no lo has olvidado.

Kyra lo recordaba y, teniendo en cuenta el escalofrío que sintió y lo húmeda que se puso en segundos, su cuerpo tampoco lo había olvidado. Sin embargo, su sentido común trató de imponerse.

—Pasa gente por la calle. Podrían vernos.

Se estaba haciendo tarde y, aunque la calle Mayor estaba mucho más tranquila que hacía un rato, aún había gente que iba y venía del restaurante que había un poco más abajo, El Pollo Rojo.

—No, no pueden. Los cristales son especiales. Desde fuera son espejos. Tú puedes verlos pero ellos no te ven a ti. Y ahora, ábrete y dame lo que quiero.

Kyra titubeó durante un instante, pero luego se echó hacia atrás apoyándose en su pecho y separó las piernas lentamente.

Obviamente, a él no le pareció suficiente, porque se las separó aún más.

—Así, nena —susurró Mike mientras deslizaba un par de dedos bajo sus bragas y la acariciaba—. Joder, ya estás húmeda. Abierta ante mí. Temblando de ganas de que te toque.

Pues sí. Era inútil negarlo. Estaba húmeda, abierta, temblorosa. A punto de correrse en cualquier momento sólo con sus caricias.

Cuando él la penetró con dos dedos, Kyra arqueó la espalda y soltó un gemido ahogado, casi mudo.

—Estás tan prieta, joder. Me encanta estar dentro de ti. Con la boca, los dedos, la polla. Me vuelves loco. Cada jodida vez.

Mike la penetró varias veces, cada vez un poco más profundamente, hasta que su índice y su dedo medio estuvieron por completo en su interior. Kyra le rodeó los dedos con fuerza mientras le clavaba las uñas en el brazo como protesta por su intrusión. Luego él retiró los dedos y utilizó sus fluidos para humedecerle el clítoris. Ella se revolvió, presionando las nalgas contra su monumental erección. Su vientre se tensó por dentro, lo que provocó que una nueva oleada de humedad impregnara sus labios hinchados.

Kyra no podía apartar la mirada del grupo de gente que se había reunido a la entrada de El Pollo Rojo. La idea de que pudieran darse cuenta de lo que estaban haciendo la asustaba y la excitaba al mismo tiempo.

Notó que Mike sonreía con la cara apoyada en su cuello. Sus caricias se volvieron entonces más delicadas.

—Aún no, nena. Notó cómo te palpita el clítoris, pero no quiero que te corras todavía. Levántate el top.

—¿Qué?

—Levántate el top. Tienes los pezones endurecidos. Los noto a través de la tela, pero quiero verlos mejor. Quiero ver cómo juegas con ellos.

La mente de Kyra, embotada por el placer, volvió a ponerse en funcionamiento. Con una mirada hacia la calle, empezó a protestar:

—Pero...

—No te ven. Tú los ves a ellos, pero ellos a ti, no. Sólo te veo yo.

—Pero yo sí que los veo —susurró ella nerviosa mientras Mike le besaba el cuello.

—¿Te ponen nerviosa?

«Sí, y excitada como una mona.» Kyra no tenía ninguna intención de confesárselo, pero no hizo falta, porque Mike sabía leer las señales de su cuerpo como nadie, y el temblor que la sacudía era de excitación.

—La próxima vez, cuando la calle esté repleta de gente, te pondré de pie contra la ventana y te follaré desde atrás con fuerza, tan deprisa como pueda, mientras tú gritas mi nombre y empañas el cristal con tus jadeos. Pero ahora, levántate el top.

Al notar que ella dudaba, Mike retiró la mano.

—¿Quieres correrte o no? Yo puedo ayudarte. Puedo hacer que te desmayes con un orgasmo demoledor, pero antes quiero ver cómo te tocas esos pechos preciosos. Enséñamelo o no sigo.

«¡Será manipulador!»

—¡Pues para si quieres! Sé cuidarme sola. ¿O acaso crees que eres el único que tiene dedos aquí? —replicó Kyra, deslizando una mano entre sus piernas.

Eso era una locura. Tenía que parar. Levantarse. Irse a casa y masturbarse en la soledad de su habitación, como hacía antes de que empezara esa aventura con Mike. Pero no lo hizo. Se introdujo dos dedos y trató de cerrar las piernas para conseguir la fricción necesaria para correrse.

Mike se lo impidió.

—No te he dado permiso para que te corras sola, gatita. Ya sé que tienes dedos pero, que yo sepa, soy el único de por aquí que tiene polla. Así que, dejemos esto muy claro: si quieres correrte, tendrá que ser conmigo. Quiero estar dentro de ti cuando lo hagas y quiero que me enseñes las tetas.

Kyra podría haberse corrido sola, incluso sin tocarse. Oír a Mike gruñéndole esas cosas al oído como si fuera un cavernícola, dándole órdenes mientras su erección daba brincos contra su culo la estaba excitando muchísimo. Por alguna razón que no se molestó en analizar, lo obedeció, pero al menos quiso tener la última palabra.

—Espero que merezca la pena —replicó.

Él se echó a reír con discreción.

—¿Alguna vez no ha sido así, gatita?

«Qué razón tiene, el muy chulito.» Kyra había tenido más orgasmos durante los últimos siete días que en los siete años que habían pasado separados.

—Y ahora deja que me ocupe de ti. Es mi trabajo.

Kyra se levantó el top y se pellizcó los pezones con los dedos húmedos por sus propios fluidos. Al volverse hacia Mike, vio que la lujuria le oscurecía los ojos.

—Joder, qué preciosa eres —le dijo con voz ronca mientras observaba cómo se tocaba. Luego le pasó los dedos por los pliegues de su sexo hasta llegar a las nalgas.

«Oh, Dios mío.» El vientre de Kyra se convulsionó y sus nalgas se contrajeron. Se apretó los pezones con más fuerza.

—Me muero por meterme dentro de ti, nena. Por meter mi polla dentro de ti.

Al oírlo, Kyra se contrajo todavía más, y sus jugos fluyeron de su sexo abierto y expuesto. Estaba tirando de sus pezones con brusquedad, arqueando la espalda.

—Pronto —añadió Mike—. Aún no, pero pronto.

Ella se disponía a decir algo, pero en ese momento Mike se clavó en su interior. Cuando dos dedos poderosos le separaron los músculos internos, Kyra se olvidó del comentario frívolo que estaba a punto de hacer. Su sexo se contrajo alrededor de Mike y todo su vientre siguió su ejemplo instantes después, convulsionándose con brusquedad.

—Sí, nena, así. Me pones a cien.

Mientras la penetraba con los dedos, le presionaba el clítoris con la palma de la mano, grande y callosa. Era una sensación deliciosa. Luego le apoyó la otra mano contra la parte baja del vientre, y la inesperada presión la volvió loca de deseo. Empezó a frotarse contra su erección. Con fuerza.

—Deja de frotarte contra mi polla o te arrancaré la ropa y te follaré aquí mismo —dijo él.

Kyra quería obedecer, pero había perdido el control de sus actos.

—Mike...

Él debió de sentir su desesperación, porque penetró aún más en ella y le acarició el clítoris con el pulgar.

—Tira de los pezones, nena. Fuerte, como si te los estuviera succionando. Y luego retuércelos un poco. Yo me ocupo del resto.

Kyra hizo lo que le ordenaba y el orgasmo que llevaba un rato originándose se le escapó de las manos. Sintió que se elevaba más y más. Llegó a lo más alto con el cuerpo en tensión; las piernas temblorosas, el sexo estremeciéndose.

—Mike, me corro —susurró entre jadeos entrecortados, frotándose con fuerza contra su erección y echando la cabeza hacia atrás—. ¡Oh, Dios mío!

—Dámelo, gatita. Dámelo todo.

Y allí mismo, con una de las manos de Mike enterrada en el fondo de su sexo y la otra cubriéndole la boca para acallar sus gritos, con la gente riendo y charlando en la calle mientras su hija dormía plácidamente al otro extremo del gran salón, el mundo de Kyra estalló en mil pedazos.

—Necesito estar dentro de ti —le gruñó Mike al oído mientras volvía a descender a la Tierra—. Ahora. Ahora, joder.

Su exclamación la espabiló de golpe.

—Mike, no podemos. Sam está en el sofá y no hay ninguna habitación con puerta.

—Hay una —replicó él, levantándose y llevándola en brazos hasta el baño.

La dejó sobre el mármol del lavabo y cerró la puerta con el pie. Le quitó los pantalones de deporte, le humedeció los labios inferiores con sus propios jugos y la devoró.

—Me encanta darme un atracón con tu sexo, pero no puedo esperar ni un segundo más.

Cuando Mike clavó su miembro en ella, los músculos internos de Kyra se separaron, permitiéndole entrar y abrazándolo después.

Él soltó una maldición.

—Joder, estás tan estrecha —murmuró, retirándose un poco para volver a clavarse a continuación.

—Normal. He estado cuatro años sin acostarme con nadie —replicó ella jadeando contra su boca.

Sus palabras parecieron sorprenderlo, porque se detuvo en seco.

—Cuatro años. ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Para aliviarme me bastaba con la mano o un vibrador. No necesitaba un tío. Y para hacer el amor necesitaba... Cerró la boca al darse cuenta de que estaba hablando demasiado.

—¿Qué necesitabas para hacer el amor? —insistió él agarrándola por las nalgas y clavándose con fuerza en su interior. Las dichas bolas metálicas del piercing causaban estragos en ella.

—Para hacer el amor te necesitaba a ti, y no te tenía —respondió Kyra en un susurro. No sabía si él la había oído.



Pero sí, la había oído. Se quedó inmóvil, cerró los ojos e hizo una mueca.  
—Joder, nena.

Mike la abrazó con tanta fuerza que apenas si la dejó respirar mientras la asaltaba con la furia de un animal salvaje, con la cara enterrada en su cuello.

Kyra lo abrazó con piernas y brazos con todas sus fuerzas mientras él le daba uno de los orgasmos más intensos de su vida, embistiéndola como si estuviera amándola y castigándola al mismo tiempo.

Sintió como él se corría en su interior. Su verga se sacudió y la llenó por completo.

Durante un buen rato, lo único que se oyó en el baño fue el sonido de sus respiraciones combinadas.

—Quédate —le susurró él bruscamente—. Por favor, quédate a pasar la noche.

A Kyra le apetecía mucho, aunque no podía. Tenía que marcharse. Pero aún no. «Aún no», se repitió abrazándolo con más fuerza.

## 9

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Mike se apoyó en una pared del centro comunitario para observar a Sam, que, monísima vestida de abeja, saltaba sobre el escenario. Su sonrisa era tan brillante que lo cegaba. No destacaba precisamente por su coordinación, pero había algo en su manera de menearse, moviendo las falsas alas con los bracitos que se sacudían sin seguir el ritmo de la música, que le parecía adorable. La tensión entre ella y las demás niñas era evidente, sobre todo con Marcy, a la que Sam había hecho tropezar a codazos un par de veces, sin perder nunca la sonrisa.

Desde donde él estaba, vio a Kyra sentada en la primera fila, observando a su hija con orgullo y emoción. El corazón se le encogió en el pecho. Nada le habría gustado más que acercarse hasta ella y besarla hasta que no supiera dónde estaba, pero eso no era lo que ella quería. Aunque, para ser sincero, no estaba seguro de querer responder todas las preguntas que provocaría una declaración pública como aquella.

No estaba previsto que acudiera a ningún acto público con Kyra y su hija, pero todo el pueblo estaba allí, así que no le pareció que fuera a causar ningún problema. No estaba sentado a su lado rodeándole los hombros con el brazo, reclamándola públicamente. Estaba acechándola desde un rincón, tratando de echar un vistazo a hurtadillas a sus dos chicas favoritas. ¿Se podía ser más patético?

Mientras Mike reflexionaba sobre lo patética que era su vida, su abuela se acercó a él.

—Ah, aquí estás —susurró—. Son fantásticas, ¿verdad? Casi vuelven loca a Wilma, pero míralas ahora.

Mike sonrió. En ese momento, Sam tropezó. Logró mantener el equilibrio pero, en el último instante, Marcy —que le debía una, o más de una— la empujó.

Wilma había llevado a las niñas a practicar al gimnasio varias veces después de aquel día en que Sam había dejado la sala de ensayos arrasada como si hubiera pasado por allí un escuadrón del ejército. Mike las había observado y estaba al tanto de lo que sucedía entre ellas. Marcy era la cabecilla. Las demás niñas bailaban siguiendo las instrucciones de Wilma y mirando a Sam con desconfianza. Sam era como una bola de demolición que se movía a su alrededor, fingiendo sin mucho éxito que no le importaba que la dejaran de lado. Pronto empezaría el colegio. Sam necesitaba aprender a jugar con las demás niñas, al menos mientras ella y Kyra vivieran en Alden. Las clases de kárate infantil empezarían pronto, cuando acabaran las vacaciones escolares. Insistiría en que Sam se apuntara. No le costaría mucho. Siempre que estaba en el gimnasio —es decir, casi todos los días—, la niña lo seguía como un patito a su madre. Y el profesor de kárate era él.

—Kyra está allí —dijo su abuela—. Hay un asiento vacío a su lado. ¿Por qué no vas a sentarte con ella?

—Estoy bien aquí —respondió él con un gruñido de fastidio.

Habían pasado dos semanas desde el día en que su abuela y sus secuaces los habían encerrado juntos en la sala de dibujo. Hasta ese momento había cumplido su acuerdo con Kyra. No le había resultado fácil, pero lo había hecho.

Cuando la representación terminó, las abejas se desperdigaron por la sala buscando a sus familias. Sam fue corriendo hasta su madre, que la levantó en brazos y le hizo dar vueltas riendo.

Mike estaba a punto de marcharse discretamente cuando Sam lo vio.

—¡Mike! —exclamó echando a correr hacia él—. Has venido a verme.

—Claro, pequeñaja —dijo él levantándola en brazos—. Lo has hecho muy bien.

—No, lo he hecho fatal —le murmuró ella al oído—. Pero Marcy lo ha hecho peor que yo.

Mike se echó a reír. Sí, su pequeñaja era un poco rencorosa.

—No lo has hecho fatal —le llevó la contraria, dejándola en el suelo mientras Kyra se acercaba a ellos.

—Hola —lo saludó en voz baja, ruborizándose un poco.

Siempre les resultaba incómodo relacionarse en público, ya fuera allí o en el gimnasio. A Mike le costaba horrores hablar con ella sin poder tocarla, fingiendo que entre ellos no había nada, sabiendo que se habían pasado la noche follando como conejos. No sabía cómo lo llevaba ella, pero para él la situación cada vez era más difícil.

Su abuela actuó como si no se diera cuenta de la tensión que había entre ambos y preguntó:

—Chicas, ¿qué tenéis planeado para esta fantástica tarde de sábado?

—Los sábados tenemos noche de pizza —respondió Sam—. Es una tradición.

—¿Ah, sí? Hace siglos que no como pizza.

Sam miró a su madre.

—Mami, ¿podemos invitar a Mike y a la abuela?

Kyra titubeó.

—Estoy segura de que ya tienen planes.

—¡Qué va, no tenemos planes! —replicó Rebecca antes de que Mike pudiera decir nada—. Además, nos encanta la pizza. ¿No es verdad, Mike?

Él le dirigió una mirada asesina, que su abuela ignoró por completo, sin ningún remordimiento.

—Por mí, perfecto —dijo él—, pero sólo si a tu madre le parece bien.

No había nada que a Mike le apeteciera más que pasar la tarde con ellas, pero sólo si Kyra estaba de acuerdo.

La niña miró a su madre con ojos de cachorrillo triste. A su lado, el gato de *Shrek* —película que los hijos de Lisa lo habían obligado a ver durante su última visita— era un aficionado.

—Por favor, mami. Por favor, por favor, por favor. —Cuando Sam subió la apuesta haciendo un mohín y haciendo temblar un poco el labio inferior, Kyra tiró la toalla.

—Bueno, vale.

Sam aplaudió antes de echarse en brazos de su madre.

—Eres la mejor madre del mundo.

«¡Madre mía! Qué manipuladora es. Me recuerda a mi abuela», pensó Mike.

Sam les hizo un gesto con la mano.

—¡Vamos! Mamá siempre me deja elegir los ingredientes. Hago unas pizzas increíbles, ya lo veréis.

Kyra y Mike salieron del edificio siguiendo a Rebecca y a Sam, que iban por delante.

—No dejes que elija los ingredientes de tu pizza —le susurró Kyra.

—¿Por qué?

—¿Quieres hacer lo que te digo por una vez en la vida?

—Yo siempre hago lo que me dices.

Kyra resopló, aguantándose la risa. Luego se acercó a él y le dio un golpe de cadera.

—¿Tú, hacer lo que te dicen? Me temo que tienes una incapacidad física para seguir instrucciones, señor A Mi Manera O De Ninguna Manera. Creo que voy a empezar a llamarte Máster del Universo.

Él se echó a reír, pero no replicó. No le faltaba razón.

Llevaban ya unas semanas de relación. Aprovechaban para verse sobre todo los ratos en que Sam no estaba en casa. Pero Mike también se colaba en la habitación de Kyra cuando la niña dormía y se marchaba antes de que amaneciera. Le encantaba follar con Kyra. No tenía ninguna duda sobre eso — cada vez era mejor que la anterior—, pero echaba de menos algo. Aun así, había tratado de mantener la distancia emocional tanto como había podido. No quería volver a exponerse a que le rompieran el corazón. Aunque lo tenía muy negro. Kyra tenía previsto volver a marcharse, y si él le ofrecía su corazón y ella lo rechazaba por segunda vez, le quedaría hecho añicos.

Tal vez la intención de Mike al empezar su relación secreta había sido librarse de la tentación rindiéndose a ella, pero no le estaba funcionando. La tentación con patas que era Kyra cada vez tenía más poder sobre él. Era como si ella le hubiera lanzado una opa hostil y se hubiera adueñado de Mike por completo.

Cuando llegaron al coche de Kyra, él no pudo evitar hacer una mueca de preocupación. Ese trozo de metal con ruedas iba a caerse en pedazos cualquier día.

—¿Dónde has aparcado? —preguntó ella, y Mike señaló hacia el otro lado de la calle—. ¿Nos sigues?

—Oh, mamá, ¿por qué no vamos con su camioneta? Es chulísima. Brilla. Y tiene música.

—Nuestro coche también tiene música —replicó Kyra, defendiendo el honor de su pobre Fiat.

—Ya, pero todo tiembla tanto y hace tanto ruido que no se oye nada.

—Bueno, es verdad que traquetea un poco, pero ¡es *vintage*!

—¿Qué quiere decir *vintash*? —preguntó Sam.

—«Viejo», cariño —susurró Rebecca.

—Ah, entonces, sí. Nuestro coche es muy *vintash*. Pero prefiero los coches brillantes —insistió la niña, tirando de la mano de su madre—. Vamos.

—Si dejamos el coche aquí, luego estaremos incomunicadas.

—Luego te acompañaré a buscarlo. O enviaré a alguien a que te lo lleve a casa —dijo Mike al tiempo que pulsaba el botón de su mando a distancia para abrir las puertas.

Al oír el bip-bip y ver las luces centelleando, Kyra murmuró:

—Chulo.

Mike no tenía ninguna intención de dejar que nadie le llevara el coche a casa. A la primera oportunidad, llamaría al taller y se aseguraría de que se lo llevaban. Si jugaba sus cartas con cuidado, podría conseguir que le cambiaran algunas piezas sin que Kyra se diera cuenta. ¿Sería posible que le cambiaran el motor entero sin que se enterara? La verdad es que dudaba que hubiera nada salvable en el coche, pero es que, si se lo cambiaba por otro nuevo, se daría cuenta. Y no se lo tomaría nada bien.

Entre la música a toda castaña y la charla de Sam, nadie más habló durante el trayecto. Aparcaron frente a la casa. Cuando estaban entrando, sonó el teléfono de Mike.

—Hola, guapo. ¿Sabes dónde está tu abuela? Llevo un rato buscándola.

—Sí, está conmigo. Un momento. —Le pasó el teléfono a su abuela—. Es para ti. Es Wilma.

El brillo de su mirada no hacía presagiar nada bueno.

—Hola. Ah. Ah, sí. Tienes razón, lo siento. Estoy en casa de Kyra. Vale, vale. Nos vemos ahora.

Al otro extremo de la línea, Mike oyó la voz de Wilma, que hablaba a voz en grito. Se la imaginó gesticulando vivamente con sus manos de manicura impecable. Las chicas de oro de Alden se defendían bastante bien en el mundo tecnológico, pero no se habían librado de la manía de hablar por teléfono a gritos.

—Chicos, lo siento mucho —se disculpó Rebecca mientras apagaba el teléfono—. Me había olvidado de que tenía una cita previa con Greta y Wilma. Hoy tenemos karaoke para la tercera edad. No puedo faltar.

Sam hizo un mohín.

—Lo siento, Sam. Se me ha ido de la cabeza.

«Sí, claro», pensó Mike. Ésa era otra de las encerronas de su abuela. Pero esta vez no estaba enfadado. Al contrario, le estaba muy agradecido.

—Mike se queda, ¿verdad? —siguió diciendo Rebecca—. Y él come por tres como yo. Tendrás que hacer mucha pizza. Y te prometo que el lunes, cuando salgas del gimnasio, te prepararé mis famosas galletas. ¿Qué me dices, cariño?

Su abuela estaba sobornando a Sam con galletas. Mike lo sabía porque lo había hecho con él un montón de veces cuando era pequeño. Y siempre le funcionaba. Qué demonios. ¡Le seguía funcionando!

—Vale, pero ¿me dejarás que te ayude?

—Trato hecho —respondió Rebecca abrazando a la niña.

En ese momento les llegó el sonido de un motor bien calibrado desde la entrada principal de la casa.

—Ah, ésa debe de ser Wilma. Iba de camino a recoger a Greta.

Acompañaron a Rebecca hasta el coche de Wilma y vieron que Greta salía de su casa para reunirse con ellos.

La camioneta de Wilma era una preciosidad de color rosa de los años cincuenta que la nieta de Wilma, Rachel —la mejor mecánica del pueblo—, se ocupaba de mantener en perfecto estado. Mike se negaba a conducir nada que fuera de color rosa, pero sabía apreciar un buen vehículo.

Wilma bajó el cristal de la ventanilla y los saludó con la mano.

—Tienes que comprarte otro teléfono, Becca. No podemos esperar a que encuentres el viejo. No me importa molestar a tu chico, pero ¿y si no hubieras estado con él? Y no me atrevo a enviarle mensajes de texto. Podría

demandarme por acoso sexual.

«Sí, por favor. Nada de mensajes de texto», pensó Mike.

Kyra lo miró alzando las cejas, aunque no le preguntó nada.

—Pero es que el viejo todavía no es viejo —protestó Rebecca—. Me lo compré hace tres meses. Y no lo he perdido. Estoy segura de que está en casa, a buen recaudo.

—Ya, ya —replicó Wilma, poniendo los ojos en blanco.

Mike la imitó. Ése era el tercer móvil que su abuela compraba en poco tiempo. Nunca se acordaba de dónde lo dejaba, lo que volvía loca a la madre de Mike. El teléfono se había quedado sin batería, es decir, que no podían llamar para encontrarlo por el sonido.

—Está a buen recaudo. En un sitio tan seguro que no lo encuentra ni ella —le explicó Mike a Kyra.

—Desventajas de hacerse viejo —se excusó Rebecca—. Pero también tiene ventajas. Puedo esconder mis propios huevos de Pascua y buscarlos luego.

—Echo tanto de menos mi coche —murmuró Greta, que ya había llegado a su lado.

De las tres ancianas, la única que actualmente seguía motorizada era Wilma.

El hijo de Greta le había confiscado el vehículo tras varios incidentes en los que se había visto envuelta junto a un gato y la valla de una casa. Greta no se cansaba de repetir que ese gato se la tenía jurada, pero a su hijo le dio igual quién fuera el culpable. Estaba harto de multas y de sustos. No quería volverse loco. Mike lo había tenido más fácil. No tuvo que ponerse duro con su abuela porque el sheriff le había confiscado el carnet de conducir hacía un año. Su abuela sería muchas cosas, pero respetaba demasiado la ley como para conducir sin carnet. Mike estaba encantado con la nueva situación, ya que Rebecca era muy temeraria al volante. Miraba a todas partes menos a la calzada y se quejaba de que no veía las señales de límite de velocidad sin las gafas de lejos. Sin embargo, cuando se las ponía, se quejaba de que no podía leer lo que marcaba el velocímetro. Vamos, que era una situación sin remedio.



—Es una mierda. Cumple los setenta y te tratan como si tuvieras siete años —dijo Wilma solidarizándose con su amiga Greta, que estaba acariciando el chasis de la camioneta—. Ese hijo tuyo, Grady, siempre ha sido demasiado... estricto.

Lo que traducido significaba: «Un gilipollas integral». Mike estaba de acuerdo con ella.

Greta suspiró.

—Ha salido a su padre. No tiene ningún sentido del humor. Amaba a mi esposo, ya lo sabéis, Dios lo tenga en su gloria, pero... ¡era tan aburrido...!

Rebecca asintió.

—Ya te advertimos que no podía salir nada bueno de un tipo al que no le gustaba Elvis.

—Estaba enamorada —se defendió Greta—. Además, él era el único de mis pretendientes al que mi padre no amenazó con una escopeta.

—Eso es verdad.

—¿Os imagináis lo que podríamos haber hecho si hubieran existido las citas exprés en aquella época? ¿O esas páginas de citas de internet? —añadió Greta.

Sus dos amigas asintieron con sentimiento.

—Bueno, venga, chicas, ya basta de recuerdos. Tenemos que irnos o nos quitarán los mejores asientos —les recordó Wilma.

—Sí, los asientos de primera fila se llenan enseguida —comentó Kyra mientras las abuelas subían a la camioneta.

Wilma negó con la cabeza.

—No, cariño. Somos chicas de oro. Cuando estás en un grupo de jubilados, los mejores asientos son los que están más cerca de los lavabos.

—¿Qué quiere decir *chicas de oro*? —preguntó Sam—. ¿Yo también podré ser chica de oro algún día?

Las tres abuelas se miraron. Finalmente fue Rebecca la que respondió:

—Dejémoslo así: eres una chica de oro cuando sabes que tus secretos están a salvo porque tus amigas también los han olvidado.

Greta dijo algo y las otras dos se aguantaron la risa. En ese momento, Wilma volvió a poner la camioneta en marcha y Mike no oyó lo que decían.

Kyra se estaba riendo.

—Siguen tan locas como siempre —le dijo mientras observándolas cómo se alejaban.

—No. Están cada día más locas —repuso Mike—. Tienen un grupo en el móvil. Se llaman Las chicas de oro de Alden.

—¿De verdad?

—Sí, deberías leer sus mensajes. Si los lee un psiquiatra, las encierra a las tres.

Kyra se echó a reír.

—Siempre me han recordado a Los ángeles de Charlie.

—Sí, son clavaditas —replicó él riéndose—, si le añades medio siglo a cada una.

—¡Venga! La pizza espera —les recordó Sam, dirigiéndose a la casa.

—Sam, cariño. Me parece que Mike preferiría tomar unas hamburguesas, ¿no crees?

La niña volvió a hacer morritos.

—Pero hoy es sábado. Y el sábado toca noche de pizza.

—Pues no se hable más —dijo Mike. No podía ser tan malo, ¿no?

—¿Puedo elegir los ingredientes de tu pizza, porfa?

Sam lo estaba mirando tan ilusionada que ni siquiera ver a Kyra negando vigorosamente con la cabeza a espaldas de la niña fue suficiente para negarse.

—Claro, pequeñaja. Mientras los ingredientes sean comestibles y la pizza esté rica, no tengo ningún inconveniente.

—Oh, mis pizzas son las más ricas del mundo —le aseguró Sam, tirándole de la mano y llevándolo hasta la cocina—. Venga, mamá.

Kyra los siguió murmurando algo que Mike no entendió.

—Ya tenemos los ingredientes preparados en boles. Y la masa está subiendo. Mamá la dejó preparada antes de irnos —le explicó Sam abriendo la nevera.

—Señorita, tienes que cambiarte de ropa y lavarte las manos.

—¿Puedo dejarme las alas y las antenas puestas?

—Vale.

—Bieeen —exclamó Sam, echando a correr escaleras arriba.

—Ya sabes lo que se dice sobre los gustos, ¿no? —le susurró Kyra a Mike al quedarse solos—. Que son como las opiniones. Todo el mundo tiene una.

Él se echó a reír.

—Me parece que ese refrán no habla de gustos. Y creo que la palabra *culo* salía por algún sitio, Rubita.

—Era una paráfrasis, cielo —replicó ella, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

«¡Dios!» Estaba tan adorable que Mike sintió un deseo irrefrenable de tocarla. Oyó que Sam estaba en el piso de arriba, tarareando una tonada, y se arriesgó. Agarró a Kyra por la nuca y la atrajo hacia sí para darle un beso largo e intenso.

Ella se tensó y, durante un instante, trató de apartarse, pero Mike no se lo permitió. Kyra pronto se rindió y le devolvió el beso, ofreciéndole la lengua.

—Mike, aquí no. Sam podría vernos —murmuró cuando rompió el beso para respirar, dirigiendo miradas nerviosas a la puerta de la cocina.

—Me encanta tu sabor —dijo él—. En todas partes. Aquí arriba y entre tus piernas. Lo echo de menos.

—Me probaste ayer...

Lo recordaba. La había penetrado con la polla y con la lengua, aunque no había tenido suficiente. Nunca era suficiente.

—Pero no te he probado hoy. —Mike le acarició los labios con el pulgar e, incapaz de resistirse, se inclinó hacia ella para besarla de nuevo.

Cuando oyeron que Sam bajaba corriendo por la escalera, Kyra se separó de un salto, ruborizada y con los labios hinchados.

Mike se sacó la camiseta por fuera de los pantalones para ocultar su erección.

Pero, por suerte, a Sam lo único que le importaba era la pizza.

—¡Venga, vamos a extender la masa!

—Voy a lavarme las manos —murmuró él volviéndose hacia el fregadero. Necesitaba unos instantes para lograr que su polla se diera cuenta de dónde se encontraba. Nadie lo afectaba como Kyra. Una sola mirada y lo ponía a cien.

Respiró hondo, se secó las manos y se unió a las chicas.

Habían dividido la masa en tres trozos. Sam tenía el rodillo en las manos.

Cocinar con la pequeña era muy divertido, aunque un poco caótico. Cuando tuvieron tres bases de pizza bien aplanadas, Sam estaba cubierta de harina de arriba abajo, antenas incluidas. Mike y Kyra estaban un poco más limpios, pero no mucho. La radio estaba encendida, y tanto la madre como la hija cantaban y bailaban al ritmo de la música.

Kyra tenía harina en la cara, y Mike no pudo resistirse a limpiarle la mejilla con el pulgar. Antes de que pudiera seguir con otras manchas, ella dio un paso atrás.

—¿Qué haces? —preguntó mirando a Sam con el rabillo del ojo.

Él bajó la mano.

—Estabas manchada de harina. Todavía te queda un poco ahí arriba.

—Oh, gracias. —Kyra se limpió la frente con el antebrazo.

Mike recibió el mensaje implícito en ese gesto alto y claro. No podía tocar a Kyra bajo ningún pretexto cuando Sam estaba delante. Ya lo sabía, pero no le gustaba esa norma.

Tras extender el tomate sobre la masa —y sobre la mesa, y también en el suelo—, Kyra sacó los boles de la nevera. Había queso rallado, pepperoni, beicon, olivas, piña, salchichas, atún en conserva y setas. Mike observó a Sam, que cogía un puñado de cada ingrediente y lo esparcía sobre las bases de pizza.

Cuando Sam fue a coger la piña, y antes de que él pudiera decir nada, su madre la detuvo diciéndole:

—A Mike no le gusta la piña.

Él se volvió hacia ella y vio que sonreía. Se le hizo un nudo en el estómago. Se acordaba. Mike sabía que era una tontería y que no debería hacer una montaña de un grano de arena, pero no pudo controlar la reacción de su cuerpo. Suponía que porque él lo recordaba todo sobre ella. Absolutamente todo.

—Ah, vale. Pues sin piña —replicó Sam, que siguió llenando las pizzas de todo menos de piña—. La de Mike va al horno la primera.

—Pues no me parece que sea tan grave —susurró él al oído de Kyra mientras examinaba el resultado final antes de que entrara en el horno.

La mezcla era poco convencional, eso era verdad, y Sam había puesto tanto de todo que era un poco exagerado, pero nada horroroso. Había comido cosas peores preparadas por Kyra cuando vivían juntos.

Ella alzó las cejas, pero no dijo nada.

Poco después, Sam estaba bebiendo, de pie en la silla, cuando perdió el equilibrio. Mike la agarró antes de que se cayera, pero su zumo de arándanos se derramó sobre la camiseta de él.

—Sam, ¿estás bien? —preguntó Kyra alargando los brazos hacia la niña.

La pequeña estaba mirando a Mike con desconfianza, como si tuviera miedo de que él la riñera o algo peor.

—Lo siento, Mike, no quería... —susurró con el labio inferior tembloroso.

Él se movió despacio para no asustarla, y le revolvió el pelo.

—No te preocupes, pequeñaja. Sólo es una camiseta, no pasa nada. Además, no ha sido culpa tuya. Es que te he asustado.

Al oírlo, Sam se relajó y Mike maldijo al exmarido de Kyra. ¿Habría perdido la paciencia con la niña?

Aceptó la servilleta de papel que le ofrecía Kyra y se secó con ella la camiseta.

—La meteré en la lavadora y estará como nueva en un momento.

Sam negó con la cabeza.

—Lavamos la ropa los miércoles.

La boca de Mike se curvó en una sonrisa ladeada.

—Oh, me ha dicho una fuente bien informada que vais a empezar a hacer la colada dos veces por semana. ¿Me equivoco, Rubita? —preguntó volviéndose hacia Kyra, que se había puesto roja como un tomate.

—Es verdad —respondió ella, mirando al suelo, tras aclararse la garganta.

Mike sabía que estaba recordando lo que había ocurrido el pasado miércoles, igual que él.

Había tratado de localizarla por teléfono, pero ella no había contestado. Cuando llegó a la casa, la puerta estaba abierta. La llamó pero ella no respondió, así que entró y siguió el sonido apagado de alguien que tarareaba una canción. La encontró haciendo la colada con los auriculares puestos y la música a toda pastilla. Entre la lavadora que centrifugaba, la música y su propia voz, no era de extrañar que no oyera nada. No habían hecho planes para reunirse después de que Sam se marchara a las actividades de verano pero Mike no soportaba estar más tiempo sin verla.

Se apoyó en la pared y la observó mientras ella doblaba ropa y se movía al ritmo de la música. «Joder», pensó. Iba a tener que usar un protector como los que llevaban los jugadores de rugby. No porque quisiera protegerse de ella, sino para no tener que preocuparse de que su erección levantara una tienda de campaña en sus pantalones de deporte cada dos por tres.

Él no tenía previsto asaltarla de aquella manera pero, claro, ella se volvió, le sonrió, y Mike se olvidó de todo, hasta de sus buenas intenciones.

El brillo depredador lo delató. Kyra ahogó una exclamación y dio un paso atrás.

—Mike...

—Te deseo. Ahora —le dijo desnudándola a toda prisa, sin dejar de besarla en ningún momento.

Esa necesidad irrefrenable de poseerla, de besarla, se estaba convirtiendo en una costumbre. La desnudó, pero él permaneció vestido. Al parecer, a ella también le gustaba. Como las otras veces, en vez de protestar, lo abrazó con fuerza. Le hundió las manos en el pelo, temblando de deseo entre sus brazos.

—Siéntate, nena —le dijo levantándola del suelo y dejándola sobre la lavadora.

Ella brincó al notar el contacto con la superficie fría.

—¡Mike!

Él la ignoró.

—Échate hacia atrás —le ordenó—. Y abre las piernas.

A Kyra se le endurecieron los pezones cuando sus pechos empezaron a brincar por la vibración de la lavadora.

—Es demasiado —protestó ella, tratando de bajar al suelo, pero él no se lo permitió.

—Ni lo sueñes, nena. Separa las piernas. Quiero verte antes de follarte.

Kyra cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo antes de abrirse de piernas.

—Mírame, cariño —le pidió él mientras le acariciaba la cara. Cuando ella abrió los ojos, Mike siguió acariciándola, bajando por los pechos y el vientre—. Eres preciosa. Toda tú.

Tenía la vulva abierta y temblorosa por el movimiento del centrifugado. Mike deslizó los dedos a lo largo de su abertura, rozándole los labios. Estaba húmeda, probablemente lista para recibirlo, pero no quería arriesgarse a hacerle daño.

Agarrándola por las corvas, se inclinó sobre ella y le besó el sexo.

—Oh, Dios, Dios, Dios... —murmuró ella mientras la lamía.

Él sonrió con suficiencia.

—No, cariño. Aquí sólo estamos el señor Whirlpool y yo. Prefiero que grites mi nombre, pero cualquiera de los dos será correcto.

Kyra ahogó la risa, que pronto se convirtió en un gemido cuando él se dirigió a su clítoris y lo succionó con fuerza. Lo agarró por la cabeza para impedir que se apartara. Mike sentía las vibraciones a través de su carne. Estaba gimiendo, y la vulva se le contraía, a punto de alcanzar ese punto donde no habría marcha atrás.

Mike no podía más. Le soltó el clítoris, silenciando su gemido de frustración con un beso brusco y profundo, mientras se desabrochaba la cremallera a toda prisa.

El pecho de Kyra subía y bajaba aceleradamente. Le dirigió una mirada cargada de sexualidad.

—Fóllame, cariño. Por favor.

Mike la embistió, arrancándole un gemido ronco mientras su sexo se contraía a su alrededor. La vibración de la lavadora se transmitió a su polla, y le dejó la mente fuera de control. No iba a poder aguantar mucho. Notaba el piercing sacudiéndose; la barra metálica daba tirones en la sensible carne.

Fue un polvo duro y rápido. Él, vestido; ella, desnuda encima de la lavadora. Kyra gritó al llegar al orgasmo mientras él se clavaba en su interior, sujetándola con tanta fuerza por las caderas que probablemente le dejó marcas. Sin embargo, Kyra no se quejó, y se defendió clavándole las uñas en los hombros. Cuando el placer se hizo más intenso, la vibración debió de hacersele insoportable, porque empezó a gemir y a retorcerse incómoda. Mike la agarró en brazos hasta que la lavadora redujo la velocidad y, finalmente, se apagó.

—Madre de Dios, con el programa de centrifugado. Y yo que quería cambiar la lavadora porque hacía mucho ruido y se sacudía tanto que andaba sola —susurró Kyra con la respiración entrecortada—. Acabo de cambiar de idea. No pienso librarme de esta maravilla tecnológica. A la mierda las lavadoras silenciosas.

Mike se echó a reír. No podía estar más de acuerdo con ella.

—Hace tiempo que hago la colada una vez a la semana, pero desde hoy pienso hacerla dos veces.

Mike sonrió con arrogancia.

—No faltaré.

Kyra podía estar segura de ello.

—¿Por qué llamas *Rubita* a mi madre? —le preguntó Sam de pronto, sacándolo de sus recuerdos—. El pelo de mamá es negro.

Mike carraspeó y se obligó a dejar de pensar con la polla.

—Sí, lo es. Muy negro y muy bonito. —El pelo de Kyra era increíble. Grueso, brillante y muy suave al tacto. Era perfecto para enroscarlo alrededor de su puño—. Cuando tu madre era pequeña, le encantaba disfrazarse. Y, cuando se disfrazaba, ya fuera de princesa o de bruja, siempre se ponía una peluca rubia.

—¿De verdad? —le preguntó Sam a su madre—. ¿Por qué?

Kyra se encogió de hombros.

—Porque me gustaba.

—En Alden nadie tenía un pelo moreno tan precioso como el de tu mami, y ella no quería que nadie se pusiera celoso por su culpa —le explicó Mike.



Aunque la verdad era que, a los nueve años, Kyra deseaba con desesperación integrarse en la pequeña comunidad de Alden, formada básicamente por familias de origen caucásico, muchas de ellas del norte de Europa.

—Yo tengo el mismo pelo que ella —señaló Sam orgullosa.

—Sí, es verdad, pequeñaja.

—¿Crees que es por eso por lo que a Marcy no le caigo bien?

Mike vio que la niña estaba compungida.

—Le caes bien. Lo que pasa es que lleva mucho tiempo siendo la abeja reina. No es fácil adaptarse a los cambios, ¿sabes?

—Sí, sé a lo que te refieres —murmuró Sam.

Mike tiró de la camiseta y se volvió hacia Kyra.

—Señoras, ¿os importa si me quito esto y lo pongo a lavar? Está pegajosa.

—Iré a buscarte algo que ponerte —se ofreció Kyra.

Mike se quitó la camiseta y, formando una pelota con ella, se secó el torso.

—¿Te dolió? —le preguntó Sam, señalándole los tatuajes del pecho.

—Un poco. Unos más que otros. Hay sitios que son más sensibles. A veces lo que duele no es la aguja, sino el tatuaje en sí.

—¿Hay tatuajes tristes?

«Niña lista.»

—Sí, algo así.

—Me gustan tus tatuajes. —Tras echarle un último vistazo, se volvió hacia su madre—. Mamá, ¿puedo hacerme uno?

—No —respondió Kyra, que estaba subiendo al piso de arriba.

—Pero... —Sam echó a correr tras ella.

—Nanay.

—Josh también tiene tatuajes.

—He dicho que no.

—¿Cuándo cumpla los dieciséis?

—Sigue soñando.

—Venga, porfa. ¿A los diecisiete? —insistió Sam—. ¿No? Pues entonces quiero un perro. Y no de esos canijos que puedes meter en un bolso. Quiero un perro grande que...

Mientras madre e hija seguían con su divertida discusión, Mike se dirigió al lavadero para echar a lavar la camiseta. Por suerte, ya había bastante ropa blanca. Metió la camiseta en la lavadora y la puso en marcha.

Era la primera vez que los tres hacían algo juntos, y se lo estaba pasando muy bien. Se sentía a gusto, cómodo. Era una sensación muy agradable pero también le daba mucho miedo. Sobre todo cada vez que se acordaba de que ellas estaban en Alden temporalmente.

No le gustaba nada el modo en que Kyra se apartaba de él cada vez que se acercaba demasiado, o cuando se rozaban sin darse cuenta. Lo entendía, pero no le gustaba en absoluto.

Al pasar por delante de la puerta del garaje, se acordó de que tenía que hacer una llamada telefónica. Estaba sacando el móvil del bolsillo cuando Sam apareció corriendo con una camiseta de una gira de Amantis talla XL, demasiado grande para ser de Kyra.

—¡Sam, la pizza está a punto! —gritó Kyra desde la cocina.

La niña empezó a dar brincos y tiró de la mano de Mike.

—¡Yupi! ¡Vamos!

—Voy enseguida, pequeñaja. Tengo que hacer una llamada, ¿vale?

Cuando se quedó a solas, le envió un mensaje a Rachel, la nieta de Wilma, indicándole el lugar donde se encontraba el coche de Kyra y pidiéndole que le echara un vistazo por si se podía hacer algo por él.

La respuesta le llegó casi inmediatamente.

Claro, tío. ¿Es una operación secreta?

Mike sonrió.

Sí. Ni 1 palabra a nadie. Mándame la factura a mí.

Mike sabía que podía fiarse de Rachel. Por culpa de las travesuras de sus respectivas abuelas, Rachel, Connor —el nieto de Greta— y él pasaban mucho tiempo juntos.

El teléfono volvió a sonar.

Ok. Te mantengo al corriente. Por cierto, ¿sabes que las chicas de oro de Alden tienen karaoke esta noche? Te toca a ti sobornar al sheriff.

Mike echaba tanto de menos a Connor. Esperaba que volviera pronto. A Rachel y a él les faltaban manos para ocuparse de las abuelas.

Sacudiendo la cabeza, se guardó el teléfono en el bolsillo y se dirigió a la cocina. Al día siguiente llamaría a Rach para concretar el plan. Podría trabajar en el Fiat por las tardes, mientras Kyra daba clase en el gimnasio. Con un poco de suerte, ella no se daría cuenta de nada y no se preguntaría por qué su coche había dejado de toser como si fuera un fumador compulsivo de noventa años.

—Toma, para ti —le dijo Sam empujando un plato en su dirección cuando se acercó a la mesa—. ¿A que es la mejor pizza que has comido nunca?

Mike le echó un vistazo y tragó saliva. Con dificultad.

A su pizza le habían salido cosas que no estaban allí la última vez que la había visto. Sam la había cubierto de nubes de malvavisco, ositos de goma y otras gominolas difíciles de identificar porque ya se habían deshecho y mezclado con la salsa de tomate y el queso. El olor dulzón que salía de su pizza, cargada de pepperoni y beicon, hizo que su estómago de acero se encogiera de miedo.

Mike se aclaró la garganta.

—¿De dónde ha salido todo eso?

—Es decoración —le explicó Sam—. La compartimos, ¿vale? Mi pizza está en el horno. Te prometo que te daré un trozo cuando esté lista.

Kyra se acercó a él y le dio unas palmaditas en el pecho.

—Te lo advertí. Pero no te preocupes. Tengo antiácidos para luego.

Kyra estaba en el porche, expectante, moviendo los pies a un lado y al otro. Mike estaba ante ella, en el escalón más bajo. Aunque era una mujer adulta e independiente de veintiocho años, se sentía como si volviera a tener dieciséis y estuviera esperando a que Mike le diera un beso de buenas noches

después de una cita. La diferencia era que, esa vez, era su hija la que estaba dentro de casa y no su madre adoptiva, Cynthia. Bueno, había más diferencias. Por ejemplo, doce años antes, Mike no había dudado. La había rodeado con sus brazos y la había besado. Ahora, en cambio, tenía las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Y la única responsable de ese cambio de actitud era ella. Ella había marcado los límites. Le había prohibido mostrarse afectuoso delante de Sam. Y a Kyra le daba mucho miedo romper esa barrera.

En cambio, su hija no tenía ningún tipo de problema. Salió corriendo de la casa, ya con el pijama puesto, y se lanzó a sus brazos.

Él la estrechó contra sí.

—Hola, pequeñaja. Pensaba que tu madre te había enviado a dormir.

—Quería darte las buenas noches otra vez —replicó la niña, dándole un ruidoso beso en la mejilla—. Buenas noches, Mike.

Él sonrió.

—Buenas noches.

Habían cenado pizza y el postre favorito de Sam: helado con patatas fritas. Luego se habían sentado en el sofá a ver películas. Mike había dicho que no cuando ella le había ofrecido palomitas caramelizadas, pero en su defensa había que decir que se había comido todo lo demás sin rechistar.

Mike y Kyra miraron a la niña, que volvió a subir a su habitación corriendo. Luego, él se volvió hacia Kyra.

—Tu hija es maravillosa, nena. Es dulce y divertida. Es la caña. Pero, por favor, dile que mi abuela es intolerante al gluten o algo. Sobrevivió a una guerra mundial y a varios desastres naturales, pero me temo que si Sam le prepara una pizza, la perderemos.

Kyra se echó a reír en voz baja.

—Tú te la has comido.

—Bueno, tras el tercer bocado, mis papilas gustativas han dejado de funcionar. Y es posible que haya sufrido algún tipo de desajuste químico, porque cuando acabé de comerme el segundo trozo me pareció que el regustillo de las nubes combinaba bien con el resto de los ingredientes. Deberías tirar a la basura los ositos y las demás gominolas mientras duerme. En serio.

—Me imagino que no te veremos el pelo por aquí la próxima noche de pizza, ¿no?

Mike la miró fijamente.

—Si tú quieres que venga, aquí estaré —le susurró agarrándola por una de las trabillas del pantalón y acercándola hacia sí.

De repente, Kyra sintió que se le secaba tanto la garganta que no pudo articular palabra. Asintió en silencio.

—Sí, ¿qué? —insistió Mike.

—Quiero que vengas.

—Ésa es mi chica.

A esas alturas, él estaba tan cerca que Kyra notó su aliento en la boca. Inclinandose, Mike le rozó los labios en un beso suave.

—Buenas noches, nena.

Ella titubeó, pero logró preguntarle, roja como un pimiento:

—¿Volverás luego? Cuando Sam ya esté durmiendo, quiero decir.

Se lo había preguntado tan bajito que pensó que tal vez él no la había oído. La mirada lujuriosa que le dirigió le dio la respuesta que esperaba, pero se mantuvo en silencio.

—Quiero que vengas —repitió ella.

—Pues aquí estaré.

Y, fiel a su palabra, Kyra se despertó a medianoche y acabó a cuatro patas sobre la cama, gritando el nombre de Mike con la cara enterrada en la almohada.

## 10

Kyra se encontraba demasiado mal para responder al timbre. Sonó una vez. Dos. A la tercera se dio cuenta de que, fuera quien fuese el que estaba en la puerta, no tenía intención de marcharse. Tendría que levantarse o el ruido acabaría despertando a Sam. Malhumorada, apagó el programa de televisión que estaba viendo en la tele, y estaba tratando de incorporarse cuando sonó su móvil. Lo habría ignorado, pero lo tenía justo delante en la mesita del salón, así que abrió el mensaje.

Abre la maldita puerta o la echo abajo. Tú eliges.

Era Mike.

Le había dicho bien clarito hacía un rato que no quería verlo esa noche. Y ¿le había hecho caso? No.

Con una mano apoyada en el vientre, caminó encorvada hacia la puerta.

Al abrir, se lo encontró con una gran bolsa llena de bombones surtidos y dulces de crema de cacahuete de la marca Reese.

—Ya era hora, Rubita.

—Sam está durmiendo —lo regañó ella.

—Precisamente por eso no he dado puñetazos en la puerta. Estaba a punto de abrirla con una ganzúa.

Kyra quería replicarle, pero no tenía fuerzas ni para discutir.

—¿Qué haces aquí?

Él se acercó y le dio un suave beso en los labios.

—Tienes la regla, y recuerdo de qué iba esto.

Su respuesta la tomó por sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo casi tres semanas follándote sin parar, nena. Y antes, al teléfono, estabas gruñona sin motivo. Te conozco. Viví contigo casi tres años. He traído pastelitos Reese y bombones. Necesitas chocolate y muchos mimos.

Kyra pestañeó con fuerza, tratando de mantener a raya las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos. Podía usar las hormonas como excusa, pero la verdad era que la emocionaba ver que Mike seguía siendo su Mike, el Mike de siempre. Un poco más brusco, pero sensible por dentro. Y su Mike sabía que ella lo necesitaba.

Se aclaró la garganta antes de decir:

—A lo mejor he madurado y ya no como estas cosas.

Él la miró de arriba abajo. Kyra enderezó un poco la espalda para parecer más alta, pero no sirvió de nada.

—Sí, se nota que ya no te gustan estas cosas —replicó él entrando en la casa y cerrando la puerta. Al echar un vistazo al salón y ver la cantidad de envases vacíos, su expresión se endureció—. No sólo no lo has superado, sino que lo llevas peor que antes —añadió.

Bueno, llevaba años sin contar con el apoyo de Mike, así que, claro, había tenido que aumentar la dosis de chocolate. No obstante, no estaba dispuesta a admitirlo, así que se conformó con una verdad a medias.

—Es que ahora somos dos chicas en la casa.

—Nena, tu hija es demasiado joven para tener la regla.

—No dejo que Sam coma cosas con chocolate habitualmente. No te imaginas cómo se pone cuando toma cafeína y azúcar. Pero necesitaba comer dulces, así que me inventé la fiesta del chocolate. Una vez al mes comemos todo el chocolate que nos apetece. Y ese día del mes es hoy. —Se encogió de hombros y añadió—: El chocolate ayuda.

Mike alzó una ceja.

—¿Seguro?

No, la verdad era que no. No había bastante chocolate en el mundo para sustituir a Mike.

Sin responder, Kyra volvió al sofá. El vientre y los riñones le dolían demasiado para seguir hablando de pie.

—Ven aquí —dijo Mike, levantándola en brazos y dirigiéndose con ella hacia el sofá—. Sé lo que necesitas.

—Puedo ir andando —se quejó ella con la boca pequeña.

—A mí no me lo parece.

Kyra guardó silencio. Después de todo, ella estaba demasiado cansada y él tenía toda la razón del mundo.

Mike se sentó en el sofá y le dio un beso en los labios.

—Venga. Ya sabes de qué va esto. Déjame darte lo que necesitas —le dijo en voz baja, en tono tranquilizador, mientras le soltaba las manos que lo agarraban por la nuca.

Mike se echó de lado; la tumbó consigo y la colocó mirando hacia afuera para que la espalda de Kyra quedara pegada a su pecho y la cabeza le reposara sobre un brazo. Con el otro le rodeó la cintura, le apoyó la mano en el vientre y comenzó a masajearlo suavemente mientras trazaba pequeños círculos.

Kyra se tensó durante unos segundos, pero luego soltó el aire que había retenido al notar que la tensión la abandonaba en cada una de sus caricias. Cerró los ojos y se mordió el labio inferior para que dejara de temblarle.

«Dios mío. ¿Cuántas veces he soñado con esto?» Demasiadas.

—¿Mejor así? —le preguntó él dándole un beso en la coronilla.

Ella asintió con la cabeza. No se atrevía a hablar por si se le rompía la voz. Decir «mejor» era quedarse corto. Estaba mucho mejor. Muchísimo mejor de lo que había estado en tanto tiempo. Desde antes de dejar a Mike.

—Me alegro. No podía quedarme en casa sabiendo que estabas sufriendo —añadió Mike—. De hecho, deberías haberme llamado tú en vez de mentirme por teléfono para librarte de mí.

El corazón de Kyra se le encogió en el pecho al oírlo.

—Mike...

—Enciende la tele, nena —la interrumpió él acariciándole la cabeza con la barbilla—, aunque te advierto que no me apetece nada el atracón de telenovelas sudamericanas que me espera. Menuda manera más rara tienes de olvidarte de todo.

Ella cogió el mando a distancia.

—Ya no veo telenovelas. Me he reciclado: ahora veo «CSI».

Mike se echó a reír.

—Ahora sí que nos entendemos, Rubita.



Kyra pulsó un botón y en la tele aparecieron imágenes de «CSI». Suspirando, se arrebujó entre los brazos de Mike, apoyando una mano sobre la de él.

La sensación de su mano sobre el vientre le calmaba mucho el dolor, desde siempre. La sumía en una especie de trance. Se le relajaban todos los músculos y, después de un rato de ver la tele, siempre se dormía. Mike había hecho eso con ella durante cinco años. Durante los dos años que salieron juntos mientras ella aún vivía en casa de Cynthia, la iba a buscar, la llevaba a su casa y cuidaba de ella. Cynthia no dejaba que pasara la noche fuera, así que, cuando Kyra se relajaba lo suficiente para quedarse dormida, él la devolvía a su habitación.

—Me alegro de que apruebes mi decisión —dijo ella—. Sé lo mucho que sufrías con las telenovelas.

—No, no te lo puedes imaginar, pero si todavía te gustaran, seguiría viéndolas contigo.

Kyra estaba segura de ello porque Mike era así. Era un hombre distinto en algunas cosas, pero si en algo no había cambiado era en el modo de tratar a las mujeres de su vida. De hecho, el interior de Mike era básicamente el mismo; lo que había cambiado era el envoltorio.

—No es que me queje pero, por curiosidad, ¿por qué has dejado de ver telenovelas? Te gustaban mucho.

—Me tocaban las narices. La vida real no es así. En la vida real uno se jode la vida solito, sin necesidad de ningún villano que maquine ni interfiera en tus cosas. Al menos, en mi caso fue así.

Se había encontrado sola, desorientada, con un bebé a su cargo y un marido ausente, y no podía echarle las culpas a nadie más que a su mala cabeza. Nadie se había propuesto arruinarle la vida por diversión; se había ocupado ella solita. Había rechazado a Mike. Y había tomado todas las demás decisiones que la habían llevado a estar donde estaba. No había ninguna suegra maléfica trazando planes para separar a los amantes. Ningún exmarido celoso. Ningún padre mafioso. Nadie la había obligado a hacer nada engañada ni en contra de su voluntad. Y estaba muy enfadada consigo misma por haberse

jodido la vida de esa manera. No podía echarle la culpa a nadie y, francamente, muchas noches habría deseado poder hacerlo para librarse de ese peso.

—Kyra...

Ella se tensó y el vientre volvió a contraérsele por el dolor al darse cuenta de que había hablado demasiado. Sacudió la cabeza débilmente.

—Grissom está investigando quién atropelló a un universitario. Sus compañeros tratan de descubrir al asesino —murmuró ella intentando cambiar de tema y poniéndolo al corriente del capítulo al mismo tiempo.

—Vale, nena. No te preocupes. Ya lo pillaré. Tú relájate.

Kyra pensó que iba a ser incapaz de relajarse, pero no le costó nada.

Cuando se hubo calmado lo suficiente, Mike aprovechó que había bajado la guardia para susurrarle al oído:

—Así que aquí es adonde fue a parar mi camiseta. Hace siete años.

—Mmm —murmuró ella.

Pensaba que Mike no se había dado cuenta porque no había hecho ningún comentario cuando le había abierto la puerta, pero debería haber sabido que a él no se le escapaban ese tipo de detalles.

Kyra cogió un dulce de crema de cacahuete, le quitó el envoltorio, le dio un mordisco y le ofreció el resto a él. Trató de no fijarse en cómo aprovechaba para lamerle las yemas de los dedos.

—¿Siempre duermes con mis camisetas?

Ella se encogió de hombros sin apartar la vista de la tele.

—A veces.

Al menos, siempre que se encontraba mal, como ese día, o cuando estaba baja de moral. La había lavado tantas veces que ya no conservaba su olor, pero se la seguía poniendo. Seguía comprando el mismo jabón que cuando vivían juntos para recrear su olor artificialmente, pero no había funcionado. El olor de Mike era único. ¡Y lo había echado tanto de menos!

—¿Por qué no me la dejaste el otro día, cuando me manché de zumo?

Kyra estaba demasiado floja para mentir, así que le dijo la verdad:

—No quería arriesgarme a que te la llevaras.

—No lo habría hecho. Puedo darte otras si quieres. Sólo tienes que pedírmelas. Y ni siquiera eso. Cuando vengas a mi casa, quédate a dormir y elige las que quieras.

Tenía razón. Podía arrasar sus cajones y renovar su arsenal. Aunque no sabía si sería suficiente. La verdad era que no sobreviviría si volviera a perder a Mike una vez más.

—Ya, mucho palabrerío, pero no me has devuelto la que te llevaste el otro día.

—Bueno, ya que sacas el tema, ¿de quién era esa camiseta? ¿De Josh?

—¿Josh?

—Sam mencionó a un tal Josh. ¿Quién es?

—El hermano de Alexa y guitarrista de Amantis. Pero no, la camiseta era mía.

Mike había fruncido el ceño cuando Sam había nombrado a Josh el día de la pizza, pero no había comentado nada hasta ese momento.

—Me alegro. No me gustaría que me dieras ropa de otro hombre.

—No hay otro hombre. Ni hay camisetas de nadie más que tú en esta casa.

—Me alegro —repitió él, cogiendo otro dulce de crema de cacahuete y dándoselo a Kyra antes de volver a apoyarle la mano en el vientre por debajo de la camiseta.

Tras disfrutar mucho viendo un par de capítulos llenos de sangre y vísceras, Mike preguntó:

—Y, cuando te quedas sin capítulos de «CSI», ¿qué ves?

—«Pesca radical».

Durante unos segundos, Mike se quedó demasiado sorprendido para responder.

—¿«Pesca radical»? ¿El programa sobre los pescadores en el mar de Bering? No es muy relajante, precisamente.

—Me gusta ver a esos tipos trabajando en esas condiciones tan duras. Pienso que, si ellos son capaces de sobrevivir, yo también.

Mike maldijo entre dientes.

—Joder. Pensaba que con el tiempo el dolor habría aflojado.

—Pues no —dijo ella.

Y eso que llevaba años tomando la píldora. En teoría, eso también tendría que haberla ayudado con el dolor menstrual, pero no había sido así. En parte por eso se había pasado a los implantes de hormonas.

Tampoco le habían servido de nada.

Cuando su vientre volvió a contraerse dolorosamente, Kyra se tensó, pero Mike siguió acariciándola y murmurándole palabras de consuelo hasta que lo peor pasó.

—Ya estoy mejor —susurró.

—¿Cómo te las has apañado todos estos años?

—Apretando los dientes.

Como había hecho con todo lo demás. Por fortuna, ese dolor tan fuerte sólo lo tenía una vez al mes.

—¿Tu ex no...?

—¿Si me ayudaba? —Kyra resopló burlona—. Drake nunca estaba en casa y, si por casualidad coincidía que estaba allí cuando me venía la regla, ya se encargaba de desaparecer rápidamente.

Notó que Mike se ponía tenso pero, aparte de un par de maldiciones, no dijo nada más. Kyra puso la mano sobre la suya y entrelazó los dedos con los de él.

—Gracias, pero estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer un domingo por la noche que...

Él la interrumpió.

—No hay ningún sitio en el mundo donde preferiría estar. Quiero estar contigo. Y mañana te traeré la mecedora.

—No. Quédatela. Me gusta saber que hay algo mío en tu casa.

Mike se quedó inmóvil.

—¿De verdad crees que eso es lo único tuyo que hay en mi casa?

—Hum, sí, creo que sí.

—Mañana te traeré la mecedora —repitió él al cabo de un rato en un tono más brusco que antes—. Y, por cierto, no quiero verte por el gimnasio mañana.

—Pero tengo que...

—Llama y di que estás enferma.

—Mañana estaré mejor. Ya sabes que el peor es el primer día.

—Te digo que mañana no vas a trabajar.

—Vale —se rindió Kyra, dándole golpecitos en la mano.

No quería discutir. Iría al gimnasio sin su permiso. Había ido a trabajar muchas veces dopada hasta las cejas con analgésicos. Sin duda podía dar un par de clases de aeróbic.

Él tampoco parecía tener ganas de discutir. Y, como la conocía bien, se sacó el móvil del bolsillo lateral de sus pantalones cargo y marcó algunos números.

—Mike, ¿a quién llamas?

Antes de que pudiera responder, alguien contestó al otro lado de la línea.

—Buenas, hermanita. Kyra está enferma. Cancela sus clases de mañana. Sí, se lo diré. Adiós. —Tras dejar el teléfono en la mesita, al lado del de ella, siguió masajeándole el vientre—. Problema resuelto.

Kyra se encontraba demasiado mal para discutir.

—Definitivamente, no eras así de mandón cuando vivíamos juntos.

—Era un veinteañero, Rubita. Todavía se me podía manipular. Pero dejaste escapar tu oportunidad. Ahora soy un treintañero. Tengo unas costumbres muy arraigadas y tendrás que acostumbrarte a ellas.

Cuando Kyra estaba a punto de replicar, sonó su teléfono. Era un mensaje. Tras leerlo, hizo un ruido de extrañeza con la boca cerrada.

—¿Qué pasa? —preguntó Mike.

—No estoy segura. Supongo que Sara estaba con tu abuela, porque sabe que me encuentro mal. Me ha enviado un mensaje deseándome que me recupere pronto acompañado de cuatro emoticonos: dos corazones y dos... ¿cacas? No entiendo lo que quiere decirme.

Mike miró la pantalla y se echó a reír.

—No son cacas, nena. Son bombones Hershey's Kisses. O eso es lo que ella piensa.

—¿Me tomas el pelo? —Lo que Rebecca le había enviado eran los típicos emoticonos de cacas con ojos.

—Qué va —repuso Mike—. Llevo meses tratando de explicarle que no son bombones, pero no me cree. Wilma y Greta tampoco me creen. Deberías leer los mensajes de su grupo. Entre el autocorrector y los emoticonos que usan, son dignos de ver.

—¡Anda ya! ¡Te estás burlando de mí!

—¡Que no, te lo juro! Pero bueno, cada vez que me mandes a la mierda, entenderé que quieres regalarme bombones —replicó él, y su risa retumbó dentro de Kyra.

Ella se contagió de su buen humor y empezó a reír, cada vez con más fuerza, hasta que no pudo parar. Antes de que Mike llegara, le dolía hasta respirar. Ahora se estaba partiendo de risa, temblando de arriba abajo y, aunque le seguía doliendo la tripa y los riñones, era mucho más soportable.

—Cómo lo echaba de menos, nena —susurró él cuando se calmaron un poco.

—¿Echabas de menos verme enferma?

—No, eso nunca he podido soportarlo, y lo sabes. Echaba de menos charlar contigo, reír contigo, cuidar de ti.

—Yo también lo echaba de menos —repuso Kyra—. Mucho. Todo el tiempo.

Le cubrió la mano con la suya y se arrebujó contra su pecho. Su aroma la envolvía. Sus caricias la calmaban. Poco a poco se fue durmiendo, sintiéndose más relajada de lo que había estado en siete años. Lo último que oyó antes de caer dormida fue:

—Ya no tendrás que apretar los dientes nunca más.

Cuatro episodios más tarde, Kyra estaba dormida. Su cuerpo finalmente se había relajado. Mike soltó el aire lentamente y se relajó también. Odiaba verla sufrir. Durante los años que habían pasado separados, se había preguntado un millón de veces cómo debían de irle las cosas sin él. Se volvía loco pensando que otro hombre la estaría consolando. Pero ahora que sabía que nadie lo había hecho, y que había tenido que pasar todo ese dolor sola cada mes, se lo llevaban los demonios.

Mike se había dado cuenta de lo que le ocurría en cuanto ella le había colgado el teléfono, así que había comprado los dulces y se había plantado en su puerta. Durante el camino se había ido diciendo que ojalá los bombones no hicieran falta. Esperaba que las molestias que le daba la regla se hubiesen

apacado durante esos años. Pero cuando ella abrió la puerta y la vio, blanca y encorvada, sujetándose el vientre con las manos, se le hizo un nudo en el pecho.

Ni siquiera se había calmado al ver que llevaba puesta una de sus viejas camisetas. Joder, se la veía tan diminuta y frágil.

Kyra se revolvió entre sus brazos.

—¿Mike?

—Estoy aquí, gatita.

Al ver que ella no decía nada, insistió:

—¿Querías algo?

—No. Sólo me aseguraba de que eras tú de verdad, y no un sueño.

A Mike se le secó la garganta y tuvo que tragar saliva varias veces para poder hablar.

—Vamos, te llevaré a la cama.

Kyra no dijo nada pero, cuando él se puso de pie con ella en brazos, ocultó la cara en su hombro. Tras acostarla, Mike se tumbó a su lado por encima de la colcha, acariciándola con cariño mientras la sujetaba con fuerza por la cintura. Sabía que corría el riesgo de hacer un agujero en la ropa con su erección, pero no podía apartarse.

—Mike, ¿qué haces?

—Tumbarme a tu lado. Duerme. Yo te cuido.

—Estás cachondo.

Él sonrió.

—Ya lo sé.

Kyra titubeó.

—¿Quie... quieres? Sé que nunca te importó, pero...

—No, no me importa que tengas la regla, pero sé que a ti sí. Estás incómoda y te duele, así que nada de sexo. No me pasa nada por aguantarme un par de días.

Aunque estaban a oscuras, Mike notó que ella se ruborizaba. Era adorable.

—No hay nada de lo que avergonzarse, nena. Ya sabes lo mucho que me gustaba.

Kyra no tenía el cuerpo para fiestas pero, cuando se le pasaba el dolor, solía convertirse en una gatita muy ardiente, que podía correrse tan sólo con frotarse contra él, sin darle tiempo a quitarse la ropa.

Nunca tenían relaciones completas cuando tenía la regla porque ella no se sentía cómoda, pero eso no les impedía jugar tanto como podían.

—No te preocupes por mi erección —siguió diciendo él, tratando de borrar esas imágenes de su mente. No necesitaba torturar a su polla ya dolorida más de lo necesario—. Lo peor que puede pasar es que me corra en los pantalones. Y no sería la primera vez, para qué negarlo.

Ella se echó a reír.

—Pues todas esas veces fueron culpa tuya. Por tozudo.

—Es verdad.

Kyra había tratado de convencerlo de que ya estaba preparada para acostarse con él desde que cumplió los diecisiete, pero él había insistido en que esperaran hasta que tuviera dieciocho. No había querido que se sintiera presionada de ninguna manera para que no se arrepintiera de su primera vez. Pero ella no estaba de acuerdo, y había probado todos los trucos que estaban al alcance de su mano para hacerlo cambiar de opinión. Mike había ganado, pero al final del año Kyra había hecho que se corriera en los pantalones tantas veces que se ruborizaba sólo de recordarlo.

—No pienso hacerlo con condón cuando me acueste contigo —le había dicho él entre gruñidos un día en que los toqueteos habían subido tanto de intensidad que había estado a punto de rendirse—. Más te vale ir al médico a que te recete la píldora. Te garantizo que, cuando cumplas los dieciocho, no voy a dejarte salir de la cama. Tengo tantas ganas acumuladas... Lo más probable es que te deje embarazada el primer día.

Ella lo había mirado horrorizada.

—No puedo tener un bebé ahora.

Él se había encogido de hombros.

—Preferiría dejarte embarazada más adelante, pero si te quedaras ahora, también me parecería bien. No me importa. Tú eliges.

Al día siguiente, Kyra le había pedido que la acompañara al centro de salud. Había empezado a tomar la píldora y, durante los cuatro últimos meses antes de cumplir los dieciocho, lo había provocado sin piedad cada vez que se



enrollaban. Sólo el hecho de pensar en la posibilidad de penetrarla sin nada que se interpusiera entre sus sexos hacía que se volviera loco de lujuria, pero había resistido.

El susurro de Kyra lo devolvió al presente:

—Pues si no quieres sexo...

Mike se echó a reír.

—No te equivoques, cariño. Quiero sexo, ni te imaginas cuánto. Pero quiero que pasemos al siguiente nivel. Quiero más.

Mike sintió que ella se tensaba entre sus brazos.

—¿Qué quiere decir exactamente *más*? —preguntó muy despierta.

Al parecer, iba a tener que deletreárselo.

—Lo quiero todo. Absolutamente todo —dijo Mike—. Para empezar, quiero quedarme a dormir. Toda la noche. No quiero tener que volver a levantarme de madrugada. Ni volver a esconderme. No quiero esconderme de nadie, joder.

Kyra se tensó un poco más.

—Pero...

—El fin de semana que viene mi hermana estará por aquí —añadió él—. Viene de visita con su familia. Quiero que Sam y tú vayáis a la barbacoa en casa de mis padres.

Asustada, Kyra trató de levantarse de la cama, pero él tuvo que agarrarla con más fuerza para impedirselo.

—Me parece mala idea, Mike.

Él se colocó entonces encima de ella, aprisionándola con las caderas.

—Entiendo tus condiciones. Sé que no hay futuro para lo nuestro. Sé que te marcharás, y sabes que no te seguiré, pero ahora estás conmigo. Y, mientras eso dure, quiero poder follarte hasta que ninguno de los dos sea capaz de caminar, pero también quiero hacer todo lo que hacen las parejas normales sin tener que preocuparme de si hay gente a nuestro alrededor o no. No permitiré que me apartes de tu lado o que te tenses cuando trate de tocarte delante de alguien. No puedo más.

Realmente lo llevaba muy mal.

Como lo de tener que ir a la boda de James solo, sin ella. Kyra se había excusado diciendo que en esa fecha estaría en Nueva York, pero estaba seguro de que no habría aceptado acompañarlo si se lo hubiera pedido.

—Sam...

—Deja de usar a tu hija como escudo. Siempre dices que lo haces para protegerla, para que no se encariñe conmigo, pero no es verdad. Lo haces para protegerte a ti misma, porque tienes miedo. Sam no tiene nada que ver en esto. ¿Sabes una cosa, gatita? Esa niña ya me ha cogido cariño. Me cogió cariño la primera vez que me vio y decidió seguirme por todo el gimnasio. A estas alturas no puedes obligarla a romper el contacto conmigo porque no servirá de nada.

—Lo sé —admitió Kyra en voz baja—. Te tiene en un pedestal.

—Como yo a ella.

—Temo que Sam piense que...

—¿Qué? ¿Que puede contar conmigo? ¿Que estaré ahí siempre que me necesite? Pues que lo piense. Es la verdad. Yo no soy Drake. Siempre que me necesite, estaré ahí. Me da igual dónde viváis o lo que haya sucedido entre nosotros.

Kyra asintió. Lo sabía. Y, al parecer, eso aún la asustaba más.

—No pienso seguir ocultándome como si fuera tu secreto inconfesable —añadió él en voz baja pero severa.

—No eres mi secreto inconfesable.

—Entonces ¿por qué no quieres ir a casa de mis padres la semana que viene? ¿Te da miedo que te contagiemos algo?

—¡Claro que no!

—Entonces ¿por qué? —exclamó él, perdiendo la paciencia.

—No me da miedo, pero me da muchísima vergüenza. ¡Por eso! La cagué mucho. Te abandoné. Deberían odiarme. Y, en vez de eso, vuelvo al pueblo en mi peor momento, sin dinero, sin nada, y todos se desviven por ayudarnos a mí y a mi hija. Una niña que no es tuya.

Mike se compadeció de ella.

—Kyra...

—¿Sabes? Cuando volví a Alden con Sam y Drake para ir al entierro de mi padre adoptivo, tu madre y tu abuela vinieron a preguntarme si la niña era tuya. Me partió el corazón tener que decirles que no. Tu madre me dijo que no sabía qué había pasado entre nosotros pero, que fuera lo que fuese, estaba segura de que había sido un error. Que me había equivocado casándome con otro hombre y que nunca iba a encontrar a otro como tú. Tu familia te quiere. Y saben que yo te hice daño.

—Pero no te odian. Ni a Sam. Os quieren a las dos.

Las cortinas estaban descorridas, así que Mike vio perfectamente las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Kyra.

—Lo siento mucho, cariño —añadió ella—. Siento haberte dejado. Siento que Sam no sea tuya. Siento haberte hecho sufrir tanto. Siento haber sido tan inmadura como para dejar lo más importante de mi vida para ir en busca de tonterías.

—No me parece que la fama o la realización personal sean tonterías —susurró Mike secándole las lágrimas.

No obstante, había tardado años en comprenderlo, en comprenderla a ella.

Kyra negó con la cabeza.

—No es tan maravilloso como lo había imaginado. Ni tan gratificante. Sin ti me sentía perdida.

—Deberías haber venido a buscarme.

—Me daba demasiada vergüenza volver a Alden. Te había dejado tirado. Y quería que mi bebé fuera tuyo, pero no lo era.

—Te habría recibido con los brazos abiertos, gatita. Y ti y a tu bebé.

Los preciosos ojos de Kyra estaban tristes, resignados.

—Tenía que intentar hacer funcionar mi matrimonio. Se lo debía a mi hija. Y aún quería hacer realidad mis sueños. Además, tú estabas muy ocupado follándote a todo lo que se te ponía por delante, ¿ya no te acuerdas?

Cuando Mike bajó la vista y maldijo entre dientes, ella hizo una mueca.

—Perdona. Eso no venía a cuento.

—Sólo para que conste, empecé a hacerlo después de verte con Sam en brazos y aquel capullo arrogante a tu lado. Me pasé una semana entera borracho. Estaba tan herido y furioso que no sabía cómo seguir adelante con

mi vida.

—Y decidiste empezar a entrenar para participar en las olimpiadas del sexo —replicó ella.

Mike la acarició la cara.

—Si hubiera pensado que tenía alguna oportunidad contigo, habría ido al fin del mundo a buscarte. Me dijiste que no querías casarte y, un año después, te encuentro casada con otro. Pensé que lo que no querías era casarte conmigo. Y, sobre lo de las olimpiadas del sexo, te aseguro que no me sirvieron de nada. Era inútil, nena, porque ninguna de ellas eras tú.

—¿Y Melanie?

Mike negó con la cabeza.

—Melanie es una mujer hermosa y encantadora, pero no estaba enamorado de ella. Salimos unas cuantas veces, pero cuando volviste me di cuenta de que no tenía sentido.

Ni siquiera se había acostado con ella. Pensó que, tal vez si se olvidaba del sexo, podría lograr una relación que funcionara. Que no sentiría esa inquietud en las tripas después del sexo; esa necesidad de salir corriendo. Sin embargo, no había funcionado.

Mike siguió abrazándola, meciéndola entre sus brazos con la cabeza hecha un lío.

—Fue el mayor error de mi vida —murmuró.

—¿El qué?

—Dejarte salir de mi vida después de que me rechazaras. Ése fue el mayor error de mi vida, y no he pasado ni un solo día sin lamentarlo. Joder. No debería haberte dejado marchar. Debería haberte obligado a escucharme. Tendríamos que haber llegado a un acuerdo. Tendría que haberme quedado a tu lado, aunque no nos hubiéramos casado. Pero estaba herido en mi orgullo. Fui un inmaduro. Te dejé marchar y esperé a que volvieras a mí. Me negué a aceptar que tú también tenías tus razones.

—Yo también me porté como una cría inmadura. En vez de hablar las cosas, te pegué la bronca por declararte. Estábamos juntos. Teníamos una relación. Debería haberlo hablado contigo antes de aceptar el empleo.

—Tú sólo querías bailar, nena. Y yo debería haberme asegurado de hacerlo realidad. Debería haberme asegurado de que cumplías tu sueño mientras yo te guardaba las espaldas. Pero, en vez de eso, te arrojé a los tiburones. Te dejé sola, sin protección.

Mike no había querido romper con su vida en Alden. Allí tenía su familia, el gimnasio, los amigos. Sí, tenía responsabilidades, pero ni siquiera se había planteado la posibilidad de ceder, de llegar a un acuerdo.

—Mike...

—Y lo he pagado. Llevo siete años pagándolo. Y ¿todo por qué? Por mi jodido orgullo.

Su ego herido era la única excusa que tenía para no haber ido a buscarla y solucionar las cosas hablando.

Kyra lo abrazó con fuerza.

—No fue culpa tuya, cariño.

Ya podía repetirlo tantas veces como quisiera, pero nunca se libraría de la culpabilidad.

Mike se despertó con la cara de Sam a escasos centímetros de la suya.

—¿Te has quedado a dormir? —le preguntó la niña frotándose los ojos.

«¡Oh, mierda!»

Miró hacia abajo. Al menos, estaba vestido.

—Tu mamá no se encontraba bien, así que me quedé a cuidarla —respondió en un susurro.

—¿Ya se encuentra bien?

—Sí, pequeñaja, ya se encuentra bien. ¿Tienes hambre?

Sam asintió.

—Me dijo que me prepararía gofres.

—Vamos antes de que se despierte. Necesita descansar. Yo prepararé el desayuno.

—¿Sabes hacer gofres? —preguntó la niña escéptica.

—Pues sí —le aseguró él guiñándole un ojo—. No me salen tan ricos como a la abuela Rebecca o a mi madre, pero sí me salen bastante decentes.

Mike se levantó de la cama con cuidado, tapó bien a Kyra y se volvió hacia Sam. Cuando la niña alzó los brazos, él la levantó.

—¿Puedo ayudarte? Siempre ayudo a mamá —le dijo mientras entraban en la cocina.

—Claro.

Mike la sentó en la encimera, sacó un bol de un armario y se dirigió a la nevera a buscar los huevos.

Se dio cuenta de que Sam no era especialmente madrugadora, porque se movía con lentitud y no hablaba tan deprisa como de costumbre. Por alguna razón, parecía un poco insegura. Ni siquiera cuando él le habló de la fiesta de la espuma que la pequeña esperaba con tanta ilusión, la niña se animó.

Mientras preparaban el desayuno codo con codo, Sam le preguntó a bocajarro:

—Mike, ¿yo te gusto?

Él se quedó de piedra.

—Claro, pequeñaja. ¿Por qué no ibas a gustarme?

Ella se encogió de hombros.

—Quiero gustarte. Mamá es más feliz cuando tú estás cerca. Papá... A papá no le gusto. Por eso nunca iba a casa.

Mike se quedó pasmado. ¿Habría sido capaz ese pedazo de capullo de decirle a su propia hija que no le gustaba?

—Sam, estoy seguro de que a tu padre le gustas.

La niña bajó la vista.

—Una vez estaba gritando y lo oí decir que era un estorbo.

«Menudo imbécil.»

Mike respiró hondo para calmarse.

—Cariño, los mayores a veces dicen cosas que no sienten. Y estoy seguro de que él no lo sentía así. No tienes que preocuparte de nada. A mí siempre me gustarás. Pase lo que pase, estés donde estés, siempre podrás contar conmigo.

Las palabras de Mike parecieron calmarla un poco, porque Sam asintió solemnemente y siguió batiendo los huevos.

Aunque tardó un poco en quitarse de encima el sueño, cuando lo hizo empezó a hablar sin parar sobre la fiesta de la espuma a la que quería ir, y sobre la casa en el árbol que quería construir en el patio.

Cuando ya casi habían acabado, Mike oyó ruido en el dormitorio de Kyra. Poco después, ella entró en la cocina. No sabía si ella esperaba que desapareciera antes del amanecer, pero el caso es que parecía inquieta, preocupada.

Se acercó a ellos.

—Eh..., buenos días —los saludó sin mirar a Mike a los ojos.

No pensaba dejar que Kyra volviera a erigir muros entre ellos. Estaba harto de eso. Así que la agarró por la nuca y la acercó a él.

—Buenos días, preciosa —dijo antes de besarla en los labios. Fue un beso breve pero firme. Además, no la soltó enseguida. Permaneció unos segundos mirándola fijamente y acariciándole la mejilla con el pulgar.

Kyra se ruborizó.

—Buenos días —susurró contra sus labios mirándolo con cariño.

—¡Puaj, qué asco! —exclamó Sam de pronto, aunque, al mirarla de reojo, Mike comprobó que tenía una sonrisa de oreja a oreja.

Kyra estaba en la cocina, recogiendo los platos del desayuno, cuando Mike entró. Se había levantado temprano, antes de que Sam y ella se despertaran, y se había ido a correr con Max. Era martes, y era la primera vez que se separaba de ella desde que había ido a su casa el domingo. Kyra había tratado de ir a trabajar el lunes, pero él no se lo había permitido.

Y cuando ella insistió en que Mike fuera a trabajar, él la había mirado con desconfianza, como diciéndole: «Ya, ni se te ocurra». Ésa era una de las desventajas de estar con alguien que te conocía de toda la vida. Era imposible engañarlo. Mike sabía que Kyra se escaparía al gimnasio en cuanto la perdiera de vista. Después de todo, no podía quejarse de cómo había pasado el día. Mike la había abrazado buena parte del tiempo. Y cuando no estaba tumbada entre sus brazos era porque él se estaba ocupando de que no le faltara de nada. Esa mañana llevaban menos de dos horas separados y ya lo echaba de menos.

Estaba enamorada hasta las trancas. Y cada segundo que pasaba, lo estaba más.

Le echó un vistazo y el plato que tenía en las manos estuvo a punto de caérsele al suelo. Mike estaba sudado. El pecho le subía y le bajaba cada vez que respiraba entrecortadamente. Tenía los músculos del torso en tensión, más marcados que nunca. Parecía un gladiador que acababa de salir victorioso del circo, aunque por suerte no iba cubierto de sangre. Kyra sintió que la recorría una oleada de calor que le achicharraba las neuronas a su paso.

Él la miró de arriba abajo y sus ojos repararon en sus pezones erectos y en cómo apretaba las piernas para aliviar la tensión en esa zona.

—Mi nena está cachonda. —Sonrió.

Ella asintió bruscamente, ruborizándose tanto que sintió hasta las orejas calientes, y se volvió hacia el fregadero. Le daba vergüenza que Mike pudiera leer las señales de su cuerpo con tanta facilidad.



Él la agarró entonces del brazo y la obligó a volverse antes de besarla con suavidad.

—¿Ya no tienes dolores ni calambres?

—No —respondió ella acariciándole el pecho con la nariz.

No le apetecía confesarle que le dolían sus órganos femeninos más íntimos, y no precisamente por culpa de la menstruación. Su sexo había empezado a reclamarlo y a hincharse. Pero no hacía falta que se lo contara. Él la conocía muy bien.

Sabía que, tras los dos primeros días —los de más flujo—, siempre se le hinchaba la vulva. No tenía ni idea de si esa hinchazón estaba relacionada con el aumento de las hormonas, o del riego sanguíneo en la zona o porque los calambres y los dolores por fin la dejaban en paz, pero el caso es que estaba palpitante de deseo. Le resultaba imposible ocultarlo: estaba temblando de lujuria.

Y, al parecer, no era la única. Los pantalones de deporte de Mike no conseguían esconder la monumental erección que se volvía más impresionante a cada segundo que pasaba.

Kyra le mordisqueó el pezón mientras echaba las caderas hacia adelante. Cuando sus cuerpos entraron en contacto, Mike gruñó.

—¿Dónde está Sam?

—Es la hora del cuento en la biblioteca —susurró ella mientras Mike la levantaba por la cintura y ella lo rodeaba con las piernas.

La besó apasionadamente, agarrándola con una mano por la nuca y con la otra por las nalgas, pegándola a su erección y animándola a frotarse contra ella.

La respiración de Kyra se aceleró y el sexo se le contrajo. Estaba muy sensible.

—¿Cuánto me deseas? —preguntó él mientras la besaba en el cuello.

—No te lo puedes ni imaginar —confesó ella. Era absurdo fingir timidez delante de Mike—. Creo que voy a entrar en combustión espontánea. Si te frotas contra mí un poco más fuerte, me correré —añadió presionando las piernas con más fuerza.

—No te atrevas a correrte todavía —le ordenó él al tiempo que le apoyaba la mano en la vulva—. ¿Llevas tampón?

—¡Mike!

—Quiero penetrarte. Ya. No quiero esperar.

—Puedo darte placer con la mano —propuso ella buscando su erección.

—No quiero correrme en tu mano. Quiero hacerlo en tu coño. No voy a permitir que te corras metiéndote mano por encima de la ropa como hace siete años. Te correrás, pero con mi polla clavada en ti.

«¡Oh, Dios...!» El sexo de Kyra se contrajo ante las imágenes que sus palabras conjuraban. Estaba excitada como nunca pero, al mismo tiempo, muerta de miedo.

—Pero te sangraré encima —murmuró Kyra, tensa, intentando sin éxito librarse de él.

Mike sonrió y le habló con la boca pegada a la suya.

—Nena, mírame. Hay varias cosas que podrías hacerme encima y me negaría. Pero ésta no es una de ellas.

—Me da vergüenza —insistió ella tratando de escapar.

Mike lo impidió y le alzó la barbilla con un dedo.

—No hay razón para tener vergüenza. A mi lado es absurdo. Soy el mismo Mike al que solías asaltar cada vez que tenías la regla. Te corriste una vez mientras me hacías una mamada. ¿Lo has olvidado?

No, Kyra no lo había olvidado. Él no le había puesto un dedo encima todavía y había empezado a correrse con su polla en la boca. Se corría cada vez que la acariciaba por encima de la ropa, sin esforzarse mucho. Sólo tenía que lamerle los pezones, presionarle el muslo contra la vulva y ya estaba lista para despegar. Era un espectáculo de fuegos artificiales. Aunque privado, sólo para Mike.

—Pero..., si te acuerdas..., en aquellos días... nunca hubo penetración —insistió Kyra muerta de vergüenza por tener que hablar de esas cosas.

—Pues eso está a punto de cambiar —replicó él—. Tú necesitas liberar tensiones y yo necesito ser el encargado de liberarlas. —Tras mirarla atentamente, preguntó—: ¿Estarías más cómoda en la ducha?

Ella asintió.

Instantes después estaban en el baño, besándose como locos apoyados en la pared. Mike le quitó el vestido, le arrancó las bragas, y —sin romper el beso ni el contacto visual en ningún momento— se bajó los pantalones de

deporte lo suficiente para dejar su pene en libertad.

Al notarlo en contacto con su sexo, Kyra dio un brinco.

—¡Mike!

Él la miró fijamente, con el miembro latiendo entre sus pliegues.

—Quítate el tampón —le ordenó con la voz ronca por el deseo.

Kyra no se movió. Lo único que pudo hacer fue clavarle las uñas con más fuerza en los hombros. Tenía la respiración tan alterada que era incapaz de hablar.

—O te lo quitas tú o lo haré yo, nena —la amenazó él.

—No te atreverás —replicó ella, que había recuperado la voz por la sorpresa, aunque una mirada al rostro de Mike le dijo que acababa de decir una tontería.

—Eres tú la que está entre mis brazos. Por supuesto que me atrevería. — La expresión de Mike se suavizó antes de añadir—: A menos que seas capaz de decirme mirándome a los ojos que no quieres que entre en ti.

Kyra no era capaz de decir una mentira tan grande. Lo deseaba más que nada en el mundo.

Con un zumbido ensordecedor en los oídos, el sexo latiéndole desesperadamente y casi incapaz de respirar —ya no hablemos de pensar—, asintió.

—Quiero que entres en mí, cariño.

—Mírame a los ojos —susurró Mike mientras ella se llevaba una mano a la entrepierna.

Kyra obedeció. Los ojos de Mike brillaban hambrientos. Su respiración entrecortada chocaba contra su boca. Tras encontrar el hilito del tampón, tiró de él.

En cuanto acabó de salir, una oleada de líquido caliente se deslizó piernas abajo.

—Oh, Dios mío —exclamó Kyra tensándose.

—Shhh. No pasa nada, cariño. No pasa nada —dijo Mike antes de besarla apasionadamente.

Kyra logró tirar el tampón a la papelera antes de perder la cabeza por completo.

Estaba tan excitada que no sabía si lo que se deslizaba por sus piernas era sangre o flujo, pero ya no le dio tiempo a sentir vergüenza porque notaba la punta de su miembro abriéndose camino entre sus pliegues hinchados. Y las bolitas metálicas del piercing.

Mike jadeó.

—Joder, nena. Me estás matando. Estás tan caliente —dijo al tiempo que se clavaba lentamente en su interior—. Me estás quemando vivo.

Kyra estaba temblando. Las piernas se le tensaban mientras él se abría camino, separándole las paredes vaginales con su gran miembro, marcándola con las bolas a su paso. No había llegado ni siquiera a mitad de camino, pero tenía los músculos especialmente sensibles por la menstruación. Sin darse cuenta de lo que pasaba, empezó a correrse.

Se aferró con fuerza a él con brazos y piernas, y le mordió el hombro mientras su sexo se contraía alrededor de él.

Cuando volvió a bajar a la Tierra, se encontró con los ojos azules de Mike, que la miraban fijamente.

—Ha sido...

—Increíble. —Mike acabó la frase por ella maravillado—. Me has hecho estallar la cabeza.

Kyra apoyó la frente en la suya y sonrió.

—Creo que he sido yo la que ha estallado. Y no hemos llegado a la ducha. —Mike ni siquiera había acabado de penetrarla cuando había perdido el control.

Él rio suavemente y la acarició con los labios.

—No, no hemos llegado, pero no te preocupes, cariño. —La penetró un centímetro más y ella gimió al notar que su carne hinchada se rendía ante su nueva invasión—. Llevo más de una década queriendo follarte mientras tienes la regla. Y aún no estoy listo para salir del coño más caliente, dulce y jugoso que he conocido. Ya llegaremos a la ducha las próximas dos veces.

Apoyado en un codo, Mike estaba tumbado en la cama contemplando a Kyra. Llevaba unas bragas rosa monísimas con el dibujo de una carita sonriente en la entrepierna. El sujetador deportivo de algodón también era

rosa y tenía una carita sobre cada pezón. Ambas caritas le guiñaban el ojo. Joder, era adorable.

Kyra nunca había sido aficionada a la lencería fina, y a Mike le encantaba que no hubiera cambiado en ese aspecto. Desde que lo dejaron, se había acostado con muchas mujeres que se vestían para matar. Llevaban picardías transparentes, lencería de encaje o prendas casi invisibles. Había visto ligeros, medias con ligas elásticas o bragas con abertura. Y zapatos de tacón que pedían guerra. Pero ninguna de ellas podía competir con la sensualidad natural de Kyra vestida con su ropa interior cómoda. Suponía que era porque ella llevaba el *sex-appeal* de serie; no necesitaba ponérselo.

Kyra tenía los ojos cerrados, los labios rojos e hinchados por sus besos bruscos. Respiraba profundamente. Tenía el pelo aún húmedo de la ducha.

—Eres la mujer más hermosa del mundo.

Ella sonrió sin abrir los párpados.

—Ya no tengo dieciocho años, Mike. Tengo casi veintinueve. Y he tenido un bebé. Sí, sigo estando en forma gracias al baile, pero mis pechos ya no están como antes y tengo estrías.

—Y ¿cómo estaban antes tus pechos?

Ella lo pensó un momento antes de responder:

—¿Alegres?

Mike se echó a reír. Kyra siempre había tenido mucho pecho teniendo en cuenta que era bailarina. Pechos grandes, un culo espectacular y unas caderas muy sexis.

—Tus pechos son perfectos, pero ahora que sacas el tema, hay cosas de tu cuerpo que no me gustan, es verdad.

Ella se tensó y abrió los ojos.

—¿Qué cosas?

Él le acarició el vientre para liberar la tensión que se había acumulado allí.

—No me gusta haberme perdido el momento en que te salieron estas estrías. O cuando los pechos te aumentaron de tamaño. Me habría encantado verte embarazada de Sam; ganando peso, dando a luz, dándole el pecho...

Le encantaría verla embarazada de él y ver cómo le salían nuevas estrías, pero no se lo dijo. No estaba seguro de cuál sería su reacción. Le costaba mucho callarse, pero le daba un miedo horrible confesar sus sentimientos.

Cuando Kyra rechazó su proposición de matrimonio, Mike había seguido amándola. No había dejado de hacerlo nunca, ni siquiera cuando ella estaba casada con el imbécil de su exmarido. Ni cuando la vio regresar a Alden con aquel precioso bebé en sus brazos que deseaba con todas sus fuerzas que fuera suyo. Si no había dejado de amarla entonces, no dejaría de hacerlo nunca.

James tenía razón: Kyra se marcharía y él se quedaría destrozado. Difícilmente se recuperaría de ese nuevo mazazo. Pero era tarde. Ya estaba demasiado implicado como para intentar guardar las distancias.

Notó que ella se relajaba cuando le besó las delicadas estrías del vientre.

—No te perdiste nada del otro jueves. Cuando me quedé embarazada de Sam, mi cuerpo se hinchó como un globo. Sin más.

—Estoy seguro de que estabas preciosa. ¿Qué es esto, nena? —Le acarició una pequeña cicatriz en el bajo vientre.

—Es la marca de la cesárea —murmuró ella—. Sam tenía prisa por salir y saludar al mundo y mi cuerpo no podía seguirle el ritmo. El pulso se le volvió errático y los médicos optaron por una cesárea.

—¿Tuviste miedo? —preguntó él pasando un dedo por la cicatriz, seguido por la lengua.

—Sí, un poco, pero recordándolo desde la distancia, creo que fue peor conseguir parar un taxi en Nueva York. No estaba en una zona muy buena. Al menos, en el hospital, los médicos sabían lo que había que hacer; pero en la calle estaba sola.

—Sola —repuso Mike con los dientes apretados.

Durante años había odiado imaginarse a Drake dándole la mano a Kyra durante un momento tan íntimo como el parto. Pero ahora estaba furioso al enterarse de que el muy gilipollas no había estado allí, y de que Kyra había tenido que pasar por eso sola.

—Sí, sola —repitió ella mientras le acariciaba el pelo en un tono tan decidido que Mike entendió que no quería seguir hablando del tema—. Pero valió la pena. Tengo a Sam.

Esforzándose por controlar su enfado, Mike apartó los pensamientos negativos de su mente y ascendió hasta su cara para darle un beso dulce y suave mientras le acariciaba la mejilla, el cuello, la clavícula.

Tocó un bultito en la parte interior del brazo. Antes de que pudiera preguntarle de qué se trataba, ella se lo dijo:

—Es un implante anticonceptivo. Después de lo que pasó, no estaba dispuesta a correr más riesgos. No es que lo haya amortizado durante estos últimos cuatro años, pero igualmente me lo he ido renovando. Se supone que ayuda a que las reglas sean menos dolorosas aunque, como has comprobado de primera mano, no es así. En todo caso, quiero que, si vuelvo a quedarme embarazada, sea cuando yo lo desee. No más sorpresas.

Sí, Mike se imaginaba que Kyra querría tener el máximo control posible sobre algo que afectaba tanto a su carrera profesional.

Quitándose de encima esos pensamientos, se dirigió hacia sus pechos, torturando los ya endurecidos pezones entre sus dientes y notando cómo latían contra su lengua.

Kyra empezó a retorcerse y a gemir hasta que él no pudo pensar en otra cosa que no fuera volver a tomarla.

—Mike —jadeó arqueando la espalda—, no puedo moverme.

Le había hecho el amor dos veces en la ducha. El primer polvo había sido contra la pared, rápido y brusco, para calmarse lo suficiente como para poder darle una ducha. Su idea había sido enjabonarla bien para relajarle los músculos, pero había acabado follándosela desde atrás. Ella no se había quejado. Al contrario: se lo había dado todo. Lo había encendido y había explotado a su alrededor, arrastrándolo consigo en el nuevo orgasmo.

—Tus pezones me dicen lo contrario. Y el rubor de tu cara y tu cuerpo está de acuerdo con ellos. Además, yo me encargaré de todo. Tú sólo tienes que abrirte de piernas y correrte. No te pido nada más.

Kyra se echó a reír mientras se cubría la cara con las manos.

—Mis pezones tienen vida propia cuando tengo la regla. Están demasiado sensibles.

—¿Sólo tus pezones?

Ella lo miró. Parecía avergonzada, aunque no tenía ningún motivo para estarlo. Mike nunca había conocido a nadie más sexi que ella en toda su vida. Recordó cómo se había abrazado a él con las piernas cuando estaban en la ducha, jadeando y pidiéndole más. Su sexo, más caliente que nunca, lo había envuelto con tanta fuerza que le costaba respirar. No entendía cómo podía dejarlo sin aire sólo apretándole la polla, pero así era.

Kyra estaba roja como un tomate.

—Bueno, la verdad es que mi vulva también está más sensible estos días, pero te juro que no puedo más. No entiendo cómo eres capaz de tener otra erección.

Él se encogió de hombros.

—Siempre estoy cachondo cuando estás cerca.

Además, tenía que recuperar el tiempo perdido durante siete años. Estaba seguro de que podría pasarse la noche follando sin parar y seguiría empalmándose al verla.

—Puedo ocuparme de ti —se ofreció ella alargando la mano.

—No.

—¿Por qué no? Antes te gustaba correrte en mi boca, clavado en el fondo de mi garganta, pero ahora, cada vez que lo intento, me lo impides. —La mirada amenazadora de Mike la hizo titubear un instante, pero luego volvió a la carga—: ¿No deberíamos hablar sobre tu tatuaje?

Él se echó a reír.

—¿Sobre cuál de ellos, nena? Tengo un montón.

—El que tienes en el abdomen, casi rozando la entrepierna. El diseño tribal que tiene mi nombre entrelazado.

«Ajá —se dijo Mike—. Se ha dado cuenta.»

—Sí, me he dado cuenta —replicó ella como si pudiera leerle la mente—. Llevo tiempo esperando a que saques el tema, pero es evidente que no piensas hacerlo.

—No, de eso no se habla —replicó él cortante.

—¿Por eso no me dejas acercarme a él? —preguntó Kyra, volviéndose de lado y acariciándole el pene con los dedos.



«No», respondió Mike para sus adentros. No dejaba que le comiera la polla porque no estaba preparado para dejar su placer en manos de Kyra. No quería mostrarse vulnerable ante ella. Ya era bastante malo que hubiera visto el tatuaje.

Había algo muy poderoso en ser testigo de cómo alguien se corría. Cuando abrazas a alguien que está al borde del orgasmo lo ves tal como es. Es imposible fingir o mentir. Y él no estaba preparado para otorgarle ese poder a Kyra.

A decir verdad, no se lo había entregado a ninguna mujer desde que ella se había marchado. ¿Para qué? No habría servido de nada. Cualquier mujer podía hacer que su polla explotara, pero sólo Kyra era capaz de hacer que su cerebro explotara. Y no necesitaba tocarle el sexo para hacerlo. Podía hacer que su mente explotara con una sonrisa y un beso casto.

Parecía que Kyra se había resignado a quedarse sin explicación sobre el tatuaje porque no insistió más. Sin embargo, no se había olvidado de su oferta de hacerle una mamada. Le agarró el miembro y se lo acarició con fuerza, como a él le gustaba.

—Reconozco que no tengo experiencia con el tema de los piercings, pero puedo aprender —dijo ella.

—Si sigues hablando de mi rabo, voy a quitarte el tampón y a follarte otra vez. En esta cama, sobre estas sábanas tan blancas. La sangre no me asusta.

Ella sonrió con dulzura.

—No hay nada que te asuste.

Mike ocultó la cara en el cuello de Kyra. Qué equivocada estaba. Había muchas cosas que lo asustaban. Y absolutamente todas tenían que ver con ella.

Kyra se deslizó hacia abajo en la cama y se metió su verga en la boca.

—Joder, nena, te he dicho... —trató de protestar él, incapaz de apartarla. La siguiente palabra murió en sus labios cuando Kyra le pasó los dientes por la punta y luego le lamió la abertura. Lo sujetó con fuerza por la base y empezó a acariciarlo arriba y abajo con su dulce boca.

«Joder...» Mike no estaba preparado. No podía dejar que ella derribara todas sus barreras, y eso era exactamente lo que sucedería si seguía chupándosela así. Se correría, bajaría la guardia y ella podría ver dentro de su

alma. Vería demasiadas cosas.

Kyra no podía metérsela hasta el fondo de la garganta a causa de su tamaño y del piercing *apadravya* que llevaba en la punta, pero lo compensaba acariciándolo arriba y abajo con una mano mientras le sujetaba las pelotas con la otra y le succionaba la punta.

Mike no pudo soportarlo más. La agarró por la cintura y la levantó de la cama.

—Pero ¡¿qué haces?! —protestó ella gritando.

—Volvemos a la ducha, gatita.

Kyra se dirigía a toda prisa al parque situado en las afueras de Alden, sorteando a la gente con la que se encontraba. Allí se celebraba la fiesta de la espuma de la que Sam llevaba tantos días hablando, y Kyra llegaba tardísimo. Kendall y las demás chicas le habían pedido que las acompañara a Boston para buscar ropa para la actuación en tiendas de segunda mano. A la vuelta habían encontrado mucho tráfico y se les había hecho tarde. Estaba segura de que su coche se recalentaría y se pararía en medio de la autopista, pero por suerte no las había dejado tiradas. La verdad era que su pequeña nube de malvavisco tosía y se quejaba mucho menos últimamente. Aunque lo cierto era que lo usaba poco, porque Mike siempre insistía en llevarla a los sitios.

Antes de salir hacia Boston, había dejado a Sam en casa de Rebecca. La anciana le había dicho que llevaría a la niña al gimnasio. Por eso, al ver que se le hacía tarde, Kyra había llamado allí y había hablado con Sara para avisar del retraso. Poco después, Sara le había devuelto la llamada diciéndole que no sufriera y que, cuando llegara a Alden, fuera directamente al parque. Pero Kyra seguía preocupada. Sam era tímida, sobre todo siempre que estaba con otros niños.

Cuando finalmente llegó al parque, se abrió camino entre la multitud hasta el meollo de la fiesta. Observó a todos los niños que estaban siendo bombardeados con el cañón de espuma.

«Dios mío —se dijo—. ¿Cómo voy a distinguir a Sam entre todos esos niños cubiertos de espuma?» Llamarla a gritos era inútil porque la música sonaba a toda pastilla. Al levantar la vista, el aire se le quedó atrapado en la garganta, sin poder salir. Mike estaba plantado frente al cañón, sin camiseta, vestido sólo con unos vaqueros. Y Sam estaba sentada sobre sus hombros. Ambos llevaban gafas de sol. Tenían los brazos levantados y gritaban y reían mientras el cañón de espuma los regaba.

Mike era el único adulto que se había metido a mojarse con los niños. La mayoría de los padres y las madres estaban sentados en terrazas cercanas.

A Kyra le temblaron las piernas. Se quedó quieta un rato observando cómo Mike y Sam saltaban y reían. Se lo estaban pasando en grande.

Cuando él se volvió y la vio, echó a andar en su dirección.

—¡Mami! —gritó Sam, haciéndose oír por encima de la música y limpiándose la cara con su manita.

—Hola, cariño. ¿Te lo estás pasando bien? —Era una pregunta retórica. Aunque Sam tenía la cara y la cabeza cubiertas de espuma, se notaba que se estaba divirtiendo muchísimo. Y Mike también.

Con una sonrisa de oreja a oreja, él le ofreció la mano a Kyra. Antes de que ella se diera cuenta de lo que pretendía, la abrazó, dejándola llena de espuma. Pudo mantener la cara seca unos segundos más, hasta que él se inclinó para besarla. La agarró por la nuca, mojándole el pelo.

—¡Mike! —trató de protestar Kyra, pero cuando él la abrazó con más fuerza y la besó profundamente, se rindió y se fundió contra su cuerpo.

Mike se quitó las gafas y se las puso a ella.

—Venga —susurró contra sus labios. Dándole la mano, caminó de espaldas hasta que la espuma le llegó a la altura de los muslos—. Tu ropa está ya toda manchada. Aprovecha y diviértete un rato.

Kyra iba a hacerle notar que él era el único culpable de que tuviera la ropa manchada, pero se mordió la lengua.

Mike le levantó los brazos y la hizo dar vueltas hasta que estuvo llena de espuma por todas partes. Sam, muerta de la risa, casi se cae de los hombros de Mike. Kyra alzó los brazos hacia su hija, pero Mike fue más rápido y sujetó a la niña por un brazo antes de que cayera. Con el otro agarró a Kyra por la cintura y la acercó a él, con lo que quedaron totalmente pegados. Kyra no se resistió. Al fin y al cabo, Mike era un experto en deportes de contacto. Lo estrechó con toda la fuerza de sus brazos.

—La próxima vez, llámame a mí —le dijo él al oído.

Kyra levantó la mirada.

—No quería molestarte.

—La próxima vez, me llamas —repitió Mike con más decisión. No añadió «O te las verás conmigo», pero se sobreentendía por su tono de voz.

Kyra estuvo a punto de pedirle explicaciones, pero él la agarró por el cuello y la besó profundamente delante de todo el mundo.

Desde que habían acordado dar un nuevo paso en su relación, Mike no se había cortado ni un pelo delante de nadie. La besaba y la tocaba cuando le apetecía. Al día siguiente, Kyra estaba calentando en el gimnasio antes de la clase de abdominales y glúteos cuando Mike entró en la sala y le dio un beso que la dejó mareada. Luego fulminó con la mirada a la hilera de tipos que estaban contemplándola apoyados en la pared mientras esperaban a que empezara la clase y los despachó con un gruñido ronco:

«¡Largo!».

Dos segundos más tarde, no quedaba nadie en la sala. Y no habían vuelto ningún día más. Kyra se estremecía al pensar con qué los habría amenazado Mike.

Angie había dado brincos de alegría. Sam había aceptado la nueva situación con naturalidad. No le había extrañado que Mike se quedara a dormir la noche que su madre se encontró mal, ni tampoco el beso, ni que se quedara a dormir al día siguiente y también al otro. No sólo no se había quejado a su madre, sino que estaba extática de felicidad.

Kyra se sentía feliz y asustada al mismo tiempo.

Mientras se estaban besando, un chorro de espuma los alcanzó desde un lado, interrumpiéndolos.

Kyra se limpió la cara, pero como también tenía la mano llena de espuma no arregló gran cosa.

—¿Cómo es que te has metido aquí dentro? ¿No eres ya un poco mayorcito?

—Sam no quería entrar sola, pero se moría de ganas de hacerlo, así que me la he sentado a hombros y hemos entrado juntos.

Kyra se lo quedó mirando unos segundos en silencio antes de decir:

—Esta noche vas a triunfar, que lo sepas.

Mike se echó a reír.

—Te recuerdo que últimamente triunfo todas las noches.

—Vas a triunfar más aún —subrayó ella moviendo las cejas. Como llevaba las gafas puestas, no estaba segura de que Mike hubiera visto el gesto, pero él se echó a reír, así que al menos había captado el sentido.

—Bueno, aunque eso suena maravillosamente bien —repuso él—, tendrá que ser tarde, porque tengo una cita esta noche.

Kyra entornó los ojos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Con una preciosa morena a la que he prometido pizza y una película. Estás invitada a unirte a nosotros. Ya hemos estado negociando. Yo elijo la pizza y ella la película.

—Y ¿qué vais a ver?

—*Karate Kid*, o el *Karate Kid* de la niña, o el nuevo *Karate Kid*, el del hijo de Will Smith. Aún no hemos acabado de decidirlo.

Ella se echó a reír.

—Parece que esa morena te tiene comiendo de su mano.

—¿Has oído lo que he dicho sobre la pizza? —preguntó Mike abriendo mucho los ojos—. Es una gran victoria, ¿no crees?

—¿Te da miedo la decoración de Sam?

—Los ositos de goma no pintan nada en una pizza. Nada de nada. Siempre que Angie los bañaba en vodka cuando estabais en la universidad ya me parecía mal, pero ¿gominolas fundidas sobre el tomate y el pepperoni? Eso es un crimen.

Kyra se echó a reír, pero no pudo decir nada porque Mike susurró:

—Y, por cierto, puede que la morena me tenga comiendo de su mano, pero su madre tiene mucho más poder sobre mí. Me tiene comiendo sobre todas las partes de su cuerpo. Sólo con que me sonría, ya pierdo la cabeza.

—Parece que llego tarde a la fiesta —dijo Max mientras Mike estaba golpeando el suelo con fuerza, tratando de librarse de la espuma.

—¿Qué haces aquí? ¿No te ibas a California?

—Sí, me voy dentro de dos días. Estaremos grabando durante un mes. Luego me tomaré unas vacaciones bien lejos antes de volver a rodar varias semanas más.

—¿Qué vas a hacer esta vez? ¿Heliesquí? ¿Salto base? ¿Escalada en hielo? ¿*Wakeboarding*?

Max le dirigió una sonrisa irónica.

—¿De verdad quieres saberlo? Aunque últimamente estoy muy tranquilo.

Mike negó con la cabeza. En realidad, no quería saberlo. Era verdad que Max se había calmado mucho desde que dejó el ejército. Desde que se ganaba la vida como especialista y doble de acción en rodajes, hacía sus locuras en condiciones mucho más seguras. Pero, como seguía siendo un adicto a la adrenalina, disfrutaba practicando cualquier deporte que llevara la palabra *extremo* detrás. Max los llamaba *deportes*. Cole los llamaba *intentos de suicidio*.

—Te enviaré una postal —dijo Max—. Entre una cosa y otra, estaré fuera varios meses. James sigue de luna de miel. Cole es un desastre con el kickboxing. Jack mataría a tus clientes, por no mencionar que parece haberse esfumado, porque no logro localizarlo. Así que he hablado con Zack, que ha aceptado hacerse cargo de mis clases de kickboxing. Si a ti te parece bien, claro.

—Sí, por supuesto.

Zack era uno de los colegas de James en la empresa de seguridad. Un tipo legal.

—Cuando James y Tate vuelvan —añadió Max—, estoy seguro de que James te echará una mano.

—¿Qué tal les van las cosas por Italia? —preguntó Mike mientras contemplaba a Kyra, que bailaba con Sam.

—Genial. Tate me ha enviado unas cuantas fotos. En todas ellas sale James sonriendo como un idiota.

—Bien. —Sí, ya sonreía como un idiota antes de irse de viaje.

—Su sonrisa me recuerda a la que tienes tú ahora mismo —comentó Max, y señaló a Kyra y a Sam con la cabeza—. ¿Qué pasa?

Mike se encogió de hombros. Sabía lo que le gustaría que pasara, pero tenía miedo de expresarlo en palabras por si acaso descubría que todo era un sueño que se desvanecía entre sus dedos. Porque, ¿qué posibilidades reales había de que una bailarina de primer nivel como Kyra se quedara con él en Alden? Ella ya había tomado esa decisión siete años antes, y no lo había elegido a él.

—Bueno —añadió Max—. Pase lo que pase, se te ve más feliz con ellas que con Melanie.

—Melanie era lo que pensaba que quería. Kyra es lo que necesito.

Lo que había necesitado desde siempre. Cuando se marchara —cuando se marcharan las dos—, probablemente se quedaría hecho polvo, pero se aferraría a su sueño mientras pudiera. Ya se preocuparía por las consecuencias más tarde.

No obstante, no pensaba compartir sus reflexiones con Max. Ni con ninguna otra persona. Sólo de imaginárselo, se estremecía.

—Parece que ya se le ha curado la lesión del hombro —comentó Max al ver que Kyra levantaba los brazos para bailar y dar vueltas con Sam.

Mike asintió. Su amigo tenía razón. Ya pronto Kyra podría volver a aceptar ofertas de trabajo en cualquier rincón del mundo. Porque las ofertas llegarían, de eso estaba seguro. El universo de Alden era demasiado pequeño para ella. Mike y su vida eran demasiado pequeños para ella.

—¿Te enteraste de qué le pasó? —quiso saber Max.

—Una lesión —respondió Mike incómodo—. Y deja de comértela con los ojos.

Max se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué coño quieres que mire? Está cubierta de espuma de arriba abajo. No veo nada.

—Bien, pues sigue así —refunfuñó Mike.

—Joder, sí que estás pillado.

—Y ¿ahora te das cuenta?

Max resopló.

—No, pero he pensado que ahora que estás más calmado era un buen momento para sacar el tema sin temer por mi integridad física.

En ese momento Sam, cubierta de espuma, se acercó corriendo y gritando su nombre antes de lanzarse a sus brazos. Mike la levantó del suelo y ella le rodeó el cuello con sus bracitos.

—¡Vamos a hacer pizza! Hola, Max.

—Hola, cariño —la saludó él.

—¿Ya no quieres más espuma, pequeñaja? —preguntó Mike.



—No, ya vale. Mamá necesita ayuda. Se le ha metido espuma dentro de los zapatos.

Mike se volvió hacia Kyra, que trataba de mantener el equilibrio entre los niños que brincaban. Daba la impresión de ser bastante más alta que cuando había llegado, por la gran cantidad de espuma que tenía encima de la cabeza. Parecía que el tipo del cañón de espuma la había elegido como diana para practicar.

—Agárrate fuerte —le dijo a la niña—. Vamos a buscar a tu mamá.

Mike se acercó hasta Kyra y, mientras mantenía a Sam sujeta a una de sus caderas, se echó a Kyra encima del otro hombro.

Al oír el grito de su madre, la niña se echó a reír.

—Mamá se va a enfadar —le susurró a Mike al oído.

Él le guiñó un ojo.

—Pues ya verás cuando le pegue un manguerazo.

Kyra trataba de quitarse la espuma de encima mientras le daba palmadas en el culo, protestando, pero Mike la ignoró.

Estaban bastante cerca de casa de ella, lo que fue una gran suerte porque estaban muy mojados para sentarse en la camioneta. Y Mike era demasiado grande para meterse en el Fiat. Aunque ese día habría sido una buena ocasión para comprobarlo, porque estaba tan resbaladizo por el jabón que, si se quedaba atascado en ese cascarón, probablemente los bomberos podrían sacarlo.

Mike no soltó a ninguna de sus chicas hasta que llegaron al patio de Kyra. Sam se deshizo de su mano y fue a buscar la manguera. Mientras Mike dejaba a Kyra en el suelo y la ayudaba a apartarse el pelo de la cara, la niña empezó a regar a la pareja muerta de la risa antes de volver el agua hacia ella y regarse también.

—¡No te atrevas! El agua está helada —protestó Kyra al ver que Mike se hacía con la segunda manguera y la apuntaba con ella.

Se abalanzó sobre él, pero Mike abrió el agua y la alcanzó de lleno.

Protegiéndose con las manos, Kyra cogió entonces la manguera que su hija le ofrecía y se defendió atacando. La guerra de agua continuó cuando ya no quedaba ni rastro de espuma en el cuerpo de ninguno de los dos.

—¡Josh! —oyeron gritar a Sam—. ¡Mamá, ha venido Josh!

Mike se volvió hacia la niña. Un tipo al que reconoció porque era el guitarrista de Amantis sonreía desde detrás de la verja mientras bajaba el caballete de su Harley. Un Hummer se detuvo cerca y de él salió una rubia menuda. Era Alexa. Detrás de ella apareció un hombre grande como una montaña, con la mitad de la cara tatuada al estilo maorí. Era el marido y guardaespaldas de Alexa.

Mike se quedó muy quieto. La realidad llamaba a la puerta antes de lo esperado.

—¿Dónde está Tony? —preguntó Sam mirando a su alrededor. Mike supuso que estaba preguntando por el hijo de Alexa.

—Quería venir, pero tiene la gripe, cielo.

Sam hizo un mohín.

—¡Chicos! ¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Kyra, acercándose a ellos con una gran sonrisa en la cara.

—Vamos a visitar a nuestros padres en Boston —respondió Josh—, y decidimos pasar para ver cómo estabas.

—Qué bien. Venga, pasad todos —los invitó ella tras darle un abrazo a Alexa.

Cuando se volvió hacia Josh, Mike se puso tenso. La falda corta se le había subido mucho dejando al descubierto buena parte de los muslos. La blusa blanca mojada se le pegaba a las curvas. Se le transparentaba todo, hasta los pezones duros como piedras debajo del sujetador.

Mike se acercó a ella y le rodeó el torso con los brazos, cubriéndole el pecho.

—Rubita, necesitamos una toalla para taparte —le susurró al oído al tiempo que le dirigía una mirada de advertencia a Josh, que observaba la escena con una ceja alzada y expresión divertida.

El lenguaje corporal de Mike no le había pasado desapercibido, ya que mantuvo la mirada en los ojos de Kyra.

Sam rompió la tensión del momento. Tomó a Alexa y a Josh de la mano y tiró de ellos hacia el interior de la casa.

—¡Venga! Tú también, Wata —dijo volviéndose hacia el enorme tipo con la cara tatuada—. Hoy es día de pizza.

Wata y Josh se detuvieron en seco, haciendo una mueca de horror.

—Esta vez será Mike quien elija los ingredientes —aclaró la niña—. Hicimos un trato. A cambio, yo elegiré la película.

—Joder, menos mal —oyó Mike que murmuraban ambos.

—¿Qué podéis contarme de Drake? —preguntó Mike a los hombres cuando salieron al patio mientras se preparaba la cena.

Wata y Josh se miraron, como preguntándose cuánto podían contarle.

—Sé que el desgraciado fue el responsable de la detención y el encarcelamiento de Kyra —añadió él.

—¿Ella te lo contó?

Mike asintió, tratando de no enfadarse al ver la sorpresa en el rostro de Josh.

—¿Tenéis alguna pista de su paradero actual?

Mike ya había hablado con Frank Zaba, el detective encargado del caso. Frank le había contado que, personalmente, nunca se había creído que Kyra tuviera nada que ver con las drogas, pero no habían encontrado ninguna prueba que incriminara a Drake, y las drogas estaban en una bolsa de Kyra. Todos pensaban que, al ver a su mujer acusada de un modo formal, el marido asumiría voluntariamente su responsabilidad, pero no había sido así.

Wata habló por primera vez. Tenía una voz muy profunda.

—Está siempre en la carretera. Va y viene de Los Ángeles. Está metido en asuntos muy peligrosos con Bandana, uno de los mayores traficantes de la costa Oeste. Sabemos que Drake estuvo aprovechándose de su cargo como jefe de seguridad de la *Summit* para traficar durante años, hasta que decidió dar el salto a la liga profesional. No es que le pagaran mal por hacer la vista gorda en el barco, pero es en tierra donde se mueven cantidades astronómicas. En ese momento pasó de ser traficante a ser importador. Para eso necesitaba a Bandana. Entraron en contacto hace un par de años. Drake necesitaba su infraestructura. Y Bandana necesitaba un suministro fiable de droga. Drake se aprovechó de la banda y usó la infraestructura de la gira para tantear el terreno.

Mike miró a Wata fijamente a los ojos.

—Y ¿lo contrataste para que formara parte del equipo de seguridad?

—En aquel momento no sabíamos nada de eso —intervino Josh.

—Mi esposa lo contrató porque Kyra se lo pidió —explicó Wata—. No se nos ocurrió investigarlo más allá de confirmar sus credenciales con la compañía naviera, donde tenía un expediente impecable. Le encargamos que se ocupara de temas que no estaban estrechamente ligados a Alexa ni al resto de los músicos, así que no estaba directamente bajo mi supervisión. Cuando empezamos a sospechar algo, la policía se presentó y todo se fue a la mierda.

—Durante un tiempo lo mantuvimos en plantilla para proteger a Sam —añadió Josh—, pero luego desapareció.

—Zaba cree que Bandana y Drake están en guerra —señaló Mike.

Wata asintió.

—Eso es lo que se dice en las calles. Era cuestión de tiempo que Drake tratara de ocupar el lugar de Bandana. No le gusta compartir. Es de los que lo quieren todo.

Si de Mike dependiera, Bandana ya podía cargarse a Drake. Nadie iba a echar de menos a ese desgraciado.

En ese momento, Sam salió de la casa y los interrumpió:

—Mamá pregunta si queréis limonada o cerveza.

—Cerveza —respondió Josh.

—Mamá ya sabía que querías cerveza, ¿verdad, mami? —preguntó la niña volviéndose hacia la ventana de la cocina.

Kyra le devolvió una sonrisa.

Wata se levantó y entró en la casa con Sam.

Mike examinó la cara de Josh mientras el guitarrista observaba a Kyra.

—La deseas —le soltó.

Josh se volvió hacia él.

—Por supuesto. La he deseado desde la primera vez que la vi. Luego la conocí más y, bueno, es imposible estar junto a Kyra y no sentir algo más profundo por ella.

Mike tuvo ganas de darle de puñetazos hasta dejarlo inconsciente, pero respiró hondo, apretó la mandíbula y se obligó a calmarse.

—Sin embargo, ella siempre estuvo fuera de mi alcance —siguió diciendo Josh—, y nunca me ha gustado ser plato de segunda mesa.

Mike había visto la foto de Josh muchas veces en las revistas. Cada vez con una mujer distinta.

—¿Por qué fuera de tu alcance? ¿No sales con mujeres casadas? —Lo dudaba bastante.

—No, idiota, porque quería más que sexo y ella no podía darme lo que ya te había entregado a ti.

Kyra siguió a Mike, que llevaba a una Sam completamente exhausta en brazos a la cama. Tras pasar una tarde inolvidable en la fiesta de la espuma y el resto de la velada comiendo pizza, jugando y viendo una película, se había dormido antes de que se marcharan los invitados y no se había despertado ni siquiera cuando Mike la levantó en brazos para llevarla a la cama. Después de arrojarla, arrastró a Kyra hasta su dormitorio.

—Desnúdate —le ordenó tras cerrar la puerta y apoyarse en ella con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Pues tú también —replicó Kyra tratando de romper la tensión.

Él permaneció inmóvil mientras ella se desnudaba.

—¿Te marchas? —le preguntó Mike, que había estado muy raro toda la noche. Callado. Observador. Protector.

Cuando ella negó con la cabeza, Mike pareció relajar un poco los hombros.

—No. Todavía no. Amantis tiene que grabar un par de vídeos este invierno. Alexa quiere que me encargue de la coreografía.

Al parecer, la cantante se negaba a aceptar su renuncia. Se había mostrado con Kyra como si no hubiera pasado nada. Le había dicho que para ella seguía siendo su coreógrafa y su bailarina principal. A menos que ella no quisiera serlo. No obstante, Kyra ya no sabía lo que quería. No estaba segura de nada.

—¿De eso hablabais mientras estabais en la cocina?

Kyra se encogió de hombros.

—Entre otras cosas. Tenía curiosidad por saber de ti.

Kyra y Alexa se estaban preparando algo de beber cuando la estrella del pop había disparado a bocajarro.

—Así que éste es el famoso Mike, ¿eh? —le preguntó mirando por la ventana hacia la mesa del patio donde los tres hombres estaban sentados compartiendo lo que parecía ser un silencio incómodo. Bueno, excepto Wata. Al marido de Alexa el silencio nunca lo incomodaba.

A Kyra siempre le había sorprendido que la cantante y su familia llevaran una vida tan normal, a pesar de lo famoso que era el grupo. Alexa era muy reservada con su vida privada, y el hecho de que su esposo fuera un arma de destrucción masiva andante ayudaba bastante.

—Sí, es el famoso Mike —dijo.

—Por fin volvéis a estar juntos.

Kyra asintió.

—Al menos, mientras esté por aquí.

—Y ¿cuánto tiempo vas a quedarte?

Kyra se tocó el hombro en un acto reflejo.

—No lo sé. Estoy dando clases en el gimnasio local. Y estoy entrenando a un grupo de adolescentes que quieren presentarse al concurso anual de hip-hop de Boston. —Y la verdad era que estaba disfrutando mucho tanto de una cosa como de la otra.

—¿Y qué piensas hacer con «Menea el trasero»?

Kyra había logrado firmar un contrato con el programa con unas condiciones muy buenas. Participaría en el concurso siempre y cuando las fechas no coincidieran con ningún concierto o ensayo de Amantis.

Volvió a encogerse de hombros.

—Y ¿qué pasa con nosotros? —insistió Alexa.

«Y ¿qué pasa con Mike?», se preguntó Kyra.

Alexa pareció leerle a mente.

—Podrías tenerlo todo. ¿Lo sabes, no? Él podría acompañarte...

Kyra había bajado la vista. No, Mike no la acompañaría. Mike no era Wata.

Y, aunque se lo estaba pasando muy bien en Alden, empezaba a añorar su carrera profesional.

—¿Alexa sentía curiosidad por mí? —preguntó Mike colándose en los recuerdos de Kyra—. ¿Una superestrella del pop quería saber de mí?

—Puede que le haya hablado de ti una o dos veces durante todos estos años —admitió ella, acercándose a Mike mientras se quitaba la última pieza de ropa.

Él alzó una ceja y sonrió.

—¿Una o dos veces?

«O cien, o mil —pensó Kyra—. Tampoco vamos a ponernos puntillosos.»

—Ajá.

Desnuda, Kyra le apoyó las manos en el pecho y empezó a desabrocharle la camisa, pero él lo impidió.

—Túmbate en la cama y ábrete de piernas para mí —le ordenó mientras empezaba a desnudarse solo.

Ella se tragó la decepción y obedeció.

—Cariño, sobre este domingo...

—El domingo irá bien —susurró Mike terminando de quitarse la ropa.

—Pero...

—No hay peros que valgan. ¿Se ha ido la regla del todo?

—Sí, ¿por qué?

—Porque quiero hacerte el amor con la boca —respondió él acercándose a la cama y colocándose entre las piernas de ella.

Sus palabras la tomaron por sorpresa. Mike era muy macho y, tras pasarse toda la tarde lanzándole miradas asesinas a Josh cuando el guitarra se tomaba demasiadas libertades con ella, Kyra estaba convencida de que iba a querer demostrar quién mandaba allí. Y una de sus maneras favoritas de hacerlo era follársela con fuerza mientras ella estaba desnuda y él seguía vestido.

Antes de que pudiera decir nada, Mike le separó más las piernas y empezó a devorarla de un modo tan concienzudo y posesivo que ella se tensó enseguida. Él aflojó el ritmo hasta que la imperiosa necesidad de correrse amainó.

—Mike, por favor —le rogó Kyra sacudiéndose entre las sábanas—. Necesito llegar ya.

Pero él no se conmovió. Siguió lamiéndola con lametones suaves a lo largo de su sexo abierto, alimentando la hoguera del deseo, llevándola hasta el límite y volviendo a aflojar sin dejarla llegar al final.

Kyra estaba empapada y desesperada.

—Mírame —le ordenó él—. ¿Quién es tu dueño?

—Tú —gimió ella.

—¿Quieres que te dé permiso para correrte?

Kyra asintió, temblando de arriba abajo. Cuando él por fin le succionó el clítoris con fuerza, ella empezó a gritar, sumida ya en el orgasmo.

Pasado un rato, logró abrir los ojos. Mike la estaba observando. Tenía los labios húmedos por sus fluidos y sonreía.

—Me parece que te ha gustado.

Ella se echó a reír.

—¿Tú qué crees? Las mujeres de este país no saben lo que se han estado perdiendo.

Mike resopló.

—¿No has prestado atención a mi polla customizada? No como coños pero nunca tuve ninguna queja, créeme.

Ella se tensó y Mike pareció arrepentido.

—¿Cariño?

—No quiero que me hables de otras mujeres —dijo Kyra—. Ni de lo mucho que disfrutaban con el piercing de tu polla.

Él se puso a la defensiva.

—Has sido tú la que ha sacado el tema.

Kyra trató de salir de debajo de él, pero Mike dejó caer todo el peso de su cuerpo, atrapándola.

—Escúchame. Esas otras mujeres no significaron nada para mí. Sólo quería liberar tensiones, y ellas sabían perfectamente las reglas del juego. Joder, si querían chuparme la polla, tenían que ver tu nombre tatuado. Todas sabían a quién pertenecía. Y yo también.

Ella aspiró el aire con brusquedad.

—Mike...



—Cada noche, gatita, cuando me iba a dormir, cerraba los ojos y veía tu cara. Daba igual a cuántas mujeres me follara. Daba igual lo que hiciera para tratar de olvidarte.

Incapaz de soportar su escrutinio, Mike le cubrió la boca con la mano para impedir que replicara.

—Ya basta de charla. Antes me has dicho que esta noche iba a triunfar. ¿Lo has olvidado?

Tras un momento de miradas cargadas de tensión, ella susurró:

—¿Qué quieres que te haga?

—Quiero ver cómo te tocas —repuso él de inmediato—. Quiero que te acaricies hasta que tengas un orgasmo.

—Prefiero tenerlo con tu polla. —Mike era un maestro con la lengua, pero en ese momento quería sentirlo dentro de ella.

—Pues te aguantas.

«Vale.» Kyra acercó los dedos a la boca de él.

—Chúpalos —le dijo. En realidad no necesitaba más humedad, pero le gustaba provocarlo.

Kyra empezó a jugar con su sexo, arañándose los pliegues con las uñas y apretándose el clítoris con los dedos.

—Llevo años haciendo esto y viéndote en mi mente mientras lo hago —comentó—. Viéndote en mis sueños.

—¿Ah, sí? Y ¿qué hago en tus sueños?

«Me dices que me quieres», pensó Kyra, y se ruborizó.

—Me dices... Me besas por todas partes —rectificó ella sin atreverse a reconocer la verdad.

Mike sabía que estaba mintiendo, pero no insistió.

—Eso sé hacerlo, nena —señaló.

Le pasó los labios por los sensibles pezones; los lamió y los succionó mientras ella se daba placer deslizando los dedos en su interior.

—Todo sería más fácil si me dejaras tu polla.

—Yo estoy muy a gusto así —replicó él mirándola fijamente.

Kyra estaba cada vez más cerca. Notaba el cuerpo en llamas, el clítoris palpitante. Pero no era suficiente.

—Mike —dijo con la voz entrecortada, contrayendo las paredes vaginales mientras trataba de alcanzar el orgasmo—. Te necesito.

Bruscamente, él se echó hacia atrás, la tomó en sus brazos y se clavó en ella. Kyra gritó y apartó la mano del clítoris para calmarse.

—Sigue tocándote —le ordenó él sin dejar de embestirla.

La cara de Mike estaba muy tensa, al igual que los músculos de ambos lados del cuello.

—Mírame y dime lo que hago en tus sueños en realidad —le ordenó.

Kyra cerró los ojos, jadeando contra los labios de su amante.

—Mike...

—¿Qué hago? Dímelo —exigió él, clavándose en ella tan profundamente que lo sintió en lo más hondo del vientre. Agarrándola del pelo, le echó la cabeza hacia atrás para obligarla a aguantar la mirada—. Y, esta vez, quiero la verdad.

Con el otro brazo le rodeaba la cintura, haciéndola subir y bajar sobre su sexo mientras ella lo abrazaba con sus músculos internos. Kyra estaba perdiendo el control. No podía pensar. Estaba a punto de correrse.

—¡Me dices que me quieres. Siempre me dices que me quieres! —gritó un segundo antes de que el orgasmo se apoderara de ella.

Mike la agarró con más fuerza y se enterró en ella una y otra vez, cada vez más deprisa, hasta que al final se corrió gritando contra su cuello sin decirle las palabras que ella esperaba, fingiendo no haber oído nada. Tal vez sí había dejado claro quién mandaba allí después de todo.

—¡Venga, pequeña. Es la hora! —gritó Mike llamando a la puerta del vestuario.

Ese día volvían a empezar las clases de kárate para niños después de las vacaciones de verano.

Sam lo seguía muy a menudo por el gimnasio, pero nunca con tanto interés como cuando daba clases de kárate. Tal vez exteriormente la niña fuera idéntica a su madre pero, si bien Kyra nunca había mostrado el menor interés por las artes marciales, Sam era opuesta en eso. Se sentaba en el extremo del

tatami, lo más cerca posible de Mike, y observaba con avidez los ejercicios, las *katas* y los combates. Lo absorbía todo. Corría hasta él para preguntarle cosas o se quedaba quieta y callada a su lado.

Descubrir las películas de *Karate Kid* no había hecho sino añadir más leña al fuego. Cuando Mike le llevó un uniforme *gi* con un cinturón blanco y le dijo que se cambiara, la niña estuvo a punto de caerse de culo a causa de la impresión. Sin embargo, enseguida se recuperó, se lanzó a sus brazos y le llenó la cara de besos pegajosos.

Salió del vestidor sonriendo de oreja a oreja y le dio el cinturón a Mike para que se lo atara correctamente, pero cuando miró hacia el tatami y vio allí a Marcy y a las otras niñas, titubeó.

—Todo va a salir bien, confía en mí —la tranquilizó Mike, ofreciéndole la mano.

Cuando Sam lo había abrazado y lo había llenado de besos, a Mike se le había hecho un nudo en el corazón, pero cuando le dio la mano para que la protegiera, le dejó de latir durante un momento. Joder, quería a esa pequeñaja como si fuera suya.

—Vale —dijo ella—, pero si Marcy tropieza con su propio pie y se cae, ya sabes..., por accidente, no me meteré en un lío, ¿no?

Mike se echó a reír.

—Si no la ayudas a que se caiga, no. No te meterás en líos.

—Jopé.

«Bueno, mejor que diga eso que no *joder*», se dijo. Sin embargo, se volvió hacia la niña con expresión severa.

—Sam.

—Lo siento —murmuró ella.

Mike era un monitor experimentado que sabía cómo hacer que los niños se divirtieran mientras aprendían disciplina. No podía ser tan difícil conseguir que Marcy y Sam se llevaran bien, ¿no?

Incorrecto.

Probó todos los trucos que se le ocurrieron, pero nada parecía funcionar. En cada nuevo juego que se inventaba, las niñas acababan discutiendo.

Sin embargo, al cabo de un rato se dio cuenta de que había alguien a quien las niñas odiaban todavía más que la una a la otra: Rick, un niño de ocho años, chulito como él solo.

Mientras Mike se preguntaba qué más intentar para que las niñas se llevaran bien, Rick se acercó a ellas por detrás e hizo lo que hacen todos los hombres cuando hay mujeres de por medio: cagarla. Les tiró de las coletas al mismo tiempo. Las dos niñas se volvieron al unísono y, como si estuvieran sincronizadas, lo empujaron y lo hicieron caer al suelo.

—¡Ah! —se quejó llevándose las manos al pecho—. Estáis locas. ¿Qué os he hecho yo?

Las dos niñas le dirigieron una sonrisa burlona, que se transformó en una de complicidad cuando se miraron la una a la otra.

Mike no daba crédito a lo que estaba viendo.

Había olvidado una regla básica en el combate: el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Su trabajo en ese frente había terminado.

## 13

Lo primero que le pasó a Kyra por la cabeza cuando llegó a casa de los Haddican fue que todo seguía igual que siempre. Bueno, excepto que ahora eran más. Lo segundo que pensó era que estaba tan nerviosa como de costumbre.

Mike le apretó la mano con fuerza para darle ánimos.

—Vamos, cariño —le dijo mientras se dirigían hacia la puerta de entrada. Sam corría alegremente delante de ellos, con el flotador en la cintura y las gafas de bucear puestas—. Nadie te va a comer.

—Ya lo sé.

No dejaba de ser sorprendente que Kyra pudiera bailar delante de millones de personas sin problemas y, en cambio, enfrentarse a un puñado de gente a la que conocía desde hacía años la pusiera tan nerviosa.

—Deberíamos haber traído algo —le murmuró a Mike.

—¿Qué quieres decir? Hemos traído un pastel.

—Algo casero. —«Una tarta, un guiso, galletas... Algo así.»

Mike se echó a reír.

—Gatita, todo el mundo sabe que tú no cocinas.

Ya. Aparte de la pizza, los gofres y las tortitas, no sabía preparar casi nada. Y eso no la tranquilizaba.

—Me alegro de que hayáis podido venir —les dijo Amanda cuando entraron—. La comida aún no está lista. Podéis ir a la piscina mientras tanto.

Kyra había formado parte de esas reuniones familiares desde que tenía uso de razón. La comida era una excusa, y por eso todos llegaban mucho antes de la hora de comer. Jugaban en la piscina; se disparaban con pistolas de agua ridículamente grandes, tomaban el sol, bromeaban y se picaban hasta que la carne estaba asada en la barbacoa y las ensaladas estaban listas. Luego,

después de comer, se tumbaban por el césped y seguían bromeando un poco más. La atmósfera relajada siempre la había hecho sentir algo incómoda, como si fuera una intrusa. Pero ahora estaba sencillamente histérica.

Era imposible no darse cuenta de que Mike y ella estaban juntos como pareja. Y, sin embargo, nadie había hecho ningún comentario al respecto. Al menos, a ella no le habían dicho nada a la cara.

Rebecca estaba radiante de felicidad, al igual que Wilma y Greta. A Sara, que tenía veintipocos años y que era muy joven cuando tuvo lugar la debacle entre ellos, no parecía importarle. Lo más probable fuera que no se acordara del drama. Amanda y Dan, los padres de Mike, mostraban una actitud muy discreta, sobre todo ella. Era como si no supiera qué pensar y tuviera un poco de miedo por su hijo.

La única persona que se mostró abiertamente hostil fue Lisa, la hermana de Mike. No era fan de Kyra. Nunca lo había sido, pero ahora menos que nunca. La miró con desconfianza y no le dijo nada. Hank saludó a Kyra y le presentó a los niños. Ashley había crecido tanto que Kyra no la habría reconocido. Tenían también dos niños pequeños: Alice —que era un año mayor que Sam— y Jackson, que estaba a punto de cumplir los seis.

—¡Tío Mike! —gritaron los chiquillos echándose encima de él, que los levantó en brazos—. Ven a jugar con nosotros. Tenemos pistolas de agua nuevas.

Él le dio un beso a cada uno.

—¡Pues ya veréis las que hemos traído nosotros!

—¡Sí! —exclamaron los niños mientras los dejaba en el suelo.

—¿Te importa quedarte sola? —le preguntó a Kyra en un susurro.

—No, ve. Estaré bien —mintió ella contemplando cómo los niños se llevaban a Mike a rastras para jugar con las pistolas de agua junto a la piscina. Sam se fue con ellos y, poco después, Hank y Sara se unieron al grupo.

Dan estaba organizando la barbacoa mientras Rebecca, Amanda y Lisa sacaban los ingredientes para preparar las ensaladas. Kyra respiró hondo y se acercó a ellas, dispuesta a ofrecerse para ayudar. Sin embargo, no tuvo que hacerlo. En cuanto llegó a la mesa, Rebecca le ofreció el pelador de patatas.

—Toma, cielo.

Kyra vio que Mike llevaba a Jackson bajo un brazo y a Sam debajo del otro, agarrados por la cintura. Los dos chiquillos se retorcían, muertos de risa. Se le daban tan bien los niños que ellos lo adoraban. Su hija lo tenía en un pedestal.

El otro día, en el gimnasio, cuando Sara le había dicho que Mike le había dado un uniforme a Sam y que la niña iba a dar la clase, Kyra había ido corriendo hacia allí, pero se había detenido al ver que Mike le estaba enseñando a atarse el cinturón y que Sam le estaba dirigiendo una sonrisa radiante. Cuando vio a las demás niñas, su hija dejó de sonreír. Mike le alargó la mano y le dijo algo. Kyra esperó, con el corazón en un puño. Sam lo cogió entonces de la mano sin dudarle. Ver a Mike y a Sam vestidos de kárate, caminando de la mano y riendo, hizo que le diera vueltas la cabeza.

Kyra había vuelto a su clase y, al acabar, se había encontrado con que Sam estaba jugando con Marcy. ¡Jugando! No peleándose.

Y ahora Sam estaba jugando y riendo con Alice y Jackson. Adaptándose sin problemas, cosa que nunca había sabido hacer. Igual que Kyra.

Cuando Amanda y Rebecca fueron a buscar platos, Lisa finalmente se dirigió a ella:

—¿Y qué?, ¿piensas quedarte por aquí esta vez o volverás a largarte después de haber hecho pedazos el corazón de mi hermano?

Kyra la miró a los ojos y se quedó pensando unos instantes.

—¿Quieres que vayamos adentro para que puedas gritarme todo lo que quieras sin preocupar a los niños? —le preguntó señalando hacia los pequeños, que chapoteaban en la piscina.

Lisa también lo pensó unos momentos antes de responder.

—No, no vale la pena. Además, por mucho que odie admitirlo, te vi en el funeral de tu padre, y creo que te hiciste tanto daño a ti misma como a mi hermano al abandonarlo. Por eso no voy a patearte el culo todavía, pero si vuelves a hacerle daño, del modo que sea, no habrá lugar en el mundo donde puedas esconderte porque te encontraré. Y, cuando te encuentre, te sacaré el corazón. Por el culo. ¿Te ha quedado claro? —dijo Lisa con una sonrisa falsamente dulce.

En ese momento, Kyra vio lo mucho que se parecía a su hermano.

—Me parece bien —asintió—. Y, por si sirve de algo, te diré que yo lo amaba.

Lisa contuvo una carcajada.

—¿Lo amabas? ¿A quién tratas de engañar? Lo sigues amando, no hace falta que hables en pasado.

Tenía razón. No hacía falta hablar en pasado.

—Lo que me preocupa es saber si serás capaz de librarte de toda la mierda con la que cargas esta vez o si volverás a salir huyendo.

Eso le dolió.

—No me conoces de nada. ¿Qué sabrás tú de mi mierda?

Lisa se encogió de hombros.

—Es verdad, no te conozco, nunca te conocí ni nunca fuimos amigas, pero sé que debías de ser muy idiota o estar muy mal, o no habrías dejado a alguien como mi hermano.

Durante un momento, Kyra estuvo tentada de decirle que su hermano también había pasado de ella; que no la había respaldado en sus decisiones, pero lo pensó mejor. Porque Lisa tenía razón al menos en una cosa: Kyra había estado tan llena de miedos y culpabilidad que no había sido capaz de pensar con claridad. Y, sí, cualquier persona que dejara a Mike estaba mal de la cabeza.

—Cuando volviste al pueblo casada y con un bebé en brazos se volvió loco. Hasta ese momento había mantenido la esperanza de recuperarte, pero después de eso, se pasó dos años perdido. Era una sombra del antiguo Mike. Hank me contó que se vio envuelto en peleas ilegales en Boston. No de las molonas, que monta la gente de dinero, sino de las chungas, las prohibidas.

Kyra hizo una mueca y Lisa se percató de ello.

—No lo sabías, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Angie le había contado lo de las olimpiadas del sexo, pero no tenía ni idea de las peleas ilegales.

—¿Qué es lo que no sabía? —preguntó Mike acercándose y abrazándola por los hombros.

—Que eras tan bueno con las pistolas de agua —replicó Lisa, tratando de cubrir el silencio culpable de Kyra.



—Ah, sí. Soy casi tan bueno como con la manguera. —Mike le guiñó el ojo a Kyra—. Una manguera de verdad, Lisa. No me mires así.

—No sé qué ha dicho Mike, pero yo doblo la apuesta —dijo Hank uniéndose al grupo.

Lisa le dio un cachete juguetón en el pecho y susurró algo al oído de su marido. Él se echó a reír y luego le dio un beso:

—Cuenta con ello.

Kyra los miró con la sensación de estar siendo testigo de algo que no debía. La mirada de Lisa se había suavizado. Hank y ella llevaban muchos años casados a pesar de que sus inicios habían sido difíciles, pero habían logrado llegar a un compromiso y habían sacado su matrimonio adelante.

Mientras comían, Mike se mostró muy cariñoso con Kyra, lo que supuso varias exclamaciones de asco de Sam y risas de los otros niños. Lisa le dirigió varias miradas duras a Kyra, pero no dijo nada.

Tras la comida y el postre, Kyra se alejó de la mesa y se dirigió hacia el lugar donde Rebecca se había sentado en una tumbona, al otro extremo del jardín.

—¿Está siendo Lisa muy dura contigo?

Ella se encogió de hombros.

—No le hagas caso. Mike es su héroe. Cuando Hank se asustó por lo del bebé, Mike siempre estuvo a su lado. Lo idolatra.

—Lo sé.

Mike siempre había sido un caballero de brillante armadura a ojos de Lisa. Ya entonces miraba a Kyra como si fuera una intrusa. Ahora probablemente la consideraba una traidora.

Se sentó junto a Rebecca.

—¿Y tú? ¿Por qué no estás enfadada conmigo? Adoras a Mike y siempre le cubres las espaldas. ¿Por qué no me ignoras por haberle hecho daño? No hay duda de que me lo merezco.

La anciana se echó a reír suavemente y le dio unos golpecitos en el brazo.

—Claro que quiero a Mike, pero lo conozco y sé que no es perfecto. Además, soy demasiado vieja para ir ignorando a la gente. ¿Sabes? Cuando uno llega a cierta edad, a la mía en concreto, ya puede hacer lo que le dé la gana. Y eso es lo que hago. Me enfado mucho, grito, maldigo, pero luego me

olvido del disgusto. No vale la pena. Te marchitas como una flor si te aferras a las preocupaciones y a las ofensas. Te devoran por dentro, créeme. No son las cremas antiedad las que te mantendrán joven; es aprender a soltar las cosas. Y el sexo. El sexo ayuda muchísimo. Aunque no es que esté hablando por experiencia, al menos durante las dos últimas décadas. —Le guiñó un ojo a Kyra, que se echó la bebida por encima del sobresalto.

Mike subió al piso de arriba y entró en su antiguo dormitorio, donde Kyra había ido a tumbarse un rato. Estaba ovillada en su cama, durmiendo. Él se tumbó detrás de ella y la abrazó.

Kyra se despertó y se revolvió perezosamente, pegándose más a su cuerpo.

—¿Mike?

—Lo siento. No quería despertarte —susurró él con la boca contra su pelo.

—¿Dónde están los demás? ¿Dónde está Sam?

—Estamos solos. Mis padres han llevado a los niños al parque. Lisa y Hank han ido a dar una vuelta. Wilma y Greta han venido a buscar a la abuela, y Sara se ha ido al cine. Alice ha invitado a Sam a dormir, así que, si no te importa, ella y mis sobrinas se quedarán aquí esta noche.

—¿Qué ha dicho Sam? —Kyra se volvió y apoyó la cabeza contra su pecho.

—¿Me estás diciendo que no has oído sus gritos de alegría desde aquí?

—En ese caso, claro que puede quedarse.

—Bien. Podríamos pasar la noche en mi casa, solos. Me muero por oírte gritar mi nombre —susurró Mike—, pero no quiero que tengas que taparte la cara con un almohadón por culpa de las paredes finas o porque Sam duerme al otro lado del pasillo.

—Vale —murmuró ella con la cara pegada a su pecho.

—Y quiero dormirme mientras sigo dentro de ti como hacíamos antes. Desnudos. Con mi semen y tus fluidos mezclados, deslizándose lentamente por tus muslos. Lo echo de menos.

—Son los inconvenientes de tener niños pequeños.

—Puedo vivir con ello. Me gustan los niños.

Kyra le agarró la cara con las dos manos.

—Gracias por todo lo que haces por Sam. Lo de ayer en el gimnasio. Lo de hoy. Alice y Jackson no dejaban de llamar tu atención, pero tú siempre conseguías integrar a Sam en el juego. Se lo ha pasado muy bien.

A Mike le extrañaron sus palabras, pero más le sorprendió el tono sorprendido de su voz.

—Claro que se lo ha pasado bien. ¿Por qué no iba a pasárselo bien? ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sí, es sólo... que tu familia puede ser un poco apabullante.

—Has pasado años con ellos, pero nunca acabas de sentirte cómoda. No lo entiendo.

Kyra lo miró a los ojos y se mantuvo en silencio un rato.

—¿Sabes qué es aún peor que estar con una familia adoptiva porque no tienes padres? Tenerlos pero estar con una familia adoptiva porque la tuya no te quiere.

Mike se quedó inmóvil.

—¿Qué quieres decir? Pensaba que tu familia había muerto en un accidente cuando tenías nueve años y que no tenías parientes cercanos que pudieran ocuparse de ti.

—Pues no, no murieron, cariño. Están vivitos y coleando. O al menos lo estaban hace un par de años, cuando traté de ponerme en contacto con ellos.

Sorprendido, Mike se sentó en la cama, con la espalda apoyada en la cabecera.

—Nunca me lo contaste —dijo. No pretendía que sus palabras sonaran como una acusación, pero no pudo evitarlo—. Estuvimos viviendo juntos durante cinco años. Hemos sido amigos desde... ¡desde siempre, joder!

Kyra se arrodilló en la cama.

—No tienes ni idea de lo que es que te peguen cada día. Agachar la cabeza cada vez que la persona que tienes al lado hace un movimiento brusco porque crees que te va a golpear. La vergüenza se te cuele hasta los huesos sobre todo cuando la persona que te pega es alguien a quien quieres y que debería quererte también.

Mike se tensó.

—¿Cynthia?

—No, mis padres biológicos. Mi madre concretamente. Y yo no hice nada para detenerla. No se lo conté a nadie. Aguanté porque pensaba que eso era lo que tenía que hacer. Hasta que me abandonó. —Kyra sollozó con la mirada perdida—. Al parecer, ni siquiera era lo bastante buena para recibir sus palizas, así que, cuando tenía nueve años, se libró de mí de una patada.

Mike se encogió al oírlo.

—Joder, Kyra, ¿por qué no me lo contaste?

No podía creer lo que estaba oyendo. Siempre había sabido que ella guardaba demonios en su interior que la atormentaban, pero había pensado que lo que le dolía era haberse quedado huérfana. Cuando salía la cuestión de su familia biológica, Kyra se apresuraba a cambiar de tema, pero nunca había mencionado nada sobre maltratos ni abandonos.

—No quería que lo supieras. Sigo sin querer que lo sepas.

Mike no entendía nada.

—Si no quieres que lo sepa, ¿por qué me lo has contado?

Ella alzó la vista y lo miró fijamente.

—Ahora soy más mayor y quiero creer que también más sabia. Pienso que te mereces conocerme, conocer a la auténtica Kyra. No quiero seguir ocultándote cosas, ni siquiera las partes de mí que no te gustarán. No soy la persona que crees que soy. Soy...

Mike le agarró la barbilla.

—Exactamente como te veo: perfecta en todo.

—Ni mi madre ni mi padre tenían raíces hispanas. Ni indias. Te lo creas o no, mi madre era muy blanca, con el pelo cobrizo. Yo pensaba que era culpa mía que ella hubiera engañado a mi padre y que por eso me pegaba. Mi padre no me pegaba. Sencillamente me ignoraba. Me sentía sucia, defectuosa. Aunque me hubiera quedado en Alden, no podría haber formado una familia perfecta contigo porque no tenía ni idea de cómo se hacía.

Mike por fin entendió por qué, cada vez que le preguntaba por su ascendencia, ella respondía que era como un chucho, como un perro sin pedigrí.

Él siempre le decía que no era ningún chucho, que era su reina inca, y ella siempre se echaba a reír y cambiaba de tema.

—Cariño...

Kyra lo interrumpió.

—En casa de tus padres todo es siempre perfecto. Te dije que no podía casarme contigo porque quería triunfar y era verdad. Necesitaba demostrar mi valía, a mí y al resto del mundo, pero, por otra parte, necesitaba huir de aquí porque lo que me ofrecías me daba mucho miedo. Me estabas ofreciendo un sueño y tenía miedo de no estar a la altura. No sé cocinar, soy desordenada... Tenía miedo de no ser capaz de llevar una casa.

—Joder, Kyra, no necesitaba una criada —exclamó él—. Me importaba una mierda que no supieras cocinar o que no fueras ordenada. Lo único que me importaba eras tú. Tu presencia es lo único que hace que mi casa se convierta en un hogar.

—No eran sólo las tareas de la casa, Mike. También me faltaban todos esos detalles que en tu familia tienen a montones: cómo hacer felices a los demás; cómo mantener a tu gente unida... A tu madre y a tu abuela se les da tan bien que hacen que parezca fácil, son unas auténticas expertas, pero yo no sabría ni por dónde empezar. Cynthia era una buena mujer, pero era reservada y no especialmente cariñosa. Yo tenía miedo de meter la pata, así que decidí cortar por lo sano y te abandoné. Supongo que en el fondo pensaba que, si lograba triunfar, me ganaría el derecho a formar parte de tu familia.

—¿Y qué? ¿Mi familia te ha tratado de otra manera? —Cuando ella negó con la cabeza, Mike añadió—: Cariño, no hace falta ninguna razón para querer a alguien. Lo quieres porque lo quieres.

Kyra rio sin ganas. Tenía una mirada tan triste que a Mike se le encogió el corazón.

—Eso sólo puede decirlo alguien que ha sido amado toda la vida, sin condiciones. Nunca has tenido que ganarte el afecto de nadie porque en tu familia te quisieron desde el primer día. A mí no, cariño.

—Sí, yo sí. Te quise desde el primer día, sin condiciones. Y el resto de los Haddican también. No hacía falta que te convirtieras en una de las principales bailarinas del mundo para demostrarnos que merecías nuestro amor. Ya lo tenías.

—Supongo que tenía demasiado miedo para darme cuenta. —Tras unos instantes de silencio, Kyra le plantó la mano en el pecho—. Mike, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Cualquier cosa.

—¿Te metiste en el mundo de las peleas ilegales después de enterarte de lo de Drake y Sam?

Él reaccionó tensando los hombros.

—No creo que...

—Por favor, Mike.

A él no le apetecía en absoluto hablar sobre ese tema, pero ella se le había abierto como nunca. No podía responder cerrándose en banda.

—Sí, lo hice. Estaba demasiado furioso para seguir las reglas y necesitaba un *sparring* que pudiera seguirme el ritmo sin acabar en la morgue.

Kyra retiró la mano y agachó la cabeza. El pelo le cubrió la cara.

—Siento haberme marchado —dijo con voz temblorosa—. Siento haberte hecho pasar por eso.

Mike la abrazó con fuerza. Kyra estaba llorando. No había llorado mientras le contaba su calvario con Drake, ni mientras le hablaba sobre su dura infancia, pero ahora estaba llorando por él.

—No llores. No llores, cariño. No fuiste tú, fui yo. Estaba furioso conmigo mismo.

—Siento haberte hecho pasar por eso —repitió ella contra su cuello mientras el cuerpo entero se le convulsionaba por los sollozos desgarrados.

Mike la abrazó y esperó a que pasara la tormenta, acariciándole la espalda, consolándola, hasta que se le agotaron las lágrimas.

—Cariño...

—Mmm —murmuró Mike mientras le torturaba los pezones con la boca.

Kyra pensaba que la asaltaría en cuanto cruzaran el umbral de su casa, pero no había sido así. Mike había encendido la tele y la había tumbado sobre él en el sofá. La película era buena, pero Kyra fue incapaz de prestarle atención cuando él empezó a acariciarla. Ahora estaba desnuda, sentada sobre

él. Tenía la vulva enrojecida, al igual que los pezones. Los fluidos de varios orgasmos se deslizaban por sus muslos. Mike la había hecho correrse con los dedos, pero su polla aún no había entrado en acción.

—Te necesito, cariño —susurró ella con voz temblorosa.

Mike la agarró por el trasero y le separó las nalgas. Al hacerlo, también se le abrió la vulva, lo que intensificó el contacto de sus sexos.

—¿Cuánto me necesitas?

Mike le mordió un pezón y ella gimió.

—Muchísimo, cariño. Tanto que me duele. Por favor, fóllame.

Él desplazó parte de sus fluidos hacia atrás, masajeándole la entrada trasera y deslizando la punta de un dedo en su interior. Kyra contrajo los músculos a su alrededor.

—Mike...

—Dime una cosa, nena —la interrumpió él—. ¿Dejaste que él entrara en este culito tan dulce que tienes?

Las entrañas de Kyra se revolviéron bruscamente al oírlo.

—Siempre te volvías loca cuando te lo acariciaba, y veo que sigues igual, pero nunca me dejaste entrar. ¿Y a él?

Kyra negó con la cabeza, respirando con dificultad cuando él penetró un poco más adentro, ensanchando la entrada.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—No me sentía cómoda. No me fiaba de él.

Con Mike tampoco lo había hecho nunca, aunque no por falta de confianza. Se fiaba completamente de él, pero era muy joven y tenía miedo de entregarse de esa manera a otra persona. En aquella época, no se atrevía a mostrarse a él porque aún se sentía defectuosa.

—Lo quiero —gruñó Mike.

Ella no tuvo que pensarlo dos veces.

—Tómalo, es tuyo, siempre lo ha sido. —Kyra lo besó—. Soy tuya en cuerpo y alma. Siempre lo he sido, incluso cuando pensaba que no querías nada de mí.

—Eso nunca ha sido así, nena. Siempre te he deseado. Incluso cuando mi cabeza me decía que no debía hacerlo. Incluso cuando me volvía loco de rabia porque eras de otro hombre.

Kyra lo miró fijamente.

—Estuve casada, pero nunca pertencí a otro hombre. Siempre fui tuya.

Mike la acercó hacia sí y la besó con pasión hasta que ambos respiraron con dificultad.

—Voy a buscar un condón. Estás muy cerrada y no será fácil, sobre todo con las bolas del piercing. Podría hacerte daño y no quiero. El látex te protegerá.

Mike volvió con los condones y un tubo de lubricante. Ella se quedó mirando el pene erecto y empapado por sus fluidos mientras él rompía el envoltorio metalizado con los dientes.

—Cariño, eres enorme —murmuró Kyra—. ¿Por qué no te quitas el piercing?

Él negó con la cabeza y se cubrió con el preservativo. Abrió el tubo y se puso una buena cantidad de lubricante en la punta.

—Puedes con todo. Sé que podrás. Y el piercing te dará aún más placer, ya lo verás. Ábrete para mí.

Kyra se lo quedó mirando sin comprender.

—¿Qué?

—Que te abras para mí —repitió él—. Agárrate las nalgas con las manos y sepáralas.

Ella titubeó. Le temblaban las piernas, pero hizo lo que le ordenaba. Se agarró el trasero y se separó las nalgas, ahogando una exclamación cuando el aire frío le acarició su zona más oculta.

—Eres preciosa, cariño —dijo Mike mientras su verga se sacudía dando saltitos entre sus pliegues.

Aferrándola con una mano, Mike la paseó por todo su sexo, desde el clítoris y a lo largo de sus pliegues hasta llegar al ano contraído. Luego volvió a la vulva y la martirizó un poco, dejándole creer que iba a penetrarla sólo para retirarse y volver atrás.



El lubricante estaba frío y, aunque lo que estaba a punto de pasar la ponía nerviosa, Kyra estaba tan enfebrécida que empezó a presionar hacia atrás con el trasero contra él.

Era demasiado grande. No iba a caber en su interior.

Mike le introdujo los dedos en la vagina y ella se tensó.

A pesar de los nervios, lo deseaba. Y comenzaba a perder la paciencia.

—¡Mike, por favor!

Aunque Kyra no estaba segura de qué estaba pidiendo, él lo sabía.

—Tu boca. Quiero tu boca. Bésame —le exigió.

Cuando ella lo hizo, Mike retiró los dedos de su interior y, sujetándola por la cintura para que no se moviera, se clavó en ella por detrás. La punta de su miembro se abrió camino en su estrecha abertura. Kyra gritó al notar la invasión y el placer tan intenso mezclado con una punzada de dolor.

—Joder, nena, no te muevas —le pidió Mike, acariciándole el clítoris mientras formaba pequeños círculos sobre él para aliviarle el dolor—. No te resistas. Deja que te sienta. Me gusta. Me gusta mucho.

La abertura de Kyra se estaba contrayendo espasmódicamente, y con cada convulsión, las bolas del piercing se le clavaban en los músculos, despertando terminaciones nerviosas que no sabía que tenía.

—Mike, no puedo aguantar más. Muévete.

Las sensaciones eran tan intensas que no podía resistirse a la tentación de apretar con fuerza para aliviar la tensión que su miembro le provocaba justo en la entrada.

—Puedes aguantar esto y mucho más, mi amor —replicó él—. Fuiste diseñada para mí.

La soltó un poco, dejando que se empalara un par de centímetros más en su erección.

No era suficiente, Kyra no soportaba el cosquilleo. Trató de clavarse más adentro, pero él la sujetaba con tanta fuerza que no se movió ni un milímetro.

—Quieta —le ordenó acariciándole el clítoris—. La próxima vez que te tome por detrás, lo haré por mí. Me clavaré en ti tan profundamente que tu ano parecerá una escarapela rodeando la base de mi polla, pero esta vez es para ti —le susurró al oído, aferrándola por las caderas con fuerza para que no se moviera—. Los primeros centímetros son los más sensibles, ya que allí están

casi todas las terminaciones nerviosas. Quiero que lo disfrutes al máximo, que sientas las bolas metálicas contra tu piel. Quiero que te hagan cosquillas cada vez que trates de cerrar el culo.

Incapaz de decir nada, Kyra asintió. Sentía el trasero ardiendo. Probó de no contraerlo, pero no pudo.

Notó que él se movía en su interior y crecía aún más. Los músculos de Kyra se contrajeron como si tuvieran voluntad propia intentando acogerlo en su interior. Y, cuanto más lo apretaba, más loca de deseo se volvía y más se le clavaban las dichas bolas del piercing.

—¿Quieres que te folle ese coñito al mismo tiempo?

Kyra se ciñó con fuerza a su alrededor.

—Me tomaré eso como un sí. —Mike deslizó la mano desde el clítoris hasta la entrada—. La próxima vez traeré un vibrador para follarte por los dos sitios a la vez, pero de momento tendrás que conformarte con mis dedos.

Deslizó un dedo en su interior y Kyra gritó por la intensidad de las sensaciones.

—Dios mío. ¡Mike!

Él también estaba tan tenso que el sudor se le deslizaba por las sienes a causa del esfuerzo que le suponía entrar y salir de ella lentamente mientras seguía acariciándole el clítoris con el pulgar.

—Noto mi polla dentro de ti y el piercing contra mis dedos. Joder, me encanta.

Kyra estaba temblando. Tenía la espalda arqueada y le clavaba las uñas en los hombros.

—No puedo más, Mike. Me voy...

—Córrete, cariño. Dame lo que quiero. Ordéñame con tu culito.

Con embestidas cortas y poco profundas, Mike pronto se rindió al placer. En medio del orgasmo de Kyra, se retiró de su culo, se quitó el condón y se clavó en lo más hondo de su vagina palpitante, uniéndose a su clímax y haciéndolo crecer.

Luego la llevó en brazos a la cama.

Estaba casi dormida cuando le besó la sien.

—Mi amor ha vuelto a casa —le susurró con el miembro enterrado aún profundamente en su interior y la mano acariciándole los pliegues.

Ella sonrió.

—Hace un par de meses que volví.

—No. Estás a punto de quedarte dormida con mi polla dentro de ti mientras nuestros fluidos se deslizan por tus piernas. Por fin estás en casa.

Sí. Por fin estaba en casa.

Kyra estaba bailando con su hija cuando, con el rabillo del ojo, vio que Mike llegaba a casa. Él se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho, sonriendo.

—Hola, Mike, ven a bailar con nosotras —lo invitó Sam volviéndose hacia él con el mando de la Wii en la mano. Al apartar la mirada de la tele, perdió el paso que le indicaban en la pantalla—. Jo, ya me he perdido.

Sam empezó a repetir los pasos a toda velocidad para pillar el ritmo, pero no anotaba ningún punto y Kyra aflojó el paso.

A Sam le encantaba jugar a la Wii, sobre todo a juegos de baile.

Mike se echó a reír.

—Ni lo sueñes, pequeñaja. Yo no bailo con la tele. Y tampoco juego al tenis.

Mike no entendía que la gente jugara a esos juegos. Ni los de bailar, ni los de remar, ni los de pedalear. Prefería hacerlo al aire libre. Probablemente porque había crecido en un pueblo rodeado de otros niños, y no en medio de una carretera desierta o en un piso, en una gran ciudad.

Cuando la canción llegó a su fin y la puntuación salió en pantalla, Sam hizo una mueca.

—Hemos hecho muchos puntos —comentó Kyra.

No estaban compitiendo. Jugaban como equipo y sus puntos se sumaban, pero, a pesar de eso, Sam no estaba contenta con el resultado.

—Soy un desastre —murmuró.

—No lo eres, pequeñaja —replicó Mike—. Eres una bailarina con personalidad.

La niña no parecía muy convencida.

—Mamá también es una bailarina con personalidad y lo hace bien.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —le preguntó Mike, dirigiéndose hacia la mesa del comedor y sentándose en una de las sillas. Sam asintió—. Cuando tu madre tenía tres o cuatro años más que tú, era una bailarina desastrosa. Le habrías dado una paliza a la Wii.

Kyra se volvió hacia su hija, que lo miraba boquiabierta.

—Te lo dije.

Le había dicho y una mil veces que nadie nacía enseñado y que había que practicar mucho para acabar siendo bueno en algo, pero su hija era demasiado impaciente.

—¿De verdad era mala de pequeña?

—Un desastre. Seguía un ritmo que sólo oía ella, y le gustaba mucho el *breakdance*, aunque se le daba fatal.

Kyra le dio un codazo pero, cuando trató de huir, él la atrapó y la obligó a sentarse en su regazo, haciéndola callar con un beso. Ella le rodeó el cuello con los brazos, con el mando de la Wii colgando de la muñeca, y le devolvió el beso.

—Podría bailar contigo —le propuso Sam a Mike ofreciéndole otro mando.

—No.

—Venga —lo animó Kyra con una sonrisa—, enséñanos lo que sabes hacer.

Una bocina los interrumpió. Era Wilma, que acudía a buscar a Sam. Greta, Wilma y Sam iban a pasar la tarde en casa de Rebecca.

El móvil de Kyra sonó en ese momento. Ella respondió sin mirar la pantalla y no logró decir nada antes de que empezaran los gritos:

—¡Zorra, hija de puta... ¿Cómo te atreves a llevarte...?!

Era Drake.

Kyra interrumpió la llamada tan rápido como pudo, pero era imposible que Mike o su hija no lo hubieran oído.

—¿Mami? —Su hija le tiró de la camiseta preocupada—. ¿Quién era?

Ella le dirigió una sonrisa que pretendía ser sincera y no le dio importancia.

—Se han equivocado de número, cariño, no te preocupes. Date prisa, no hagamos esperar a Wilma —añadió empujando a la niña hacia la puerta.

—Vale —replicó Sam.

Cuando su hija hubo salido de casa, Kyra se aclaró la garganta y volvió a sonreír.

—¿Vamos a cenar fuera? Te invito.

—¿Qué coño ha sido eso, Kyra? —inquirió Mike.

Aunque le resultaba casi imposible sostenerle la mirada, Kyra lo intentó.

—Parece que Drake ha entrado en nuestro antiguo piso de Nueva York.

Angie y ella habían ido para llevarse sus cosas. Habían dejado algunas en casa de Kyra, pero otras las había almacenado en el garaje de casa de Angie. La mitad de los objetos no tenían ningún valor, pero eran suyos y se los había llevado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mike con desconfianza, como si estuviera tratando de mantener la calma.

—Fui a recoger mis cosas.

—¿Aprovechando la visita a Nueva York que hiciste con Angie la semana pasada? ¿El día de la boda de James?

Ella asintió con la cabeza.

Mike se pasó las manos por el pelo y se agarró la nuca.

—¿Así que de ahí es de donde han salido la Wii y el resto de las cosas?

Kyra no respondió. Le había dicho que las había traído de Nueva York. Y era verdad. No era culpa suya que él hubiera supuesto que las había comprado.

En ese momento, Mike explotó.

—¿Es que estás loca, joder? ¿Y si él hubiera estado allí?

Kyra se quedó inmóvil.

—No estaba. —Se había asegurado de ello. Había llamado al conserje del edificio, que se ocupaba de guardarle el correo a Drake durante su ausencia—. Podría haber pasado sin mis cosas, pero no quería perder las de Sam: sus juguetes, sus libros, sus películas, la dichosa Wii con la que tanto disfruta. Drake no tenía ningún derecho a quedarse con todo eso.

—Pues entonces deberías haberlo llamado por teléfono y haberle pedido que te las enviara. No deberías haberme mentado, ni haber ido sola y arriesgarte a encontrártelo allí. ¡Podría haberte hecho daño!

—Ja. No conoces a Drake. Si se las hubiera pedido, las habría llevado a algún centro de caridad sólo para fastidiarme. Ya me ha quitado demasiado Y ya no le tengo miedo. —Eso último era una mentira como una casa; seguía teniéndole miedo, pero no pensaba dejarse intimidar nunca más.

—Pues entonces, eres estúpida.

Kyra se quedó de piedra.

—¿Qué me has llamado?

—He estado haciendo averiguaciones; hablé con Frank Zaba.

—¿Has hablado con el detective que me arrestó?

—Por supuesto. ¿Qué esperabas? Me contaste que acabaste en la cárcel por culpa del fracasado de tu exmarido, y ¿pensabas que iba a quedarme cruzado de brazos? Pues no. He hecho investigar a Drake, y he hablado con los detectives que llevan el caso.

—No tenías ningún derecho.

—Tenía todo el derecho del mundo. Drake es un tipo peligroso que se mueve en ambientes muy turbios. No tenerle miedo es una estupidez, y arriesgarte a encontrártelo sin tener a nadie que te cubra las espaldas es de tontos, por decirlo finamente.

«Bueno, vale, quizá no ha sido una de mis decisiones más brillantes», pensó Kyra, pero no tenía ninguna intención de admitirlo en voz alta.

—Llevo siete años cuidándome sola —repuso en cambio—. No necesito que me protejas. Puedo ocuparme de mis asuntos, no me hace falta pedirte permiso para hacer nada. Nunca lo he hecho. —Esas últimas palabras salieron de su boca antes de que pudiera evitarlo.

Mike hizo una mueca al oírlas, pero muy breve. Su rostro se tornó de nuevo inexpresivo.

—Sí, ya me he dado cuenta de lo bien que te has cuidado durante estos siete años —replicó—. No puedes respirar en la oscuridad, te casaste con un gilipollas, estás sin blanca y fuiste a la cárcel por algo que no hiciste. ¡Muy bien! Enhorabuena por tu gran capacidad de tomar decisiones acertadas. Te felicito.

Kyra se enfureció. «¡Imbécil!»

—Lo hice lo mejor que pude. Tú me abandonaste a mi suerte, así que ahora no vengas a criticar mis decisiones. Baja del pedestal. No te conté que iba a Nueva York porque habrías querido tomar el mando de todo y eso era algo que no te incumbía. Estamos hablando de mis cosas, de mi niña, de mi ex, de mi idiotez —recalcó Kyra, con ironía—. No quería que te vieras envuelto en ella.

—¡Pero fue muy peligroso! —bramó él.

—No lo fue, Josh estaba allí por si pasaba algo.

—Josh estaba allí —repitió Mike en un susurro casi inaudible.

«¿Por qué no me habré mordido la lengua?»

Cuando guardaba silencio, Mike daba aún más miedo que cuando gritaba.

—Se lo contaste a Josh.

—Vive en Nueva York. No le costaba nada...

Él gruñó y, levantando las manos, se volvió y se marchó.

Kyra fue arrastrando los pies hasta la mecedora que Mike le había devuelto hacía pocos días. Desde entonces, había estado en ella varias veces, pero todas ellas con Mike. Se ovilló y se abrazó las piernas apoyando la barbilla en las rodillas. Sabía que eso pasaría, y ésa era la razón por la que no le había hablado de su viaje a Mike y la razón por la que casi todas sus cosas —menos los juguetes y las películas— seguían en el garaje de Angie. Sabía que, si Mike se enteraba, trataría de convencerla para que no fuera. Habría tomado el mando de la operación. A su manera. Todo tenía que hacerse siempre a su manera.

Mencionar a Josh había sido la gota que había colmado el vaso, pero llevaban tiempo dirigiéndose hacia ese precipicio en el que acababa de caer su relación. La llamada de Drake había sido el detonante. Habían perdido el control de sus emociones y se habían echado en cara viejas heridas, incapaces de comunicarse ni de encontrar un punto medio.

Mike se había marchado y era imposible saber cuánto iba a tardar en volver a hablar con ella. Y ella tampoco se había comportado con madurez precisamente; se había sentido amenazada y había reaccionado atacando, exactamente igual que cuando él le había propuesto matrimonio.

Lo importante ahora era ver qué iba a hacer al respecto. ¿Iba a quedarse allí escondida, huyendo de los problemas? No, de ninguna manera.



No sabía cuánto tiempo había pasado allí sentada, un par de horas, con toda probabilidad, porque ya estaba oscuro fuera. Tenía las piernas y el culo dormidos, así que le costó un poco ponerse en movimiento.

Eso no la detendría. Encontraría a Mike y lo obligaría a hablar con ella. Si quería discutir, discutirían, pero no iba a repetir los errores de la última vez.

Fue a buscar su bolso y, al pasar frente a la ventana del salón, vio que Mike estaba sentado en los escalones del porche, con la cabeza entre las manos. Se quedó inmóvil mientras agarraba el bolso con fuerza, observándolo. No se había marchado. Habían discutido pero él seguía allí. Cuando se convenció de que no iba a marcharse pero que tampoco tenía intención de llamar a la puerta, Kyra salió tan discretamente como pudo. Él no se movió, pero los hombros se le tensaron y así supo que la había oído. Sin decir nada, ella se sentó a su lado.

—No te has ido —susurró.

Él negó con la cabeza sin apartar la mirada del suelo.

—Josh llamó cuando estábamos a punto de salir hacia el piso. Se imaginó la razón de mi visita a Nueva York e insistió en acompañarnos. Y, por cierto, a él también le pareció una idea horrible.

Mike permaneció en silencio.

—Lo siento —dijo Kyra—. No debería haber sacado trapos sucios de esa manera.

—Yo también lo siento —replicó él—. He reaccionado como un idiota.

—Hemos perdido el control, como siempre.

Mike asintió.

—No quería insultarte. Sé que te las has arreglado muy bien sin mí. Has conseguido una carrera brillante y has criado a una hija maravillosa tú sola. No tenía derecho a llamarte *estúpida* ni a burlarme de tus decisiones.

—Bueno, la verdad es que no contártelo fue un poco estúpido.

Se quedaron allí sentados, aferrándose a esa frágil tregua.

—¿Por qué llevas el bolso encima?

—Porque iba a buscarte.

La mirada de Mike se dulcificó.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

Él se pasó la mano por el pelo.

—No lo sé. Quería hablar contigo. Sin discutir, sólo hablar. ¿Puedo entrar? Me gustaría mucho. —Kyra abrió la boca, pero él siguió hablando—: Sólo para sentarme en el sofá y ver una peli o lo que sea que vayas a hacer esta noche.

Mike contuvo el aliento mientras esperaba a que Kyra dijera algo.

Aunque se había enfadado mucho con ella, no había pasado del porche. No había podido marcharse. Era su pesadilla recurrente: se apartaba un momento y, cuando se daba la vuelta, Kyra había desaparecido. Era impredecible. Una vez no se la había tomado en serio y las consecuencias habían sido desastrosas para ambos; no volvería a hacerlo nunca más.

Kyra se levantó y le ofreció la mano. Cuando él se la dio, tiró de él.

—Vamos.

Mike la siguió hasta el salón.

Kyra dejó el bolso en una silla y se volvió hacia él. No se habían soltado la mano.

Se arrodilló ante él sin dejar de mirarlo a los ojos en ningún momento y le agarró la erección que palpitaba bajo los pantalones.

Maldiciendo, Mike echó la cabeza hacia atrás, y cuando Kyra empezó a desabrocharle los botones, él trató de impedirlo.

—Nena...

—Déjame, Mike. Soy yo.

Precisamente por eso no debería permitirselo.

Kyra le acarició el tatuaje que tenía en el abdomen, resiguiendo las líneas de su nombre. Luego se inclinó y le besó la piel, trazando con la lengua los diseños que antes había acariciado con el dedo.

—Me encanta que tengas mi nombre grabado en tu piel. —Volvió a levantar la mirada—. Por favor, te deseo.

Mike no podía negarle nada. No es que la llevara tatuada sobre la piel, la llevaba en lo más profundo de su ser; en su sangre, en sus huesos.

Kyra le bajó los vaqueros rápidamente y su miembro saltó rígido y orgulloso inclinándose hacia ella, como si quisiera llamar su atención.

—Me encanta tu olor —dijo acariciándolo con la nariz.

Él rio de forma débil.

—Tú hueles mucho mejor. Sólo de imaginármelo, se me hace la boca agua. ¿Quieres que te lo demuestre? Bájate los pantalones.

—Ni hablar —replicó ella pasándole la lengua a lo largo del pene—. No pienso permitir que me arrebates el control de la situación. Esta vez no.

Él sonrió con ironía.

—Te prometo que te va a gustar.

—Oh, ya lo sé, cielo. Sé que eres muy bueno, pero ahora me toca a mí.

Mientras lo agarraba con una mano y le lamía el miembro, Kyra separó las piernas, deslizó la mano bajo las bragas y luego le ofreció los dedos a Mike para que se los chupara mientras ella le pasaba los dientes suavemente por el glande.

—Tendrás que conformarte con esto de momento.

«Joder, está mojada...» Tenía los dedos húmedos y sabía tan dulce como siempre. ¿Cómo iba a conformarse sólo con eso? Se estaba volviendo loco de deseo.

Mike trató de hablar, pero antes de que pudiera decir nada, Kyra lo agarró con más fuerza y empezó a meneársela arriba y abajo mientras le lamía la punta alrededor del piercing con su boca de diablesa. Tomó las bolas metálicas entre los labios y tiró de ellas suavemente, haciendo que su erección creciera aún más.

Lo besó, lo lamió y jugueteó con el glande, pero cuando trató de desenroscarle el piercing, Mike se lo cubrió con la mano.

—No.

—Cielo, me encanta este trasto, pero con él no puedo comértela toda como me gusta. Me gusta sentirte en lo más profundo de la garganta. Quítatelo, anda. No puedes seguir ocultándote detrás de un piercing toda la vida.

—No me estoy escondiendo —replicó él, pero por su tono era evidente que estaba a la defensiva. Hasta él mismo se dio cuenta.

—Sí que lo haces. Antes te encantaba que te la comiera muy despacio y muy profundamente. Que te tragara todo lo que pudiera. Eres muy grande y no puedo hacerlo con ese piercing ahí.

Mike quería defenderse diciéndole que no se estaba escondiendo detrás de un estúpido trozo de metal, pero los ojos de Kyra lo tenían hipnotizado y no podía mentir. Sin embargo, no apartó la mano.

—Soy yo, Mike —repitió ella, susurrando y acariciándole la base del pene con la nariz—. Te regalé mi virginidad, deja que te dé placer. Puedes confiar en mí. Permite que te mire mientras te corres.

Él cerró los ojos e hizo una mueca. No quería bajar las defensas y quedar tan vulnerable ante ella. Le daba mucho miedo que Kyra viera sus sentimientos tan a flor de piel, pero no podía negarse. No era capaz de negarle nada.

Respiró hondo y relajó la mano que sujetaba la de Kyra. Se dio cuenta de que a ella le temblaba el pulso cuando trató de aflojarle la barra que unía las dos bolas del piercing. Cada roce de sus dedos era una auténtica tortura. Joder, estaba a punto de correrse sólo por ese leve contacto. Era patético.

—Por fin —dijo ella cuando lo consiguió.

Mike se sintió... desnudo, expuesto. No sabía si se debía a la ausencia del piercing o a que Kyra estaba arrodillada a sus pies, a punto de hacerle una felación, pero el caso era que estaba aterrorizado. Por el significado de lo que iba a pasar. Especialmente para él.

—Kyra...

—Soy yo, cielo —susurró ella. Lo conocía tan bien que daba miedo—. Nadie más que yo.

Le lamió la punta mientras con las manos le acariciaba cariñosamente el resto del pene. Luego se lo metió en la boca, caliente y húmeda. Mike pensó que no iba a sobrevivir. Todo su cuerpo se tensó. Cuando Kyra le sostuvo las pelotas en las manos y se las arañó con delicadeza antes de meterse el miembro un poco más adentro, el corazón de Mike dio tal brinco en el pecho que lo perdió de vista: se le había salido del cuerpo y había echado a correr.

Mike afianzó las piernas por miedo a caer de boca sobre ella si no lo hacía. Kyra le estaba haciendo una mamada y sus piernas elegían ese preciso momento para ponerse a temblar. Muy masculino.

Ella debió de darse cuenta porque lo empujó con suavidad.

—Siéntate, cariño.

Tambaleándose, él se dejó caer sobre el sofá.

—Cierra los ojos y disfruta —susurró Kyra.

—Ni soñarlo. Llevo demasiados años practicando sexo con los ojos cerrados, imaginándome que era contigo. Dándome prisa en llegar para no darme cuenta de que no eras tú la que estaba conmigo. No quiero volver a pasar por eso. Quiero tener los ojos bien abiertos y no perderme ni un solo detalle.

Los ojos de Kyra se oscurecieron al oírlo, brillando con una emoción a la que Mike no se atrevió a poner nombre.

Kyra lo adoró con las manos y con la boca, lamiéndolo y tratando de metérselo tan adentro como fue capaz. Luego, tras mantenerlo en la garganta un rato, lo soltó lentamente y lo succionó. La presión hizo que a Mike se le endurecieran las pelotas y sintiera una necesidad imperiosa de correrse. Necesitaba descargarse en su interior, pero ella sabía lo que se hacía y no tenía intención de permitirselo aún. Apretó el puño alrededor de la punta y oprimió con fuerza, murmurándole al oído hasta que la necesidad de correrse remitió un poco. Luego volvió a torturarlo otra vez.

Mike le retiró los mechones de pelo que le habían caído sobre la cara para no perderse ni un detalle. Quería ver sus ojos grises, la melena de color negro azabache y la boca rosada que se extendía alrededor de su polla; las mejillas que se ahuecaban cuando lo succionaba hasta volverlo loco. Estaba perdiendo el control y no iba a poder resistir mucho más.

Le agarró la cabeza y tiró de ella.

—Nena, voy a correrme. Joder, para...

Kyra ignoró su ruego poco convencido. Siguió aferrada a él y no dejó que se retirara de su boca. Iba a correrse, no podría evitarlo.

—Joder, nena. Me corro...

Mike maldijo y se estremeció, incapaz de controlar sus reacciones cuando el clímax se apoderó de él dejándolo vulnerable ante Kyra, desnudo en cuerpo y alma. Ella era la dueña de su placer. Su corazón destrozado volvía a estar en sus manos.

Kyra se tragó su semen, algo que Mike no había permitido hacer a ninguna otra mujer. No dejaba que ninguna llegara hasta el final. Las arrancaba de su miembro a base de fuerza bruta, se clavaba en su sexo y las follaba hasta que se corrían. Y luego se corría él, pero con Kyra no tenía esa fuerza de voluntad. No tenía fuerza de ningún tipo; no podía parar a tiempo; no podía darle órdenes. Estaba a su merced.

Cuando Mike recuperó la conciencia, se encontró inclinado sobre ella. Tenía la cara enterrada en su pelo y la estaba abrazando con fuerza mientras ella le acariciaba los muslos.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Kyra.

Él la besó, notando su sabor en ella. Joder, qué bien combinaban.

—No lo sé. No puedo moverme.

—Oh, estoy segura de que te recuperarás enseguida —dijo ella, aguantándose la risa.

Mike no estaba tan seguro. Su cuerpo, era probable, pero ¿su corazón? Estaba por ver.

Esa noche, después de follarla fuerte y rápido, de tomarla lenta y suavemente, y de hacer que se corriera tantas veces que perdió la cuenta, se quedó en la cama, agotado y tenso al mismo tiempo. No, su corazón no iba a recuperarse nunca.

Kyra estaba en la calle Mayor, enfrente de la tienda de regalos, sin entender nada. Habría jurado que había dejado el coche aparcado allí el día anterior, pero al parecer no había sido así, porque allí no estaba. Tal vez lo había dejado un poco más abajo. Últimamente estaba muy distraída, y no era la primera vez que lo perdía. La última vez lo había encontrado varias calles más lejos, por no hablar de cuando Mike le había dicho que tenía una rueda pinchada y que se había ocupado del tema. En esa ocasión también había perdido de vista el coche durante varios días.

Al pasar frente al taller del pueblo, se detuvo en seco. ¿Ése no era su Fiat?

—Hola —la saludó una rubia que llevaba un mono de trabajo negro anudado a la cintura y una camiseta de tirantes blanca debajo—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Mmm, ése es mi coche, ¿no?

La chica abrió la boca sorprendida.

—¿Kyra?

—Sí.

La mecánica le ofreció la mano.

—Soy Rachel, la nieta de Wilma y encargada del taller. He oído hablar mucho de ti. —Al ver la expresión de Kyra, se echó a reír—. No te preocupes, sólo cosas buenas.

—Me alegro de conocerte, Rachel. Es mi coche, ¿no? —repitió ella—. ¿Cómo es que está aquí? ¿Quién lo ha traído?

Rachel miró a su alrededor.

—No estoy segura. Acabo de llegar.

Kyra había oído que Rachel era una mecánica de primer nivel. Vamos, sólo hacía falta echarle un vistazo al coche de su abuela para darse cuenta. Sin embargo, se le daba muy mal mentir.

En ese momento, un tipo salió del despacho del taller.

—Rach, han llamado los de la pieza que pediste ayer para la abuelita oxidada. Llegará mañana.

Kyra miró a su alrededor. El único coche que respondía a la descripción de «abuelita oxidada» en todo el garaje era el suyo. Entonces todo encajó. Su coche iba mucho mejor últimamente, siempre y cuando lograra encontrarlo, claro. Recordó que una vez que estaba segura de haberlo dejado en un sitio, Mike la convenció de que estaba equivocada.

Sí, claro.

La había engañado. Igual que el día del neumático pinchado.

—Gracias, Nico —refunfuñó Rachel—, muy oportuno.

El hombre hizo una mueca.

—Lo siento, jefa.

—¿Hay alguna posibilidad de que creas que la «abuelita oxidada» es una de las chicas de oro de Alden? —preguntó Rachel volviéndose hacia Kyra.

—Oh, sí, claro. Y la pieza que te llegará mañana es... ¿una rodilla de recambio? Mike te ha estado trayendo mi coche, ¿no?

—Creo que voy a acogerme a la quinta enmienda.

Cuando pillara a Mike a solas se iba a enterar.

—¿Podrías enviarme las facturas a mí, por favor?

No sabía cómo se las arreglaría para pagarlas, pero ya encontraría la manera.

Rachel negó con la cabeza, levantando las manos.

—No, no puedo. Mike me cortaría el cuello.

—Por eso no sufras. Yo le cortaré el suyo antes —le aseguró Kyra.

La mecánica le dirigió una mirada comprensiva.

—No seas muy dura con él. Tiene buenas intenciones y tu coche era un peligro público.

Como si no lo supiera, pero eso no era asunto de Mike; era asunto suyo. Y, encima, lo había hecho a sus espaldas. Le debía ya tanto dinero que, aunque viviera cien años, no acabaría de devolvérselo nunca.



—Mira, estaba a punto de ir a tomar un café —le dijo Rachel. ¿Te apetece uno?

Kyra podía elegir entre tomar un café, enfadarse o echarse a llorar, así que escogió el café.

Rachel la guio hasta una sala situada en un rincón del local.

—No mires mucho: está hecho un desastre —le dijo. Se acercó a la cafetera—. Es la habitación de los chicos.

Al ver que Kyra la miraba sin comprender, añadió:

—Solían venir a mi despacho a descansar y no me importaba, pero cuando empezaron a colgar pósteres de chicas en las paredes, me di cuenta de que necesitaban su propio espacio. Paso de ver todo el día el trasero de miss Julio o las enormes domingas de miss Diciembre. A mí me va más el rollo Hello Kitty —confesó guiñándole un ojo.

Pues sí, el rollo Hello Kitty no pegaba nada con los calendarios y los desplegados de las revistas que llenaban las paredes de la salita.

—Así que Mike ha estado trayéndote mi coche —dijo Kyra tras darle un sorbo al humeante café.

—No siempre —replicó Rachel, que parecía un poco avergonzada—. Algunas veces enviaba a Max. Otras nos llamaba por teléfono y nos decía dónde estaba para que fuéramos a buscarlo.

«Fantástico —se dijo Kyra—. Medio pueblo está en el ajo.»

—¿Y la llave? —Kyra no recordaba haberla echado de menos.

—Cielo, tu coche es un clásico, pero no es ninguna maravilla a nivel de seguridad. Cualquiera que tenga una horquilla de pelo puede abrirlo, por no decir que un par de tipos musculosos podrían levantarlo y traerlo a hombros sin sudar mucho.

Kyra se echó a reír. Lo suyo había sido amor a primera vista. En Nueva York no necesitaba coche, pero era tan pequeño y tan mono que no había podido resistirse a la tentación. Lo había dejado aparcado en un garaje con la intención de llevarlo a reparar cuando acabara la gira con Amantis, pero después las cosas se complicaron.

—Tienes razón —convino—. ¿Cuántas reparaciones le has hecho ya?

—Hemos estado algo ocupados últimamente y han tardado en traernos algunas piezas, pero hemos avanzado bastante. Hemos cambiado los frenos, el motor, el termostato... De chapa y pintura no hemos tocado nada, claro.

—Me imagino. Mike es un hombre de recursos, pero ni siquiera él podría inventarse una excusa creíble para justificar que mi coche apareciera de repente con guardabarros nuevos, sin rastro de óxido.

—Oh, yo no estaría tan segura. Al menos, lo habría intentado.

Kyra estaba convencida.

—Ahora que se ha descubierto el pastel, no puedo permitir que sigáis adelante con la operación. Soy la dueña del coche secuestrado, y exijo ser yo quien pague el rescate.

Rachel se echó a reír.

—No te prometo nada. Tengo que hablar primero con el otro secuestrador y cerebro del plan.

Rachel era muy divertida. A Kyra le había caído muy bien, lo que no solía pasarle muy a menudo. No le resultaba fácil hacer amigas, ya que siempre tenía la sensación de que caía mal a las demás mujeres. Aparte de Alexa y de Angie, no tenía más amigas, aunque desde que había empezado a dar clases estaba conociendo a muchas mujeres. Y, aunque algunas de ellas seguían mostrándose esquivas, eran la minoría.

—¿Cómo puede ser que no nos conociéramos? Yo me críe aquí.

—Pero yo no. Mis padres se divorciaron y crecí lejos de aquí. Me instalé en Alden hace diez años.

Kyra frunció el ceño.

—Yo vivía aquí hace diez años.

—Sí, pero diez años antes, Rebecca, Greta y mi abuela no se metían en tantos líos como ahora. O tal vez sí, pero como eran más jóvenes, no nos necesitaban para salir luego del apuro. Por eso no tenía tanto trato con Mike.

Bueno, era una explicación, sí. Y diez años antes, Kyra estaba en la universidad, compartiendo apartamento con Mike. Pasaba poco tiempo en el pueblo.

—Cinco años atrás, la cosa empezó a salirse de madre —siguió diciendo Rachel—. La última vez tuve que prometerle a la policía de Alden que cambiaría el aceite de toda la flota de vehículos del departamento si las

soltaban. Por suerte, estamos hablando tan sólo de tres coches.

—Y ¿qué hicieron?

—Oh, estás mejor sin saberlo, te lo aseguro —respondió Rachel, sacudiendo la cabeza antes de darle un nuevo sorbo al café—. Pero, volviendo al tema de tu coche, es un vehículo *vintage* fantástico.

—¿Mi «abuelita oxidada»? —bromeó Kyra.

Rachel se ruborizó.

—Es un apodo cariñoso.

—Lo sé.

—Me encantaría restaurarlo, la chapa también. Hacía siglos que no me encontraba con uno de éstos. Has visto el coche de mi abuela, ¿no? Pues reparar el tuyo sería una gran publicidad para el taller. Podría...

El móvil de Rachel sonó en ese momento.

—Hablando del rey de Roma...

Al leer el mensaje, Rachel se atragantó y se echó el café por encima.

—¿Estás bien? —le preguntó Kyra, dándole golpecitos en la espalda.

—No estoy segura. —Rachel se secó con una servilleta de papel y tecleó algo. Cuando le llegó la respuesta, se echó a reír.

Kyra se la quedó mirando sin entender nada.

—¿Va todo bien?

—Perdona —dijo Rachel levantando la vista de la pantalla del móvil—. Es mi abuela. Ojalá dejara de escribir mensajitos. Por el bien de la humanidad.

Ante la expresión de estupor de Kyra, le ofreció el teléfono para que leyera. El primer mensaje era de Wilma:

Soy un macho ahora.

¿Cuánto rato vas a estar arreglándote el chocho?

La respuesta de Rachel fue:

Abuela, ¿qué demonios...? ¡Por favor, lee los mensajes antes de enviarlos!

Y los siguientes mensajes de Wilma:

Oh, Dios mío. ¡Me marcho ahora!  
¿Cuánto tiempo vas a estar arreglando el coche?  
Jesús, María y José.  
¡JOSÉ! ¡Maldito autocorruptor!

Mientras se reía, Kyra vio que entraba un nuevo mensaje.

Y ¿a estos trastos los llaman teléfonos inteligentes? ¡Anda ya!

—Madre de Dios, qué peligro tienen —comentó Kyra secándose las lágrimas.

—Qué me vas a contar.

—No me acuerdo de la última vez que me reí tanto. Ah, sí, fue cuando Rebecca me envió un emoticono de una caca con ojos pensándose que era un bombón.

Rachel asintió.

—Ah, sí. La primera vez que miraron los emoticonos no llevaban las gafas puestas. Mike y yo hemos tratado de aclarárselo un montón de veces, pero no nos hacen caso. Lo de los emoticonos es grave, pero es un juego de niños comparado con los mensajes. Tiemblo cada vez que mi hermano pequeño le pide el móvil.

Esa noche, Mike acabó de trabajar temprano y fue a ver a Kyra. No había nadie en la casa, pero oyó voces y las siguió hasta el patio trasero. Sam y ella estaban sentadas en las tumbonas, de espaldas a él, pintándose las uñas de los pies de color rosa claro, como el algodón de azúcar.

Mike se apoyó en el marco de la puerta disfrutando de la imagen, empapándose de ella. Estaban cantando algo que recordaba haber oído en el videojuego de baile.

Delante tenían el diminuto barreño con dos dedos de agua que Kyra se empeñaba en llamar *piscina*.

De pronto Sam empezó a canturrear felizmente y se volvió hacia su madre.

—Mamá, me gusta mucho Mike. ¿Podemos quedárnoslo?

Kyra se echó a reír.

—Sam, cariño, Mike no es un perro, no podemos quedárnoslo.

—¿Por qué no? Creo que a él le gusta estar con nosotras. Estoy segura de que querría quedarse.

—Además, estoy bien educado —dijo él a su espalda—. No voy meándome por los rincones ni me como las zapatillas. Harías bien quedándote conmigo.

Kyra se ruborizó mientras Sam le dirigía una sonrisa radiante al ver que se acercaba.

—Yo me quedaría contigo aunque hicieras todas esas cosas —comentó.

—Muchas gracias, pequeñaja, pero igualmente trataré de no hacerlo. — Se sentó en la tumbona, detrás de Kyra, y la abrazó—. ¿Qué están haciendo mis mujercitas?

—Nos estamos pintando las uñas. Voy a dormir fuera esta noche — respondió Sam radiante moviendo los dedos de los pies—. ¿Qué te parecen?

—Molan —respondió él.

—La verdad es que molan tanto que lo mejor será que te lleves el esmalte en la bolsa —le aconsejó Kyra—. Seguro que todas las niñas querrán que se las pintes.

La cara de la pequeña se iluminó.

—Qué buena idea, mami. Voy a preparar la bolsa. —Se levantó de un salto y, rodeando el cuello de su madre en un abrazo, le dio un beso escandaloso.

—¿Hay alguno de éstos para mí también? —preguntó Mike.

Antes de haber acabado la frase, Sam ya estaba abrazándolo y dándole un besazo en la mejilla.

Cuando la niña entró corriendo en la casa, él le susurró a Kyra al oído:

—Por si aún tienes dudas, nena, me encantaría que os quedarais conmigo.

Ella sonrió y meneó los dedos de los pies.

—Supongo que mis uñas también te gustan.

En los pies de Kyra, ese color de esmalte no quedaba molón. Quedaba jodidamente sexi.

—Sí. Esta noche voy a chuparte los dedos uno por uno —dijo él.

Ella se sintió decepcionada, esperaba otra reacción.

—Después de follarte —añadió Mike.

Kyra se echó a reír.

—Vale, si es así, te doy permiso.

A Kyra le gustaba tanto el sexo como a él, y Mike estaba muy agradecido por ello.

—Por cierto, cariño —siguió diciendo ella en un tono engañosamente dulce—. ¿Hay algo que quieras contarme sobre mi coche?

Mike estaba sobre aviso. Había recibido un mensaje corto y claro de Rachel advirtiéndolo: «La función ha terminado».

—¿Aparte de que es un cacharro destartado? —repuso.

—Sí, aparte de eso. Esta mañana he estado en el taller de Rachel. No tenías derecho a hacer eso a mis espaldas.

—Tengo todo el derecho. Tú conduces ese trozo de chatarra, y tú eres mía, así que no pienso consentir que te pongas en peligro.

—No soy...

Él la interrumpió con un resoplido divertido.

—¿Qué? ¿Mía? Claro que lo eres. —Sam y ella eran suyas.

Kyra cambió de táctica.

—No tenías por qué hacerlo a mis espaldas.

—¿Ah, no? Y ¿qué me habrías dicho si te lo hubiera preguntado? Te habrías negado. Las reparaciones eran urgentes, no podían esperar más. Y no te quejes, que podría haber sido peor. Estuve a punto de mandar éste al desguace y comprarte un coche nuevo.

—Es que no puedo permitirme hacer reparaciones ahora mismo, Mike.

—Lo sé, por eso no te dije nada. Esto es entre Rachel y yo. Trata de pagarle las reparaciones, ya verás como no acepta tu dinero. Y, si tratas de pagármelo a mí, no sólo no aceptaré el dinero, sino que, encima, me cabrearé contigo.

—Así que las opciones son: me lo trago o me lo trago, ¿no? —se quejó Kyra.

A Mike le hizo gracia su manera de exponerlo.

—Sólo si te apetece, nena —replicó con una sonrisa de medio lado.

Kyra trató de darle un codazo en las costillas, pero él lo impidió abrazándola con más fuerza.

—Y ahora que tocamos el tema, y aprovechando que ya estás enfadada conmigo, vamos a tener que cambiar la piscina. Yo también quiero usarla, y necesito algo más profundo.

—Tienes una piscina de primera en casa de tus padres —replicó ella—. Úsala.

—No. Quiero una para poder bañarme contigo y con Sam siempre que me apetezca. —Al ver la expresión alarmada de Kyra, se apresuró a añadir—: Tranquila, no pienso traer a una cuadrilla de trabajadores a que te agujereen el patio. Estaba pensando en comprar una como la que tienes, pero más grande. De ésas con un trampolín, pero portátil, para que puedas recogerla en invierno. No te quejarás, estoy dispuesto a llegar a un compromiso.

—Mike...

—Di que sí, hazlo por mí. O la pongo aquí o la pongo en mi piso, y dudo que sea lo mejor para el suelo de tarima.

—O sea, que si te digo que sí, te estoy haciendo un favor —dijo Kyra, dándose cuenta de su estrategia.

—Exacto.

Ella soltó el aire con fuerza.

—¿Hay alguna posibilidad de que me escuches y tengas mi opinión en cuenta?

—Siempre te escucho, nena. Siempre. Y siempre tengo tu opinión en cuenta. Pero la verdad es que necesitas una piscina nueva y yo puedo pagarla. No veo dónde está el problema.

—Ya, visto así... —refunfuñó ella.

Mike guardó silencio. Entendía el punto de vista de Kyra. Siempre le había gustado ser independiente económicamente, pero desde que conocía sus auténticos antecedentes familiares, comprendía los motivos que la impulsaban a ello. Siempre había necesitado hacer las cosas por sí misma, y las cosas no habían cambiado.

—Déjame cuidar de ti y de Sam —le susurró al oído con los ojos cerrados—. Me gusta cuidar de ti, me gusta mucho.

—Pagamos la piscina a medias. Y no vuelvas a secuestrar el coche a mis espaldas.

—Trato hecho —dijo Mike. «En tus sueños, nena», añadió para sus adentros.

Su respuesta fue tan rápida que Kyra se volvió hacia él y lo miró con desconfianza, pero en ese momento Sam se acercó a ellos corriendo.

—Vámonos, estoy lista.

Mike se levantó. Kyra trató de imitarlo, pero antes de que pudiera ponerse en pie, él se la cargó encima del hombro.

—¡Mike! —gritó—. Bájame.

—Es por las uñas. Por si no están secas del todo.

Sam se echó a reír y Mike se contagió de su risa.

—Ni se te ocurra volver a mojarme con la manguera —le advirtió Kyra al tiempo que le daba una palmada en el culo.

—¿Cómo piensas una cosa así? —replicó él, guiñándole el ojo a la niña.

A Sam se le escapó una carcajada.

—¿Qué tenemos aquí?... Mi esposa y mi hija jugando a papás y a mamás con otro tipo —dijo alguien que acababa de llegar.

Al alzar la vista, Mike vio a Drake en la verja del jardín.

Kyra dejó de resistirse y se quedó paralizada.

Mike la bajó entonces al suelo. Debería estar roja de haber estado cabeza abajo, pero se había quedado blanca como el papel, igual que Sam. La niña se escondió detrás de Mike, ocultando la cara detrás de su muslo y apretándole la pierna con fuerza. Estaba asustada.

—No quiero hablar contigo. Lárgate —le ordenó Kyra.

Trató de dar un paso hacia él, pero Mike lo impidió colocando un brazo ante ella en un gesto protector.

Drake les dirigió una sonrisa irónica.

—Tenemos un tema pendiente. Te llevaste mierdas que eran mías y quiero recuperarlas.

—Te ha dicho que no quiere hablar contigo. Lárgate —replicó Mike y, volviéndose hacia Kyra, añadió—: Nena, lleva a Sam adentro. Yo me ocupo de esto.

Kyra estuvo tentada de discutir, pero en el último segundo asintió y, tras tomar a la niña de la mano, entró en la casa.



—Así que tú eres Mike —preguntó el gilipollas, rezumando desprecio por la boca.

—Sí. —Mike esperó a que los pasos se alejaran y a que la puerta de la casa estuviera cerrada para seguir hablando, ya que no quería arriesgarse a que Sam los oyera—. Y tú eres Drake, el cabrón que dejó a su hija y a su mujer sin blanca, después de mandarla a la cárcel...

—Ella me ofreció el dinero en el juicio del divorcio. Y, respecto a la cárcel, ya sabes lo que se dice: sálvese quien pueda. Mejor ella que yo —añadió mirando a Mike de arriba abajo con desprecio—. Me llamó por tu nombre muchas veces, al principio, cuando la muy zorra aún se dignaba hablar conmigo.

Al oír la palabra *zorra*, Mike gruñó y se acercó hasta que sus narices quedaron casi tocándose.

—No vuelvas a llamarla de ese modo o tendrás que buscar los dientes por el suelo.

Drake lo ignoró.

—Y luego pasé años oyéndola decir tu nombre en sueños. La verdad es que me has decepcionado; después de tanta expectación y de tanto oírla decir lo hombre que eras, me esperaba..., no sé, a una especie de Superman.

—No soy Superman, pero te romperé todos los huesos del cuerpo si vuelves a acercarte por aquí. Ahora me pertenecen, y nadie trata mal lo que me pertenece.

—¿Te pertenecen? —Drake se echó a reír—. Lo dices como si te sintieras orgulloso de ellas. Sólo sirven para ocupar espacio; siempre están pidiendo, nunca contentas... Una carga.

A pesar de que Drake debía de pesar unos diez kilos más que él, sus reflejos no podían compararse con los de Mike, que lo agarró por el cuello y lo empotró contra el lateral de la camioneta.

El muy imbécil no tuvo el sentido común de callarse ni siquiera en ese momento.

—Y son tuyas mientras yo lo permita. Si empiezo a interponer demandas de paternidad, Kyra hará lo que a mí me dé la gana. Y lo haré cuando me apetezca, sólo por joder.

Antes de que Mike pudiera replicar o partirle la cara de un puñetazo, oyó la voz de Kyra a su espalda:

—No, ya no. Nunca más. Y si vuelves a acercarte a mí o a Sam, pediré una orden de alejamiento.

—Nena, vuelve a entrar. Yo me ocupo de esto.

Drake se revolvió.

—Zorra, devuélveme lo que te llevaste o...

No pudo acabar a frase, porque el antebrazo de Mike le presionó la tráquea.

—Te he dicho que no la llares así.

—¿Cómo te atreves a reclamarme que me llevara algo? —le espetó Kyra a su ex—. No me he llevado nada tuyo pero, aunque lo hubiera hecho, sería insignificante comparado con todo lo que tú me has quitado.

Drake no respondió, ya que estaba demasiado ocupado poniéndose morado y tratando de librarse de Mike.

—Entra, nena —repitió Mike—. Sam debe de estar mirando por la ventana. Ve con ella, yo sacaré la basura a la calle. —Tras esperar a que Kyra volviera a desaparecer, añadió dirigiéndose a Drake—: Puede que ella pida una orden de alejamiento, pero te aseguro que yo te mataré si te acercas por aquí. —Le dio un último golpe contra la camioneta antes de soltarlo—. ¿Qué clase de hombre deja que su mujer vaya a la cárcel en su lugar?

—¿Qué clase de hombre?... El hombre con el que se casó. Dudo que tú puedas decir lo mismo. ¿Me equivoco?

Mike apretó los dientes con tanta fuerza que estuvo a punto de partírselos. Aferrándose a la última hebra de autocontrol que le quedaba, dijo lentamente:

—Lárgate de aquí de una jodida vez y no vuelvas nunca.

Drake era un tipo duro, pero sabía reconocer cuando estaba frente a un rival más fuerte, y se marchó.

Mike permaneció quieto un buen rato, tratando de librarse de la furia que lo consumía por dentro.

Lo que deseaba hacer era perseguir a aquel cabrón y darle la paliza de su vida, pero no podía porque dentro de la casa había dos chicas asustadas y tenía que ir a tranquilizarlas.

«Sólo sirven para ocupar espacio...» Las palabras de Drake resonaban en la mente de Kyra. «¡Cómo se atreve!»

La adrenalina recorría el cuerpo de Kyra, que temblaba de indignación. Estaba furiosa y asustada, y doblemente furiosa por estar asustada.

—Mamá, ¿por qué está papá tan enfadado? —le preguntó Sam tirándole de la camiseta—. ¿Qué quiere?

—No lo sé, cariño.

Esperaba que su hija no lo hubiera oído hablando mal de ellas. Le había pedido que se quedara en casa, pero al volver a entrar por segunda vez, se la había encontrado asomada a la puerta. Por su cara, se veía que estaba muerta de miedo, pero igualmente estaba allí.

Cuando Mike se acercó a ellas, Kyra se le echó encima.

—¿Estás bien? —susurró con la cara enterrada en su cuello, abrazándolo con fuerza. Drake no tenía la formación de Mike en artes marciales, pero era más grande y corpulento. Y, sobre todo, no tenía ningún reparo a la hora de jugar sucio.

Él asintió.

—Sí, muy enfadado, pero bien —susurró con la cara hundida en el pelo de ella.

—¿Se ha marchado?

Mike la besó dulcemente.

—Sí, se ha marchado.

Tenía la mandíbula muy apretada, pero cuando se volvió hacia Sam, logró dirigirle una sonrisa.

Estaban demasiado alteradas para ir a ninguna parte, al menos de momento, y Mike parecía haberse dado cuenta. Echó un vistazo a la bolsa que Sam había dejado en un rincón y dijo:

—Tengo sed. ¿Por qué no nos sentamos un rato a tomar algo?

La niña asintió, dirigiéndole una sonrisa tímida.

—Buena idea —aprobó Kyra—. ¿Os apetece un poco de helado?

Dispuso unos boles sobre la mesa y, mientras preparaba un poco de café para acompañar el helado, Mike se acercó a ella y la abrazó por detrás.

—Gracias —murmuró Kyra.

—¿Qué ha querido decir con eso de que te habías llevado sus mierdas?

—No tengo ni idea, sólo me llevé mis cosas. Casi todo sigue en el garaje de Angie, pero no hay nada que pueda reclamarme.

Permanecieron en silencio durante unos momentos, con la barbilla de Mike apoyada sobre la cabeza de Kyra.

—Se equivoca —dijo él finalmente—. Lo sabes, ¿no? —Al ver que Kyra no respondía, la sacudió con delicadeza—. Se equivoca y está como una puta cabra. No eres ninguna molestia ni ninguna carga. Él sí que lo es. No lo olvides nunca.

—Vale —susurró ella, soltando el aire en un hondo suspiro. Aun así, el disgusto no se lo sacaba nadie.

Cuando el café estuvo listo y el helado en los boles, se sentaron en el sofá a ver la película que Sam había elegido.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí, mamá?

A Kyra se le rompió el corazón, pero le dirigió una sonrisa forzada.

—Claro.

Ella fingía estar bien por Sam, pero a Mike no lo engañaba. Sabía que todo era pura fachada por su parte, una cortina de humo. La pequeña, sin embargo, se fue calmando poco a poco, y pronto empezó a ser la misma niña charlatana de siempre.

—¿Aún quieres quedarte? No es tarde. Podemos acercarte si te apetece —le preguntó Kyra tan despreocupadamente como pudo. No quería separarse de su hija, pero tampoco quería que se perdiera algo que le hacía tanta ilusión.

Sam negó con la cabeza.

—Otro día.

Drake había vuelto a fastidiarle la vida.

—Pequeñaja —dijo entonces Mike—, ve a buscar mi chaqueta a la cocina. Tengo una sorpresa para ti.

Eso llamó la atención de Sam, que fue corriendo a la cocina.

—Había pensado dártelos mañana, pero puedes quedártelos ya —dijo Mike cogiendo la chaqueta que le tendía.

Cuando le dio el paquete que llevaba en el bolsillo, Sam empezó a gritar y a saltar en su peculiar versión de la danza de la victoria que a Kyra tanto le gustaba.

—¿Calcomanías que parecen tatuajes? —comentó Kyra, parpadeando con fuerza para no llorar de emoción. Sam llevaba días preguntándole cosas a Mike sobre sus tatuajes.

Él se encogió de hombros, vergonzoso.

—Sí, es temporal, pero es lo mejor que se me ocurrió.

Sam ya había abierto el paquete y estaba extendiendo los tatuajes por encima de la mesita baja.

—Me voy a poner éste —dijo—. Y éste. Y éste. ¡Oh, me los voy a poner todos!

Cuando acabó de ponérselos, los brazos de la niña parecían los de un viejo marinero.

A pesar de los nervios por la novedad, Sam pronto estuvo demasiado cansada, y Kyra la acompañó a la cama y se tumbó con ella hasta que se durmió.

Haber tenido que fingir tanto delante de su hija la había dejado exhausta. Se fue directa a su habitación, donde, una vez más, se enroscó en un rincón de la cama.

Oyó que Mike se acercaba pero no se movió. Él se tumbó a su lado y la abrazó por detrás.

—Nena, dime qué necesitas.

Kyra no tuvo que pensarlo. Se volvió hacia él y enterró la cara en su pecho, abrazándolo con todas sus fuerzas.

—A ti. Te necesito a ti.

Él la abrazó.

—Me tienes. Siempre me has tenido y siempre me tendrás.

Permanecieron así un buen rato, sin moverse.

—¿Es verdad lo que dijo de mí?

—Eras un competidor muy duro —admitió ella—. Nunca estuvo a tu altura.

—Entonces ¿me querías en aquella época?

Kyra levantó la cabeza y asintió.

—¿Todavía me quieres? —Mike, el tipo más duro que una roca, parecía inseguro.

—Nunca he dejado de hacerlo, cariño. Ni por un segundo durante estos siete años.

—Necesito oír las palabras, gatita. Joder, necesito que me lo digas.

Kyra le tomó la cara entre las manos y se pinchó con su barba incipiente.

—Te quiero, Mike. Siempre te he querido, incluso mientras estaba casada con otro, te amaba. Te he querido durante tanto tiempo que no sé cómo no quererte. Si no te tengo a ti, no quiero a nadie más. Sin ti, apenas era capaz de funcionar. Me faltaba el aire. No podía reír ni vivir.

Mike la acercó hacia sí y la besó, lenta y profundamente.

—Llevo siete años esperando oírte decir que me quieres. Pensaba que no volvería a oírlo. —Volvió a besarla, con dulzura, mientras le acariciaba la cara con sus manos rugosas.

—Tú no me lo has dicho —protestó Kyra.

Él se echó a reír.

—Nena, ¿tengo que deletrearlo? Llevo tu nombre tatuado sobre la polla.

—Tú lo has dicho: sobre la polla. Es obvio que me deseas, pero yo hablaba de algo situado un poco más arriba.

—También estás ahí —susurró Mike. Le tomó la mano y, levantándose la camiseta, se la puso sobre el pecho—. Fíjate bien.

Kyra se quedó de piedra al ver a qué se refería. Había besado ese torso espectacular un montón de veces, pero nunca se había fijado en que su nombre también estaba allí. Casi invisible, ya que estaba entrelazado con el tatuaje, pero estaba allí, sobre su corazón.

—Te quiero, Kyra. Nací para amarte. Para mí, siempre has sido tú. He hecho de todo tratando de olvidarte, pero al final tuve que admitir que moriré amándote.

Kyra le sostuvo la mirada mientras las lágrimas rodaban silenciosamente por sus mejillas. La expresión de Mike era totalmente sincera. No le estaba diciendo palabras bonitas, le estaba diciendo la verdad.

—Llevo tantos años enamorado de ti que no sé qué hacer con mi vida si no te tengo a mi lado.

Kyra se movió, colocándose sobre él, y le besó los ojos, la nariz y el pecho, mientras se detenía a acariciarle el tatuaje.

—Un tatuaje triste —murmuró recordando lo que le había dicho a la niña.

—No, ya no lo es, nena.

—Me deseas —susurró Kyra contra sus labios al notar la erección de él golpeándole el muslo.

—Eso siempre.

—Mike, tengo muchas ganas de hacer el amor contigo, pero Sam estaba muy asustada, y cuando está asustada tiene el sueño muy ligero. Tengo miedo de que se despierte y venga a la cama.

Mike la besó y le dio la vuelta, poniéndola de lado.

—No estoy aquí sólo por el sexo.

Kyra pensaba que esa noche le iba a resultar imposible dormir, pero entre los brazos de Mike se sentía tan a gusto y tan protegida que pronto se relajó y se durmió.

No sabía con qué había estado soñando Kyra, pero se despertó sobresaltada, con el corazón latiéndole con tanta fuerza en el pecho que hasta él podía oírlo. Se dio cuenta en cuanto ella abrió los ojos en la oscuridad, ya que su cuerpo se tensó de repente.

—Nena, cálmate —le susurró al oído—. Soy yo, Mike. Todo va bien.

Kyra se revolvió tratando de liberarse pero él siguió abrazándola.

—No puedo respi...

—Sí puedes respirar, amor mío. Cálmate.

Kyra no podía soltarse, aunque Mike tuvo cuidado de no abrumarla. Permaneció quieto, esperando que ella se calmara por sí sola..

—Escucha mi voz. Estamos en tu habitación, delante de una gran ventana. Las cortinas están corridas, pero no tienes por qué asustarte. Puedes respirar. Siente mi pecho que sube y baja a tu espalda. Siente el tuyo propio —añadió tomándole la mano y llevándola hasta allí.

Kyra se quedó quieta, expectante.

—Concéntrate en mi respiración. Y en la tuya.

Muy lentamente, ella se fue calmando.

—¿Por qué has corrido las cortinas? —le preguntó al cabo de un rato con la respiración aún un poco alterada.

Con Drake cerca, no quería darle la oportunidad de espiarlos.

—No quería que nadie pudiera vernos desde fuera —explicó él—. Por eso lo hice.

Iría a registrar el garaje de Angie a primera hora de la mañana. Los ojos de Drake transmitían desesperación. Estaba buscando algo importante y no iba a rendirse tan fácilmente.

Kyra se volvió hacia él y lo abrazó, ocultando la cara en su cuello.

—Mike, siempre tomo decisiones equivocadas.

Él se tensó.

—¿A qué te refieres?

—Abandoné a la persona que me quería y me respetaba y me quedé con un hombre que me maltrataba. ¿Qué dice eso de mí, eh? Cuando debería haberme quedado contigo, me fui. Cuando debería haber abandonado a Drake, me quedé. Soy un desastre, por decirlo de un modo fino.

—No es verdad. Tomaste la decisión correcta en cada caso. Si te hubieras quedado, habrías acabado odiándome por haberte cortado las alas. —Kyra trató de negarlo con la cabeza, pero él la besó y luego siguió hablando —: Te habrías arrepentido enseguida de no haber seguido la llamada de tu vocación. Quiero creer que yo habría cambiado de opinión con el tiempo y que habríamos llegado a una solución pero, francamente, tal vez habría sido demasiado tarde. Podríamos habernos hecho mucho daño de manera irreparable.

Estaban locamente enamorados el uno del otro, pero eran jóvenes e inmaduros, demasiado jóvenes para darse cuenta de lo que se arriesgaban a perder. Kyra le había ocultado muchas cosas y Mike tenía muy claro lo que deseaba en la vida, por lo que su relación estaba casi condenada a estrellarse contra un muro tarde o temprano.

—Y te quedaste con Drake por el bien de Sam. Quisiste darle una oportunidad a tu matrimonio para que tu hija tuviera un padre. Elegiste lo que tenías que elegir porque eres una mujer muy fuerte. Por eso te quiero tanto.

Rebecca tenía razón. Todo sucedía por algún motivo. El destino tenía un plan y las cosas pasaban porque tenían que pasar.

—Si te hubieras quedado conmigo, Sam no habría nacido. Y, por mucho que odio a su padre, la niña es igual que tú y es maravillosa. No la querría más si fuera de mi propia sangre.



Kyra lo besó con los labios temblorosos mientras él le apartaba el pelo de la cara.

—Mike, ¿qué crees que hará Drake ahora?

Él la hizo callar, abrazándola con más fuerza.

—Ahora estás conmigo y no tienes que preocuparte de nada. Duerme, mi amor, yo me ocuparé de todo.

Y ella así lo hizo. En la oscuridad, después de haber estado a punto de sufrir un ataque de pánico, él la oyó suspirar y relajarse.

—¿Mike? —murmuró antes de volver a dormirse.

—Estoy aquí, nena. Siempre estaré aquí. No voy a ir a ningún sitio, nunca más. ¿Te queda claro?

—Bien —susurró ella antes de dormirse del todo.

Mike permaneció despierto, escuchando su respiración lenta y acompasada, con el corazón en un puño.

Oyó que Sam se acercaba antes de que la niña llamara a la puerta y entrara.

Mike había pensado en comprar un pestillo para evitar que Sam los pillara in fraganti, pero finalmente había preferido no hacerlo. La niña solía dormir como un tronco y de momento no se había despertado nunca. Además, Mike tenía el oído muy fino. No importaba lo que estuviera haciendo, estaba seguro de que la oiría acercarse.

En resumen, no quería que la niña se llevara la impresión de que le negaba el acceso a su madre.

—¿Qué pasa, pequeña?

Sam estaba moviéndose a un lado y a otro, inquieta, al pie de la cama. El pijama de manga corta dejaba al descubierto los brazos llenos de calcomanías. Las había colocado de tal manera que se parecieran a los tatuajes de Mike.

—¿Puedo quedarme con vosotros?

—Claro —respondió él—. Sube.

Había sitio libre en el lado de la cama de Kyra, pero la niña se coló entre los dos. Volviéndose hacia Mike, escondió la cabeza en su pecho y lo abrazó con fuerza. Kyra no se despertó, pero debió de notar que su hija estaba allí, porque la abrazó y le acarició la cabeza con la barbilla.

—Duerme, pequeña. Aquí estás a salvo.

Mike permaneció inmóvil, tratando de no fijarse en lo tensa que estaba la niña, aferrada a él como si le fuera la vida en ello. Poco a poco se fue relajando hasta que se durmió. Para entonces, Mike estaba furioso. Drake había tenido suerte de que Kyra y Sam estuvieran cerca, de lo contrario, le habría dado tal paliza que lo habría dejado tumbado en el suelo. ¿Quién hablaba de su hija de esa forma? Sobre todo si la niña podía oírlo. Sam y Kyra no eran ninguna molestia, eran muy valiosas y merecían ser protegidas. Y Mike se aseguraría de que así fuera.

## 16

Mike se frotó la cara, frustrado, ante la puerta del garaje de Angie. Ya lo había revisado todo con Kyra. Habían revisado los libros, los papeles, los juguetes, las fotos y los muebles, pero no habían dado con nada que justificara la actitud de Drake. Sin embargo, fuera lo que fuese, tenía que estar allí. Ya habían revisado las cosas que Kyra había dejado en la antigua casa de Cynthia y no habían encontrado nada.

El ruido de un motor llamó su atención. Un Hummer negro se acercó y aparcó delante de la camioneta de Mike. Wata y Josh bajaron del vehículo.

—¿Qué hacéis aquí?

Josh ignoró la pregunta.

—¿Por qué están las cosas de tu mujer en el garaje de Angie?

«Eso me gustaría saber a mí», se dijo Mike.

Porque Kyra no había querido darle explicaciones sobre el origen de los objetos. Y que Josh lo supiera y probablemente hubiera ayudado a Kyra a meter los objetos en la camioneta de Angie lo sacaba de quicio.

—Te aseguro que mañana estará todo en su casa.

Josh sacudió la cabeza apiadándose de él.

—¿Dónde está Kyra?

—La he llevado al colegio, con Sam. La niña empieza la primaria este año y les están enseñando las instalaciones. ¿Qué hacéis vosotros aquí? — repitió Mike, que ya empezaba a perder la paciencia.

Fue Wata quien respondió.

—Bandana se ha puesto en marcha y Drake también. Algo se está cociendo.

—¿Cómo lo sabes?

—Drake estuvo aquí ayer, ¿verdad? —preguntó Josh.

—¿Quién te lo ha dicho? —¿Los habría llamado Kyra? ¿Acaso no confiaba en que Mike las mantendría a salvo?

Wata apretó los dientes.

—Alexa contrató a un detective privado para que lo siguiera y la avisara si Drake se acercaba a Kyra. Ayer llamó.

Por la expresión de incredulidad de su cara, a Mike le pareció que Wata no tenía ni la más remota idea de que su esposa hubiera contratado a nadie y que no le hacía ninguna gracia que lo dejara de lado en algo así.

—Y, mientras llamaba, le perdió la pista —añadió con un gruñido de frustración.

—Drake se marchó de Alden después de hablar con nosotros —contó Mike—. El sheriff me lo confirmó cuando lo llamé para contarle lo que había pasado y le di su matrícula. Pero volverá; está buscando algo que necesita desesperadamente.

—¿Lo has encontrado?

Mike negó con la cabeza.

—Estoy en ello. Lo estoy revisando todo otra vez —respondió perdiendo la paciencia.

Lo bueno era que no había hallado drogas. Después de todo, los objetos eran de Kyra, y sería complicado explicar a las autoridades que ella no tenía nada que ver. Pero, si llegara el caso, Mike se aseguraría de que ella no se viera implicada.

—Nosotros nos ocupamos de ese montón de cajas de la derecha —dijo Josh quitándose la chaqueta.

A Mike no le hacía mucha gracia que Josh estuviera cerca de Kyra, pero necesitaba todos los refuerzos con los que pudiera contar. Max estaba en una grabación en California. Cole estaba fuera haciendo una asesoría, y James seguía de luna de miel. Sabía que Josh y Wata querían lo mejor para Kyra, así que asintió y volvió a revisar los muebles.

En un cajón de una mesilla de noche vio un libro viejo en el que no se había fijado antes. Y al abrirlo, encontró un lápiz de memoria entre las páginas. El vello de la nuca se le erizó. Habían estado buscando drogas, dinero o documentos en papel, pero ¿y si lo que buscaba Drake eran archivos electrónicos?

—¿Lleváis un portátil en ese tanque? —preguntó señalando el Hummer.

La visita al colegio no les llevó mucho tiempo, así que Kyra volvió a casa andando con Sam.

Al cerrar la puerta se dio cuenta de que la casa estaba patas arriba. En el salón había cinco tipos enormes que se dirigían hacia ella. Kyra cogió a la niña y se volvió hacia la puerta para huir de allí, pero alguien la agarró del pelo y la alejó de la puerta.

—No tan deprisa, zorra.

«Oh, no, Dios mío...»

Kyra se volvió hacia la voz. Drake estaba a su espalda, con un cuchillo afilado en la mano y una sonrisa desdeñosa en la cara.

—¿Qué? ¿De verdad pensabas que el idiota de tu novio iba a detenerme? ¡Qué poco me conoces!

Drake la arrastró hasta el salón y, sin darle tiempo a recuperar el equilibrio, le dio una bofetada tan fuerte que la tiró al suelo. Durante un segundo, Kyra lo vio todo negro.

—¡Mamá! —gritó Sam, corriendo hacia ella.

Kyra se levantó tan deprisa como pudo y puso a la niña a su espalda.

—Deja que se marche —pidió—. No tiene por qué ver esto.

—¿Yo? Eso no depende de mí sino de tu cooperación. ¿Dónde coño está el archivo?

Wata fue a buscar el portátil al Hummer y, tras conectar el lápiz de memoria, abrieron el único archivo que contenía, que resultó ser un vídeo. En la grabación, Drake y otro tipo —que Mike reconoció como Bandana por las fotografías que le había mostrado Frank Zaba, el detective— hablaban sobre un gran cargamento de droga y de su distribución rodeados de un montón de guardaespaldas. Estaba claro que el vídeo lo había grabado alguien en secreto. Pero ¿quién? ¿Drake?

—¿Qué es esto? —preguntó Josh—. ¿Para qué quiere Drake una grabación que prueba que es un criminal? ¿Para destruirla? ¿Por qué no lo hizo cuando estaba en su poder?

—Es un seguro de vida —respondió Mike—. Esta grabación podría enviar a Bandana a la cárcel y Drake la quiere para cubrirse las espaldas y asegurarse de que Bandana no lo envía al fondo del océano.

Wata asintió.

—Tiene sentido, sobre todo porque Drake está jugando a dos bandas. Bandana ya debe de saber que no puede fiarse de él.

Estaba claro que el vídeo era lo que Drake estaba buscando. Y lo que Zaba necesitaba para encerrarlo.

Mike sacó el teléfono y marcó el número del detective. Como estaba comunicando, le dejó un mensaje, pero cuando colgó, el móvil empezó a sonar. Era su abuela.

—Abuela, ahora no tengo tiem...

—Mike, estamos en casa de Greta jugando a las cartas. Acabamos de ver a varios hombres entrando en la de Kyra.

Mike se quedó helado.

—¿Kyra y Sam están ahí?

—Sí.

«Joder.» Se suponía que estaban en el colegio.

—Abuela, escúchame bien. Llama al sheriff y quédate donde estás. No vayas a...

No pudo acabar la frase porque su abuela ya había colgado.

—Vamos —les dijo Rebecca a sus amigas, dirigiéndose a la puerta de atrás con una bandeja de galletas.

Greta frunció el ceño.

—¿Qué piensas hacer con eso?

—Una visita de cortesía. Nadie se resiste a mis galletas de chocolate.

—Y ¿qué hacemos con el tipo que está montando guardia en la puerta trasera?

—Ya improvisaremos algo —respondió Rebecca. Al fin y al cabo, eran tres contra uno. Y llevaban seis meses dando clases de defensa personal, algo se les habría pegado.

—Vale, vamos —dijo Wilma con decisión.

Mientras cruzaban el patio caminando despacio, inofensivas, el hombre apostado frente a la puerta se les acercó.

—Esto es una propiedad privada. ¿Qué hacen aquí?

Rebecca le dirigió una sonrisa de abuelita entrañable.

—Hemos traído galletas. ¿Es usted amigo de Kyra, joven?

—Sí —respondió el hombre bloqueándole el paso—. Ahora está ocupada. Yo se las daré.

Rebecca le dio la bandeja. Cuando el matón tuvo las manos ocupadas, le asestó un puñetazo en las pelotas y, cuando se inclinó hacia adelante, Greta lo golpeó en la nuez. Al mismo tiempo, Wilma sacó del bolso una pistola Taser y le dio una descarga. El tipo se desplomó sin hacer ruido, sacudiéndose mientras cincuenta mil voltios le recorrían el cuerpo.

Greta y Rebecca se quedaron mirando a su amiga.

—¿Qué? Por si acaso no acertabas en las pelotas —susurró Wilma, arreglándose el pelo y recolocándose el turbante.

—¿Aún tienes la Taser? —preguntó Rebecca sorprendida. Rachel se la había regalado a su abuela para que estuviera protegida. Al fin y al cabo, una anciana en un coche es un objetivo muy tentador—. Pensaba que la policía te la había confiscado cuando electrocutaste a aquel agente de seguridad que trató de devolverte el bolso que se te había caído en aquel aparcamiento...

—Me la confiscaron, pero luego se la devolvieron a Rachel para que la guardara en un lugar seguro. Ella cree que aún está en el desván.

—Bien. Coge las galletas. Haremos lo mismo con el siguiente tipo que salga.

—Va a ser que no, señoras. —Las tres ancianas alzaron la mirada hasta dar con un hombre que las estaba apuntando con una pistola—. Dejen la Taser en el suelo y entren en la casa.

—Maldición —murmuró Rebecca.

—Ellas no tienen nada que ver en esto —suplicó Kyra al ver que uno de los matones de Drake obligaba a las tres abuelas a entrar en el salón a punta de pistola—. Sólo son tres ancianas inofensivas.

El tipo de la pistola rio por lo bajo.

—¿Inofensivas? Estas ángeles de Charlie arrugadas han derribado a Snake de un rodillazo en los huevos y una descarga Taser. Está fuera de combate.

Drake levantó las cejas.

—No le han gustado mis galletas —murmuró Rebecca.

—Regístralas —ordenó Drake—, y al menor movimiento, golpéalas.

«Oh, no.» Kyra no podía soportar la idea de que Rebecca o sus amigas resultaran heridas por su culpa.

—No las toques, te traeré los documentos —dijo a la desesperada.

La cabeza le dolía horrores, tenía un ojo tan hinchado que sólo podía ver por el otro y estaba temblando como una hoja, pero encontraría esos malditos ficheros aunque fuera lo último que hiciera.

—No, los traigo yo —replicó Mike entrando por la puerta principal.

Drake se abalanzó sobre Kyra y la amenazó apoyándole la punta del cuchillo en la garganta. Los otros dos hombres encañonaron a Mike.

Kyra le dio entonces un empujón a Sam para alejarla de Drake.

—Suéltalas —le ordenó Mike a Drake, levantando las manos para mostrarle el lápiz de memoria.

Luego se oyó un disparo y todo se volvió muy confuso.

Mike se abalanzó sobre Drake, bloqueando su ataque y colocándose entre Kyra y su exmarido. El cabrón lo hirió con el cuchillo, pero Mike apenas lo sintió. Lo derribó y, una vez lo tuvo en el suelo, le dio una patada al cuchillo y empezó a propinarle puñetazos en la cara. Con el rabillo del ojo vio a Wata y a Josh, que habían entrado por la puerta de atrás y habían creado la distracción necesaria para tomar a los matones por sorpresa.

Cuando estuvieron todos reducidos, y mientras Drake se retorcía de dolor en el suelo, Mike miró a su alrededor.

—¿Kyra? ¿Abuela? ¿Estáis bien?

—Estamos bien —respondió Rebecca.

Kyra asintió con la cabeza.



Tenía el ojo muy hinchado. Sam estaba aterrorizada, con las mejillas cubiertas de lágrimas. Rebecca y sus amigas estaban temblando a causa de la impresión.

—Nena —dijo Mike cerrando los ojos y tratando de que la rabia que sentía no se le notara en la voz—, ¿puedes andar? —Cuando ella volvió a asentir, añadió—: Lleva a Sam afuera. Y a la abuela. A Wilma y a Greta también. —No quería que Sam oyera lo que tenía que decirle a Drake.

Después de que las mujeres obedecieran, él respiró hondo y, agarrando a Drake por las solapas, lo puso de pie de un tirón.

—Tengo tu jodido vídeo y lo he visto.

—Pues dámelo y acabemos con este circo —tuvo el cuajo de decir Drake.

Se oyó una risa burlona. Mike no habría sabido decir si era de Josh o de Wata.

—Ya puedes olvidarte de salir de aquí con el documento.

—Pues ¿qué coño propones? —murmuró Drake, escupiendo sangre.

—Tienes dos opciones: o le llevo el vídeo a Bandana, y en ese caso me temo que tu vida va a ser muy corta y desagradable, o vamos a la policía, denuncias a Bandana y, con suerte, te darán un trato especial por el tráfico de drogas y los asesinatos que le endilgaste a Kyra.

—No pienso aceptar la responsabilidad de esas jodidas muertes. Si esas zorras no sabían cómo pasar un buen rato sin morirse de una sobredosis, ¿qué culpa tengo yo?

—Eran menores de edad y era tu droga. Según la ley de Montana, es tu responsabilidad.

Drake le dirigió una sonrisa despectiva, pero no dijo nada.

—Por no hablar de que le colgaste la culpa a tu mujer.

Drake se echó a reír.

—¿Y qué? Su querida amiga Alexa la sacó de la cárcel. Estoy seguro de que no habría hecho lo mismo por mí. ¿Qué querías que hiciera?, ¿guardar la droga en mi equipaje? No soy tan idiota.

Mike estaba a punto de perder el control. O le quitaban pronto a ese gilipollas de delante o acabaría matándolo.

—Decide de una vez: ¿se lo llevo a Bandana o a la poli?

—¿Qué más da? En cualquier caso, estoy jodido. Los tentáculos de Bandana son muy largos, ni la policía podría protegerme.

—No es mi problema. Tendrás que arriesgarte.

Bandana era un auténtico criminal, y Drake le tenía miedo.

—Pues a la puta pasma, joder.

Alguien chasqueó la lengua desde la puerta.

—Ésa no es una buena manera de empezar una relación.

Frank Zaba hizo su aparición, seguido por el sheriff local y varios tipos vestidos con chalecos antibalas, como los que llevaban los agentes en las operaciones especiales.

—Somos tipos majos, pero tenemos nuestro corazoncito y no nos gusta que hablen mal de nosotros —siguió diciendo el detective mientras se acercaba a Drake y asentía con la cabeza en dirección a Mike.

—¿Cómo es que habéis llegado tan pronto?

—Ya estábamos de camino cuando has llamado.

Mike le entregó el lápiz de memoria.

—¿Lo habéis oído confesar que la droga era suya y que la escondió en la bolsa de Kyra?

—Sí, lo hemos grabado todo.

—Bien.

—En realidad, nunca he tenido elección, ¿no? —preguntó Drake a Mike, que negó con la cabeza.

—Te quedaste sin elección hace tiempo. Ahora ya sólo puedes asumir las consecuencias. Esta vez ya no puedes esconderte detrás de nadie.

Drake ignoró a Mike y se volvió hacia Zaba.

—Exijo inmunidad a cambio de declarar. Lo sé todo sobre los socios de Bandana y sobre su red de distribución.

—Exige todo lo que quieras —replicó el detective poniéndole las esposas—, pero antes tendrás que responder por un montón de acusaciones, asesinato incluido.

—No tenéis ninguna prueba de que la droga sea mía, y nadie me ha acusado formalmente.

—Vas a declararte culpable de todos esos cargos, además de los que te van a caer por lo que ha sucedido hoy aquí. Nos contarás todo lo que sabes sobre las operaciones de Bandana y luego ya hablaremos de hacer tratos si viene al caso. Si no colaboras, usaremos las grabaciones que tenemos para acusarte de todo lo que se nos ocurra. Vamos —dijo Zaba dándole un empujón.

Antes de que se lo llevaran, Mike se acercó a él, lo miró fijamente a los ojos y le dijo en voz baja y serena:

—Has entrado en casa de mi mujer. La has aterrorizado. Golpeado. Amenazado a su hija. Atacado a mi abuela y a sus amigas. Si hoy sales de esta casa con vida, por poco que valga esa vida, es porque eres el padre biológico de Sam. Sólo por eso. Kyra y Sam son mías ahora. No vuelvas a acercarte a ellas. No vuelvas a tocarlas. No vuelvas a hablar con ellas. Joder, no vuelvas a mirarlas. Para ti han dejado de existir. Si te acercas de nuevo a mi familia, Bandana y sus socios serán el menor de tus problemas. Te juro que la policía ni siquiera encontrará tu cuerpo.

Drake se volvió hacia Zaba.

—Me está amenazando.

El detective se encogió de hombros.

—¿De verdad? Yo no he oído nada.

Drake y Zaba salieron de la casa en primer lugar. Cuando Mike salió tras ellos, Kyra y Sam corrieron hacia él.

—Ya ha pasado todo. Todo está bien, estáis a salvo —dijo tras besar a Kyra y levantar a Sam en brazos.

Los agentes de policía que habían esposado a los matones de Drake estaban saliendo de la casa, seguidos por Josh y Wata. Gracias a Dios que le habían cubierto las espaldas.

Sin soltar a Kyra y a Sam, Mike inclinó la cabeza en dirección a los dos hombres para darles las gracias. Y ellos respondieron con el mismo gesto. Luego se dirigió hacia su abuela y las amigas de ésta, que estaban sentadas junto a una ambulancia.

—¿Estáis bien?

Las tres amigas asintieron.

—¿No os dije que esperarais fuera?

Las tres ancianas se rieron por lo bajo.

—Sólo pudimos neutralizar a uno —respondió Rebecca con una mueca de enfado—. Tus clases de defensa personal no funcionan.

—¿Quién se iba a imaginar que ibais a enfrentaros a más de un asaltante? Os enseñé a desorientar a uno el tiempo suficiente como para escapar. Y os dije que lo mejor siempre era pedir ayuda.

—Vas a tener que tener que devolvernos el dinero.

Mike alzó la vista al cielo. Dios, cómo quería a esa vieja loca.

—Abuela, las clases eran gratuitas.

—Es verdad. ¿Estás bien, mi niño? —le preguntó ella suavizando la expresión.

Mike miró a Kyra y a Sam y les dio un beso a cada una.

—Ahora sí.

—¡Mike! —exclamó de pronto Kyra, alarmada, palpándole el costado—. Tienes sangre en la camiseta.

—No es nada, mi amor.

Pero todas las mujeres lo rodearon y le tiraron de la camiseta hacia arriba. Lo obligaron a sentarse, cosa que Mike agradeció, porque le temblaban las piernas. No por la herida, sino porque empezaba a darse cuenta de lo cerca que había estado de perder a la mujer que amaba.

Kyra se reclinó en el césped, levantó las manos por encima de la cabeza, respiró hondo y observó el cielo, que se estaba oscureciendo rápidamente.

Mike se volvió hacia ella, mirándola con sus ojos azul pálido.

—¿Estás bien, nena?

Ella asintió. Era el final perfecto de un perfecto día de picnic. Lo habían empezado levantándose tarde. No se habían movido de la cama hasta que Sam había ido a la habitación y había empezado a saltar en la cama exigiendo el desayuno. Tras hartarse de tortitas empaçadas en sirope, habían pasado el resto del día haciendo el vago en la piscina que Mike había llevado dos días antes. Había cumplido su palabra: era una piscina plegable, pero era lo bastante grande como para poder pasar un buen rato. Sam se había vuelto loca con el trampolín. No había dejado de saltar hasta que se dio cuenta de que Mike estaba cargando tablonés hasta el patio y dejándolos en un rincón, cerca de un árbol viejo.

—He pensado que podríamos ponernos manos a la obra con la casa del árbol esa de la que siempre hablas.

Sam abrió unos ojos como platos.

—¿De verdad? ¿Tendré una casa en el árbol?

Mike sonrió.

—No lo sé. ¿Eres buena carpintera? Porque yo solo no puedo hacerlo, y todos sabemos que tu madre es un desastre con lo del «Hágalo usted mismo». Lo suyo se parece más a «Destruyalo usted mismo».

—Eh —protestó Kyra sin convicción mientras Sam se doblaba de risa.

—Nena, ni siquiera fuiste capaz de montar bien las piezas de la mesita del salón. Y eso que básicamente son cuatro patas y un tablero.

—Me falta el gen nórdico, ¿lo has olvidado?

Mike y Sam habían pasado la tarde planificando y construyendo la casa del árbol con la que Sam siempre había soñado mientras Kyra los miraba sin implicarse, tomando el sol o tratando de cuidar las plantas. Le gustaba mucho estar al aire libre, pero no tenía ni idea de jardinería. Cuando se cansó de arrancar lo que esperaba que fueran malas hierbas, entró en casa para preparar un picnic con algunas de las cosas que Amanda les había llevado el día anterior cuando había ido a hacerles una visita.

Mike se había sentado a comer con ella, pero Sam estaba demasiado nerviosa y sólo tomó un par de fresas antes de volver a admirar su casa del árbol, que estaba casi lista. Subía y bajaba por la escalera de madera trasladando juguetes.

La pequeña llevaba todo el día corriendo sin parar, gracias al combustible del azúcar de las tortitas y el sirope. Kyra se estaba maravillando de su resistencia cuando la niña se acercó y se tumbó sobre ellos, boca abajo. Tenía la mitad del cuerpo encima de cada uno de ellos y los brazos extendidos sobre el pecho de ambos.

Empezó a hablarle a Mike sobre la casa del árbol, pero dos minutos más tarde se quedó frita y comenzó a roncar suavemente.

A Kyra le faltaba el aire, y no era por el peso de Sam. La niña nunca había hecho nada parecido con su padre, nunca se había tumbado sobre él ni le había contado sus cosas hasta quedarse dormida.

Acarició el bracito de la pequeña. Algunas de las calcomanías ya se habían caído, pero la mayoría seguían intactas.

—Se le ha acabado la gasolina —susurró Mike con una sonrisa en los labios.

Kyra respiró hondo para que se calmara el ritmo de su corazón.

—Está mucho mejor.

Había pasado una semana desde que detuvieron a Drake. Sam había tenido pesadillas, pero cada día estaba un poco más tranquila, igual que Kyra. Y todo gracias a Mike, que no se había separado de su lado y las había protegido con todos los recursos a su alcance.

Vio que Mike le miraba el ojo y apretaba los dientes. Ya no estaba morado, ahora estaba amarillo. El color se debilitaba rápidamente, pero él se lo seguía tomando como una afrenta personal. Había pasado muchas noches

besándole el ojo y murmurando lo mucho que sentía no haber llegado a tiempo de impedir que Drake le pusiera las manos encima. Ella le había repetido una y otra vez que había llegado a tiempo. Cada vez que veía el vendaje que llevaba Mike en el costado, se estremecía al darse cuenta de lo mucho que se había arriesgado para salvarla.

Kyra alargó la mano y trató de alisarle la arruga que se le había formado entre las cejas.

—Estoy bien —susurró. Antes de poder decir nada más, oyó un aviso en el teléfono—. Son mis chicas. Me envían un vídeo del ensayo final —explicó, colocando el teléfono entre los dos para que Mike también pudiera verlo.

—¿No habíais decidido que os tomaríais el día de hoy para descansar antes de la competición de mañana?

Kyra sonrió.

—Sí, pero no han podido aguantar, están demasiado nerviosas. Dudo que vayan a pegar ojo esta noche.

—Son buenas —comentó Mike mientras las veían bailar.

Sí, lo eran. La coreografía era fantástica, espontánea y llena de energía, y con los trajes que se habían preparado, todo quedaba espectacular.

—Son la caña. Lo van a petar, nena. Estoy muy orgullosa de ti —le susurró Mike rozándole los labios en un beso suave.

—Son unas chicas estupendas, y se han dejado la piel en los ensayos.

Kyra apagó el vídeo, dejó el móvil en el suelo y volvió a levantar la vista hacia el cielo. Todo era tan perfecto. Mike, Sam y ella descansando tranquilamente en el patio. Ver a las chicas que había entrenado bailar tan bien hacía que se sintiera muy orgullosa. Se dio cuenta de que no había vuelto a sentir esa paz interior desde que Mike salió de su vida. Y con toda probabilidad ni siquiera entonces, ya que antes de marcharse había estado obsesionada por conseguir el éxito. Había corrido detrás de la fama, aunque de hecho, lo que había estado haciendo era huir de sí misma. Luego perdió a Mike y todo se fue a la mierda. Llevaba todos esos años buscando algo con ansiedad, aunque no sabía exactamente qué era. Nada le parecía suficiente, en cuanto conseguía uno de sus objetivos, se ponía en marcha de inmediato a por el siguiente. Siempre inquieta, siempre insatisfecha, saltando de una cosa a otra como si fuera incapaz de disfrutar del momento. Sin embargo, eso ya no le

sucedía. En ese preciso momento, tumbada en la hierba de su casa de Alden, con su hija y con Mike a su lado, se sentía completa. Y ni siquiera estaba bailando.

—Voy a quedarme, Mike.

—¿Cómo dices? —preguntó él asombrado.

—Voy a quedarme en Alden. Me lo he pasado muy bien entrenando a las chicas. Y quiero seguir dando clases. Adoro mi vida cuando tú estás en ella.

—Pues me alegro, porque no pienso dejar que vuelvas a marcharte nunca más.

Kyra no dijo nada; sólo asintió.

Mike llevó a Sam a casa en brazos. La niña ni siquiera pestañeó. Muchas noches exigía que le contaran un cuento y casi siempre lo hacía él, pero esa noche estaba fuera de combate.

Tras dejarla en la cama, la tapó con la sábana y le dio un beso en la mejilla.

—Que duermas bien, pequeña.

—Buenas noches, Mike. Te quiero —murmuró la niña, tomándolo por sorpresa.

—Yo también te quiero, pequeña —susurró él.

Al volverse, vio que Kyra estaba a su espalda rodeándose el torso con los brazos y los ojos brillantes de emoción.

Ella le ofreció la mano y, cuando él la cogió, lo llevó al dormitorio y cerró la puerta. Se quedaron uno frente al otro sin decir nada, con las manos entrelazadas.

Kyra lo desnudó con lentitud, en silencio. Él la dejó hacer y permaneció inmóvil, desnudo, mientras ella lo besaba y lo acariciaba.

—Deberíamos pensar en hacer reformas en la casa —dijo al fin—. El patio es grande. Ya me gusta que sea grande, pero la casa es demasiado pequeña. Podríamos ampliarla por el lado oeste, añadir un par de habitaciones con paredes gruesas. Necesitamos espacio, y yo personalmente necesito oírte gritar mientras te follo.

—Vale.



Kyra lo empujó hasta la cama y se sentó sobre él. Cuando sus cuerpos entraron en contacto, Mike se dio cuenta de que ella no llevaba ropa interior y soltó una maldición al sentir que su pene se endurecía

—¿Mike?

—¿Sí, mi amor? —Con la polla temblándole como una mala cosa entre sus pliegues cálidos, Mike hizo un gran esfuerzo por permanecer quieto.

Kyra se bajó los tirantes del vestido veraniego que llevaba y se lo quitó.

—¿Qué te apetece? ¿Mi boca, mi coño, mi culo...?

Él estuvo a punto de atragantarse al oírla.

—¿Puedo elegir? —repuso.

—Puedes tomar de mí lo que te apetezca —susurró ella.

Él respiró hondo, obligándose a calmarse. Lo quería todo, pero había algo que necesitaba más que cualquier otra cosa en ese momento.

—Quiero correrme enterrado en tu culo, sin barreras entre nosotros.

No había vuelto a estar en su dulce trasero desde la primera vez, y no había tenido bastante. Quería penetrarla más profundamente y hacerlo a pelo. Quería enviar su semen hasta lo más hondo de su cuerpo, reclamándola por completo.

Mike se agarró el miembro y se quitó el piercing. Sabía que en cuanto empezara a follarla perdería el control, y no quería arriesgarse a hacerle daño.

—Déjame a mí, cariño.

Con el corazón latiéndole desbocado en los oídos, Mike contempló hechizado cómo la diosa desnuda que estaba sentada sobre él le quitaba el piercing y empezaba a adorar su polla.

A Kyra le encantaba el piercing, pero también disfrutaba mucho cuando se lo quitaba. A estas alturas había aprendido a hacerle felaciones con el piercing puesto. Lo había hecho varias veces y se le daba estupendamente. No podía metérselo muy adentro, pero había descubierto que a Mike le gustaba que fuera un poco brusca y jugaba con la punta, tirando de las bolas metálicas con los labios y los dientes, haciendo que la cabeza le explotara de placer mientras se ocupaba de acariciarle el resto del pene y las pelotas con sus delicadas manos. Sin embargo, seguía gustándole más hacerlo como siempre, sin el piercing. Como ahora, que estaba metiéndose el miembro hasta la garganta y lo succionaba con fuerza cada vez que se retiraba.

Tensándose al notar que Kyra empezaba a acariciarle las pelotas, Mike alargó los brazos hacia ella.

—Joder, nena, me encanta lo que me estás haciendo, pero tienes que parar o no responderé.

Mike estaba muy bien dotado y el ano de Kyra era muy estrecho. Tenía que prepararla.

—Estaba disfrutando —protestó ella, haciendo un mohín con sus labios tan sexis, rojos, brillantes y un poco hinchados que lo llamaban a gritos.

Mike la agarró por el cuello y la besó con pasión.

—Lo sé, gatita, pero esto también te gustará.

La colocó bajo su cuerpo y se hundió en su sexo, que ya estaba húmedo.

—Pensaba que habías elegido mi culo —dijo ella entre gemidos mientras su vulva le daba la bienvenida.

Cuando estuvo clavado bien al fondo, Mike se detuvo y la miró a los ojos, nublados por la pasión. Podría pasarse los siguientes sesenta años follándose a Kyra y nunca se cansaría.

—Tienes que correrte antes —repuso—. Vamos a necesitar todos esos fluidos para que tu culito esté listo para mí.

Y, de paso, Mike necesitaba descargarse un poco o se correría en cuanto ella se contrajera alrededor de su polla.

Lentamente, Mike la penetró sin dejar de besarla en ningún momento, acariciando con su miembro todos esos puntos que la hacían retorcerse y gemir. No pasó mucho tiempo antes de que ella empezara a tensarse debajo de él.

—Mike...

—Lo sé, gatita. Déjate llevar. Córrete.

Y ella lo hizo. Su orgasmo fue largo, intenso y muy dulce. Lo exprimió mientras él la embestía una y otra vez, haciendo un gran esfuerzo de contención. Cuando las contracciones perdieron intensidad, Mike se retiró y comenzó a masturbarse con decisión.

—Mírame, nena —le ordenó presionando la polla palpitante contra su clítoris—. Mírame mientras me corro encima de ti.

El semen de Mike salió disparado sobre el clítoris de Kyra en varios chorros. Ella gimió y su sexo se contrajo de nuevo mientras él la regaba con su semilla. El líquido espeso chocaba contra su clítoris antes de deslizarse entre sus pliegues hinchados hasta llegar a su precioso culito.

—Semen y fluidos vaginales: no existe mejor lubricante —susurró él, mojándose los dedos y llevándolos hasta su ano. Cuando deslizó la punta de un dedo en su interior, los músculos de Kyra se contrajeron, reaccionando instintivamente a la intrusión—. Precioso, nena.

Lentamente ella se volvió boca abajo, se puso a cuatro patas y alzó el culo hacia él.

—Tómame —dijo sacudiendo ante su cara el trasero, del que goteaban los fluidos de ambos.

Mike vio que tenía la vulva hinchada y empapada.

«Joder...» Se estaba muriendo de ganas de clavarse en ella, pero apretó los dientes y siguió conteniéndose.

La agarró por la cintura, tiró de ella y la sentó sobre su regazo.

—Aún no, nena. Aunque tengo muchas ganas de enterrarme en tu culo, quiero que seas tú la que lo haga. Y quiero que te mires mientras lo haces —dijo moviéndose hasta que quedaron sentados frente al espejo del armario.

Mike había descubierto que ella se excitaba con esa pequeña perversión en el lavabo de sus padres; se derretía de placer mientras él la tomaba por detrás, mirándola en el espejo, con toda su familia fuera, en el jardín. Los espejos y los sitios públicos la excitaban más de lo que quería reconocer.

Ruborizándose, ella se resistió y trató de escapar.

—Mike...

—Ni hablar —replicó él abrazándola con más fuerza—. Quiero ver el espectáculo en primera fila —le dijo al oído, al tiempo que señalaba con la barbilla el espejo que tenían delante—. Quiero verte el coño mientras te follo el culo, pero también quiero verte las tetas. Y la cara. Quiero acceso total, así que ábrete para mí.

Mike le separó las piernas y dirigió su dura erección hacia su entrada, lo que asustó a Kyra que jadeaba con fuerza, con los ojos clavados en el espejo.

—Cariño, eres muy grande. No sé si voy a poder tomarte en esta postura.

—Puedes hacerlo en todas las posturas, gatita. Sé que puedes, fuiste hecha para mí. Yo me quedaré aquí sentado y dejaré que me folles.

Kyra no parecía del todo convencida, pero Mike la atrajo hacia sí y le acarició los pechos, murmurando y besándole el cuello. Pronto Kyra empezó a frotarse contra él sin darse cuenta.

—Eres preciosa. Me encantan tus tetas, sentir su peso en mis manos, notar cómo tiembles cuando te pellizco los pezones, cómo se contrae tu coño —le susurró Mike sin apartar la mirada del espejo.

Ella había levantado las manos y se estaba agarrando de la cabecera mientras él la torturaba acariciándole los pechos y la vulva hinchada. Cada vez que le rozaba el clítoris, Kyra daba un saltito involuntario, que hacía que la erección de Mike se deslizara entre sus nalgas y que su ano se contrajera al notar el glande abriéndose camino entre los músculos prietos, sin acabar de entrar.

—No te cierres, nena, sigue abierta —le ordenó él, cuando la presión fue demasiado intensa y Kyra trató de cerrar las piernas para aliviarla—. Me gusta verte así, a mi disposición. Tienes la cara encendida de pasión, el coño rojo y empapado, muriéndose de deseo, listo para volver a correrse —añadió deslizando dos dedos en su interior—. Y tu culo se contrae de envidia. También quiere que le den lo suyo.

—Sí que quiere. —Kyra se recolocó la punta de la erección de Mike hasta que quedó en la posición correcta—. Es tuyo —añadió mirándolo a los ojos en el espejo.

—Mío —gruñó él sin romper el contacto visual.

Kyra se clavó en él y finalmente la punta de la erección atravesó el apretado anillo de músculos, empalándola. Ella chilló y al mismo tiempo tembló como una hoja.

—Dios mío, nena, tu culito es fantástico, tan apretado. No te muevas ahora; sólo siente lo mucho que te deseo.

Mientras el culo de Kyra se contraía a su alrededor, Mike le acarició el clítoris.

—Suelta el aire, gatita, no te tenses. —Aún tenían mucho camino por delante.

—Mike, no puedo más —se quejó ella cuando no habían llegado ni a la mitad.

—Sí puedes. Fuiste hecha para mí —le recordó él, besándole el cuello y dándole suaves golpecitos en el clítoris.

Kyra gritó al notar las convulsiones de su sexo, que ayudaron a que él se clavara más profundamente.

—¿Te ha gustado?

Ella asintió temblorosa y entre jadeos. La palabra *gustar* se quedaba corta; se había contraído de arriba abajo. Y su culo había apretado a Mike con tanta fuerza que él había estado a punto de correrse sin remedio.

Pronto, el sensible anillo de músculos lleno de terminaciones nerviosas estuvo extendido alrededor de su erección.

—Mírate, nena. Mira cómo tu culo me ha aceptado hasta el fondo. ¿Lo ves? —preguntó él, acariciándole la vulva.

Con todo el cuerpo en tensión, Kyra se levantó y volvió a sentarse sobre su polla. Cuando se hundió de nuevo hasta el fondo, Mike le dio unos suaves cachetes en el clítoris.

Ella se contrajo.

—Oh, Dios mío, Mike.

Él no podía apartar la mirada del espejo. Sujetándola por detrás de las rodillas, le levantó las piernas, lo que hizo que perdiera el equilibrio.

Kyra soltó un gemido ahogado mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—Sigue mirando, nena —le ordenó él entre jadeos.

Kyra estaba totalmente expuesta. Su ano se cerraba alrededor de la erección de su amante. La vulva estaba abierta, roja y chorreando. El clítoris, hinchado, de color rosa encendido. Su cuerpo fuerte y tonificado brillaba de sudor por el esfuerzo, y tenía los ojos nublados por la pasión. El pelo negro los cubría a ambos, sus miradas estaban unidas en el espejo.

—Cariño —susurró Kyra—, no puedo follarte si no me sueltas las piernas.

«Cierto», se dijo Mike.

—Y no puedes darme cachetes en el clítoris con las manos ocupadas —añadió apretándolo con sus músculos internos.

Mike la soltó, sintiendo cómo su pene todavía crecía un poco más en su interior.

—Joder, nena, vas a acabar conmigo.

Cada vez que ella se clavaba en él, Mike le golpeaba suavemente el clítoris y ella gritaba.

Kyra temblaba con violencia, con la espalda arqueada, agarrándose a la cabecera de la cama. Tan sexi.

—Dámelo, nena. —Cachete—. Córrete. —Cachete.

Ella soltó un gemido desgarrado mientras se contraía con fuerza por todas partes: la vagina, el culo..., el cuerpo entero.

Cuando empezó a correrse, Mike cambió de nuevo de posición y la dejó boca abajo en la cama, a cuatro patas. Kyra se aferró a las sábanas y enterró la cara en ellas para disimular los gritos mientras Mike la embestía repetidamente, contemplando cómo su polla desaparecía en su interior una y otra vez hasta que la tensión se hizo insoportable, tanto en las pelotas como en las sienes. Estaba a punto de estallar.

Penetrándola lo máximo posible, se dejó ir.

—Creo que voy a vomitar —murmuró Kendall, blanca como el papel.

Kyra le dio unas palmaditas en la espalda para animarla.

—Coloca la cabeza entre las piernas y respira hondo. Pronto estarás bien.

—¿Y si la cago?

Megan hizo una mueca.

—Sí. ¿Y si nos olvidamos de los pasos y acabamos haciendo el ridículo? Hay cámaras de televisión.

—¿En serio? —preguntó otra de las chicas aterrada—. ¡Oh, Dios mío!

Al parecer, las adolescentes estaban sufriendo un caso severo de pánico escénico.

—Olvidaos de la tele. Lo jodido son las cámaras de los teléfonos —murmuró Stacy—. Dentro de nada, nos habrán subido a YouTube. Tendremos que cambiarnos de colegio. Irnos a vivir a Alaska.

Kyra trató de no echarse a reír. Abrazó a las dos chicas que caminaban a su lado y las sacudió.

—Nadie va a ir a ninguna parte. Sois fantásticas. Si os olvidáis de un paso, seguid con el siguiente, no os preocupéis. ¡Sois la caña! ¿Me oís? ¡Sois la caña! —repitió mirándolas una a una.

Las chicas respiraron hondo y murmuraron no muy convencidas:

—Somos la caña.

—Venga, chicas —las reprendió Angie, la amiga de Kyra—. ¡Parece que vayáis al matadero!

—¿Crees que si vamos todas juntas a la clínica de estética nos harán descuento? Si nos hacemos la cirugía, no hará falta que nos mudemos a Alaska —sugirió Stacy.

—Nadie va a hacerse nada —replicó Angie—. Además, he oído decir que en Alaska hay pocas mujeres, una por cada diez hombres. Si alguien se va a ir a Alaska, seré yo, chiquillas. Aquello está lleno de hombres de las montañas.

—Pero los hombres de las montañas son tipos raros, ¿no?

—Puede —admitió Angie—, pero me gustan las barbas.

—¡Nadie se va a ir a Alaska! —gritó Kyra para hacerse oír por encima de las risas. La absurda conversación sobre Alaska y los hombres de las montañas había hecho que las chicas se relajaran un poco—. Sois la caña, sé de lo que hablo. Tenéis pasión y bailáis bien; no hace falta nada más.

—Tienes razón —dijo Kendall, finalmente convencida—. ¡Somos la caña!

Las demás chicas asintieron.

Gracias a Dios. Y justo a tiempo, porque en ese momento el locutor pronunció el nombre de su grupo.

—Os toca —dijo Kyra—. Salid ahí y mostradles lo que sabéis hacer, pero, sobre todo, pasadlo bien. Para eso hemos venido.

—¿Estás nerviosa? —susurró Angie al oído de Kyra mientras las chicas subían al escenario.

—No te lo puedes ni imaginar.

Kyra había fingido estar tranquila, pero estaba mucho más nerviosa teniendo que ver bailar a sus chicas que cuando era ella la que subía al escenario. Aunque no debería. Las chicas estaban listas, cargadas de energía y de entusiasmo. Había mucha competencia, pero eran buenas y se sabían la coreografía de memoria.

No se imaginaba que el concurso fuera a ser tan popular. El local estaba abarrotado, tal vez porque Amantis iba a actuar al final del evento. Kyra no estaba segura de si Alexa había decidido actuar antes o después de saber que las chicas de Kyra participaban, aunque tenía sus sospechas. Alexa no le había comentado nada el último día que se vieron, aunque había sido justo después de la debacle de Drake, y en aquel momento tenían otros temas más importantes de los que ocuparse.



Cuando la música empezó a sonar, Kyra respiró hondo para calmarse. Alargó la mano buscando a Mike, pero no estaba allí. Les había deseado buena suerte al despedirse —«Aunque no la necesitáis», había añadido con esa sonrisa canalla que siempre la derretía por dentro— y, tras darle un beso, había ido con Sam a sus asientos. Los buscó entre el público hasta que encontró a Mike animando. Sam estaba casi de pie en la silla. Detrás de ellos estaba la familia de Mike, aplaudiendo a rabiar. Rebecca había ido con sus amigas y también estaban las alumnas de las clases de Kyra, incluidas Red y otras chicas de Culos Arriba.

Kyra estuvo sentada en el borde de la silla durante toda la actuación, con el corazón en un puño pero, cuando acabaron, se puso a gritar y a saltar.

Lo habían bordado Un par de pasos en falso, alguna duda, pero en general les había salido muy bien. Y, lo más importante, se notaba que se habían divertido.

Las chicas salieron del escenario chocando las manos y con unas sonrisas de oreja a oreja. Al llegar junto a Kyra la rodearon y la abrazaron.

Ella les devolvió el abrazo.

—Buen trabajo, chicas, estoy muy orgullosa de vosotras.

Y eso no cambiaría, fuera cual fuese el resultado del concurso. No sólo habían evolucionado espectacularmente, sino que también le habían hecho un regalo valiosísimo: le habían recordado cuál era la gracia del baile, y de paso, Kyra había descubierto que le encantaba enseñar.

—Enhorabuena, chicas —oyeron decir a Mike a su espalda cuando todas se hubieron sentado para ver las actuaciones del resto de los participantes—. Habéis estado fantásticas.

—Hemos tenido una coreógrafa genial —replicó Kendall.

Él sonrió.

—Eso es verdad. La mejor.

Los grupos de exhibición actuaron mientras el jurado deliberaba. Las chicas observaban las coreografías como hipnotizadas, tomando ideas para nuevos números.

Cuando el jurado dio los resultados, en el pabellón se hizo un silencio sepulcral. Y cuando anunciaron que las chicas de Kyra habían quedado en segunda posición, la sección de habitantes de Alden estalló en aplausos.

—Tus chicas lo han conseguido —le dijo Mike a Kyra mientras ellas subían a buscar sus medallas.

Entre las lágrimas y la locura que la rodeaba con todo el mundo hablando a la vez, Kyra vio a Alexa —vestida con pantalones de cuero negro y un corsé brillante—, que se acercaba a ella.

—Hola a todos. Gran actuación —felicitó la famosa cantante a las chicas, que se habían quedado sin habla.

En cambio, el público, al reconocerla, empezó a gritar y a aplaudir con más fuerza. Ella se volvió entonces hacia Kyra y añadió:

—Será mejor que te des prisa, sólo tienes diez minutos para prepararte.

—¿Qué?

Alexa señaló a su espalda.

—Los bailarines te están esperando. Tienen tu ropa. Vamos a tocar *Sin City* y *Nine Stars*. Espero que recuerdes la coreo, aunque seguro que sí. Después de todo, la creaste tú.

Kyra se llevó la mano al hombro instintivamente. No le dolía, llevaba semanas sin dolor, pero el dolor físico no lo era todo. También le habían quedado secuelas psicológicas. No se olvidaba de cómo se había hecho la lesión ni de por qué. Aunque había quedado libre de cargos, nada la libraba de la vergüenza. Era como un olor desagradable del que costaba mucho desprenderse.

Además, había dejado atrás los escenarios, ¿no?

—Creo que no... —empezó a decir.

De repente, las chicas recuperaron la voz.

—¡Oh, por favor, sí! —gritaron emocionadas—. ¡Queremos verte bailar!

Los bailarines de Amantis se acercaron.

—Vamos, Kyra —la animó Andy, el primer bailarín, cruzándose de brazos—. Si tú no bailas, nosotros tampoco. Josh se cabreará mucho, Alexa también. Y Dios no quiera que Alexa se enfade, porque Wata nos matará.

Josh se había abierto paso hasta ellos.

—No lo dudes —replicó disimulando la risa—. Os despellejará vivos.

Kyra miró a los bailarines y se volvió hacia el escenario, donde los técnicos de sonido estaban preparándolo todo. De pronto sintió ese cosquilleo que notaba siempre antes de una actuación. Buscó a Mike con la mirada, sin

saber qué hacer.

—No sabía que iban a estar aquí, y menos que...

Mike la atrajo hacia sí, hundió los dedos en su pelo y, tras agarrarla por la nuca, la hizo callar con un beso.

—No tienes que disculparte por nada —le dijo—. Ve, nena. Baila para mí.

Kyra le echó los brazos al cuello y lo besó con ganas.

—Siempre.

Se vistió y se maquilló batiendo todos sus récords. No había ensayado ninguna de las dos canciones desde antes del arresto, pero no le hacía falta. Para ella bailar era como respirar. Inspiró hondo y, cuando el grupo empezó a tocar, entró en modo zen y la música comenzó a fluir por su cuerpo.

Tras el espectáculo, Alexa se acercó al público para firmar autógrafos y Kyra se reunió con Mike y con Sam cerca del escenario.

La niña se le echó al cuello de un salto.

—¡Mami!

Mike la abrazó.

—Estás tan guapa que me dejas sin aliento —le susurró tras darle un beso.

Un hombre vestido con un traje carísimo se aproximó entonces a ellos. ¿Qué demonios estaba haciendo allí el magnate de la música de Los Ángeles?

—Es usted muy difícil de encontrar, señora Brims.

Kyra se encogió de hombros.

—He estado descansando un poco. Mike, te presento a Charles Solomon. Es productor. Señor Solomon, él es Mike Haddican.

El señor Solomon no pareció muy satisfecho con la presentación de Kyra, pero no dijo nada. Charles Solomon no era «un» productor; era «el» productor. No había nadie con más influencia que él en ese momento en el mundo del espectáculo. Era el responsable de que volviera a haber musicales en la gran pantalla. Todo lo que tocaba se convertía en oro.

Mike asintió.

—Encantado de conocerlo.

Tras dirigirle una brusca inclinación de cabeza, el señor Solomon se volvió hacia Kyra.

—Bien, pues espero que ya haya descansado, porque estamos preparando una megaproducción y queremos contar con usted. Será un musical más grande que *Cats*, *Los miserables* y *Evita* juntos. El estreno tendrá lugar en Nueva York dentro de tres meses. Iremos de gira por veinte ciudades de Estados Unidos antes de saltar a Europa. Queremos que sea usted la primera bailarina.

Kyra sintió que Mike se tensaba a su lado.

—Gracias por pensar en mí, señor Solomon. Sé que es una gran oportunidad, pero...

—Sí, ya sé que baila con Amantis. Podemos arreglarlo para que pueda unirse a su nueva gira el verano que viene. Mi oficina le enviará el guion de la obra mañana a primera hora. Y el contrato. De hecho, voy a llamarlos ahora mismo para que pongan el papeleo en marcha. No es sólo una gran oportunidad, es de esas oportunidades que sólo se presentan una vez en la vida. No creo que quiera perder el tiempo... ¿Cuándo puede trasladarse? Y no se preocupe por el dinero; seguro que llegamos a un acuerdo.

Entre el alboroto general, la gente que gritaba y los flashes de las cámaras, Kyra no podía oír bien lo que le decían, y mucho menos pensar. El personal de seguridad había empezado a llevarse a los músicos hacia la parte de atrás y notó que la empujaban.

—Sam —dijo Josh llamando a la niña—. Pedimos que sirvieran esos ositos de goma azules que tanto te gustan tras el concierto.

—¡Bien! —exclamó la pequeña yendo con él.

—Señor Solomon... —dijo Kyra.

—Llámame Charles, por favor. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo.

—Éste no es el lugar...

—Ya hemos reclutado a los mejores bailarines contemporáneos del momento. Silvien Spira está a bordo. Matt T. Y Sydney McNeil también.

Kyra se quedó boquiabierta. No estaba exagerando. Eran los mejores del mundo.

—Pero tienes razón: éste no es buen lugar —prosiguió el productor—. Vayamos a la sala de conferencias. Están sirviendo bebidas para la prensa y los músicos, allí hablaremos más tranquilos.

Kyra no quería ir a ninguna fiesta para los músicos. Quería volver a ponerse los vaqueros y las zapatillas y llevar a las chicas a tomar pizza con Mike y con Sam tal como les había prometido, pero la multitud y el personal de seguridad seguían empujándola.

Alargó la mano en dirección a Mike, pero no lo alcanzó.

Mike observó cómo la marea de gente engullía a Kyra. Los flashes de las cámaras lo cegaron mientras una horda de fans y de prensa seguían a los miembros de Amantis, que se retiraban. No había podido mantener el contacto con Kyra y en cuanto el productor había comenzado a hablar, había empezado a apartarse casi sin darse cuenta. Volvían a estar en el mundo real y en el mundo real, entre todo ese jaleo, era donde Kyra estaba en su salsa. Mike no sabía cómo podían soportarlo Josh, Wata, Alexa y los demás.

Justo el día anterior habían estado hablando, y Kyra le había dicho que se quedaría con él en Alden. Sin embargo, ahora volvía a estar donde le correspondía, y el sueño se estaba haciendo pedazos. Sería un crimen que Kyra abandonara su carrera y no podía dejar pasar una oportunidad como la que acababa de ofrecerle el cabrón del traje caro. En cuanto la había visto subida al escenario con los pantalones de cuero blanco, el corsé brillante a juego y el pelo negro suelto contrastando con la ropa, no le había quedado más remedio que afrontar la realidad: el escenario era el hábitat natural de Kyra. Era increíble. En su gimnasio, con un chándal viejo, bailaba como los ángeles, pero allí arriba, vestida como una estrella y bailando las coreografías que ella misma había creado cantadas por la potente voz de Alexa, era asombrosa. Llevaba el espectáculo a otro nivel. No le extrañaba que Alexa tuviera tanto interés por mantenerla en su equipo.

Mike empezó a perderse entre la multitud.

—Esta vez no voy a usar ningún truco, mi niño —oyó decir a su abuela a su espalda.

Él se volvió. Rebecca le estaba dirigiendo una mirada de desaprobación.

—Eres un gran luchador. Nunca te he visto retirarte de un combate. Siempre luchas por lo que quieres, excepto cuando se trata de Kyra. Entonces abandonas antes de tiempo.

Mike hundió los hombros desanimado.

—Mírala, abuela. Se merece algo mejor que Alden.

—Eso es una gilipollez..., con perdón. Ella se merece estar contigo. Es tuya y siempre lo ha sido, igual que tú eres suyo. Ya va siendo hora de que te des cuenta.

—Lo sé —admitió.

Mike había sido suyo desde el mismo momento en que aquella niña flacucha de nueve años aficionada a las pelucas rubias había llegado a Alden y le había dirigido una tímida sonrisa.

—¿Sabes? Sólo se es joven una vez —añadió su abuela—. Después ya necesitas otra excusa.

—Un gran productor acaba de hacerle una oferta de trabajo increíble.

—Y ¿qué quieres decirme con eso? ¿Me estás diciendo que su mundo te da miedo? ¿Piensas salir huyendo?

Mike se la quedó mirando. ¿Era eso lo que había pensado hacer? ¿Estaba listo para viajar con ella? ¿Para salir de Alden? ¿Dejar a su familia y a sus amigos? ¿Olvidarse de su compromiso con la comunidad?

—No, no voy a salir huyendo; eso te lo aseguro.

—Bien. Ése es el Mike que yo conozco. Y ahora voy a buscar a Wilma y a Greta, que están con Rachel. Las he dejado charlando con unos motoristas que llevaban unos chalecos llenos de insignias.

Mike alzó las cejas.

—¿Ahora os codeáis con moteros? ¿De esos que llevan insignias con un uno por ciento bordado? Vamos, los ilegales.

—Ja, me río yo de ese uno por ciento. Nosotras sí que somos de una banda del uno por ciento.

—No lo pillo, abuela.

—Sólo el uno por ciento de mi generación llegará vivo a final de año.

Mike no estaba seguro de que fueran a dejarlo entrar en la sala de conferencias donde Kyra y Sam habían desaparecido, pero al menos se proponía intentarlo.

Mientras se acercaba a los tipos de seguridad, vio que Kyra salía de la sala charlando con Josh y sonriendo animadamente con Sam a su lado, que estaba masticando ositos de goma de color azul.

Se los veía tan cómodos juntos que cualquiera se daría cuenta de que las cosas entre ellos serían muy fáciles. Al fin y al cabo, Josh estaba metido en el mundo del espectáculo.

Mike se apresuró hacia ellas, ignorando a la gente que se interponía en su camino.

—¡Mike! —gritó Sam, corriendo hacia él. Lo abrazó y lo besó con la boca pringosa por las chucherías que se estaba comiendo—. ¿Dónde estabas?

—Os estaba esperando, pequeña. ¿Te importa que hable un momento a solas con tu madre? —le preguntó dejándola en el suelo.

—Mike... —empezó a decir Josh.

—Calla —lo interrumpió él antes de volverse hacia Kyra y susurrar con los labios pegados a los suyos—: A tu manera.

—¿Cómo? —preguntó ella confusa.

—No me importa dónde estemos, mientras estemos juntos. Iremos a donde tengas que ir. Me adaptaré. Me mudaré. Encontraré a alguien que me sustituya en el gimnasio. Lo haremos a tu manera.

Josh se echó a reír.

—Ya te ha elegido a ti, idiota. Ha rechazado la oferta.

Mike no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Has dicho que no? ¿Me has elegido a mí? —Ella asintió—. ¿Por qué? Josh resopló.

—Venga, pequeña —le dijo a Sam—, vayamos afuera. —Y, dirigiéndole una sonrisa irónica y sacudiendo la cabeza, se alejó.

Kyra le sonrió con cariño.

—Porque te quiero y quiero quedarme contigo para siempre —declaró—. Eres mucho más importante para mí que cualquier trabajo.

»Y ya no hay “mi manera” ni “tu manera”. Hemos de construir “nuestra manera”: una que sea de los dos, juntos.

—Te amo, Kyra. No quiero que renuncies a nada por mí.

Ella lo hizo callar poniéndole una mano en los labios.

—Me he pasado la vida creyendo que la hierba era más verde en el jardín del vecino, corriendo de un lado a otro para conseguir lo que no tenía, pero no voy a hacerlo más. Sé lo que necesito para ser feliz, y eres tú. La oferta era increíble, pero ya te dije ayer que había decidido quedarme en Alden. Lo he hablado con Alexa, seguiré siendo su coreógrafa si quiere, y entrenaré a sus bailarines, pero no en Nueva York. Aquí. Y así podré continuar dando las clases de danza. De hecho, Alexa va a mudarse al norte para estar más cerca de sus padres, así que irá perfecto. Y lo de ir de gira en verano, depende de ti. Si a ti te parece bien, continuaré siendo su bailarina principal, pero si no quieres, lo dejaré.

—Pero tu carrera...

—Te amo, Mike. Y te he elegido a ti. Es verdad que la carrera profesional de uno nunca te deja por una más joven, pero tampoco te seca las lágrimas cuando estás triste ni te arropa por las noches cuando te vas a dormir, ni te presta su hombro para que llores.

Mike se echó a reír.

—Yo nunca te dejaré por una más joven. ¿Estás loca? Con lo que me cuesta seguirte el ritmo a ti.

Kyra sonrió.

—Ya lo sé. Es verdad que preferiría no tener que renunciar a ninguna de las dos cosas, pero tú eres mi prioridad, no tengo dudas. No necesito ir de gira por Europa para sentirme realizada. Sacrifiqué mucho para lograr el reconocimiento profesional, para ver mundo; pero lo que aprendí en mis viajes fue que lo que importa no son los sitios que visitas, sino la gente que te acompaña en el camino. Por desgracia, lo aprendí demasiado tarde, cuando ya te había perdido. Tuve que armarme de valor y seguir adelante sin ti. Nunca más. Tú eres mi hogar y Alden es el tuyo, así que aquí es donde quiero estar.

Mike la abrazó con fuerza, enterrando la cara en su pelo.

—Te equivocas, nena. En Alden están mi familia, mis amigos, mi gimnasio. Pasé siete años allí muerto por dentro. Alden no es mi hogar, mi hogar eres tú. Quiero tener hijos y quiero una casa con jardín donde pasar tranquilos domingos al sol, pero sólo si es contigo. Así que buscaremos la manera de que en nuestra vida quepan también los focos y los viajes.

Kyra alzó la cara para besarlo.



—Lo lograremos, juntos. Y ahora vámonos, cariño, hay un grupo de adolescentes ahí fuera que se muere de ganas de comer pizza.

## 19

—¿Adónde vamos? —preguntó Kyra al ver que Mike la sacaba a rastras del gimnasio.

—Ya lo verás.

«Ay, Dios...» Kyra conocía esa expresión.

—No habrás dejado que Sam recoja a otro perro, ¿no? —susurró para que su hija, que estaba a su lado, no la oyera.

Mike se echó a reír y siguió caminando por la calle Mayor.

—No, con dos ya basta.

«Menos mal», pensó Kyra. Porque Mike era un tipo muy duro excepto en lo que a Sam se refería. Era incapaz de negarle nada.

—¿Vamos a tardar mucho? Es que tengo que volver a las clases y se me hace tarde.

—Sara te sustituirá en la última clase.

Kyra había vuelto a Alden hacía dos semanas, tras participar en una nueva temporada de «Menea el trasero». Cuando se habían puesto en contacto con ella el otoño anterior, Kyra había dudado, a pesar de que el concurso no interfería con sus responsabilidades con el grupo Amantis, pero Mike lo había tenido muy claro, ya que sabía que a ella le encantaba el concurso.

—Llevas años trabajando con ellos y lo disfrutas muchísimo. Iremos, no se hable más.

Kyra había tenido que parpadear con fuerza para no echarse a llorar.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí, nena, lo sé.

Mike estaba dispuesto a acompañarla, lo tenía clarísimo. Kyra había rechazado la oferta del señor Solomon. No es que dudara de la solidez de su relación, ya que sabía que nada podría volver a separarlos. Simplemente, no le compensaba estar fuera de casa durante seis meses.

Mientras se preparaban para trasladarse a Los Ángeles el tiempo que durara el concurso, se dieron cuenta de que a Sam no le hacía tanta ilusión como antes mudarse a una casa en la playa durante diez semanas. Ya había empezado el colegio y no quería marcharse de Alden, así que al final decidieron que lo mejor sería que la niña y Mike fueran a verla los fines de semana. Mike viajó con Kyra para ayudarla con el traslado y se quedó con ella la primera semana, mientras sus padres cuidaban de Sam.

Sara la había sustituido en las clases de baile. En general, se las habían apañado bastante bien. Y, sin embargo, las ocho semanas en Los Ángeles se le habían hecho eternas. Así que, cuando eliminaron a su pareja de baile en los cuartos de final y pudo volver a casa dos semanas antes, Kyra se sintió aliviada. Echaba mucho de menos su casa, a Sam, a Mike, Alden, a sus alumnas.

Era asombroso cuánto habían cambiado sus prioridades desde que Mike había vuelto a entrar en su vida. Le seguía encantando bailar y actuar, nunca dejaría de gustarle, pero ya no tenía que demostrarle nada a nadie, y no pensaba sacrificar a su familia por el baile.

A unos cien metros del gimnasio, frente a lo que había sido un supermercado, Mike se detuvo y le ofreció una llave.

—¡Vayaaa! —exclamó Sam al entrar en el edificio.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Kyra mirando a su alrededor. El local estaba totalmente vacío.

Siempre le había encantado aquel edificio de piedra, con sus grandes ventanales y sus techos altos.

—Es tu nuevo estudio de baile —dijo Mike.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo he comprado para ti. Mañana hablaremos con Cole sobre las reformas, sé que querrás ocuparte personalmente de eso.

—¡Un estudio de baile! —exclamó Sam, dando vueltas por la sala vacía—. ¡Oh, y tiene un patio detrás! —añadió antes de ir a investigar.

Kyra estaba estupefacta.

—No puedo aceptarlo.

Ya no estaba arruinada, como cuando había vuelto a Alden. Sus finanzas estaban más que saneadas, sobre todo después de haber llegado hasta cuartos de final en «Menea el trasero».

—Yo creo que sí puedes. De hecho, la escritura va a tu nombre.

Ella negó con la cabeza.

—Mike...

—Estoy viviendo en tu casa —replicó él cruzándose de brazos.

«Sí, ya...» Una casa que él se había encargado de reformar de arriba abajo mientras ella estaba fuera y no podía protestar. Además, con la ampliación que había hecho, ahora era casi el doble de grande. Ella había tratado de pagarle, pero había sido imposible, ya que Mike no aceptaba su dinero y Cole tampoco.

—Ni se te ocurra —le advirtió Kyra dándole golpecitos en el pecho con el dedo—. Puedo seguir ensayando en el gimnasio.

Mike la agarró por el dedo y, con una sonrisa, la atrajo hacia sí.

—Nena, sabes que me encanta tenerte en el gimnasio, no hace falta que te lo diga. Desde que empezaste a dar clases, hemos triplicado la clientela, pero es que un día de éstos voy a matar a alguien. Mis alumnos llegan media hora antes a clase y, cuando por fin entran en el tatami, sus erecciones casi no los dejan caminar.

Kyra se echó a reír.

—Qué exagerado eres.

—No exagero. Más de la mitad de las chicas de Culos Arriba van a tus clases, y, desde que las bailarinas de Amantis también entrenan allí, la cosa se ha salido totalmente de madre. Viene gente de fuera de Alden para apuntarse al gimnasio. Y yo que pensaba que lo del aeróbic exótico era grave... No sabía lo que me esperaba.

Alexa y Wata habían decidido trasladarse a Boston. Josh y el resto de la banda siguieron sus pasos poco después y, como Kyra era la coreógrafa, siempre que había que ensayar una nueva canción, todos se desplazaban a Alden. Wata y los miembros del equipo de seguridad aprovechaban el desplazamiento para entrenar con Mike. Él le había contado a Kyra que Jack —el grandullón al que había visto entrenar en el gimnasio varias veces—

había desaparecido. Nadie sabía dónde estaba ni cuándo volvería, pero todo el mundo esperaba ansioso un combate entre Wata y Jack. La expectación era tan grande que alguien había hecho una porra.

—No quiero que un montón de cabrones sudados con testosterona hasta las orejas estén comiéndose a mi esposa con los ojos.

Kyra se quedó helada.

—¿Tu esposa?

—Mi esposa —repitió Mike con decisión.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—No, no te lo estoy pidiendo, nena. Te lo estoy comunicando. Ya te lo pedí una vez y los dos sabemos cómo acabó la cosa. No voy a arriesgarme a que vuelva a pasar.

Kyra le tomó la cara entre las manos y, poniéndose de puntillas, le dio un beso largo y posesivo.

—Pídemelo —susurró.

Mike se tensó y titubeó durante unos segundos. Luego se dejó caer de rodillas, igual que había hecho años antes.

—Kyra, ¿quieres casarte conmigo?

Ella respondió inmediatamente:

—Sí, sí, sí. Claro que quiero casarme contigo.

Mike la abrazó con fuerza.

—Joder, gracias a Dios.

—Pero...

—Ni de puta broma. No hay peros que valgan.

Kyra sonrió.

—Tengo que hablarlo con Sam. Tengo que estar segura de que a ella le parece bien.

Sin embargo, no tenía ninguna duda sobre cuál iba a ser la respuesta de su hija. Sam quería a Mike con locura. Cada viernes, cuando Mike y su hija volaban a Los Ángeles para pasar el fin de semana con ella, Sam se pasaba horas contándole lo que había hecho durante la semana. Era evidente que se lo pasaba muy bien con Mike y el resto de la familia.

—Ya se lo pregunté yo —replicó él con una mirada traviesa—, ayer.

—¿De verdad? —A Kyra le costaba creerlo, porque Sam no sabía guardar un secreto—. ¡Sam! —Cuando la niña asomó la cabeza por la puerta de atrás, le preguntó—: ¿Te has olvidado de mencionarme algo?

Ella se echó a reír y miró a Mike.

—¿Puedo decírselo ya?

—Suéltalo, pequeñaja.

Sam fue corriendo hasta su madre y le echó los brazos al cuello.

—Mike nos ha pedido que nos casemos con él. Le dije que sí. Mira qué me ha regalado. —La niña se sacó del bolsillo una bolsita de terciopelo, dentro de la cual había un precioso collar con un colgante que era un corazón rojo—. ¿A que es bonito? Es mejor que un anillo. Mike me dijo que, si me regalaba un anillo, se me quedaría pequeño enseguida. El colgante, en cambio, podré llevarlo siempre.

Kyra trató de contener las lágrimas, pero fue incapaz, sobre todo cuando Sam le dio el colgante a Mike y él se lo puso a su hija, que sonreía de oreja a oreja.

—Yo le dije que podría hacerme un tatuaje, que no se me quedaría pequeño, pero me dijo que no.

«Chico listo», se dijo Kyra.

—Entonces, nos casamos con él, ¿no?

—Sí, sin ninguna duda.

—Bieeeeeen. —Sam abrazó y besó a Mike—. Voy a decírselo a la tía Rebecca. Y a los abuelos. Os espero en el gimnasio —dijo echando a correr.

Kyra se la quedó mirando.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. —Mike abrió la mano y le mostró un anillo de compromiso—. Lo he actualizado un poco, pero es el mismo que te regalé hace siete años. Si no te gusta, podemos ir a buscar otro.

—No, no quiero tocar nada, éste es perfecto —replicó Kyra mientras él se lo ponía en el dedo. Luego lo abrazó—. No sabes lo mucho que me costó devolvértelo la otra vez.

—No sabes lo que me costó aceptarlo. —Mike la besó y, agarrándola por la nuca, la miró a los ojos—. Llevo meses muriéndome de ganas de ponértelo en el dedo. Iba a hacerlo antes de que viajaras a Los Ángeles, pero no quise

que pensaras que estaba tratando de chantajearte o algo parecido.

Kyra se encogió. Lo había acusado de eso la primera vez que le había dado el anillo.

—Te habría dicho que sí también entonces, cariño.

Mike le acarició las mejillas con los pulgares.

—Debería haber sido el primero, el último y el único hombre de tu vida.

—Bueno, dos de tres no está tan mal.

—No, no está nada mal —replicó él mordisqueándole los labios—. Después de haberla cagado como la cagué, me doy por satisfecho.

Sus bocas se unieron en un beso profundo que se alargó eternamente. Kyra quería colarse por dentro de la piel de Mike y quedarse allí dentro, así que cuando él la tomó por las nalgas y la levantó, ella le rodeó la cintura con las piernas. Las cosas se calentaron enseguida, como siempre que Mike la abrazaba, pero él rompió el beso y apoyó la frente en la de ella. Su erección no engañaba: la deseaba, pero no podían hacerlo allí.

—Nena, tenemos que parar. Este sitio tiene unos ventanales enormes y no hay cortinas. O me sueltas o nos van a arrestar —dijo sin dejarla ir.

—Suéltame tú primero —bromeó Kyra.

—No puedo, cariño —dijo él muy serio—. De verdad, no puedo. No te soltaré nunca.

Kyra lo sabía. Sabía que Mike nunca la abandonaría.

—Otro día tapamos las ventanas para poder bautizar el estudio como se merece.

—¿Como hicimos con la sala de baile del gimnasio?

Kyra se estremeció al recordarlo.

—Sí, pero aún mejor.

—Me vas a matar, nena —protestó él mientras se separaban. Respiró hondo y trató de recolocarse una erección que debía de doler antes de ofrecerle la mano—. Deja que te enseñe el local.

Recorrieron juntos las instalaciones.

—Siempre me ha gustado este edificio —dijo Kyra acariciando una de las cuatro columnas de piedra situadas entre los ventanales.

—Lo sé, tiene luz natural y una acústica asombrosa.

Realmente, era un local fantástico para transformarlo en un estudio de baile. Incluso en ese momento, absolutamente vacío, ya podía imaginarse cómo quedaría con los suelos de tarima y los espejos en las paredes.

—Puedo pagarlo yo —insistió Kyra, a la que no le gustaba sentir que la compraban con regalos caros.

—Lo sé, nena. He visto los cheques que te pagan, pero quería que fuera mi regalo de bodas.

Sabía que era inútil discutir acerca de dinero con Mike, siempre se salía con la suya.

—Gracias, cariño, pero las reparaciones las pago yo. —Él trató de protestar, pero ella lo interrumpió—: Y si Cole no me quiere cobrar, lo despediré. Y si tú le pagas las reparaciones a mis espaldas, yo... yo... no dejaré que me pongas las manos encima. Se acabó el sexo.

Mike se echó a reír.

—Eso no va a pasar. Ni en un millón de años.

Kyra hizo un mohín. Mike tenía razón. Habían estado a punto de hacerlo contra una de las columnas del local cerca de la ventana. ¿Qué posibilidades había de que fuera capaz de mantener su palabra? Cero.

—Vale, pues en ese caso, alquilaré este local y volveré a dar las clases en tu gimnasio. Todas iremos vestidas con biquinis diminutos. A ver qué tal le sienta eso a tu paz de espíritu.

—De acuerdo —aceptó él a regañadientes—. Las reparaciones corren de tu cuenta.

—Voy a echar de menos el gimnasio pero, si tengo mi propio estudio, podré instalar unas cuantas barras. Muchas chicas me han pedido que les dé clases de baile en barra. Había pensado incluso en pedirle a Sinful que nos dejara dar las clases en Culos Arriba por las mañanas, pero ahora ya no hará falta.

Mike se encogió.

—Si instalas barras, tendrás que contratar a los matones de Sinful. Los necesitarás. Y a Wata. Y cubriré las ventanas con tablones. Que le den por saco a la luz natural.

Kyra se echó a reír y le besó el entrecejo fruncido. Hicieran lo que hiciesen, encontrarían la manera de conseguir que funcionara, juntos.



*Dos meses después*  
*Lake Club Resort*

—¿Un purito? —ofreció Rebecca, cogiendo los enormes puros que había sobre la mesa.

Cuando eran jóvenes se habían fumado algún que otro cigarrillo, pero en realidad nunca les había gustado fumar, ni siquiera cuando estaba de moda y se suponía que era inofensivo, pero ésa era una ocasión especial. Era la boda de Mike, y Rebecca llevaba muchos años esperando ese momento.

Greta se llevó el puro a la boca y aspiró con fuerza, aunque soltó el humo antes de que le llegara a los pulmones. Repitió el gesto un par de veces con expresión sorprendida.

—Me parecía recordar que estas cosas sabían fatal, pero no están tan mal.

Wilma se echó a reír.

—Eso es porque las papilas gustativas y el sentido del olfato degeneran de manera exponencial a partir de los setenta.

Rebecca y Greta reflexionaron durante un momento y luego asintieron.

—Tiene sentido.

Permanecieron un rato sentadas, dando caladas y contemplando cómo los invitados bailaban y se lo pasaban bien.

Greta suspiró.

—Me encantan las bodas.

—A mí también, pero este año vamos seis a dos.

—¿Qué?

—Este año —repitió Wilma— llevamos seis funerales y sólo dos bodas.

Pues sí. La estadística no era muy halagüeña. Aun así, dos bodas valían más que seis entierros. De hecho, ya sólo la boda de Mike valía más que todas las cosas malas que habían pasado ese año. Rebecca quería mucho a su hijo y a Amanda, a la que consideraba su hija. Adoraba a todos sus nietos y bisnietos, pero Mike siempre había ocupado un lugar especial en su corazón. Verlo frente al altar, hechizado, sonriendo de oreja a oreja, deslumbrado mientras Kyra avanzaba por el pasillo con Sam había hecho que las maquinaciones de Las chicas de oro de Alden valieran la pena.

—Todo ha salido bien —murmuró Rebecca.

Wilma la miró y sonrió. Las tres amigas se conocían desde hacía sesenta años. Excepto con los mensajes de texto de Wilma, que a veces eran francamente indescifrables, en general no necesitaban muchas palabras para entenderse.

—Sí. Todo salió bien al final. ¿Qué habrías hecho si lo de encerrarlos juntos en el centro comunitario no hubiera funcionado?

—Oh, tenía un plan B. Y un plan C. Y un plan D.

Rebecca tenía muy claro que Mike y Kyra sólo necesitaban un empujoncito en la dirección correcta, pero si hubiera hecho falta, no le habría importado darles un empujón más fuerte, desde lo alto de un precipicio si las cosas se hubieran puesto difíciles. Estaban hechos el uno para el otro. La vida era demasiado preciosa para perder un solo minuto y ellos ya habían perdido varios años.

—Eran planes más... complicados —añadió—. Habríamos tenido que defendernos diciendo que habíamos sufrido locura temporal, pero el fin justificaba los medios. Además, ¿qué pueden hacernos? No pueden hacernos nada.

A sus dos amigas se les escapó la risa.

—Exacto.

—Nada.

Se quedaron sentadas en silencio, observando y fumando, hasta que Rachel se acercó y se sentó con ellas.

—Madre mía, hay más agentes de seguridad en esta boda que en Fort Knox.

La boda se había celebrado en la antigua iglesia de Alden, donde se habían casado los padres de Mike o la propia Rebecca, pero para el banquete se habían desplazado hasta el Lake Club Resort, el único local de la zona capaz de albergar un evento de esas características. No porque fuera demasiada gente. De hecho, de parte de la familia de Kyra no había ningún invitado, pero estaban sus colegas de «Menea el trasero» y de Amantis. Por no mencionar que una de las damas de honor era una cantante muy famosa cuyo marido daba mucho miedo y al que no le gustaba dejar nada al azar.

Si se añade eso al hecho de que casi todos los habitantes de Alden y la plantilla al completo de Culos Arriba —con sus respectivas parejas— estaban allí, tenía cierta lógica que el local estuviera lleno de agentes de seguridad con pinganillo en la oreja y que hubieran instalado un detector de metales no muy discreto en la entrada del local.

—Greta quería que la cachearan, por eso lleva tanto metal encima —explicó Wilma a su nieta, señalando los grandes pendientes de su amiga—. Pero no ha tenido suerte. Supongo que los guardias han pensado que los pitidos eran por culpa de una prótesis.

—No es verdad. Has sido tú quien ha entrado con los brazos en alto.

Rachel se echó a reír.

—Supongo que sabéis que esas cosas que os estáis fumando matan. Y no me digáis que lo que no te mata te hace más fuerte porque no es verdad.

—A nuestra edad, lo que no mata no nos hace efecto, cielo.

—Es verdad. SSVULVA —añadió Greta.

—¿Perdón?

—Ya sabes, la abreviatura de «Sólo Se Vive Una Vez» —explicó Wilma.

Rachel sacudió la cabeza muerta de la risa.

—¿De dónde sacáis esas cosas? Nunca he oído esa abreviatura. Además, sería «SSVUV», ¡no «SSVULVA»! Ahora entiendo por qué me parecía que decías «vulva» cada vez que ibas a ducharte.

—Pues sí. A nuestra edad ducharte sin romperte un hueso es misión imposible.

—Conseguir que no os metáis en líos sí que es misión imposible...

En ese momento se oyeron aplausos y gritos. Al volverse vieron que Mike y Kyra se estaban besando.

—Hacen tan buena pareja —comentó Rachel—. Me alegro mucho por ellos.

—Ahora te toca a ti, lo sabes, ¿no? —le dijo Wilma a su nieta.

—Olvidalo, abuela. Olvidadlo las tres.

Greta se encogió de hombros.

—Estamos en racha. ¿Por qué parar ahora?

—Ni se os ocurra —las amenazó Rachel, mirándolas fijamente una a una—. A mí dejadme fuera de vuestros chanchullos. El sheriff tiene mi número guardado en marcación rápida para localizarme con urgencia por vuestra culpa, sólo me faltaría que os metierais en mi vida amorosa.

—¿Cómo íbamos a hacer eso, querida? Tú no tienes vida amorosa —replicó Wilma dándole palmaditas en el brazo.

—Y así es como va a seguir.

—Lo que tú digas —repusieron las tres amigas a la vez.

Las ancianas iban a tener que practicar su cara de póquer, porque Rachel no quedó en absoluto convencida.

—¿Tengo que recordaros, señoras, que si vais en coche es gracias a mí?

Greta la miró horrorizada.

—¿Estás amenazando a tu abuela con quitarle el coche?

—Os estoy amenazando a las tres. Le confiscaré el carnet de conducir y lo guardaré en un sitio más seguro que donde puse la Taser —añadió dirigiendo una mirada acusatoria a Wilma.

Era evidente que Rachel seguía enfadada con su abuela. No sólo porque ésta se hubiera llevado la Taser para salvar a Kyra de su exmarido y sus secuaces; es que desde entonces se la había vuelto a llevar dos veces, y Rachel había acabado de nuevo en la oficina del sheriff para tratar de explicar... lo inexplicable.

Wilma puso los ojos en blanco.

—Sabes que sabemos que no serías capaz.

No, Rachel no sería capaz. Se había enfadado cuando el hijo de Greta le había quitado el coche, ya que creía que quitarle a alguien el coche era como cortarle las alas. Y, cuando las autoridades le habían retirado el carnet a Rebecca, Rachel había montado un pollo en comisaría, lo que no le había hecho ganar muchos puntos allí.

Las miró fijamente.

—Puede, pero ¿os vais a arriesgar a ponerlos en contra a la persona que pone a punto vuestro único medio de transporte?

—No te pongas así, tampoco es que hagamos tantas locuras.

A Rachel se le escapó la risa.

Sí, definitivamente, tenían que practicar mucho sus caras de póquer.

—Bueno, tal vez hagamos alguna locura, pero siempre pensando en tu bienestar —dijo Wilma con dulzura.

—Abuela, estoy bien. —Rachel le dio un beso a Wilma en la mejilla, luego besó a Greta y a Rebecca y se marchó.

Rebecca la observó desaparecer entre la multitud.

—No está bien —dijo Wilma.

—No —replicaron Greta y Rebecca al unísono.

Wilma se volvió hacia sus amigas.

—Entonces ¿el plan sigue en pie?

Sus amigas respondieron tal como esperaba:

—¡SSVULVA!

## *Epílogo*

*Tres años y medio después*  
*Fábrica de la Danza, Alden*

—¡Por las chicas! —exclamó alguien mientras todos levantaban los vasos—.  
¡Y por Kyra!

—Sí —secundaron varias voces.

El estudio de danza de Kyra se llenó de gritos y aplausos. Parecía que el pueblo en pleno estuviera celebrando el nuevo triunfo de las Alden's 6.

Mike trató de abrirse camino entre la multitud, con una cerveza en una mano y dos vasos de refresco en la otra. La Fábrica de la Danza había tenido un gran éxito desde el día de la inauguración, pero Mike nunca había visto el local tan abarrotado, ni siquiera el día en que empezaron las clases de baile en barra. Aunque por poco.

Mientras había ido a buscar las bebidas, la multitud había crecido. Su familia al completo estaba allí. Y las familias de las seis chicas. Y los Bowen.

Mike contempló orgulloso lo que Kyra había logrado. No habían pasado ni cuatro años desde su regreso al pueblo y el local ya era el epicentro de Alden. Kyra había empezado trabajando sola, pero entre los ensayos de las coreografías de Amantis y las clases, pronto no pudo con todo y tuvo que contratar a Sara. Ahora, la hermana pequeña de Mike se encargaba de las clases de aeróbic, y Red era la instructora de Pilates, pero por muy ocupada que estuviera, las clases de baile siempre las daba Kyra, sobre todo las infantiles.

En cuanto ella y las chicas se fueron a Los Ángeles, la maquinaria se había puesto en marcha: Rebecca, Sara, Angie y muchos otros habían decorado el estudio con pancartas de bienvenida y se habían ocupado de todo: las bebidas, las cosas de picar...

Mientras buscaba a su esposa, Mike vio a Sam y a sus amigas en un rincón, ensayando el baile que iban a hacer al día siguiente en el festival del pueblo. Se acercó a ellas.

—¡Papi, mira!

—Claro, pequeñaja.

Poco después de la boda, Sam había empezado a llamarlo *papi*. La primera vez se le había escapado una noche, medio dormida, cuando le había pedido un vaso de agua.

«Gracias, papi», le había dicho cuando él la acompañó a la cama después de ir a por el agua y ya siempre lo había llamado así.

Sam les hizo un gesto a Marcy y a las demás y empezaron a bailar. Aunque la coreografía no tenía nada que ver con la música que estaba sonando en aquel momento, las chicas se movían bien juntas. El baile les salía muy bien, tan bien como las otras cincuenta veces que se lo había visto hacer durante esa semana.

Sam tenía diez años y seguía siendo el ojito derecho de Mike. Hacía con él lo que quería. Con él y con el resto del pueblo.

—¿Qué te parece?

—Está perfecto —respondió él dándole un beso en la mejilla—. Recuerda que la exhibición de kárate va después del baile.

—Para eso no tengo que ensayar —replicó la niña con chulería.

Mike se echó a reír, pero no le llevó la contraria. Sam había mejorado mucho bailando durante los últimos tres años, pero el kárate se le había dado de maravilla desde el primer día.

Le tendió uno de los dos refrescos.

—Toma, esto es para ti, pequeñaja. Ahora ya sólo me queda encontrar a tu madre.

La había dejado hablando con Lisa, pero ahora su hermana estaba bailando con Hank. Cuando su mirada se encontró con la de Lisa, le preguntó por gestos dónde estaba Kyra.

Ella señaló hacia el patio.

Lisa y Kyra no habían empezado su relación con buen pie. Aunque ninguna de las dos lo admitía, a Mike no se le escapaba la tensión que existía entre ambas. No obstante, poco a poco, las cosas habían ido mejorando. Tanto

habían mejorado que ahora, cuando Lisa llamaba a casa, casi siempre era para hablar con Kyra.

Mike se abrió camino hasta el pequeño patio trasero donde Kyra había hecho construir un jardín japonés, con piedras y una fuente. Lo llamaba la zona *chill-out*.

A Mike le encantaba lo que había hecho con el viejo edificio. Aunque normalmente una renovación de ese tipo habría llevado bastantes meses, Cole había acabado las reformas en un tiempo récord. No sólo porque el antiguo jefe de Mike fuera un constructor muy eficiente, sino también porque no quería que Christy siguiera asistiendo a clases de aeróbic exótico en el gimnasio de los Haddican más tiempo del estrictamente necesario. Y Kyra había conseguido pagarlo todo de su bolsillo, amenazando a Cole de la misma manera que había amenazado a Mike: diciéndole que si las facturas le llegaban a Mike, seguiría dando las clases en el gimnasio.

Cuando Mike entró en el patio, Kyra se volvió en su dirección y le sonrió.

—Ah, aquí está mi marido —dijo alargando la mano hacia él.

«Su marido.»

No importaba la cantidad de veces que lo oyera, siempre lo impresionaba escuchar esas palabras. Le causaba el mismo efecto que ver a su precioso hijo de un año en sus brazos.

Tras la boda, Kyra había seguido yendo de gira con Amantis durante dos veranos. El resto del año lo repartía entre el estudio de danza y el programa de televisión, y mientras participaba en «Menea el trasero», Sara y Red se ocupaban de dar sus clases. Kyra insistía en que su disponibilidad para ir de gira dependería siempre de Mike y él siempre la animaba a seguir con el grupo. No era fácil pasar tres meses separados, pero se las habían apañado. Cada año Mike la acompañaba durante un mes de la gira. Después, tomaban un avión cada vez que tenían tiempo libre.

Mike fue a ver el último concierto de la temporada y, al acabar, Kyra le había mostrado una cajita de terciopelo.

—Te he traído una cosa —le había dicho ruborizándose como una adolescente.

Él había alzado una ceja.



—Nena, ¿qué es esto?

—Ábrelo.

Al hacerlo, Mike había encontrado... un palito del tamaño de una cerilla.

—Eh..., me encanta, cariño. No tenía ninguno. Gracias.

Ella se echó a reír.

—No tienes ni idea de lo que es, ¿no?

—Ni puta idea.

Kyra se levantó la manga y le mostró la parte interna del brazo.

—Toca.

Mike tardó unos instantes en darse cuenta de que le estaba mostrando que se había quitado el implante anticonceptivo.

—Ya no llevo nada —susurró.

Mike trató de tragar saliva pero la boca se le había quedado seca de repente. Nunca había sacado el tema, a pesar de que cada vez que notaba el implante bajo su piel, el corazón se le encogía en el pecho. No obstante, la decisión tenía que ser de Kyra. Amaba a Sam igual que si fuera sangre de su sangre, pero siempre había querido tener familia numerosa, lo que no casaba mucho con la carrera profesional de Kyra.

—Nena, te quedarás embarazada.

—Bien, porque quiero tener un hijo contigo —dijo ella.

—¿Y el baile?

Kyra se encogió de hombros.

—Bailaré hasta que pueda, y luego podré seguir preparando coreografías. Cuando nazca el bebé, lo iremos viendo sobre la marcha. La primera vez no pude elegir y me juré que no volvería a pasarme, por eso me puse el implante, pero las cosas han cambiado mucho, Mike. Ya no necesito protección porque quiero tener un hijo contigo. Hace mucho tiempo que lo quiero. A menos que tú no quieras...

—Estás de broma, ¿verdad? —la interrumpió él, abrazándola—. Aparte de teneros a Sam y a ti en mi vida, no hay nada en el mundo que desee más que tener un bebé contigo.

—Lo sé —murmuró ella—. Gracias por apoyarme siempre.

—No hay nada que agradecer. Eres mi esposa y te quiero. Siempre te apoyaré.

—Yo también te quiero, cariño.

Mike volvió a mirar el implante y sonrió.

—La mayoría de las mujeres habrían esperado y me habrían regalado el test de embarazo. O la primera ecografía.

—Pero yo no soy como la mayoría de las mujeres, y te conozco. Sé que te gustará estar a mi lado mientras esté meando encima del test de embarazo.

Él se había echado a reír. Lo conocía como si lo hubiera parido. No quería perderse nada, ni siquiera eso.

Y, tal como él había predicho, al mes siguiente ya estaban comprando un test de embarazo; en Boston, por supuesto, porque si lo hubieran comprado en Alden, la noticia habría sido de dominio público al cabo de cinco minutos.

A Sam casi no habían tenido que decirle nada. En cuanto se sentaron a su lado y le dijeron que tenían que darle una noticia, la niña exclamó «Un bebé, ¿verdad?», justo antes de saltar del sofá y empezar a hacer su loco baile de la victoria por todo el salón.

—¡Sí, sí, voy a tener una hermana! —había gritado.

Durante los últimos meses, había ido dejando caer comentarios sobre lo mucho que le gustaría tener un hermano o una hermana. Les había dejado claro que prefería una hermana, pero en cuanto se enteró de que era un niño, cambió de idea.

A medida que el embarazo iba avanzando, Kyra estaba cada vez más guapa. Cuando estaba ya de siete meses y había ganado bastante peso, había llevado a Mike al estudio una noche y le había hecho una actuación en privado. Él no había visto nunca nada tan sexi.

Mike no se había perdido ni una sola visita al ginecólogo, había ido a las clases de preparación al parto, había estado en la sala de partos y, aunque había estado a punto de desmayarse, había cortado el cordón umbilical.

Ahora Leo tenía un añito y Mike seguía levantándose el primero para contemplar a su hijo mientras dormía. También le gustaba ver dormir a su esposa y a su hija.

Kyra le quitó el refresco de la mano, apartándolo de sus pensamientos.

—Pensaba que te habías fugado.

Sí, claro. Tal vez en otro universo. En éste nunca pasaría.

Mientras besaba a Kyra, Leo empezó a balbucear y a tratar de agarrar a su padre.

—¿Lo cojo yo un rato? Debes de estar molida —le susurró Mike a su esposa.

—Estoy bien —respondió ella sonriendo. No había dejado a Leo con nadie desde que había vuelto del concurso. Había sido la primera vez que se separaba de él desde que nació.

Había estado fuera de casa menos de cuarenta y ocho horas. Había sido un viaje relámpago a Los Ángeles y, tras competir, habían vuelto ese mismo día. Kyra se había resistido a ir porque a Leo le estaban saliendo los dientes y estaba muy inquieto, pero Kendall y las otras chicas habían insistido. Era su último concurso de baile como grupo, ya que al año siguiente se separarían para estudiar en universidades distintas y querían que su maestra estuviera con ellas en ese día tan especial.

—Ven aquí, nena —dijo Mike, llevándola hasta un banco para que se sentaran. Tomó a Leo y se lo colocó sobre el pecho, luego le indicó a Kyra que apoyara la cabeza en su hombro—. Descansa.

Los ojos grises que Mike tanto amaba lo miraron con dulzura.

—No hay nada más sexi que un hombre con un bebé en brazos.

Él sonrió.

—Sí, hay algo más sexi. —«Ella con su bebé en brazos.»

Se quedaron un rato allí sentados, escuchando la música y los ruidos de la fiesta que se celebraba en el interior.

—¿Qué tal por Los Ángeles, Rubita?

—A tope.

—¿Viste a Alexa?

Kyra asintió, pero no dijo nada. Mike sabía que el grupo estaba allí, preparándose para la nueva gira de Amantis. Kyra seguía siendo su coreógrafa, pero no había vuelto a actuar con ellos desde que se quedó embarazada.

—¿Tienes ganas de volver a pisar el escenario?

Ella se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—¿La verdad?

Mike le dio un delicado beso en los labios.

—Por supuesto. —¿Qué sentido tenía si no era la verdad?

—No, en absoluto. Cuando nació Sam, tuve que hacer malabarismos para poder trabajar y cuidar de ella; no pude disfrutar de su etapa de bebé. Los primeros años de su vida los tengo borrosos, como una gran nebulosa; no quiero que me vuelva a pasar.

—No te volverá a pasar. Ahora estoy a tu lado, no lo olvides.

—Lo sé, pero quiero estar aquí. Así que, ¿barbacoa en casa de tus padres pasado mañana?

—Sí —respondió Mike.

—Bien. Vi una receta en Canal Cocina que quiero probar.

Mike se echó a reír. A Kyra le había dado por ver programas de cocina durante los últimos meses de embarazo. Después de que Leo naciera, empezó a preparar algunos platos. No le salían muy bien, pero sus padres se comían todo lo que ella preparaba y Mike también.

Kyra alzó las cejas varias veces en un gesto sugerente.

—Y he comprado una superpistola de agua en Los Ángeles: la Súper Empapadora 10.000. Voy a acabar con vosotros, que lo sepáis.

Mike la miró y se le hinchó el corazón en el pecho.

—¿Te he dicho últimamente que te quiero, nena?

Kyra sonrió.

—Sólo varias veces todos los días.

## *Biografía*

Tras haber trabajado en diversos empleos por toda Europa, desde traductora hasta chocolatera, de agente de viajes a chef de sushi y a técnica en operaciones aéreas, Elle Aycart sólo tiene clara una cosa: aparte de escribir novela romántica, no tiene ni repajolera idea de lo que quiere hacer cuando sea mayor. Sin embargo, eso no impide que siga probando un montón de locuras. Seguramente ahora se está planteando una nueva profesión, mientras en su cabeza no dejan de agitarse nuevos argumentos para sus novelas.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

[<http://elleaycart.blogspot.com.es/>](http://elleaycart.blogspot.com.es/)

[<https://twitter.com/AycartElle>](https://twitter.com/AycartElle)

[<https://www.facebook.com/ElleAycart380858418611512/>](https://www.facebook.com/ElleAycart380858418611512/)

# Notas

1. *Sinful* significa pecaminosa en inglés. (N. de la T.)

2. *It's Raining Men*, 1993 Fantasy, Inc., interpretada por The Weather Girls. (N. de la E.)

*Hasta el fondo*

Elle Aycart

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Deep Down*

© de la ilustración de la cubierta: Mountain beetle y Yury Horyd Shutterstock

© Elle Aycart, 2014

© por la traducción, Lara Agnelli, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2016

ISBN: 978-84-08-15335-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)